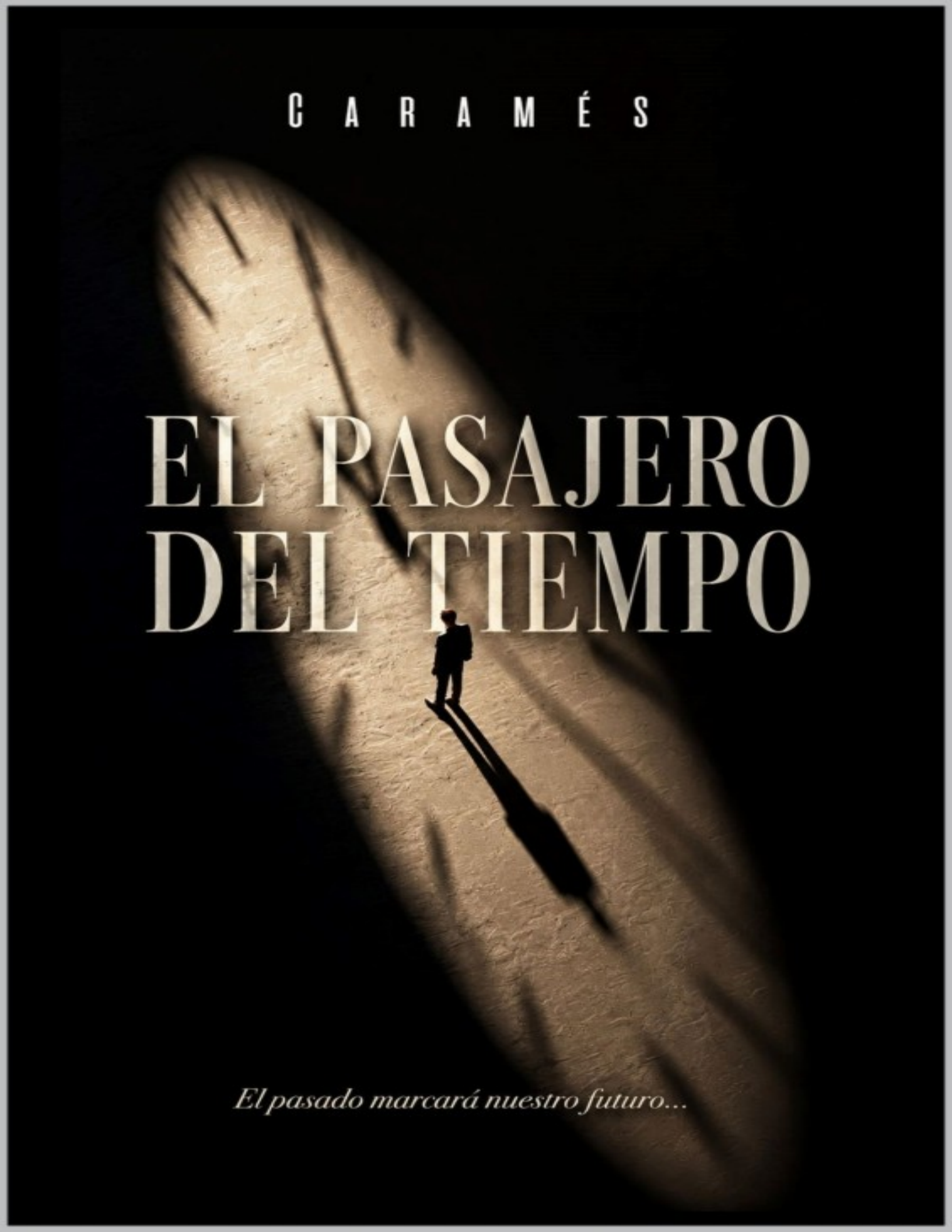
CARAMÉS

EL PASAJERO DEL TIEMPO



El pasado marcará nuestro futuro...

Tabla de contenido

PREFACIO

INTRODUCCIÓN

Francia , año 1307 d. C.

Lunes

PARÍS

Febrero 2024

Martes

GRAUS, Reino de Aragón

En el hotel , **martes**

Miércoles

En algún lugar de Madrid

En el hotel, miércoles

Jueves

Viernes

Sábado

Sábado, mediodía

Domingo

Domingo, por la tarde

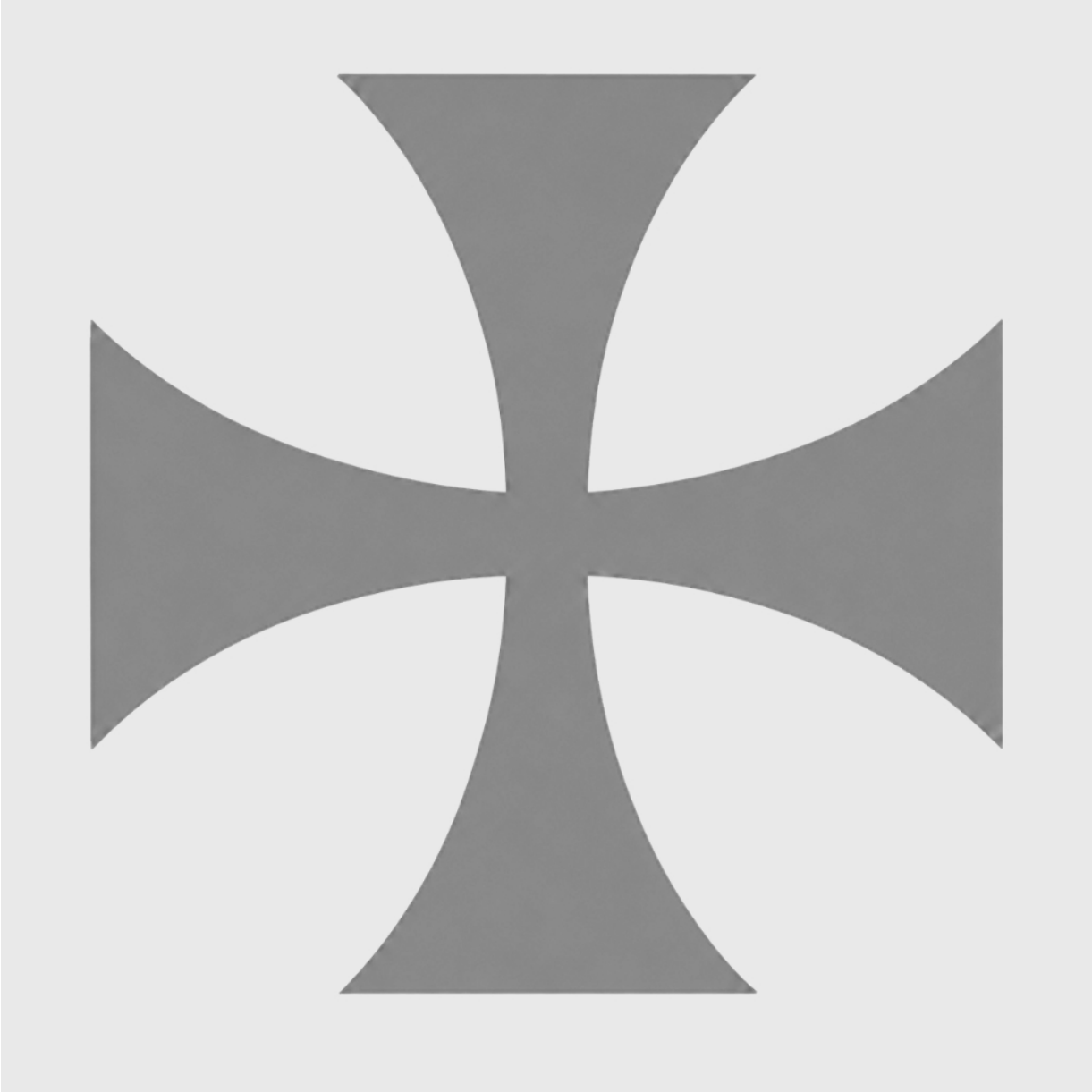
Lunes (segunda semana)

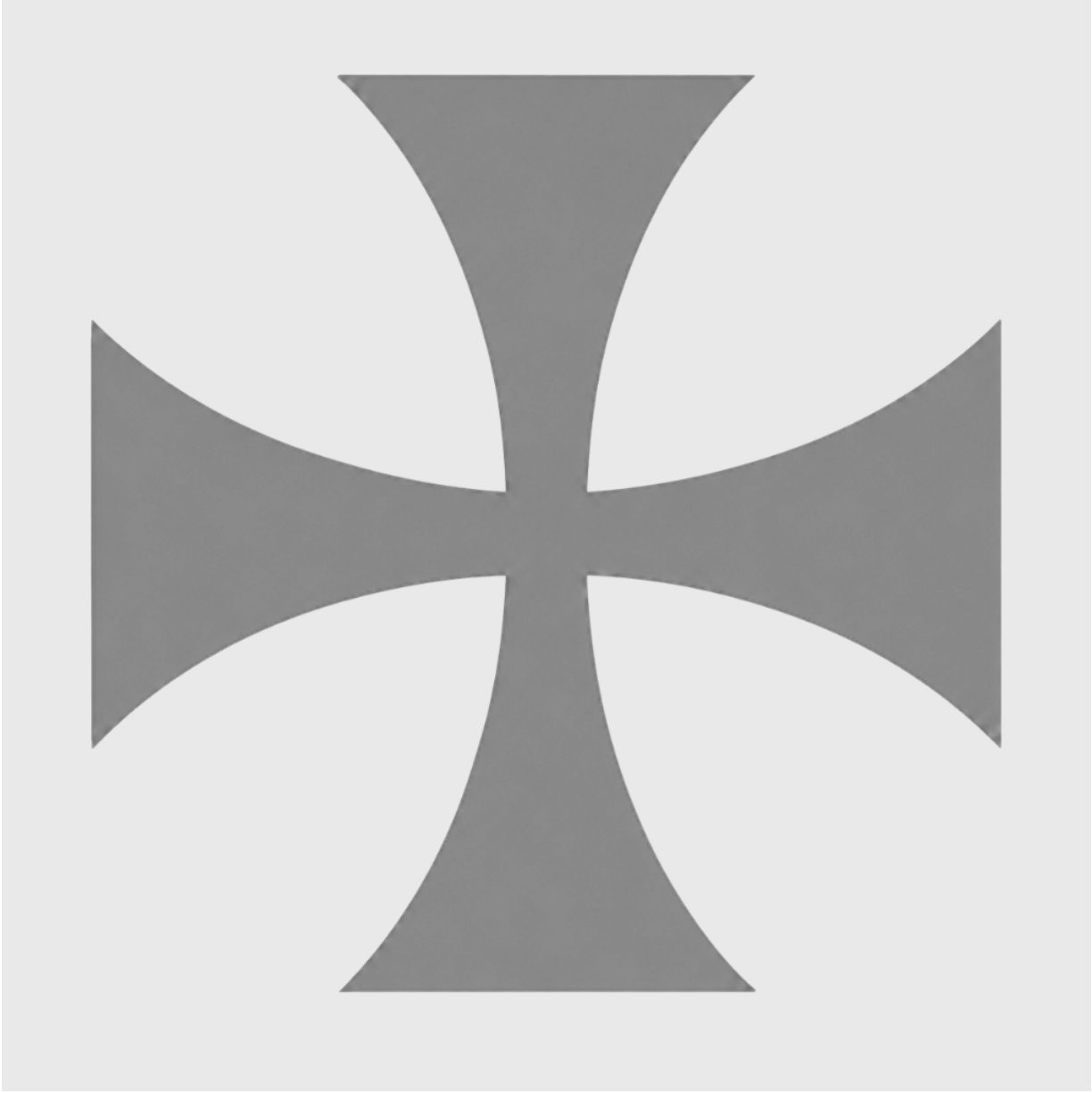
Martes

Miércoles

Jueves
Viernes
Sábado
Del diario de Enriqueta Pardo
Un año después…
El nuevo hotel
La certeza
Revelaciones
Decisiones
El desenlace
Nota de **Rosa Garcés**
Punto ¿final?
El principio…
Comarca de Ribagorza, siglo XIV
Graus
La cripta
Graus
Graus
Insidia
Don Lope de Luna
Traición
La Llotja de mar

La peste
Rosa Garcés
Mal presagio
Viajeras
El regreso
Sorpresa
Nuevos tiempos
La batalla
El legado
Epílogo





El pasajero del tiempo

El pasado marcará nuestro futuro…

CARAMÉS

El pasajero del tiempo
® CARAMÉS
Reservado todos los derechos
2026
Diseño y maquetación: el autor
KDP PUBLISHING

NOTA DEL AUTOR

Tanto los personajes como los hechos que aparecen en las distintas partes de esta obra, en tiempo presente o en pasado, están basados en hechos ficticios. El autor los ha manejado a la conveniencia del relato, alterando fechas, circunstancias y nombres.



Primera parte

La habitación 102

PREFACIO

Rosa Garcés cerró tras de sí la puerta de su despacho y se acomodó en uno de los dos sillones forrados en piel negra que presidían la gran mesa de caoba con tapa de cristal.

Se movía con lentitud. Saboreaba el momento que la aguardaba, deseado y temido a la vez. Abrió el cajón superior que tenía a su derecha y de él sacó una libreta con pastas rojas y un teléfono móvil que depositó sobre la mesa. Encendió el ordenador portátil y conectó el teléfono con el cable correspondiente. A continuación, activó los dos aparatos y, cuando vio la pantalla iluminada, movió el cursor del ratón hasta encontrar los archivos que buscaba, guardados en la memoria del móvil.

Sabiendo que, con toda seguridad, esto le causaría un mundo de sensaciones encontradas, abrió el primero de ellos, un vídeo: la imagen de Enriqueta Pardo apareció en la pantalla del ordenador, encarando sonriente a la cámara. Comprobó que el volumen estaba a buen nivel y, decidida, le dio a reproducir:

«*Querida Rosita, cuando me veas ya nos habremos separado para siempre. Estaré viviendo en otro plano, otra realidad, muy anterior a esta en la que estás y en la que yo no llegué a disfrutar por completo, siempre trabajando. Espero que no caigas en los mismos pecados en que yo me frustré. En el diario que encontrarás en mi mesa, está escrita toda la historia.*

Pero no te dejo esto para quejarme, ni mucho menos, sino para decirte que ha sido todo un honor y un privilegio compartir contigo la aventura del ***Hotel de las Rosas****, después de todo lo que pasamos. Espero que, bajo tu tutela, Paolo crezca y se convierta en el gran director que fue su abuelo. No necesitas ningún tesoro, tienes el más grande: tus hijas y tu nieto. Disfrútalo.*

Y como no quiero terminar llorando, que tú sabes que soy de lágrima rápida, quiero despedirme deseándote lo mejor que la vida pueda ofrecerte. Y quédate tranquila. Porque habrás visto por tus ojos que a mí me espera la felicidad también. Al fin. Cuídate mucho y cuida a Paolo. Te quiero, Rosa. Hasta siempre».

La grabación acababa aquí. Al dar al stop, la imagen de Enriqueta Pardo quedó fija en la pantalla. Rosa no dejó de mirarla mientras dos lágrimas rodaban por sus mejillas.

Cogió el cuaderno de pastas rojas y lo sostuvo entre sus manos, sin atreverse a abrirlo, con los ojos cerrados fijos en la imagen de la pantalla.

Luego de un buen rato, atrapada en los recuerdos, lanzó un suspiro profundo, desconectó el teléfono y cambió el cable al suyo. Buscó en los archivos hasta que encontró el corto vídeo que quería ver: *1347*. Pulsó el *play.*

En un patio terrizo, cubierto con matorrales, rodeado de arcos sostenidos por columnas y con una torre medio derruida en una esquina, algunos hombres con cascos y mallas pasan por delante del objetivo, hablando entre ellos, sin captar con claridad las palabras. Son soldados, lo recuerda. La cámara gira con lentitud hasta llegar a uno de los arcos donde, sin mirar hacia ella, una mujer joven de pelo rubio, junto a un hombre también joven, habla con Enriqueta Pardo. Contrastan las vestiduras de los jóvenes con el traje azul de chaqueta de Enriqueta. Después de una breve conversación, inaudible al oído, se dan besos y abrazos. Luego hacen señas hacia la cámara, que se mueve avanzando hacia ellos.

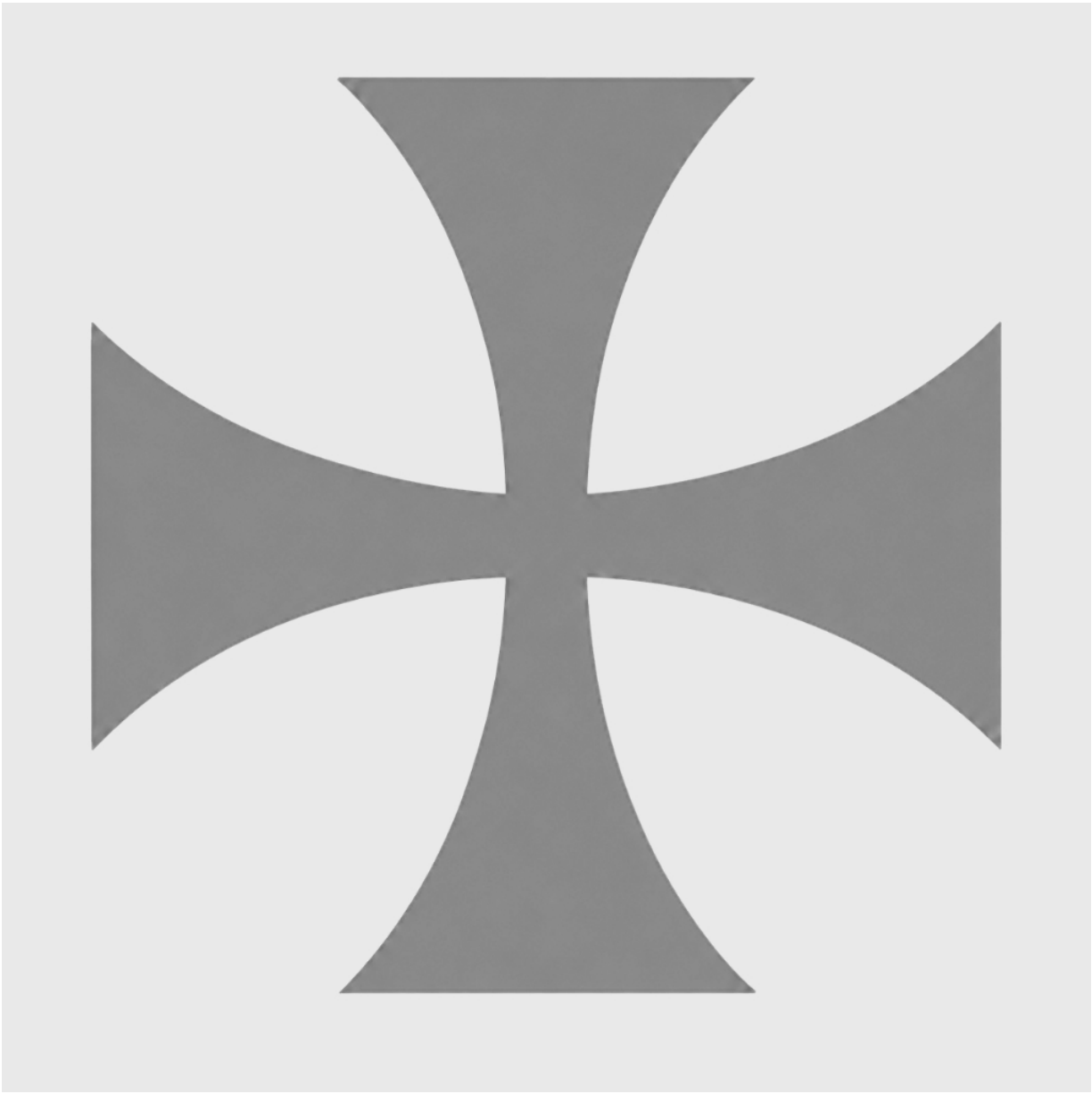
Otro giro y muestra el pórtico de lo que parece una iglesia, cuyo interior aparece en sombras. Al fondo se percibe el movimiento del reflejo de alguna luz, un breve relampagueo, que desaparece rápidamente. Luego, la pantalla se vuelve negra.

—¡Por Dios, esto es increíble! Un vídeo en el siglo… ¿Qué año me dijo Enri? ¡Ah, sí! Mil trescientos quince. No lo va a creer nadie… Y qué feliz parecía. ¡Y qué triste me dejó, la muy jodida! Pero sé que le irá como se merece. Te quiero, Enri. Cuídate allá donde estés…

Aún con los ojos llorosos, abrió el cuaderno. Podía percibir la presencia de Enri en cada palabra; en cada página sentía viva a su

amiga. Comenzó a leer:

«Aquí queda reflejado, a mi manera, el relato de lo que sucedió, lo que yo viví, lo que vivimos, y lo que me contaron. Puedes hacerlo público si quieres. Nadie te va a reclamar nada…



INTRODUCCIÓN

Francia , año 1307 d. C.

Los rumores que llegaban hasta el campamento de Guillermo de Beaujeu, asentado a varias jornadas de París, no eran muy halagüeños.

Y los emisarios, enviados por Jacques de Molay desde París, lo confirmaban: las tropas del rey Felipe IV habían hecho prisionero al Gran Maestre junto a ciento cuarenta Caballeros Templarios. Un golpe mortal a la Orden.

Estos emisarios le hicieron saber que las huestes reales avanzaban, destruyendo a su paso cuantas encomiendas pertenecientes a la

Orden encontraban en su camino, requisando sus bienes… y pasando a espada a sus habitantes, sin distinguir entre hombres, mujeres o niños.

Al perder Jerusalén, la Orden del Temple hizo de Akko su fortaleza, desde donde, a través de galerías y pasadizos secretos, hicieron llegar a la costa, para embarcar en galeras rumbo a Francia, todo el tesoro acumulado durante años…

Antes de entregar la ciudad a los musulmanes, se organizaron varias expediciones, cada una a cargo de un Caballero experimentado. Y Guillermo de Beaujeu tenía la suficiente experiencia, ganada en mil batallas, para ser acreedor a tan alta misión.

El Caballero De Beaujeu, nieto de Gran Maestre, transportaba una preciada carga: gran parte del tesoro templario. Buscando el Sur, con el objetivo puesto en traspasar la cordillera pirenaica y encontrar acomodo en Ponferrada, cabalgaba casi sin descanso, comandando un pequeño ejército que escoltaba tal cargamento.

El mismísimo Gran Maestre en persona, antes de su apresamiento, le había hecho jurar, por su honor y por su vida si fuera preciso, que la misión que le encargaba la hiciera llegar a feliz término. Ese tesoro, llegado desde Akko, serviría para salvaguardar la supervivencia de la Orden en caso de necesidad. Y ese momento había llegado.

Dada la gravedad de la situación, el Caballero Templario ordenó levantar el campamento instalado a las afueras de Nevers.

Las antorchas iban y venían en la fría noche de octubre, alumbrando con su luz temblorosa los preparativos de sus leales, aprestándose a reanudar una marcha que ya se hacía urgente.

Tras varias jornadas agotadoras, sin apenas descanso, en las primeras estribaciones de los Pirineos fueron alcanzados por las tropas reales, entablándose una cruenta batalla que diezmó el cansado ejército templario.

Aprovechando la oscuridad de la noche, el Caballero hizo formar una caravana con los carros portadores de los grandes arcones repletos de antiguos pergaminos, códigos y fórmulas; monedas de oro y de plata, joyas y objetos de culto valiosos. Eligió a cinco de sus

siervos más fuertes y emprendió la huida en busca del ansiado sur, la Península Ibérica… Detrás dejaban gritos, choques de espadas, lamentos y cadáveres…

Tras siete duras jornadas, casi sin víveres, bebiendo de los arroyos que encontraban a su paso, alcanzaron los Pirineos, la cordillera que separa Francia de España.

Entre los altos riscos, algunos cubiertos con una incipiente nevada, hallaron un paso por el que apenas cabía una cabalgadura, lo que les obligó a descargar los arcones, cargarlos sobre las bestias y abandonar los carromatos usados hasta entonces, lo que significaría doble trabajo para los pobres animales.

Todo eso les llevó dos días, lo que, unido a la escasez de alimento y la necesidad de no ceder en la marcha, provocó gran debilidad en los cuerpos y, sobre todo, en los ánimos. Solo la fe y su honor les mantenían erguidos sobre sus monturas.

El noveno día, uno de los servidores, junto a su caballo, incapaz de dominarlo, se precipitó al vacío desde el estrecho sendero entre los helados riscos por el que se veían obligados a discurrir. Eso no los hizo detener. El tiempo se acababa y los enemigos estaban demasiado cerca.

Él mismo, fuerte y duro, estaba ya enfermo, debilitado por el largo camino y poseído por unas calenturas que le hacían cubrirse con su blanco manto, dejando ver solo sus enrojecidos ojos.

Dos de los servidores sufrían sus mismos síntomas. A duras penas se mantenían sobre sus cabalgaduras. Estas fiebres hacían más lento el paso, dificultando el avance. Sus cuerpos bailaban, atados a la montura, incapaces de permanecer erguidos.

Tampoco podían forzar a los agotados animales, tan faltos de comida y bebida como ellos y, además, con la carga que portaban.

El día undécimo, en un gélido amanecer, tuvieron que dar cristiana sepultura a los criados enfermos. El caballero templario vio una premonición en aquellas muertes. No tardaría mucho la suya en llegar, aquejado del mismo mal que los infelices servidores.

Ese mismo día dejaron atrás las últimas piedras pirenaicas, cuando en las lejanas cumbres ya brillaba la nieve. Delante, se extendía un

verde valle. Allí podrían alimentar a los caballos y ellos tres descansar en la fresca hierba.

Oculto ya el Sol tras las lejanas cordilleras aragonesas, alcanzaron a divisar las luces vacilantes de las antorchas que iluminaban varias chozas edificadas al pie de una pequeña colina, donde se alzaba la figura medio derruida de un castillo. Hacia él se encaminaron, deseosos de dormir en un lecho blando y comer caliente…



Bajo el arco donde antes hubo una puerta, unos monjes, vestidos con hábitos franciscanos, ajados por el continuo uso, los esperaban. Viendo su lastimoso estado, no dudaron en socorrerlos.

Los acomodaron bajo unos soportales en lo que antaño fue Patio de Armas. La debilidad impedía que Guillermo pudiera emitir palabra. Fue uno de los servidores el que explicó a los solícitos frailes quién era el Caballero y a la Orden a la que pertenecía. Los religiosos prepararon comida caliente que los viajeros devoraron con ansiedad.

Mientras comían, el fraile que parecía el superior les narró cómo habían terminado por cobijarse allí:

—En uno de tantos ataques de los musulmanes, incendiaron la aldea, incluyendo nuestro monasterio.

Pertenecían a la Orden Franciscana. Pero su único bien en aquellos momentos era este castillo, donde en su capilla ofrecían oración a Dios, a San Francisco de Asís y a San Poncio de Roda, una pequeña figura que habían podido rescatar de las ruinas del monasterio.

A pesar del mal que le consumía, Guillermo les pidió que le enseñaran la capilla. Ayudado para moverse, revisó el lugar. Quedó satisfecho porque encontró lo que necesitaba: existía una cripta, oculta tras el altar, a la que se bajaba por una estrecha escalera con cinco peldaños de piedra.

Con teas encendidas hizo que le ayudaran a descender los peldaños pétreos. Estos terminaban en un hueco que apenas dejaba pasar el cuerpo de un hombre. A la luz de las antorchas pudo ver una

estancia cuadrada en cuyas paredes, rezumando humedad, se abrían unos nichos, esperando para acoger algún cuerpo.

A cambio de la promesa de donar una bolsa con monedas de oro, suficientes para comprar víveres y herramientas, convenció a la pequeña comunidad para depositar en aquella cripta los arcones que transportaban. Allí estarían seguros hasta que pudieran servir a la Orden. Dado su estado, creyeron conveniente los frailes que el caballero y sus criados pasaran la noche en la capilla. Ya a la mañana siguiente se pondrían manos a la obra para trasladar los arcones…

La fiebre aumentaba en Guillermo; temblaba todo su cuerpo, aterido de frío. Los fieles criados, a los que se sumaron algunos frailes, intentaban mitigar sus ardores con paños empapados en agua.

Ya al despuntar el alba, tras las oraciones, entre los monjes y los siervos depositaron los cofres en la cripta mientras el Caballero Guillermo de Beaujeu, en su camastro, deliraba en voz alta, la frente perlada de sudor, el largo cabello adherido al rostro lívido.

Una vez depositado todo el tesoro en la húmeda cripta, dejaron libres los caballos, con más energías que sus amos, que se dispersaron por la campiña, pastando a gusto.

Guillermo llamó a sus criados y, con voz queda, entrecortada por el esfuerzo, les hizo saber que en su alforja estaban los documentos, que firmaría y rubricaría, redactados de su puño y letra, que los declaraban libres. Y de debajo de su manto blanco sacó sendas bolsas que, con pulso tembloroso, puso en sus manos.

A partir de ahora, su misión sería hacer llegar a la Orden el lugar exacto donde encontrar el tesoro.

Después de reponer fuerzas, al atardecer partieron, libres. En el Reino de Aragón podrían encontrar alguna Casa del Temple…

El Caballero, una vez marchados los criados y haciendo un esfuerzo sobrehumano, se irguió del atajo de ropas que le servía de lecho. Empuñó su espada de doble filo y, arrastrando los pies, haciendo tintinear sus grandes espuelas de acero, con lentitud se acercó al altar donde, de rodillas e inclinados con las cabezas apoyadas en el

suelo, los monjes daban gracias a Dios, a San Francisco de Asís y a San Poncio de Roda por los bienes recibidos durante el día.

Guillermo, tembloroso, blandió su espada sobre ellos y, al grito de *¡Dios me perdone!,* descargó un golpe mortal con la afilada hoja. Las cabezas encapuchadas, del más cercano al más lejano, cayeron rodando hacia los peldaños de la cripta, esparciendo la sangre que manaba de las venas cercenadas.

Arrastrando los cuerpos sin vida, consiguió llevarlos hasta la cripta, colocándolos en los nichos abiertos en la pared, acompañado cada cuerpo de una cabeza, que depositó junto a ellos.

Luego, con su espada, fue haciendo caer piedras y tierra del techo sobre la entrada. Poco a poco, se fue haciendo la oscuridad. Solo algún relampagueo al moverse la hoja de acero. Por último, una gran masa de cascotes terminó de sellar la cripta, dejando casi invisibles los peldaños de piedra… Dentro quedó el Caballero Templario Guillermo de Beaujeu como guardián eterno del tesoro.

Fuera, la fuerza de la naturaleza se desató, en forma de relámpagos, acompañados de fuertes truenos que apagaban el ulular del viento que barría las ruinosas paredes de lo que un tiempo antes fue un pétreo castillo.

Corría el año de 1307…

Lunes

Graus, comarca de Ribagorza (Huesca) 2024

Con precipitación, Clarita Martos abrió la puerta de la Dirección para atender el teléfono, que sonaba insistente.

—¡Don Pablo! ¿Qué le sucedió? Nos tiene preocupados…

La voz del otro lado llegaba ronca, pausada.

—Clarita, guapa, estoy en cama… Acaba de marcharse el doctor. Me ha prescrito antibióticos, antiinflamatorios y yo qué sé más, pero, sobre todo, una semana de reposo absoluto y luego otra para reponerme, sin salir de casa.

—¡Vaya por Dios! Ya decíamos aquí que algo malo le habría ocurrido. Pero solo será una gripe virulenta… Repose y cúrese.

Medio en serio, medio en broma, le comentó lo inoportuna que era esa baja, con la semana tan apretada que tenían por delante: «¡Bonita forma de escaquearse!»

—Ya… —Su voz cada vez sonaba más ronca y débil al otro lado del teléfono— ¡Qué más quisiera yo que poder coger el coche y plantarme ahí…!

Clarita, como secretaria personal de don Pablo, podía permitirse el lujo de llamarle la atención, aunque procurando no poner mucho énfasis en sus regañinas: así evitaba que se enojara.

—Clarita, ahora te vas al despacho de la señora Pardo y le dices que me llame, pero ya, antes de que me haga efecto la medicación. ¡Date prisa, que lo deje todo y me llame…!

—Ya estoy en la puerta… Cuídese, don Pablo y que se mejore… Llame si necesita algo…



—¿Pablo? ¿Te vas a morir sin avisarme?

—¡Ay! Enri, no me hagas reír, que me duele todo…

—La gripe, ¿sí? Hay una epidemia. Y tú te desabrigas mucho aquí, esos cambios de temperatura…

—¡Otra riñendo! Óyeme, hazte cargo de todo, te nombro directora provisional; dispón de Clarita, ella sabrá todo lo que hay que hacer. Tú solo das órdenes ¿vale?

—No te preocupes, sabremos sobrevivir. ¡Estos hombres…! ¿Has avisado a tus hijas?

—Sí, la peque viene ya, deja al niño en la *guarde* y se quedará conmigo todo el día. Ya veremos a la noche cómo lo hacemos. La otra, ya sabes. Está lejos… pero vendrá a verme. Ya me llamó dos veces para preguntar.

—Muy bien hecho… Ahora me siento con Clarita y que me ponga al día la agenda… Y tú cuídate, que ya no estás para muchos trotes… Un beso, Pablito. Mañana te hago una visita, si puedo.



—Clarita, ¿qué habitación tenemos libre en esta planta?

—Déjeme ver… —Tecleó en el ordenador unos momentos y luego resopló—: la 102.

—Bueno, encárgate de que me la preparen; me voy a instalar en ella hasta que vuelva don Pablo.

—Pero…

—¡No hay pero que valga! Ya sé de los rumores que corren. Pero yo no creo en fantasmas ni espíritus. Yo creo en los vivos.

—Habrá alguna más…

—No, no, esa está bien. Ahora llamaré a mi marido, que se traiga ropa para los dos. Vamos a estar unas semanas de vacaciones —terminó la frase con una corta e irónica risa.

Clarita no comprendía su alegría, pero, «allá ella, seguro que está loca mi jefa», como siempre, obedecería.



—Bueno, vamos a trabajar… A ver, dime…

—Para mañana, a las 11, la convención de *Parapsicólogos Por un Futuro Mejor*. En el Salón Rojo. Estimamos un par de horas… Han reservado diez habitaciones; algunos se quedarán unos días.

—Bien… Más.

—A las trece y treinta tienen prevista la llegada los Antiguos Alumnos de Colegios Católicos, de Segovia. Almuerzo. Le hemos reservado el comedor pequeño, son unos treinta, creo… Tienen lista toda la planta primera.

—Que les preparen un vino de bienvenida, con unos aperitivos. Cortesía del hotel.

Clarita tomaba nota. Y siguió con la agenda:

—…A las 18, conferencia de un senador del Partido Aragonés, y presentación de su libro. Hay previsión de unas doscientas personas, cámaras de TV, radio y prensa. Lo hemos preparado en el Auditorio, por si hay más asistentes…

—Perfecto, quiero al director de Relaciones Públicas allí presente. Y nuestro equipo de TV.

—Y, por ahora, nada más… —Cerró la agenda—. A partir del jueves se espera la llegada de sesenta huéspedes procedentes de Francia. Son jubilados y familiares. Los más obedientes, no dan problemas.

Y ya se disponía a abandonar el despacho, cuando se detuvo a un metro de la puerta:

—¡Ah!, se me olvidaba… Hoy es día de partida…

—¿Partida? Explícame eso…

—Bueno. Verá… Es cosa de don Pablo. Unos amigos organizan partidas de póker. Y él les cede el Salón Rojo. Siempre los lunes, porque no hay eventos en él ese día.

—Pero ¿gratis? Porque yo no tengo apuntes referentes a eso…

—Creo que sí, pero consumen mucho… Y dejan dinero en el Bar…

—Claro… Así me explico las cajas del Bar… ¿Y desde cuándo se hacen esas partidas?

—Más o menos un año… Además, no dan ningún problema. A las veintitrés horas cierran las puertas, hasta las dos o las tres de la madrugada. Algunos depositan las ganancias en la caja fuerte. Hace dos semanas llegó casi al millón de euros. Vino a recogerlo un furgón blindado de Seguridad…

—Vaya… Y si se mueve ese dinero, quiere decir que viene gente poderosa económicamente…

—Exacto. Don Pablo tiene buenas amistades y es él en persona quien los atiende.

—Pues hoy voy a ser yo. Bueno, nosotras —rectificó.

Clarita abandonó el despacho, mientras que la señora Pardo llamaba a su esposo.

Ahora iría a la habitación 102. Fantasmas a ella…



La habitación 102 se podría decir que es una coqueta *suite*, reservada para casos excepcionales. Se compone de un pequeño recibidor que da entrada a un salón, no muy grande, pero lo suficiente para poder distribuir un par de sillones tapizados en alegre cretona y una mesita de centro frente a un gran televisor plano encajado en la pared, sobre una consola adosada al muro.

Una puerta corredera acristalada deja pasar al dormitorio, compuesto por dos anchas camas. Una gran ventana y una puerta dan al jardín privado del hotel. Con esta ventana abierta, solo llega a la habitación el piar de las aves que revolotean por entre las flores.

Sobre una de las camas, la señora Pardo vio que ya estaban dos maletas, abiertas. Algunas prendas amontonadas sobre la alegre colcha.

Asomó la cabeza para descubrir a un hombre, de pelo cano, alto y delgado, colocando camisas en el armario empotrado.

—¡Hola, Juan!

El hombre se volvió y, acercándose, besó a la señora Pardo en ambas mejillas.

—¡Hola, querida! Te he dejado la cama de la ventana, que sé que te encanta la naturaleza y así ves el cielo cuando te despiertes.

—¡Cómo me conoces, bandido! ¿Te ha contado Clarita lo que pasa?

—Sí, me llamó y me lo contó todo. No te preocupes. Pero yo no voy a poder quedarme, y bien que lo siento. Se me vienen encima dos reuniones del Consejo. Hasta el viernes no estaré libre. Mira, me he

traído ya ropa para no tener que cargar nada el viernes. A mediodía estoy aquí, contigo…

—¡Ah! Por lo menos, comeremos juntos hoy, ¿no?

—Claro. Y te acompaño hasta la tarde. Ya tengo reservada habitación en Madrid. Vienen a recogerme a las diecisiete; he avisado para que lo hagan aquí.

—Bueno, acomódate, que yo sigo trabajando, que tengo mucho que hacer. El comedor se abre a la una. Allí te espero.

La señora Pardo abandonó la habitación. Al cerrar, sin soltar el pomo de la puerta, alzó la mirada hasta el número adosado por encima del dintel: 102, en latón dorado, enmarcado por un pequeño listón, también dorado.

Fijó la vista en los dígitos y se quedó pensativa.

Ninguna camarera quería entrar a aquella habitación. Y, si lo hacían, procuraban entrar acompañadas, nunca solas. Ni siquiera los empleados de mantenimiento trabajaban solos.

Se comentaba que la habitación estaba embrujada.

A alguna camarera se le había movido un sillón mientras cambiaba sábanas… A un fontanero, arreglando los grifos de la bañera, le sorprendió el sonido de la televisión, y cuando salió a indagar el porqué, esta se apagó sola. Volvió a aparecer la imagen y el sonido y otra vez se desconectó. Sola.

Los grifos se quedaron rotos hasta el día siguiente, que volvió acompañado de un compañero.

También hubo incidentes de puertas y cortinas que se movían, sin motivo aparente. Más de una y uno salieron despavoridos y no volvieron ni para percibir el salario.

Según contaban los más veteranos, estos hechos se repetían en el tiempo. Con intervalos, pero sin desaparecer.

Y siempre, siempre, el ruido…

Algunos lo relacionaban con cadenas, otros con campanillas, incluso hubo quien oyó como truenos lejanos, acompañados con un arrastrar de pies sobre tierra.

La señora Pardo sacudió la cabeza. Tonterías. Alucinaciones. Fantasías que se van pasando de unos a otros, haciendo correr bulos. Según ella, eran excusas para no entrar en la dichosa habitación.

Hasta don Pablo estuvo muy preocupado. Hizo venir a un experto en parapsicología; se hicieron cacofonías… Sin resultados.

Pero estos rumores se extendieron por la comarca y más allá. Llegaban muchos curiosos que querían pasar la noche en la habitación, algún entendido en hechos sobrenaturales… Al final, negocio para el hotel.

Ella no creía en espíritus ni fantasmas. Los fantasmas los tenemos en nuestro interior, decía a menudo.

Decidida, abandonó el lugar dirigiéndose a la Dirección, en busca de Clarita. Era hora de trabajar.

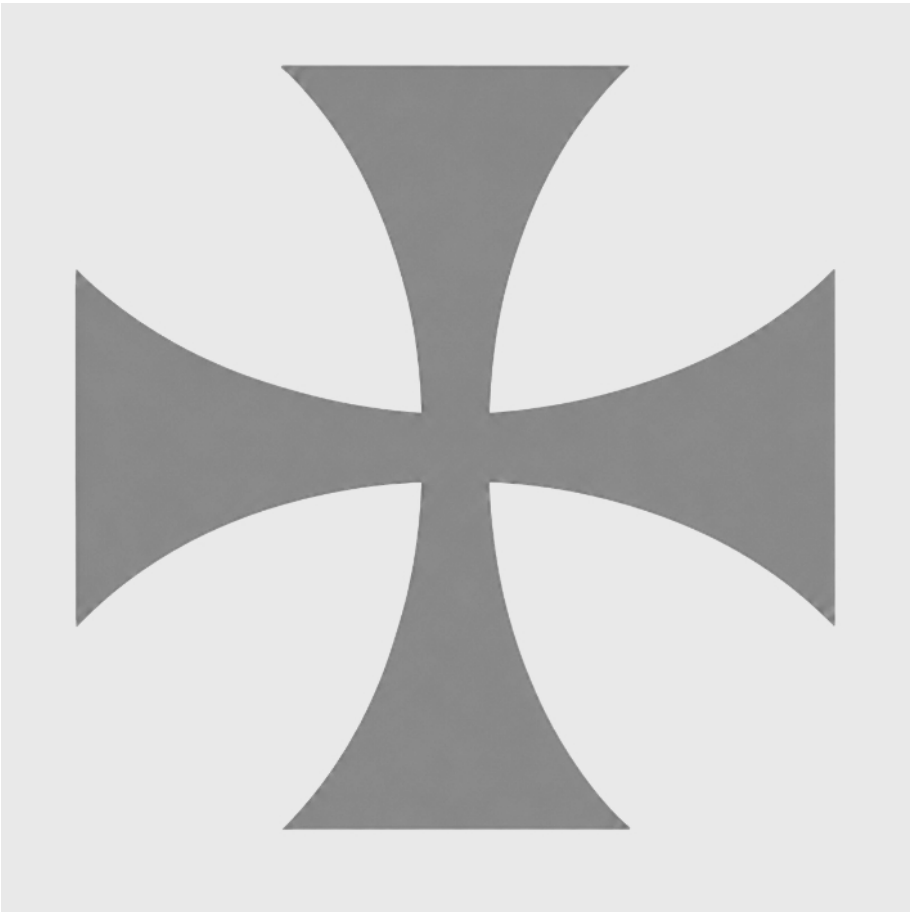
A las veintidós treinta ya estaba preparada para recibir a los jugadores de póker. Le había pedido a Clarita que le acompañara y, si no tenía inconveniente, podía pasar la noche con ella, ya que su marido no volvería hasta el viernes.

Aceptó, claro, don Pablo le había mandado mensaje vía WhatsApp para que se pusiera a las órdenes de la señora Pardo sin excusas. Ya arreglaría lo de las horas extras.

Y para la ocasión, cambió el traje azul del uniforme por un conjunto de chaqueta y pantalón, en gris, que realzaba su armoniosa figura. Se soltó la cabellera, dejando que se meciera su melena rubia a cada movimiento.

La señora Pardo no pudo por menos que felicitarla por el cambio de aspecto, lo que agradeció la chica.

De manera que allí estaban las dos, sentadas en el Salón Rojo, esperando…



PARÍS

Febrero 20 24

Adrien Feraud terminó de cerrar la maleta. En un par de horas tenía previsto el vuelo a Barcelona. Asomado a la ventana, dio un último vistazo a la Torre Eiffel, iluminada ya a estas horas, suspiró y salió, cerrando con todas las vueltas dadas a las dos cerraduras que sellaban la puerta de su apartamento. No quería sorpresas a su vuelta.

Había pensado mucho en este viaje. Tenía sus pros y sus contras, pero decidió que los pros eran lo bastante atractivos como para inclinar la balanza.

Llegó al Aeropuerto Internacional Charles de Gaulle con el tiempo justo para embarcar. Dios mediante, estaría instalado en un hotel en Barcelona antes de la medianoche.

Cuando dejó de prestar atención a las maniobras de despegue y el aparato se estabilizó, dedicó su tiempo a repasar el proceso que lo había llevado hasta aquí.



Su compañero de asiento sacó un libro y se dispuso a leer…

Todo comenzó cuando se aficionó a la lectura de la historia de los Templarios. Sus batallas contra los turcos en Jerusalén, las Cruzadas, la defensa de los cristianos contra los musulmanes… el poder que alcanzaron en el mundo conocido hasta entonces…

Había teorías sobre su arribada a América mucho antes que Colón, pero esas historias se le hacían más difíciles de asumir como ciertas. Hay mucha leyenda sobre esta Orden.

Tanto se imbuyó de la materia, que le picó la curiosidad de saber si algún ascendente suyo fue prisionero o muerto en París en 1312.

Se dedicó, el tiempo que le dejaba libre su carrera de paleontólogo en La Sorbona, a escarbar en los libros, registros antiguos, legajos en iglesias… Una de sus principales fuentes de información fue la Biblioteca Nacional. Usó la línea paterna para ir retrocediendo de cien en cien años…

Encontró varios, pero siguiendo la línea parental, fue desechándolos, hasta quedarse con un tal Eric, muerto en 1347. Apenas había datos sobre él.

Pero le llamó la atención que, según el registro, viviendo como esclavo, murió libre gracias al documento firmado por su amo y señor Guillermo de Beaujeu, caballero templario.

Y a ese hallazgo le siguió otro. Que a su antiguo amo lo dieron por huido y, con probabilidad, murió en España, escapando de Felipe el Hermoso, por entonces rey de Francia. El Gran Maestre había confesado, bajo tortura, según los historiadores, todo lo referente a la Orden Templaria.

Pero lo que Felipe IV quería no lo encontró: su gran, su enorme tesoro de oro, joyas, reliquias, objetos de culto de alto valor y fórmulas secretas…

El tal Eric dejó escrito su procedencia al alistarse en el ejército real: Graus, en las tierras altas del Reino de Aragón.

Y él, Adrien, sacó sus conclusiones:

1 – Adquirió la libertad, allí, en Graus, o cerca.

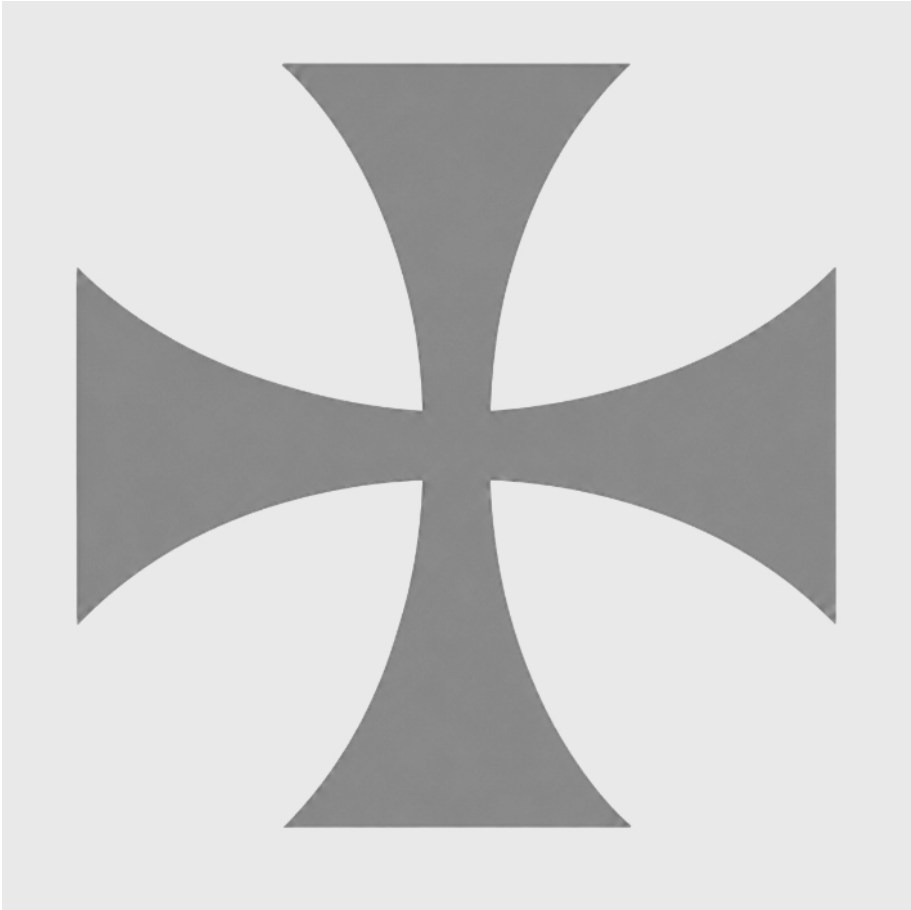
2 – La libertad se la dio su amo, que, por pura lógica, también estaba en el lugar.

3 – El templario llegó huyendo del Rey de Francia. Con seguridad, murió en algún lugar de la zona.

La pregunta que se planteó se la respondió él solo: ¿Para qué fueron a España?

¿Buscarían refugio en alguna Casa de la Orden? ¿Quizás querían entregar el tesoro que se les suponía? O parte de él… Durante años, soñó con ese tesoro. Y fue madurando la idea. Si pudiera, algún día visitaría aquella comarca, indagaría, averiguaría…

Y ese día, por fin, había llegado, una vez acabados sus estudios y el doctorado. También influyó el pequeño capital que heredó al morir su padre…



Martes

La rubia secretaria, tras golpear suavemente con los nudillos, abrió la puerta del despacho del director.

—¡Buenos días, Señora Pardo! ¿Qué tal durmió?

—Buenos días, Clarita… Caí redonda, hasta esta mañana a las ocho. No extrañé ni la cama ni eché de menos a mi marido —sonrió, amable—. Y tú, ¿descansaste bien? Te dio aprensión dormir en la 102, ¿eh?

La carcajada nerviosa de Clarita le confirmó que sí, que tuvo miedo.

—Pues sí que dormí bien. Jorge, el recepcionista de noche, me cedió el office que tienen para descansar. Y como nos acostamos tarde, la verdad es que tampoco extrañé ni la cama ni el lugar…

—Ahora le he dado entrada a la Caja de anoche del bar; ¡qué bárbaro, cómo bebieron! Y depositaron un capital en la caja fuerte… Pero, lo mejor, te lo perdiste, por abandonarme.

—¡Uy, Señora Pardo! No fue queriendo, no estoy acostumbrada a estar tantas horas de pie; se me descompuso todo el cuerpo. Y tan tarde… ¡Y cómo lo lamenté dejarla sola!

—Bueno, el equipo que atendió a los jugadores se comportó genial. Me imagino que les habrán caído buenas propinas. Y me alegro por ellos, trabajaron bien…

Miró en el cuaderno de notas que tenía sobre la mesa:

—Han avisado de los excursionistas franceses. No son sesenta como decían, sino ochenta. Tendremos que acomodarlos de dos en dos, quieran o no quieran. Ocuparán cuarenta habitaciones, con lo que, según mis datos, no quedará nada libre. Completo, siete días. Don Pablo se alegrará cuando se entere…

—Sí, mejor así. Me han llamado los parapsicólogos. Irán llegando a partir de ya; vienen de toda España y algunos de Portugal. Tú te

encargas.

—Ya he avisado al jefe de Comedor. Están preparando algunos aperitivos para los Antiguos Alumnos. ¿Le parece bien un poco de jamón ibérico, queso y cogollos de Tudela?

—A ver si después no van a tener apetito… Pero mejor jamón de Teruel. ¡Hay que hacer patria!

Clarita celebró la gracia de su jefa con una leve sonrisa.

—No creo… Además, el Cariñena y el Somontano abren el estómago… ¡Seguro que falta comida!

Ahora fue la señora Pardo la que soltó la carcajada.

Clarita, antes de abandonar el despacho, quiso resolver la incógnita que había deslizado su jefa:

—Me ha dejado intrigada… ¿Qué es lo mejor que me perdí…?

La señora Pardo, alzando la vista por encima de las gafas, le sonrió:

—La espléndida propina que dejaron para el personal… ¡El viernes te enterarás!



—Hola, buenos días, caballero. ¿Puedo atenderle en algo? —el encargado de recepción abordó al joven que se apoyaba sobre el mostrador cubierto de folletos publicitarios, guías, mapas y listados.

—¡*Oui, bonjour*! Verá, es que he estado buscando en internet y solo encontré este hotel. Quiero pasar unos días por aquí. Necesito una habitación.

—Un momento, porque me parece que no vamos a poder servirle…

—¡No, por Dios! Quiero aprovechar unos días que me han concedido, no me puedo volver… Y el hotel más cercano creo que está a 100 kilómetros… Por favor, inténtelo, se lo ruego… No me

importa lo que haya que abonar… Tengo que encontrar a un familiar…

—Me lo pone difícil… Espere un momento, lo consulto con la dirección… Siéntese, descanse, ahora le aviso. Si prefiere desayunar o tomar un café, está abierta la cafetería…

—Sí, eso voy a hacer. Ha sido un viaje muy pesado…

El empleado desapareció en la oficina abierta detrás del mostrador, acristalada, desde donde podían ver toda la planta baja y la entrada principal.

—¿Señora Pardo? Tengo un problema…



Enri terminó de ayudar a la camarera a poner en orden la habitación, aunque no le dio tiempo casi a usarla y había poco que hacer. Pero la empleada no consintió en quedarse sola. ¡Otra dominada por el miedo…i

Ya en el vestíbulo, se asomó a la oficina de recepción, donde el encargado revisaba fichas y cotejaba en el ordenador.

—A ver, ¿cuál es el problema?

—Tenemos cubierto todo lo disponible. Ya me comunicó Clarita que no son sesenta, sino ochenta los franceses que vienen. Y a propósito de franceses, ha venido un señor, joven y que, por el acento, diría que francés también. ¡Parece que se han puesto de acuerdo para venir todos a la vez…! Necesita una habitación sí o sí, tiene que hacer unas indagaciones sobre un familiar y quiere aprovechar unos días que tiene libre. No le interesa recorrer 200 kilómetros todos los días.

—Bueno, para hoy y mañana, resuelto. Sería para el jueves, ¿no es eso? Ahí tenemos el problema… —Miró en derredor, sin ver a nadie —. ¿Dónde está ese hombre?

—Está en la cafetería…

—¡Ajá! Voy para allá y, si me gusta su aspecto, le damos alojamiento. Y para el jueves ya veremos cómo lo resolvemos…

—Muy bien, señora Pardo. Lleva puesto un chaquetón de piel. No habrá otro igual, de unos veintitantos, moreno, y creo que lleva una camisa a cuadros. Es inconfundible.

—Vamos a verlo —y se dirigió a la gran puerta acristalada sobre cuyo marco se anunciaba CAFETERIA-RESTAURANTE.

De un rápido vistazo recorrió todo el salón. Algunos clientes ya tomaban su desayuno repartidos por las mesas, mientras otros elegían lo que iban a comer. Al principio no vio a nadie con chaquetón de piel; sí había un joven sentado a una mesa. Observando bien, descubrió la prenda de piel doblada sobre la silla contigua.

«De manera que ese es», se dijo. Se acercó al bufé, eligió un *croissant* que depositó sobre un plato y le pidió un café con leche al encargado de la barra.

Con el bollo en una mano y el café en la otra, buscó un lugar cercano al joven. Desde allí podía observarlo bien.

En apariencia, parecía normal. Perfecto, tenía cara de buena persona. Su aspecto, pese a ir vestido de manera informal, no desagradaba. Sí, se le daría habitación, y el jueves, Dios proveerá.

Por alguna razón que no llegaba a entender, creía que debía acoger a aquel hombre…

GRAUS, Reino de Aragón

Noviembre, 1307

A pocas leguas del semiderruido castillo y del caserío que conformaba el pequeño pueblo, los criados liberados decidieron separarse.

Tras un fraternal abrazo, y después de desearse suerte mutuamente, Eric Feraud emprendió el camino de vuelta a Francia. Intentaría llegar hasta París y trataría de encontrar caballeros Templarios supervivientes.

Por su parte, Antoine Le Brun se dirigió hacia el oeste, en busca de la Encomienda de Ponferrada. Ignoraba a la distancia que quedaría.

Con discreción, en las ocasiones que se detenía para adquirir víveres, preguntaba si por la zona había Casa del Temple. En todas partes los resultados fueron negativos. Pero eso no mermaba su fe en hallarla.

Sin apenas descanso, durmiendo bajo las estrellas o aprovechando alguna caballeriza, siguió avanzando a través del Reino de Castilla. Tampoco tuvo noticias de la Orden. La Encomienda de Segura de León había sido abandonada no hacía mucho tiempo.

Debido a las intensas nevadas, optó por pasar el invierno cuidando rebaños en las dehesas de Zamora, lejos de los territorios dominados por los moriscos.

Según su antiguo amo, allí sí había asentamiento templario. Pero durante los meses que permaneció de pastoreo, no descubrió nada; apenas podía alejarse de las ovejas y cabras que debía trashumar hasta la vega del Tajo. A pocas jornadas de su destino, sin saberlo.

Con la primavera, se adentró en Portugal y, desanimado por la falta de noticias de la Orden, decidió volver hasta donde dejó a su señor. Guardaría con él el tesoro oculto.

Pero sus deseos de volver fueron frenados por la enfermedad. Su cuerpo se debilitó hasta el extremo de que hubieron de llevarlo, atravesado en su caballo, desde la dehesa a un monasterio donde los monjes hospitalarios cuidaban a enfermos y ancianos sin hogar ni familia.

Pasó allí un año. En el verano siguiente, ya restablecido por completo, resolvió que era el momento de emprender la marcha hacia Graus.

Se encontró con el caserío agrandado: ya llegaban las casas de adobe y cañas hasta la colina, donde solo quedaban los restos del castillo. Y ni rastro del caballero Guillermo de Beaujeu.

Preguntando por el templario nadie supo darle razón. Ni de los monjes franciscanos. Habían desaparecido, abandonando el castillo que les servía de albergue y donde practicaban la Religión.

Sin fuerzas ni ánimos para seguir viajando, decidió asentarse en el lugar, que veía próspero. Buscaría trabajo, quizás encontrara una buena mujer que le diera muchos hijos. Y allí pasaría el resto de su vida…



En el hotel , **martes**

Enriqueta, temiendo su reacción, llamó a su marido.

—¿Juan? Hola, cariño… Tenemos cambio de planes. Dejo la habitación del hotel; mejor será que no vengas el viernes. Me van a acondicionar una cama en mi despacho, solo por unos días. Esto está a tope, no te puedes imaginar…

Al otro lado de la línea telefónica, Enri oía a su marido soltar exabruptos contra el hotel, el trabajo y Pablo, su viejo amigo. Lo dejó desahogarse.

—Solo me quedaré hasta el sábado. No te alteres. Son imprevistos… Anda, tranquilízate. Luego me llamas, ¿vale? Un beso, guapo —no le dio tiempo a que le contestara. Era buena persona, pero con un pronto…

Había encontrado la solución para el alojamiento del francés: la habitación 102. Recomendó a los empleados del servicio que evitaran cualquier comentario sobre los ruidos y movimientos extraños, no fuera que se asustara el hombre. No estaba el negocio para perder clientes. «¡Mucha discreción, chicos!», recomendó.

En su despacho disponía de un pequeño cuarto de aseo. Con eso y el sofá cama, se apañaría. Total, solo eran cuatro días.

———— ————

El joven francés estaba sentado en el salón, atareado con su ordenador portátil. No se dio cuenta de la llegada de la señora Pardo hasta que la sombra se proyectó sobre él.

—Perdone que le interrumpa, soy la directora. Quería comunicarle personalmente que hemos resuelto lo de su estancia. Se ha quedado

libre por un imprevisto una habitación-estudio, por lo que, si decide quedarse, está a su disposición.

El hombre se levantó, cerrando el portátil y depositándolo en la mesita, junto a varios cuadernos y bolígrafos.

—Hola, encantado, madame…

—Pardo.

—Pues me reitero: encantado, señora Pardo. No sabe cuánto se los agradezco. Es importantísimo para mí permanecer aquí. Sé que es el lugar y el momento adecuados.

—No tiene nada que agradecer, estamos para servir al cliente. Cuando guste, se pasa por recepción y cumplimenta la entrada. Espero que su estancia sea agradable. Buenos días.

—Ahora mismo voy. Muchas gracias otra vez.

Recogió el portátil y los cuadernos y lo guardó todo en una cartera de cuero marrón, ya gastada por el uso. Junto a él, una voluminosa maleta permanecía a la espera de ser transportada. La señora Pardo, antes de alejarse, hizo una señal al mozo que aguardaba junto a la puerta que, rápido, se hizo cargo del equipaje, acompañando al hombre.

Clarita la esperaba en su despacho.

—Bueno, la convención está en marcha. De momento no necesitan nada. Pero el comedor está dispuesto para recibir más de cien personas. He mandado llamar a dos camareros que libraban hoy; he tenido que convencerlos para que cambiaran el día…

—Don Pablo no sabe la joya que tiene aquí —la alabó—. Ya hablaré yo con él; te mereces un aumento.

—¡Gracias! Pero solo cumplo con mi deber. Aprecio mucho el hotel, a su dirección… y a su administradora…

La señora Pardo no tuvo más remedio que reír ante la respuesta de la secretaria.

—Anda, anda, cobista, que eres una cobista. Ya tenemos a un cliente en la 102, esperemos que los espectros y extraterrestres no nos lo asusten.

—¡Sí, que descansen una temporada, por Dios! O que se vayan a otra parte a asustar.

—Y, por cierto, es muy guapo el jovencito…

—A mí no me mire, que ya tengo novio…

Las dos mujeres rieron. Luego, Clarita se dirigió al vestíbulo para controlar el fin de la Convención y hablar con quien estuviera al frente. Le tenían preparados para picar y beber unos aperitivos sobre dos filas de mesas en el comedor de verano, que el otro estaba reservado para los Antiguos Alumnos. Algunos de estos andaban curioseando por el vestíbulo y los salones, formando alegres tertulias.

Enri tenía previsto bajar al pueblo a visitar a don Pablo, pero se le había echado el tiempo encima, así que prefirió llamarlo: la gripe seguía su curso. Fue su mujer la que atendió al teléfono. «Pablo se ha quedado dormido hace un rato. Pasó mala noche, se asfixiaba, tosió mucho. Parece que se va a morir; cómo son los hombres… Si ellos parieran…»

—Verdad, Rosa, un simple resfriado y parece que están en las últimas. Bueno, pues le dices que llamé, que no se preocupe por nada, que va el hotel mejor que con él aquí.

Colgando el teléfono, unos golpes en la puerta la hicieron volver al trabajo:

—Adelante…

El cliente francés solicitaba su atención. Traía bajo el brazo los cuadernos que le vio antes.

—Muchas gracias otra vez. La habitación es preciosa, con esa vista al jardín. Si tuviera que quedarme a vivir aquí, elegiría ese paisaje…

—Me alegro de que sea de su agrado. Y ahora, dígame en qué puedo ayudarle…

—Verá… —No esperó que se lo ofreciera y tomó asiento frente a ella—. Quería que me informara sobre algunas cosas. He preguntado en la recepción y me han dicho que usted nació aquí, que conoce el hotel desde que lo levantaron.

—Sí, en efecto, nací aquí y vi cómo lo construían. En realidad, ya existía, solo que no era hotel. Recuerdo de muy niña haber pasado por el camino que sube. Antes, le hablo de hace casi cincuenta años, estaba alejado de las primeras casas. Yo vivía en la otra punta del pueblo y la escuela a la que me llevaban quedaba justo ahí, a 100

metros —cerró los ojos rememorando la niñez—. Recuerdo que me asombraba por su grandeza, no grandeza de tamaño, sino de estilo.

Suspiró, melancólica. Revivía, ensoñadora, aquellos momentos en que se embelesaba mirando la casona, imaginando escenas románticas en su interior.

—Un palacio, con su escudo de piedra en la fachada y su balconada de mármol. Pero a los críos nos daba miedo pasar por aquí solos…

—Perdone, ni me he presentado: mi nombre es Adrien… Adrien Feraud. Vivo en París. Pero siga, por favor, me gusta esa historia. —Sacó un cuaderno y se dispuso a escribir.

La señora Pardo continuó con sus recuerdos.

—Poco más puedo decirle. Esta población ha crecido mucho en estos últimos años. Los viñedos atraen mucha mano de obra. Por si no lo sabe, tenemos denominación de origen…

—Buen vino, ya lo probé. Pero dígame, aparte de ese palacio, ¿recuerda si había alguno más? ¿En ruinas? ¿Sabe si por aquí hubo algún castillo?

—¿Qué busca? Yo no recuerdo más palacios y sí que oí hablar de un castillo. Pero desapareció. Y me hubiera gustado ver uno aquí… Le daría otro aire al pueblo…

—Si yo tuviera que buscar algo así, ¿a dónde me puedo dirigir?

—Puede ir a la notaría, hay dos. En la parroquia también tienen archivos de hace dos mil años. En el Ayuntamiento puede preguntar por esas edificaciones… Tenga en cuenta que las casas se derriban, se reconstruyen, cambian de aspecto…

—Sí, lo sé. Cuento con ello.

—Pero no me ha dicho qué pretende encontrar por estos lares.

—En realidad, no lo sé. He estudiado durante años la historia de los Caballeros Templarios. Y averigüé que, cuando aniquilaron la Orden, muchos miembros fueron presos y ejecutados. Pero algunos consiguieron escapar. Y con ellos, un inmenso tesoro.

Revisó uno de los cuadernos y después continuó:

—Uno de estos caballeros que escaparon llegó hasta aquí, camino de alguna encomienda templaria. Pero la pista se le pierde en este lugar…

—Habla usted muy bien el castellano.

—Gracias. Me gusta aprender; viajo de vez en cuando a Barcelona, al País Vasco. Bajé una vez a Sevilla. Tenía ganas de ver la Giralda. Soy un admirador de España. Han progresado mucho desde que adoptaron la democracia.

—Y ¿dice que ese Templario llegó hasta estas tierras?

—Por lo menos se sabe que llegó. En los archivos que estudié en París encontré a un antepasado mío, esclavo de este Caballero. Recibió la libertad con un escrito de su puño y letra, fechado en Graus, en las tierras del Reino de Aragón, a finales de octubre del año 1307. Este antepasado mío volvió a Francia, en concreto a París, su ciudad natal. Y allí rehízo su vida. Después de servir al Rey unos años, contrajo matrimonio y tuvo varios hijos. Murió en 1348. Se tienen sospechas de que el Caballero Guillermo de Beaujeu llevaba parte del tesoro de la Orden, con el encargo explícito de hacerlo llegar a Portugal o Ponferrada; no está muy claro eso.

La señora Pardo se mostró bastante interesada en aquella historia, por lo que le rogó que cuando tuviera más datos, se lo comunicara. Ya le había picado la curiosidad, y no quería dejar de saber el resultado de todas esas investigaciones.

—Así lo haré. Y no le robo más tiempo. Voy a bajar al pueblo, que me parece muy interesante, y veré todo lo que me dé tiempo a visitar.

—Vaya con Dios… ¡Y suerte!

Miró la hora en su móvil cuando el cliente cerraba la puerta tras de sí: hora de comer algo.

—Clarita, ¿me acompañas a almorzar?

La secretaria, al otro lado de la línea, aceptó la sugerencia.

—Te recojo de paso —concluyó la llamada y apagó el móvil.



La señora Pardo fue la encargada de recibir al Senador del Partido Aragonés y a todo su séquito de políticos, periodistas y simpatizantes del Partido.

En un extremo del pequeño escenario habían colocado una mesa, con una pila de libros. Si podía, una vez que finalizara el acto, haría que le firmara uno. No pensaba leerlo, pero por lo menos tendría un recuerdo.

Todo estaba a punto. A Enri no le gustaba la política, por lo que prefirió dar un último repaso a todas las instalaciones del hotel antes de finalizar su jornada de trabajo. Aunque, como no abandonaría el establecimiento, seguro que algún problema tendría que atender…

Se cruzó con Clarita camino de su despacho:

—Bueno, parece que todo va sobre ruedas.

—¡Sí! Gracias a Dios.

—¿Cómo te fue con los Antiguos Alumnos?

—¡Bien! Muy simpáticos todos. No han alborotado. ¿Y a usted con el político?

—Bueno… ahí están, soy apolítica, no me gusta nada. Creo que todos tienen dos caras. Cuando mandan y cuando están en la oposición. Ya hace tiempo que dejé de creer en ellos. En todos…

—A mí me pasa igual. Yo tengo mis ideas; mi novio me sonsaca a veces, pero más que nada para hacerme rabiar. Y al final, el que rabia es él.

Enri le dedicó una sonrisa.

—Bueno, me iba a poner a trabajar, pero antes me voy a dar un paseo para relajarme por el jardín. Si me necesitas, me das un toque. —E hizo un gesto con la mano como si tuviera el teléfono en la oreja.

—Vale. Yo me quedo por aquí.

Se separaron, cada una camino a sus respectivos objetivos.

Enri salió y buscó el sendero que la llevaría al jardín privado del hotel, justo donde tenía su ventana y una pequeña terraza la habitación 102.

Se preguntó qué habría averiguado el francés. Estaría bueno que diera con el tesoro escondido. O por lo menos con el rastro del Templario. Eso daría notoriedad a la zona y atraería gente…

Ensimismada en estos pensamientos, oyó que la llamaban:

—¡Señora Pardo! ¡Señora Pardo!

Se giró y vio venir apresurado al joven francés, ¿cómo se llamaba…? ¡Ah, sí! Adrian… no, Adrien, eso es.

—¡Hola, señor Feraud!

—Llámeme Adrien, por favor —le dijo cuando la alcanzó.

—Y yo soy Enri, no se olvide. —Ambos rieron—. ¿Ha averiguado algo?

—No se lo va a creer… He estado en todos los sitios que me dijo; ahora vengo de la notaría. Y tengo una sorpresa que darle…

Enri lo animó:

Si es buena, ya me lo puede ir diciendo. Y, si es mala… ¡también!

—…Pues… es que —parecía titubeante— no sé cómo decírselo… En fin, ahí va: según lo que he visto y he podido leer, dado la antigüedad de los documentos, existió un tal Antoine Le Brun, asentado en estas tierras sobre 1311; es la primera fecha que encontré.

—¿Y…?

—Le Brun, traducido al castellano, es marrón… Y este Le Brun se casó. En el acta de matrimonio que encontré en la parroquia, hizo constar como apellido… MARTOS. Imagino que Marrón no le parecía buen apellido para sus herederos, o alguien le cambió el significado…

—Me suena ese apellido…

—Y hay más —la interrumpió Adrien—. El tal Le Brun, por motivos que no descubrí, demostró que era un hombre libre aportando un documento firmado por… ¡Guillermo de Beaujeu!

Enri se quedó muda. Dejó pasar unos segundos, asimilando lo oído.

—¿Está seguro de todo eso que dice?

—Sí, me costó trabajo encontrar el nexo, pero lo conseguí. Llegaron aquí con el Caballero Templario, y por alguna razón que se nos escapa, fueron liberados. Del amo no hay ni un solo vestigio. Ni rastro que pueda llevarnos a algún punto. Nada…

De pronto, se le quitaron las ganas de pasear.

—Vamos dentro, si no le importa, empieza a refrescar.

Y sin esperar respuesta, dio media vuelta buscando el acogedor ambiente del hotel.

Durante el corto trayecto no intercambiaron más palabras. Conforme caminaba, iba pensando en el apellido. Le era conocido; pero así, al pronto, no lo relacionaba. Le fue dando vueltas en la memoria, intentando recordar…

Al entrar al vestíbulo, muy animado por los asistentes al acto político, los Antiguos alumnos y los que no se habían marchado de la convención, quedaron un momento desconcertados ante tanto bullicio.

—Si no le importa, voy a mi habitación a ducharme y cambiarme de ropa. Después iré a cenar si está ya abierto el restaurante.

—Muy bien. Yo voy a la secretaría…

De pronto, cayó en la cuenta: ¡Clarita! ¡Clarita *MARTOS*!

—¡Adrien! ¡Adrien! —le llamó antes de que se perdiera entre los grupos, camino de la recepción.

Este se volvió, con cara de susto:

—¿Pasa algo? —esperó a que llegara a su lado la señora Pardo.

—¿Qué si pasa? Ya recordé quién lleva ese apellido —hizo una pausa para darle solemnidad al anuncio—. ¡Mi secretaria, Clarita!

—¡Ah, sí! Esa *madeimoselle* tan guapa que está siempre a su lado. ¡Qué sorpresa!

—¡Ajá…! Vaya, vaya a ducharse. Lo espero en el comedor a las ocho; le pediré a la chica que me acompañe…

Puntuales, se reunieron en el restaurante los tres. Enri se había adelantado unos minutos, que aprovechó hablando con el jefe de comedor, inquiriendo detalles de cómo había transcurrido el día, con tanto ajetreo.

Según el empleado, todo perfecto. Pero sería ella, por la mañana cuando pasara los apuntes a la contabilidad, la que diría si fue perfecto o no. «De todas formas, le felicito por el trabajo».

Clarita y Adrien llegaron juntos, hablando muy animados. Al verla en un rincón, con la mesa ya preparada, se acercaron. El hombre, demostrando su educación, retiró la silla para que la joven secretaria tomara asiento. El detalle no se le escapó a Enri, que guiñó un ojo a la chica. Esta se ruborizó, arreglándose la falda del uniforme con la cabeza baja para disimular. La señora Pardo le agarró la mano en señal de aprecio, sonriéndole.

—Bueno, como soy la de más edad y además soy la jefa, invito yo.

Sin poner mucho énfasis, iniciaron una protesta los dos jóvenes que callaron al ver el gesto autoritario de Enri.

Una vez encargada la cena y, a la espera del servicio, mientras degustaban unos aperitivos y una botella de Somontano, fue ella la que inició el tema:

—Adrien, ponga en antecedentes a Clarita. De todo, lo que sepa, lo que crea y las hipótesis.

—Con mucho gusto… Verá, señorita…

—¡Ah, no! Si a la señora Pardo la llama por su nombre, a mí también. Y me puedes tutear.

—Me parece bien, encantado, Clara…

—Clarita, mejor —lo interrumpió ella con una sonrisa angelical.

—Pues Clarita. Sí, me gusta Clarita, más familiar, más íntimo —terminó con un gesto complaciente.

Y a continuación fue relatando de manera sucinta los pasos que había seguido desde que se enganchó a la Historia de los Templarios, allá en París, haciendo hincapié en su idea de que allí, en Graus, estaba el final de la Historia.

Terminó dando cuenta de la investigación que había llevado a cabo durante la mañana y tarde en diversos archivos, tales como la Iglesia, el Hospital, el Ayuntamiento y la Notaría.

Dejó para el final el descubrimiento del apellido:

—En resumen, Eric Feraud volvió a París, donde murió, y Antoine Le Brun volvió a Graus, donde murió… pero bajo el nombre de Antoine… Martos.

Tanto Adrien como Enri estaban pendientes de la reacción de Clarita. Esta, con la copa de vino dispuesta a dar un sorbo, casi derrama el líquido del respingo que dio.

—¿Quiere decir…? ¿Quiere decir que soy descendiente del criado de un Templario?

—En realidad, ya no era criado. Era un hombre libre.

—Ya, ya, eso es lo que quería decir, me ha pillado de sorpresa. Entonces, ellos conocían, sin saberlo, dónde podría estar oculto el tesoro. Porque el amo no ha aparecido, ¿no?

—*En effet*, es el eslabón que nos falta…

La señora Pardo decidió intervenir:

—Dejemos la charla y vamos a comer. Buen provecho…

Sin más, salvo algún cumplido a la comida y al vino, dieron cuenta de una excelente cena…

Miércoles

El insistente repiqueteo del teléfono que, sobre la mesa, hacía vibrar los clips y bolígrafos, terminó por despertarla. Aún no había amanecido a juzgar por la oscuridad reinante.

Cuando consiguió incorporarse, cesó el campanilleo del aparato. Esperó unos segundos y luego fue a encender la luz. Miró el reloj: las seis cuarenta y cinco. No le había encargado a nadie que la llamara. Su despertador sonaría en una hora. Se disponía a apagar otra vez y volver al sofá cama cuando el teléfono volvió a sonar.

—Diga, Jorge, ¿qué ocurre? —la llamada provenía de la línea interior del hotel.

—Buenos días, señora Pardo, perdone que la haya molestado. Ha llamado el cliente de la 102 muy alterado, pidiendo que la avise. Quiere que vaya lo antes posible. ¿Le acompaña algún vigilante, por si acaso?

—No, Jorge, gracias, yo me ocupo. De todas maneras, permanece atento, por si las moscas. Envía a uno, pero que se quede por el pasillo, sin acercarse.

Una vez vestida con el traje azul, uniforme del hotel, se dirigió a la habitación de Adrien, situada en el ala este del edificio. Solo tenía que recorrer un pasillo en forma de L de unos cincuenta metros.

Llamó en la madera con los nudillos, con suavidad, aunque cerca no había clientes durmiendo. Miró hacia el hombre que quedaba apostado en el recodo y levantó el pulgar.

La puerta se abrió y en ella apareció Adrien, en pijama. Despeinado, con la cara desencajada, no parecía el mismo joven agradable de ayer.

—¿A qué viene tanta urgencia?

—¡Pase, pase, por favor! —se apartó a un lado para que penetrara en el pequeño hall del estudio.

Luego de cerrar la puerta, se enfrentó a Enri y, con nerviosa voz, le dijo:

—¡Ha ocurrido algo inexplicable! Mire —y tomó una hoja de papel, arrancada de uno de los cuadernos que aparecían esparcidos por el suelo.

Había un olor extraño en la habitación, como de humedad. Eso hizo que Enri se estremeciera de forma involuntaria, arrugando la nariz.

—Anoche, después de cenar, me quedé aquí un buen rato, repasando mis apuntes, tratando de hilar el asunto. Lo dejé todo bien ordenado y me acosté; no era ni la medianoche.

Se acercó a la mesilla de noche y bebió agua del vaso que allí tenía.

—La tormenta me ha despertado hará como una hora…

—¿La tormenta? ¿Qué tormenta? No he oído yo nada —se acercó a la ventana y, descorriendo el visillo, le mostró al nervioso cliente el cielo azul, despejado de nubes, anunciando un día luminoso—. Lo habrá soñado; quizás ha tenido una pesadilla por cenar mucho…

—Y también he soñado el desorden que hay, ¿no? ¿Y qué me dice de esto? —le puso el papel ante la vista:

«*LA DAMA DE CABELLO DORADO ESTARÁ CON VOS EN LA SEGUNDA LUNA*»

Los trazos parecían inseguros, con la caligrafía de alguien que tuviera dificultad para escribir.

Incluso una esquina de la hoja estaba manchada con un cerco, con indicios de haberse mojado.

Enri no sabía qué decir.

Contemplando el papel, pensó en las veces que le habían hablado de las cosas extrañas que sucedieron en aquella habitación. Y resultaba que tenían razón los rumores. ¿Qué significado puede tener? La rubia dama… ¿A quién se referirá?

—La segunda luna puede ser la segunda noche, es decir, el jueves —comentó Adrien, quien ya se había tranquilizado lo suficiente como para poder entablar una conversación normal—. En cuanto a la dama de cabello dorado… ¿Usted?

—Yo soy medio rubia… Convendría no hablar de esto con nadie —advirtió Enri—. Sería alarmar al personal y lo que es peor, a la

clientela. De momento, quedará entre nosotros.

—Sí, pierda cuidado. Y yo preferiría dormir en otro lugar, si no le importa…

—Lo arreglaremos. Pero, volviendo al asunto, ¿puede explicarme lo de la tormenta?

—Yo estaba dormido, o creía estar dormido. Ya no sé ni cómo estaba. Hubo varios relámpagos y truenos. Yo me tapé la cabeza, eso lo recuerdo… Y nada más. Puse el despertador a las seis, me gusta correr un poco antes de comenzar la jornada. Y cuando encendí las luces, vi el caos —señaló a su alrededor.

Enri miró también. Los cuadernos, algunos abiertos, diseminados por el suelo, uno de los sillones desplazado hacia un rincón. En el otro, una gran mancha oscura resaltaba sobre el colorido de la cretona del asiento.

Se acercó y con cuidado pasó los dedos sobre la mancha.

—Está fresca aún, lo que sea. Pero huele fatal, a humedad, a putrefacto… Es desagradable el olor.

Adrien fue oliendo por todo el saloncito, por el dormitorio… hasta el cuarto de baño olió.

—En todos lados huele igual.

—Habrá que ventilarlo bien. Con este olor no creo que puedan ni quieran entrar a arreglar nada. Lo tendremos que hacer nosotros.

—Primero me visto y tomamos un café que me anime. Necesito reactivarme…

—Sí, yo también lo necesito. Cuando llegue Clarita, le pediré que nos eche una mano; ella es muy apañada.



Entre los tres, recuperaron el aspecto y el clima normal de la habitación. No quedaba ni rastro de humedad ni de mancha. Adrien se lo pensó y decidió quedarse en ella; así, lo que tuviera que pasar, quería verlo. Para eso había viajado hasta aquí.

Por parte de Enri no hubo inconveniente, aunque no sin advertirle que el hotel no se responsabilizaría de daños materiales. A no ser que suscribiera una póliza. Aceptó, sin más. Él lo asumía. Luego arreglaría lo del seguro.

Las dos mujeres lo dejaron repasando sus notas y poniendo en orden sus ideas.

Ya en su despacho, la señora Pardo se interesó por la agenda del día:

—¿Qué tenemos para hoy? ¿Algún acto?

—De momento, nada. Convendría que hablara usted con los de lavandería. Parece que tienen problemas con las máquinas. Llevan unos días que tardan más de la cuenta en enviar la ropa para renovar.

—Bueno, ahora bajaré. ¿Qué más?

—Luego le paso la nota con las horas que echaron ayer los dos camareros que tuve que llamar.

—Bien.

—Y de momento, eso es lo que hay… A ver qué tal resulta el día… Porque, por lo que contó Adrien, bueno, el señor de la 102… ¡Pobre hombre! Qué susto se ha llevado.

—¿Ya le tienes confianza? —le sonrió mientras le hacía un guiño.

—Es muy simpático. Pero esta mañana estaba asustado de verdad… Es que es muy fuerte, despertarte en esas condiciones… A mí me pasa, y me muero del susto.

—Fíjate, yo, con tantos años aquí, y nunca creí en nada de eso. Es increíble… He estado dándole vueltas al papel… ¿No se referirá a ti?

—¡Qué dice! ¿Piensa que yo voy a estar mañana por la noche ahí esperando? Ni loca. Tendrían que atarme… No, no.

—Clarita, eres dama y rubia, y preciosa. Yo ya soy mayor; ¡mujer!, hace unos años no estaba mal, pero mi belleza ahora es interior —acompañó la frase con risas que contagió a la secretaria.

—¡Qué va, doña Enriqueta! La que tuvo, retuvo; todavía está de buen ver…

—¿Tú crees que…? ¡Y no me llames Enriqueta!

Clarita afirmó con la cabeza, mientras la señora Pardo ponía la vista en el techo, suspirando.

—Vamos a hacer una cosa: mañana estamos las dos con Adrien, y que el del papel elija. ¡ala! Resuelto. Pero es que, además, tú formas parte de la historia; recuerda tu ascendencia…

—De aquí a mañana, lo pensaré. Y si no me necesita, voy a trabajar, que quiero pasar por las cocinas.

—Vete. Pero ni media palabra a nadie ¿estamos?

Cuando se quedó sola, Enri se puso a meditar en lo ocurrido. Nunca hubiera podido creer que algo o alguien viniera del más allá a entretenerse en mover sillones, o encender y apagar la televisión, o descorrer cortinas… y todo en un mismo lugar.

Pero lo sucedido a Adrien parecía cosa de ciencia ficción.

Y un cosquilleo le subió por los pies hasta el estómago… Todavía le quedaba, a ella, a Clarita y al francés, una experiencia que comenzaba a inquietarla.

Mejor ni pensar en ello hasta que llegara el momento.

A través de la centralita, pidió que le pasaran con la 102.

—¡Enri! —la voz sonó calmada—. Ya estoy más tranquilo. Ahora iba a ir a buscarla. Le quería pedir que me acompañara; quiero recorrer los alrededores y su información me vendría bien. Y si Clarita pudiera acompañarnos…

—Yo puedo, pero ella tiene trabajo. Bastante la vamos a involucrar. Dejémosla que haga sus cosas. Lo espero en el vestíbulo en media hora…

Cuando colgó, se fue al cuarto de baño y, ante el gran espejo, estudió aquel rostro, sin arrugas, con gesto siempre amable, sonriente, y aquel cuerpo todavía esbelto, todo bien puesto en su sitio. «Doña Enriqueta, todavía está usted de buen ver».

—¡Pues claro, chica!, nada que envidiar a una de veinticinco.

En algún lugar de Madrid

Febrero 2024

Con unos suaves golpes sobre la mesa, requirió silencio.

—Caballeros, ha llegado la hora de actuar.

Quien habla, un hombre alto y delgado, con una cabellera blanca bien recortada y peinada, preside la larga mesa alrededor de la cual se sientan doce hombres.

—Nuestro colaborador en París confirma las noticias. La pista que conduce al objetivo la tenemos gracias a su observación. El señor Dupont tiene la palabra.

A la derecha del presidente, se levanta un hombre de mediana edad, delgado, de espeso bigote, vestido con un elegante traje gris:

—Muchas gracias, señor Artigas —saluda al presidente y luego dirigió la vista hacia los demás—. Bien —hace un pequeño carraspeo para aclarar la garganta—. Como sabrán, llevamos tras este asunto algunos años. Yo mismo me encargué de él. Tuvimos un aviso hace unos meses sobre alguien que estuvo investigando acerca del destino final de nuestro Caballero y su preciada carga. Gracias a este aviso, adquirimos la certeza de que podríamos obtener un gran triunfo para nuestra causa.

Tras una breve pausa, que aprovecha para tomar un sorbo de agua, continúa:

—Un joven universitario… —mira unas cuartillas que tiene sobre la mesa—… Adrien Feraud se dedicó durante meses a rebuscar en archivos y documentos. Con seguridad, iba buscando otra cosa, pero…

—Pero dio con la pista de Guillermo de Beaujeu y el tesoro, o una parte del tesoro más bien —le interrumpe el presidente.

El hombre del traje gris hace un gesto imperceptible de disgusto por la interrupción. Pero continúa con su exposición:

—El tal Feraud reservó pasaje para España, en concreto para Barcelona. Le hemos seguido el rastro hasta Graus, en Aragón. Allí encontró alojamiento en el único hotel que existe en la zona. ¿Es casualidad? Como comprenderán, ahora está bien vigilado. No lo hemos perdido de vista ni un segundo. Sabemos que ha hecho pesquisas por el lugar por uno de nuestros socios, que permanece vigilando.

Toma aire y continúa:

—Por desgracia, lo digo por nuestro vigilante, el hotel está completo desde hace unos días. Pero para el jueves, tendremos un par de hombres infiltrados. Un grupo de viajeros franceses arribará a la ciudad y, entre ellos, estaré yo.

Vuelve a sentarse y es ahora el hombre que preside la reunión, irguiéndose en su asiento, quien hace uso de la palabra:

—Si nuestras sospechas son ciertas, estamos en el buen camino para hacernos con el tesoro escondido por Guillermo de Beaujeu. Sabemos que la Nueva Orden anda tras él. Quieren recuperar su antiguo poder, pero nosotros lo vamos a impedir. Si conseguimos apoderarnos de esas riquezas, al igual que las que hay ocultas en París, ¡seremos los dueños del mundo…!

Un murmullo de aprobación se va extendiendo alrededor de la mesa, seguido de un tímido aplauso primero, y un fuerte batir de palmas después.

—¡La Hermandad de los Hijos del Universo dominará el mundo! Acabaremos con el populismo reinante, las dictaduras y los gobernantes corruptos. ¡Por la Hermandad!

Mientras lanza la proclama, uno de los asistentes ha sacado de un mueble frigorífico varias botellas de champaña francés y copas y lo reparte entre los asistentes.

—¡Brindemos!

Todos alzan la copa al grito de ¡*Por el Universo*!

En el hotel, miércoles

Después de pasarse por la lavandería, donde le informaron de que una de las máquinas fallaba, pero que «estamos en ello, en un par de días todo solucionado», subió al vestíbulo. Allí ya le esperaba Adrien, en animada charla con Jorge. Mientras avanzaba a su encuentro, lo estudió:

El francés, vestido con ropas que denotaban a la vista su sencillez o su escaso capital, o ambas cosas, era más bien alto. No guapo, a su

entender. Pero simpático sí que lo parecía; según Clarita, muy simpático y atractivo.

Su cabello parecía reñido con el peine. «Quizás con el susto, se le olvidó peinarse», pensó. Y una sonrisa se le vino a la boca.

—Bueno, lista, a su disposición —le dijo, intentando disimular su crítica mirada.

—¿Tiene coche? —pareció ignorar su burlona sonrisa.

—¡Caramba! ¿Dónde quiere ir? No puedo alejarme mucho.

—Al Registro de la Propiedad. A Barbastro.

—Vamos, lo tengo en el aparcamiento. Pero no puedo estar mucho tiempo fuera. Espere un momento, que llamo a Clarita y se lo digo.

A través del móvil, le comunicó a la secretaria su salida, dejándole el encargo de que la llamara si sucedía algo. «Váyase tranquila» fue la respuesta.

Ya en el automóvil, la señora Pardo le preguntó, curiosa, qué es lo que quería en el Registro.

—Quiero ver datos de solares y edificaciones muy antiguas. A ver hasta dónde podemos retroceder en el tiempo.

Enfrascada en la conducción, Enri no se percató del automóvil que circulaba tras ella. Y Adrien, ensimismado en sus ideas, menos.

En la puerta del Registro, el francés se apeó y Enri permaneció en el vehículo.

—Voy a aparcarlo, si encuentro sitio. Tiene mi número, me da un toque si me necesita.

—Bien, de acuerdo. Procuraré no tardar.

—Tenemos un par de horas. ¿Será suficiente?

—Espero que sí. Hasta luego —y se adentró en el edificio.

Al cabo de una hora, recibió Enri por el móvil el mensaje de que ya había terminado. Le contestó que pasaba por la puerta en dos minutos, que estuviera pendiente.

Así fue. Allí estaba, en medio de la acera, esperando. Tocó el claxon acercándose, frenando justo a su lado. Enseguida se acomodó, estirando cuanto pudo las piernas.

—Ya estaba cansado. Después del madrugón, el susto y estar de pie, me ha dado lumbago.

La señora Pardo no pudo por menos que sonreír.

—Bueno, ¿y ahora?

Sacó un papel doblado del bolsillo de la camisa y lo extendió sobre sus rodillas.

—Usted no se distraiga, no vayamos a tener un percance; yo se lo explico. Siguiendo las acotaciones y las notas que estudié, me he preparado este mapa, un poco rústico, pero que a lo mejor nos sirve.

Pero la curiosidad triunfó: Enri buscó una zona donde estacionar, para así poder examinar el mapa.

—A ver…

—Mire, esta cruz es el ayuntamiento —señaló en el centro del improvisado mapa—. Desde aquí hasta más o menos aquí es construcción nueva. Bueno, nueva a partir del 1500 más o menos. Antes era predio, campos de viñedos. Siguiendo la línea de puntos que tracé se llega a una colina, donde se alzaba un castillo.

Enri miraba, todavía sin ver a dónde quería llegar Adrien.

—Según entiendo, este castillo estaba donde ahora está edificado el hotel, metro más metro menos. No tengo la más mínima duda.

Sorprendida, la señora Pardo fijaba la vista en el punto x, intentando ver un castillo.

—Esta parte de Aragón sufrió muchos ataques de los musulmanes. En 1305 o 1306 sufrió uno de los peores: arrasaron el pueblo, incluido un monasterio franciscano… y el castillo.

Respiró hondo.

—Vaya… Pero eso, ¿está claro? ¿No hay dudas?

—En realidad, es una hipótesis. Pero me parece que es la que más se acerca a la verdad…

Enri volvió a poner en marcha el vehículo, sin decir palabra. Una vez incorporados al tráfico rodado, habló.

—Debo volver al hotel. ¿Se viene o lo dejo en algún sitio?

—¡Sí, sí! Regreso. Quiero trabajar con mis notas, el mapa y el ordenador. Algo sacaré en claro. Y sentado cómodamente, que lo necesito.

—Muy bien. Cuando lo tenga, me avisa. Está interesante el asunto… Tómese un calmante.

Jueves

La secretaria parecía eufórica.

—¡Señora Pardo! Buenos días. Ya están entrando los franceses. ¡Nos invaden! ¡Socorro! —la voz de Clarita en el auricular denotaba alegría.

Para ella era una gran satisfacción ver el hotel completo, y lo demostraba. Y era de agradecer su entusiasmo. «Buena chica. Es competente».

—¡Buenos días! Bien. Si me necesitáis, enseguida estoy fuera.

—De momento va bien la cosa. No se preocupe. Ya estamos empezando a repartir las habitaciones. Se muestran comprensivos. Muchos hablan español.

—Estupendo, así será más fácil. Yo voy a desayunar con Adrien, hemos quedado para ir preparando el asunto para esta noche… ¿Te apuntas?

—¡Uy, qué nervios! ¿Para qué me lo recuerda? ¿Tardan mucho?

—No, cinco minutos.

—En la recepción estoy. Los espero.

Cuando Enri y Adrien llegaron al gran vestíbulo, les sorprendió el ir y venir de hombres y mujeres, maletas y carritos metálicos cargados de equipaje.

—¡Vaya ambientazo! —exclamó Adrien.

—No está mal. Tuvo usted suerte de que la 102 se quedara libre. Como ve, no le engañamos.

—Sí, no lo puse en duda…

Buscaron entre tanto movimiento de personal la rubia cabellera de Clarita. Por fin, la vieron entre la marea ondulante de cabezas, regalando su sonrisa a unos y otros.

Enri levantó una mano intentando que la viera, sin suerte.

—Yo voy a buscarla, no se preocupe —se ofreció el francés.

—Bien, aquí me quedo.

Adrien se adelantó, metiéndose de lleno en el maremágnum de hombres y mujeres, conversaciones en francés, mezcladas con español, y equipajes.

Casi alcanzando a Clarita, a la que ya veía completa, una mano en el hombro lo detuvo.

—¡Qué casualidad!

Al volverse, se encontró con un hombre de mediana edad, tan alto como él, con gorra de golfista, que le sonreía de forma abierta…

Enri lo observaba desde lejos. Había sorpresa en su rostro. «Alguien conocido» pensó.

Tardaron unos minutos en volver Clarita y el francés, y ya en dirección a la cafetería le preguntó por el encuentro.

—Conocí a ese hombre en la Biblioteca *François-Mitterrand*, en París. Nos vimos varias veces allí; él también estaba interesado en el mismo tema que yo. ¡Qué pequeño es el mundo! Dice que acompaña a su madre, que le pidió el favor y que, como está recién jubilado y tiene tiempo, no le importó.

—Así tienes con quien hablar en francés, para que no se te olvide —terció Clarita.

—Yo… preferiría hablar contigo.

Enri miró a Clarita, miró a Adrien y sonrió.

—No, si verás, si aquí tenemos un romance…

—¡Señora Pardo, por Dios! Qué cosas se le ocurren —protestó la secretaria, enrojeciendo.

Tras dar rápida cuenta del desayuno, volvieron al vestíbulo, ya más tranquilo. Clarita se adelantó a hablar con el recepcionista, ocupado en repartir llaves.

Enri se disculpó con Adrien y también se acercó al mostrador:

—¿Algún problema?

—No, señora, todo en orden. Estaban avisados de que tenían que compartir habitación y ya venían preparados. Cada oveja con su pareja, como se suele decir —fue el recepcionista quien contestó.

—Muy bien. Clarita, luego te pasas por mi despacho. Dame un par de horas para pasar los apuntes de Diario. Tengo dos mil facturas pendientes.

—¡Qué exagerada! —Clarita no pudo por menos que reír—. De acuerdo. Luego me paso.

La señora Pardo se disponía a abandonar el vestíbulo en dirección a su oficina cuando se volvió a encontrar con Adrien, quien hablaba con el hombre que lo saludó antes.

—¡Señora Pardo, Enri!

Enri se acercó a los hombres:

—Señor Feraud, dígame.

—Le voy a presentar a un amigo de París. *Monsieur* Alain Dupont.

«Tiene nombre de encendedor», fue su primer pensamiento.

—Encantada, señor Dupont, espero tenga una feliz estancia entre nosotros. Si necesita algo, no dude en pedirlo. Si está en nuestra mano…

—Mucho gusto, *madame*. Ya me ha dicho el amigo Adrien que es usted la directora.

—En funciones. El director está de baja laboral —aclaró—. ¡Habla muy bien español!

—¡Sí! Pasé algunos años en Madrid, a donde viajo con cierta frecuencia… Gracias por el ofrecimiento. Tienen ustedes un sitio privilegiado. Y unas instalaciones perfectas por lo que he visto.

—Gracias. Todas a disposición de nuestra selecta clientela. Y, si me disculpan, tengo que trabajar un poco. Hay que ganarse el sueldo… Para que luego no me pidan explicaciones.

Los hombres sonrieron, comprensivos.

Antes de separarse, Adrien le recordó que tenían pendiente una reunión. Después del almuerzo. Enri afirmó y se marchó, mientras los dos franceses se dirigieron hacia la puerta de salida.



A las 5 de esa tarde, Enri y Adrien se encontraron en la puerta del despacho-dormitorio de la Administradora.

—Ya me he permitido llamar a Clarita. Le he rogado que no nos deje solos.

—Muy bien, Adrien. Se nota que hacen ustedes buenas migas. Me alegro.

En efecto, la secretaria los aguardaba en el vestíbulo.

—Vamos a tomar un café. Invito yo —se adelantó el francés.

Y encaminaron sus pasos hacia la Cafetería, que presentaba un aspecto inusual, casi sin un hueco para poder acercarse al mostrador.

—¡Vaya! Mejor nos damos un paseo hasta el pueblo y lo tomamos allí —Enri se frotaba las manos pensando en la recaudación.

—Por mí, no hay inconveniente —Clarita aceptó.

Al joven francés no le quedó otra.

Al salir, se toparon con el hombre al que saludaron por la mañana. Iba acompañado por una mujer de edad avanzada:

—¡Buenas tardes! ¿Huyen ustedes? —acompañó el saludo con una amplia sonrisa—. Miren, les presento a mi señora madre. Mamá, la señora es la directora, la joven es empleada del hotel. Y él es amigo de París.

La señora les sonrió, y los tres, con cortesía, la saludaron.

—Habla español, los entiende. Amigo Adrien, tenemos que sentarnos a charlar sobre nuestro tema favorito… —miró a las mujeres y terminó la frase—: los templarios.

—Sí, Alain, luego hablamos un rato. Vamos ahora a tomar un café por ahí fuera, que las señoras están agobiadas con tanto jaleo aquí dentro.



Abandonaron el hotel y, en el automóvil de Clarita, partieron colina abajo, en dirección a la primera cafetería que encontraran.

—¿El plan para esta noche? —Fue Enri quien abrió fuego.

—Yo tengo que avisar a casa de que voy a volver tarde.

—Clarita, te quedas en el office. Ya hablaré con Jorge luego —Enri no le dio a tiempo a la secretaria de buscar excusa—. Por la cena, no te preocupes.

—¿Y qué le digo a mi novio?

—Que se ha puesto enfermo el jefe del Departamento de Animación y tienes que sustituirle. Mira qué solución te busqué —ahora fue Adrien quien le cortó la salida.

—Me estáis llevando el gato al agua entre los dos. Pero, cómo me pase algo, los hago responsables.

—Clarita, en el parte de trabajo te voy a poner como horas extras, así estás cubierta. ¿Te parece?

A regañadientes, la secretaria no opuso más resistencia. A las 10 de la noche, se reunirían los tres en la habitación 102.

—¡Y que sea lo que Dios quiera!

—¡Amén! —contestaron a dúo Enri y Adrien.

Se miraron los tres y rompieron a reír…



La habitación estaba en penumbras. Enriqueta Pardo, Clarita Martos y Adrien Feraud ocupaban uno de los sillones, nerviosos y en silencio, esperando el momento decisivo.

Hoy era el día y, ya mismo, la hora. No sabían ni el cómo ni el cuándo recibirían la supuesta revelación, si es que la había…

La luna, curiosa, asomaba por uno de los ángulos de la ventana. Quería ser testigo de lo que aconteciera.

Solo el sonido de las respiraciones, delataba la presencia de las tres personas…

Eran las veintitrés cincuenta y nueve cuando un rumor sordo de tormenta se aproximaba. Los dos jóvenes dirigieron la vista hacia la ventana, escudriñando el oscuro exterior. Solo la esfera lunar lucía tras los cristales.

—¡Bueno! A ver qué pasa… —La noche se había presentado clara, con una luna inmensa, redonda, dando vida al jardín que se vislumbraba a través de los cristales. Una suave brisa hacía mecer las hojas de las palmeras. Enri carraspeó, aclarándose la garganta.

—¡Tengo miedo! —Clarita apretó con fuerza la mano de su jefa, sentada en el brazo del sillón. Adrien, en el otro brazo, le puso una mano en el hombro, y con la otra asió la de la secretaria, intentando insuflarle fuerzas.

—No va a pasar nada, tranquila —la animó con voz suave. Apretó la mano y ella le devolvió una tímida sonrisa.

Enri no dejaba de mirar en derredor, tratando de descubrir señales: todo estaba normal, cada cosa en su sitio, ningún ruido extraño. Un silencio total reinaba en la habitación…

De pronto, la mano de Clarita apretó tan fuerte que la asustó. Miró a la secretaria: sus ojos abiertos parecían querer salirse de sus órbitas. La boca abierta, como queriendo gritar…

Miró a Adrien: tenía la misma expresión que la chica.

La temperatura había bajado de forma drástica. Sintió frío. Un estremecimiento recorrió su espalda al percatarse de los regueros de agua que resbalaban por las paredes, haciendo surcos hasta llegar al suelo. Miró hacia la ventana, que permanecía cerrada. Fuera, la noche seguía serena. La luna había desaparecido.

Aquel olor desagradable, que comenzaba a inundar el ambiente de la habitación, se hacía más penetrante.

Los dos jóvenes estaban inmóviles, la respiración agitada. Empezó a sentirse intranquila. No se explicaba qué estaba pasando. La situación se mantuvo durante varios segundos, que le parecieron siglos. No entendía que podían estar viendo.

Al fin, sintió relajarse la presión de la mano de Clarita. La miró. Estaba pálida, quiso animarla cuando la chica rompió a llorar. La abrazó al mismo tiempo que Adrien le pasaba el brazo por el

hombro. También estaba pálido, sudoroso. Notó el temblor en Clarita y apretó más su abrazo; así permanecieron unos minutos, en completo silencio, solo roto por los continuos suspiros de la rubia secretaria.

Observó que, a medida que pasaban los segundos, iban desapareciendo los regueros de agua de las paredes y que el frío iba dando paso al calor ambiental de la habitación…

—¡Es terrible! ¿Lo vio usted? —la secretaria fue la primera en hablar.

—¿Estás bien? —se interesó Adrien.

Ella asintió, intentando secar las lágrimas que aún le surcaban las mejillas.

—¿Podéis explicarme qué ha ocurrido?

Adrien la miró, extrañado:

—¿No ha oído ni visto nada?

—Solo el olor y el frío… Por favor, ¡díganme qué pasó!

Fue Clarita la que se lo explicó:

—Primero fueron los relámpagos y los truenos…

—¿Relámpagos? ¿Truenos? ¿Aquí…? ¡Dios, lo que me he perdido por no creer en esas cosas…! —la interrumpió, asombrada. Recordó los rumores que habían corrido sobre aquella habitación.

—… Después, los pasos, como arrastrando los pies por tierra… las campanillas… ¡Qué miedo he pasado, Dios mío! —Un escalofrío recorrió su cuerpo, traspasándolo a la señora Pardo a través de sus manos enlazadas.

Mientras tanto, Adrien seguía absorto, mirando hacia uno de sus cuadernos, abierto, que permanecía sobre la consola sujeta a la pared del pequeño salón, debajo del televisor.

—Y… ¿Qué más? —se impacientaba Enri, deseosa de saber.

—Después de los pasos llegó como una respiración fuerte, agitada. Y el hedor a putrefacto, el olor a muerto aumentó. Poco a poco se fue haciendo visible la terrorífica visión… —Clarita se santiguó varias veces—. Un hombre alto… El cabello y la barba muy largos… grises… descuidados… lacios. Y la túnica, desvaída, etérea, hecha jirones… No se le veían piernas… ¡Flotaba en el aire! Una capa que parecía blanca, con una gran cruz roja sobre el hombro, tan raída como la

túnica… La espada, ¡enorme…! ¡Y sus ojos…! Rojizos, brillantes, febriles… ¡Qué miedo, Dios! ¿Tú lo viste, Adrien?

Este sacudió la cabeza saliendo de su abstracción.

—¡Ha sido horroroso! Tal como lo estás describiendo…

—Pero… ¿Os ha hablado? ¿Ha dicho algo? —Enri estaba sobre ascuas.

—Yo no le oí palabras… Permaneció ahí, delante de nosotros, inmóvil… Unos segundos… Un rayo y un trueno lo hicieron desaparecer…

Adrien soltó la mano de Clarita y se levantó, acercándose al mueble adosado a la pared.

—No habló, pero dejó algo escrito…

Las dos mujeres saltaron al unísono del sillón, acercándose al francés. Este les mostraba el cuaderno abierto, temblando en sus manos.

En el papel se podía leer, con el mismo trazo del anterior mensaje: «*CINCO ESCALONES EN LA CRIPTA*. *BUSCAD A LOS HERMANOS*, *EL ENEMIGO ACECHA*».

—En la cripta… ¿Qué cripta? —Enri se preguntó—¿Tenéis más hermanos?

Adrien estaba pensativo, intentando asimilar lo sucedido, mientras Clarita seguía temblando, dejándose abrazar por la señora Pardo.

—¿Qué es eso? —Enri miraba al suelo, señalando una mancha oscura que iba poco a poco creciendo; un par de metros más adelante había otra, perdiéndose por debajo de la puerta.

Aterrados, los tres, cogidos de la mano, fueron siguiendo las manchas que iban apareciendo en el pasillo en forma de L en dirección al vestíbulo. Pasaron por delante del despacho de la señora Pardo, de la oficina de la dirección. Las manchas dejaron de aparecer frente a los ascensores.

El silencio del hotel a aquellas horas ayudaba a que el miedo y la incertidumbre dominaran a los tres.

Las manchas indicaban un camino, pero… ¿hacia dónde?

—Por hoy ya está bien. Voy a encargar unas tilas dobles, para que descansemos y mañana buscaremos una explicación… ¿Os parece? —La secretaria y Adrien asintieron—. Clarita, tú te vienes conmigo,

yo no duermo sola esta noche. Y eso que no he visto nada. Y me imagino que tú menos querrás dormir sola…

—¡Sí, se lo agradezco! ¿Y tú, Adrien? ¿Dónde vas a dormir? —se interesó.

—Adrien puede dormir en el office de Jorge. Ahora mismo hablo con él de camino a la cafetería. Y me doy prisa, que estarán cerrando. Esperadme en mi despacho…



—Buenas noches, hay novedades…

—A ver… —La voz al otro lado del teléfono sonaba ronca.

—Esta tarde estuvieron reunidos en la habitación 102 doña Enriqueta, Clarita y el francés que vino el lunes. Hasta bastante tarde duró la reunión. Ahora mismo, tengo durmiendo en el *office* al hombre. Las dos mujeres duermen en el despacho de la Administradora. Algo ha pasado que han desalojado la habitación…

—¿Sabes qué ha estado buscando ese francés por el pueblo?

—Sé que estuvo en varias oficinas municipales. Y después del almuerzo salió con la señora Pardo. Los vi montarse en su automóvil.

—Mañana me encargo yo de averiguarlo… Tú permanece vigilante.

—Sí, señor. La cosa va de franceses. Hay ochenta clientes alojados…

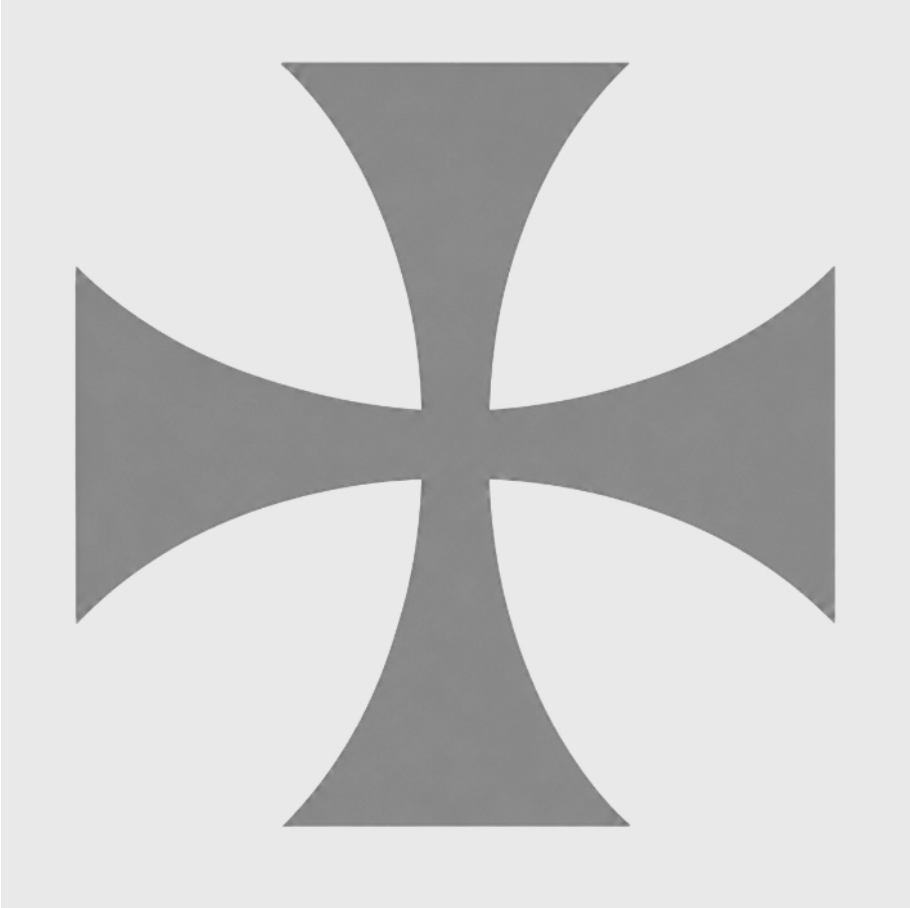
—Tengo noticias de que hay organizaciones detrás de nosotros… buscando lo mismo. Pero es nuestro y no dejaremos que nos lo quiten…

—¡Por supuesto, señor!

—Intenta hacer hablar al francés, sácale alguna información…

—Lo intentaré. Que descanse, buenas noches.

—Buenas noches…



Viernes

Unos golpes suaves la hicieron levantar la mirada del teclado.

—Enri, ¿tiene un momento? —el francés, desde la puerta entreabierta, llamó su atención con unos leves golpes en el cristal.

—¡Ah, Adrien! Pasa, pasa y siéntate. Enseguida te atiendo.

El francés se acomodó en el sillón frente a Enri, esperando que terminara de pasar unos datos al ordenador. Miró hacia donde estaba el sofá cama, mirada que no pasó desapercibida para la señora Pardo.

—Clarita está resolviendo cosas en la recepción. Se fue temprano —le miró por encima de las gafas mientras le hablaba.

Adrien se ruborizó. Y Enri sonrió.

—Bueno, dime…

—He visto que las manchas de anoche…

—¿Han desaparecido? Ya me di cuenta antes. Y no he visto personal de limpieza por esa zona.

—Parecía que querían indicarnos algo, un camino, una dirección…

—¿Puede ser la cripta que dice el papel? ¿Qué esté debajo de nosotros? Después de tantos siglos, si existe, debe de estar a mucha profundidad…

—Eso he pensado yo, va a ser difícil encontrar esa cripta… ¿Y los hermanos? ¿Los hermanos de quién? ¿A quién buscamos?

—Amigo Adrien, me temo que estamos dando en piedra.

—Hay otra cosa que quería comentarle.

—¿Sí? Venga, habla.

—Anoche, intentando conciliar el sueño, oí al empleado, a Jorge, hablando por teléfono. Tuvo una conversación con alguien, hablando de nosotros, de mí, de mis gestiones… Le habló de la habitación 102, de su extrañeza por dormir yo allí, en el office, y ustedes aquí.

—¿No dijo nombre?

—Debe tener jerarquía; en la despedida fue muy respetuoso.

—¿Sabes si lo llamó desde el móvil? ¿O de la línea del hotel?

—No, solo lo oí, no lo vi.

Enri se quedó pensativa. Si hubiera sido desde la línea fija, quizás podría averiguar el número al que hizo la llamada.

—Pero hay más…

—¿Más? Acaba, por favor.

—Cuando me levanté… No recuerdo si se lo he dicho, pero me gusta madrugar y correr o andar unos kilómetros. Bueno, pues eso, que Jorge terminaba su turno. Quiso que tomáramos un café y acepté.

—Para conocer tus intenciones, supongo.

—Así es. Hablamos de cosas que no vienen al caso. Pero me preguntó por nuestra reunión de anoche. Y que qué buscaba yo por el pueblo… Pero me lo preguntó como sin darle importancia.

—Muy cuco, el Jorgito. Trabaja aquí por recomendación de don Pablo, el director. Y seguro que habló con él anoche.

—Y aún hay más… —Esta vez lo dijo riéndose. —Lo que va de mañana ha sido pródiga en interrogatorios.

—¡Me estás poniendo nerviosa, tantos *más*…! Termina, hijo.

—Bueno, acabo. Mi compatriota, Alain Dupont, me acompañó en mi paseo. Me dijo que como su madre se despierta tarde, y que no tenía nada que hacer, que si no me importaba que me acompañara…

—Y se fue contigo.

—Sí, claro. Y como él también investigaba allá en París, tenía curiosidad por saber lo que yo buscaba, si lo había encontrado… Que le contara, por si podía ayudarme.

—¿Y?

—Y nada, le conté mi hipótesis, lo vi interesado. Pero de los mensajes del más allá, ni media palabra. Ese es nuestro secreto…

—Ese secreto me parece que no se va a desvelar…

—Me temo que no… Bueno, la dejo trabajar. Voy a leer un rato. Si almuerza aquí, la invito…

—Gracias. Seguro que sí. Tengo que preparar un informe y llevárselo al director, a ver cómo va con su gripe. Y si ves a Clarita,

invítala a ella también, se lo merece después de lo de anoche…



Enri decidió que era hora de ir a visitar al director enfermo. Y, cerrando la puerta, vio a Clarita, que llegaba apresurada:

—Ha llamado don Pablo. ¡Viene hacia aquí!

—¿Que viene hacia el hotel? Ese hombre está loco… O no está tan grave. Bueno, mejor, porque iba a ir a su casa, así me evito el paseo.

—Lo malo va a ser que nos contagie el virus.

La señora Pardo no pudo por menos que reír.

—Tú no te acerques mucho a él. Yo estoy vacunada. ¿Hace mucho que llamó?

—Media hora o así. Y… ¡Estoy invitada a almorzar!

—Y yo, ¿qué te crees? ¡Ahora somos un equipo! ¿Has hablado con alguien de lo de anoche?

—¡No! Para nada. Tampoco he tenido mucho tiempo. Jorge, antes de irse a dormir, se interesó por el cambio de planes con respecto a Adrien… Le dije que se había averiado la calefacción.

—¡Eso mismo le dije yo anoche! ¡Perfecto! Ni que nos hubiéramos puesto de acuerdo…

—Me tengo que ir al Banco. Hay que ingresar algunos cheques.

—Muy bien, luego nos vemos.

Clarita pasó por la dirección, recogió un maletín y abandonó el hotel.

Desde el vestíbulo, Enri la vio salir.

Cinco minutos más tarde, llegó Pablo Ruiz del Olmo.

Cumplidos los cincuenta y cinco, no tenía nada que envidiar a uno que tuviera treinta años. Se conservaba bastante bien. Quizás unos gramos de más por la cintura.

Sin parecer demasiado alto, debido a su anchura, le sacaba a Enri un palmo, y ella era alta. No se acordaba de la última vez que se midió en una de las farmacias del pueblo. Creía recordar que era un

metro setenta y dos o setenta y tres. Pues seguro que Pablo estaría por el metro ochenta…

Tenía bastante cabello, moreno, aunque empezaba a blanquearle las sienes y el cogote. Enri solía decirle que dormía en alcohol: no envejecía.

Hoy venía vestido con ropa deportiva. No en plan de trabajo.

Al ver a la señora Pardo en medio del vestíbulo, se dirigió hacia ella.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días! Yo creía que íbamos a tener un entierro, y mira cómo está el buen señor… No pareces enfermo. —Enri se dejó besar en las mejillas no sin cierta aprensión, recordando las palabras de Clarita—. Me alegro de verte, es buena señal.

—La verdad que sí, los antibióticos han hecho su efecto. Y el reposo… Y, sobre todo, la tranquilidad de saber que el negocio está en buenas manos…

—Sabes que sí. Esto es como mi segunda casa. Pero, dime, ¿para qué vienes? ¿Estabas aburrido?

—Son muchos días, Enri. Solo doy una vuelta; enseguida me marcho. No quiero que Rosa me eche la bronca. He visto mientras aparcaba que salía Clarita.

—Sí, va a los Bancos. El negocio funciona, aunque no estés tú, Pablito mío.

El director le dedicó una sonrisa y un pellizco leve en la mejilla.

—Y tú, ¿te vas a casa?

—¡No! En principio, me quedé en la 102, pero hubo una necesidad; en dos días se completó el aforo y me tuve que instalar en mi despacho. Fíjate, hasta le dije a mi marido que se viniera.

—¿Y está aquí? —miró en derredor, buscándolo.

—¡Qué va! Tenía dos reuniones del Consejo de Administración de su empresa; dejó algo de ropa y se fue —
Miró el reloj en el móvil—. Por cierto, me dijo que volvería hoy, a ver si es verdad. Si no viene, mañana me marcho a casa.

Pablo comenzó a caminar en dirección hacia su despacho, pero Enri, percatándose de su intención, le detuvo, agarrándolo de un brazo.

—¿Se puede saber dónde vas? Estás de baja. Nada de trabajo. No te conviene entrar y salir de sitios con la calefacción puesta, que vas a recaer.

—Solo quería llamar por teléfono a casa, no me he traído el móvil. Desconexión total, Enri.

—Bueno, pero solo llamar, ¿eh? Que te conozco.

Al pasar por la recepción, se encontraron con Adrien, que salía del office.

—¡Adrien! —le llamó Enri—. Ven, te voy a presentar a don Pablo, mi jefe directo, el verdadero director. Pablo, él es a quien le dimos la 102 que, para mala suerte, ayer se le estropeó la calefacción y lo hemos tenido que acoplar aquí hoy, hasta que lo reparen. Esperemos que antes del almuerzo.

Los hombres intercambiaron un apretón de manos.

—Ahora iba a dar un pequeño paseo por el jardín, para hacer ganas de comer…

Enri, procurando que Pablo no la viera, le hizo un gesto negativo con la mano. Captó el significado, porque cambió de conversación:

—Según creo, estaba usted enfermo, pero veo que ya está bien.

—Sí, la medicina es sabia… Y yo, ¡obedezco a los médicos!

—Bueno… pues encantado. Me alegro de la mejoría. Hasta pronto.

Y se alejó, las manos metidas en los bolsillos del pantalón, silbando.

—Parece buen chico…

—Y lo es.

—¿Sabes a qué se dedica?

—Ha terminado la carrera de Paleontología. Quiere investigar cosas antiguas, bichos, tumbas… cosas así. Le gusta la historia, por lo que me contó.

Pablo entrecerró los ojos mirando la figura que se perdía ya por la puerta.

—Muy interesante. Mañana me vengo a hablar con él, a ver si me cuenta historias…

Enri lo miró y pensó: «¿Qué querrá este que le cuente?».

—Bueno, Enri, sigue con tu tarea. Llamo y me voy, que yo también quiero llegarme al banco…

Se despidieron con otros dos besos. Pablo entró en su despacho y la señora Pardo siguió hasta el suyo. No tenía nada que hacer, se entretendría viendo historias de Templarios…

—Bueno, chicos… Esperemos que termine la semana sin más contratiempos…

—¡Sí, gracias a Dios! Todavía tengo el susto en el cuerpo —Clarita respondió al deseo de Enri—. ¿Se va a su casa mañana?

—Sí, vendrá mi esposo, como acordamos, espero que esta noche. Si no, me iré yo solita, que ya soy mayor —terminó la frase riendo—. ¿Qué piensas hacer? ¿Y tú, Adrien?

—Yo quiero ir con mi novio a Zaragoza, a pasar el fin de semana, que se lo tuve que prometer ayer para que no se me enfadara —la secretaria miró al francés, esperando su respuesta.

Este suspiró y, perdida la mirada en un horizonte imaginario, contestó:

—Yo me dedicaré a recorrer los alrededores, quiero reconstruir lo que pasó hace setecientos años. Quizás me ponga de acuerdo con mi compatriota, *monsieur* Dupont, para que me acompañe… Entre los dos podemos intentar reconstruir la historia.

—Te vas a aburrir. —Clarita sintió lástima—. Pobre, tan joven y… guapo, metido en esos asuntos…

—¡Gracias! Nunca me habían dicho guapo, así, cara a cara —rieron los dos, mientras Enri los observaba, sonriendo con socarronería.

—Llévatelo, Clarita, búscale una novia.

Los jóvenes siguieron riendo.

—Adrien, ¿te sientes con valor para volver a la 102? ¿O prefieres seguir con Jorge?

—Sí, no creo que pase nada, Enri. Además, se ve que a mi antepasado lo quería bien. No me haría daño… —Parecía conforme, aunque el gesto lo desmentía.

—¡Es verdad! No habíamos pensado en eso. Por ti, se ha manifestado. Por ti y por Clarita… De todas formas, yo no vivo muy

lejos; si me necesitas, me llamas.

—No se preocupe, usted descanse.

—¡Ah, otra cosa! Creo que Pablo, el director, va a venir a verte, quiere hablar contigo.

—¿Cuándo?

—Mañana. Antes de irme, lo llamaré para cerciorarnos de que viene… Quedamos que tú invitabas, ¿no? Gracias, en nombre de las dos.

Sábado

El sábado se presentó con un sol espléndido y un azul intenso. Invitaba al paseo, sin duda.

—¡*Bonjour*, *madame* Enri!

Desde la puerta, un sonriente Adrien la saludaba.

—¡Buenos días, amigo! ¿La noche bien?

—Sí, sí, perfecta. Me costó trabajo conciliar el sueño, esperando —una carcajada subrayó la frase—, pero se ve que el espíritu, o lo que sea, también descansa los fines de semana.

—Don Pablo vendrá sobre mediodía, me acaba de llamar. Yo no estaré. Mi marido viene ahora para llevarse las maletas. Si necesitas mi automóvil, te dejo las llaves. Yo me voy con Juan.

—¿Haría eso? Acepto. Me vendría bien para…

—… ¿Ir a Zaragoza, por ejemplo?

Sorprendió a Adrien, que rompió a reír.

—¡*Oh, la, la*! ¡*Comment est*! Bueno, no; quería decir que podría ampliar el recorrido, y con más comodidad. Y si hay que ir a Zaragoza, se va…

Detrás de Adrien, que permanecía en el dintel de la puerta, apareció Juan.

—¿Me permite?

El francés se apartó para dejarlo pasar.

Enri salió a su encuentro. Un par de besos de bienvenida:

—¡Ala, ya llegó mi taxi! Juan, él es un cliente, al que tuve que ceder la 102, me lo estaba agradeciendo.

—Mucho gusto, joven.

—Lo mismo digo, señor. Se lo estaba comentando a la señora Pardo, una habitación muy confortable. Le estoy muy agradecido…

Enri le indicó a su marido donde estaban las maletas, que la había llevado a la recepción.

—Cariño, cárgalas, que voy cerrando aquí.

Una vez se marchó el hombre, Enri le alargó a Adrien la llave de su automóvil.

—¿Sabes cuál es? —ante la respuesta afirmativa del francés le recomendó—: tiene poco combustible, tú te encargas de reponerlo. Y ten mucho cuidado. En la guantera tienes la documentación. Ya sabes mi número, así que llámame sin dudarlo si surge algo, o si hay novedades con nuestro *amigo*.

—Seguro, vaya tranquila, y páselo bien. El lunes nos vemos.

—Hasta el lunes, entonces.

Cerró la puerta con llave, que se guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Ya me contarás como te fue con don Pablo.



—¡Alain! ¡*Monsieur* Dupont!
Adrien llamó la atención de su compatriota, que andaba distraído recorriendo el vestíbulo.
Al oírlo, se dirigió hacia él.
—¡Adrien, te estaba buscando! ¿Qué tal la noche? ¿Te repararon la calefacción?
—Por fortuna, sí. Pude dormir bien.
—Me alegro… Bueno, pues cuando tú quieras. Yo estoy dispuesto ya.
—Será un poco más tarde…Hay alguien que quiere hablar conmigo… ¡mira! Ahí llega.
La figura de Pablo Ruiz del Olmo había aparecido en la entrada al vestíbulo. Venía hacia ellos, acompañado de un empleado del hotel, con uniforme.
Al llegar junto a los franceses, despidió al empleado:
—Luego me dices que pasó. Me quedaré un rato por aquí.
Enseguida saludó a los dos clientes. Adrien presentó a Dupont como compatriota y compañero de Biblioteca. Luego de estrecharse las manos, el director los empujó con suavidad hacia el restaurante.
—Les invito a una copa… Yo no puedo beber alcohol, estoy con los antibióticos; pero me vendrá bien un café…
Una vez instalados alrededor de una mesa en la cafetería, fue el director quien abordó el tema:
—Me dijo Enri, la señora Pardo, que es usted muy aficionado a las historias medievales, las Cruzadas, los Templarios…
—Sí, señor. Precisamente por eso, llegué aquí. Por casualidad, husmeando en el pasado, me encontré con que un ascendente mío, creo que el primero de la saga, estuvo por estos lugares, sirviendo a un Caballero Templario…
—¿Y vino para…? —dejó la pregunta en el aire.
—Curiosear, indagar sobre sus pasos. Quiero escribir un libro sobre el tema, y necesitaba adquirir detalles…Y creo que los encontré.

Dupont permanecía atento.

—Aquí, el colega —Adrien señaló a su compatriota— también es un erudito en la materia. Me va a echar una mano los días que esté aquí.

—Perfecto…Y dígame, ¿qué encontró? ¿Algo interesante?

Adrien le narró, de manera sucinta, todos sus pasos en París y Graus, omitiendo todo lo relacionado con lo ocurrido en la habitación 102.

—En resumen, mi pariente salió con su adquirida libertad desde aquí, después de abandonar al caballero encargado de transportar el tesoro templario. O una parte de ese tesoro del que habla la Historia.

—Muy interesante…Y piensan ustedes que ese…ese tesoro, si existe, está por aquí cerca escondido… ¿No creen que, después de más de setecientos años, es muy raro que no haya noticias sobre eso?

—La hipótesis es que está enterrado a muchísima profundidad. Esta tierra ha ido evolucionando. Puede que haya crecido en altura. Por ejemplo, este hotel: quizás su asentamiento actual está sobre una colina que se formó con los siglos…Puede que antes hubiera un castillo. No digo que esté aquí el tesoro, pero…

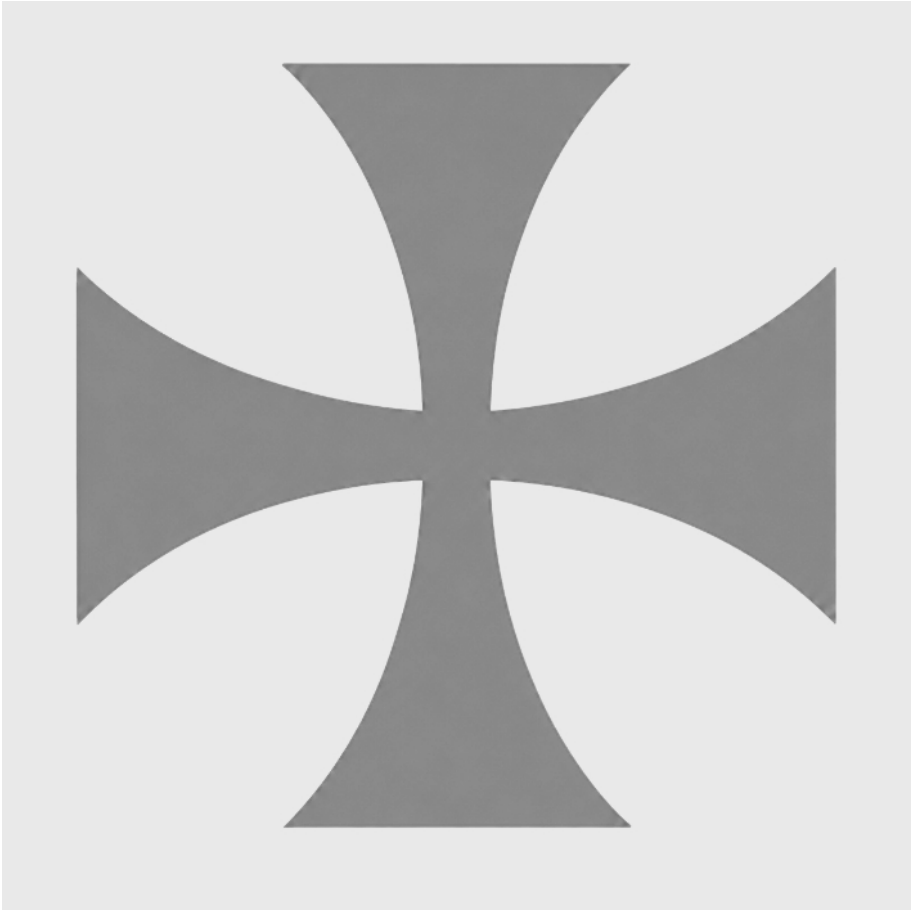
Don Pablo miró su reloj.

—¡Me mata mi mujer! Ya debería estar de vuelta. Ha sido un placer, caballeros, pero me tengo que ir. Si van a permanecer aquí la próxima semana, seguiremos esta charla. A mí también me entusiasma la Historia.

Se levantaron los tres, y el director se despidió con un apretón de manos.

Adrien y Dupont esperaron que desapareciera el director y decidieron salir a recorrer la zona y cambiar impresiones sobre el asunto.

—¿Nos vamos caminando o en auto?



Sábado, mediodía

La orden no admitía discusión:
—Jorge, vigílame al francés de cerca. Lo que sospechábamos parece cierto. Habrá que poner en marcha el plan A…
—Sí, señor —contestaron al otro lado de la línea —El fin de semana tengo turno de guardia. ¿Y qué piensan hacer?
—Pues no lo sé. Tengo que consultarlo. Pero llamaré desde casa. No quiero alarmar al personal…
—Bien, señor. Estoy a su disposición para lo que necesite.
—Lo sé. Ya te avisaré. Adiós.



—Amigo Feraud, disculpa un momento. Tengo que subir a ayudar a mi madre. Enseguida vuelvo.
Adrien asintió mientras apuraba el resto de cola del vaso.
Cuando se giró en el taburete vio a Dupont perderse por la ancha escalera…



—¿Hola…? ¿Ya vio? ¡Nos estamos acercando!
—Bien, Dupont. Nos ponemos en movimiento. Esté atento, necesitaremos su ayuda. No pierda de vista al joven Feraud. Él es la clave.

—No lo dejo solo ni un momento. Me he ganado su confianza. Lo tengo abajo esperando.

—Bien. Ya tenemos carta blanca para intervenir. No podemos dejar escapar esta ocasión. Parece que, por fin, vamos a conseguirlo.



—No dejaremos que se nos escape. Son muchos años esperando.

Los dos franceses dedicaron una hora a recorrer los alrededores del hotel, guiados por el rústico mapa que hizo Adrien en el Registro de la Propiedad, el jueves. Basándose en su hipótesis, trató de convencer a su compatriota de que el Templario huido, no se movió de este punto; allí murió y allí dejó su cargamento.

Tras dejar clara esta cuestión, el hambre les hizo buscar algún local.

—Yo prefiero volver al hotel y almorzar allí, luego quiero dormir un poco de siesta. Llevo unos días que no descanso bien de noche.

—Sí, mejor. Mi madre tiene problemas para andar, quizás me necesite, aunque es muy fuerte, no quiere ayudas, dice que todavía es muy capaz.

Adrien sonrió pensando en la señora, que rondaría los ochenta.

—Vamos, pues.

Almorzaron juntos los tres. La señora ya estaba en el comedor. Cuando los vio entrar les hizo una seña, y con ella compartieron la mesa.

—Bueno, señora, Alain, nos vemos luego por aquí. Buscaremos algo para pasar la tarde. Ahora voy a descansar.

Madre e hijo asintieron e hicieron un ademán de saludo con las manos, despidiéndolo entre sonrisas.



Corrió las cortinas del ventanal. Con tanta claridad sería imposible conciliar el sueño.

Luego, quitándose los zapatos, sin desvestir, se echó sobre la cama que venía utilizando. Sobre la otra, el portátil cerrado, junto al cual dejó el monedero y demás objetos que llevaba en los bolsillos. El móvil lo puso en la almohada. Con la temperatura que hacía no necesitaría taparse.

Cerró los ojos.

Algo de lo que había comido le sentó mal a su estómago: al rato sentía vértigo y náuseas, por lo que apretó los párpados y se agarró al cabecero.

De pronto, notó que giraba su cuerpo, poniéndose boca abajo. Las náuseas subieron a su garganta. Apretó la mano sobre la madera, junto a la cabeza. La sensación de vacío se apoderó de él.

Bajaba y bajaba, ahora no podía asirse a nada. Comenzó a sentir frío… La bajada cesó de golpe y el frío se hizo más intenso. La oscuridad completa le rodeaba. El silencio era total. Justo delante de él, apareció una pequeña llama oscilante, que se fue agrandando y su luz extendiéndose, iluminando la habitación. Abrió los ojos al máximo: el techo pintado de blanco se había convertido en negro.

Giró la vista y lo que vio le hizo gritar ¿De miedo? Si, era miedo, no cabía otra sensación.

Las paredes de la habitación se habían convertido en piedras, con huecos donde podía distinguir calaveras y huesos entre girones de ropa, danzando al ritmo que marcaba la llama que terminó convertida en tea…

No podía dar un paso. Entre montículos de piedra y tierra, semi enterradas, algunas cajas entreabiertas, otras sin tapas, dejaban ver su contenido; escudriñando veía grandes cantidades de monedas, negras por la pátina del tiempo, cálices, crucifijos dorados emergiendo de los montones de arena, brillos aquí y allí, según la oscilación de la llama. Una pila de legajos y libros, toscamente encuadernados, parecían danzar según les daba la luz de la antorcha.

Forzando la vista, en el rincón más oscuro de la habitación descubrió una forma enorme envuelta en algo claro; una cruz roja le

marcaba el lado derecho. Dos puntos incandescentes estaban fijos en él. ¡Otra vez aquel horrible rostro!

Intentó girar… Extendió las manos buscando algo a donde agarrarse… Las náuseas eran más fuertes y el frío más intenso. Un olor nauseabundo le penetraba hasta el fondo de los pulmones.

Por fin, encontró el respaldo de la cama; se asió fuerte a él y enseguida volvió la serenidad a su cerebro.

Despertó y se palpó el pijama, empapado en sudor; pensó en el frío que había pasado momentos antes y no se lo explicaba. Quizás estaba en proceso de acatarrarse. Se tocó la frente y la sintió fría. No tenía fiebre.

Miró la hora en el móvil: solo habían pasado cuarenta minutos desde que se acostó. Una pesadilla, eso es; había almorzado demasiado, y el estómago protestó con una mala digestión.

Se incorporó en la cama, sentándose en el borde. Una gran mancha, que tocó sin darse cuenta al posar la mano sobre el colchón, le hizo temblar ¡Otra vez! Pero la visita no fue aquí ¡HABÍA IDO ÉL A SU TUMBA!

Después de una ducha rápida con agua fría para terminar de despejarse, buscó el número de Enri y la llamó.

—¡Enri, he tenido visita! —fue lo primero que dijo cuando la señora Pardo le contestó—. Bueno, no, en realidad, he ido yo de visita, ¡me ha llevado!

—¿Te puedes explicar?

Adrien le contó lo que había vivido.

—Pensé en una mala digestión, una pesadilla, un resfriado, pero la cama está empapada, igual que mi pijama. Todo huele a lo que ya sabemos. He visto donde está, y lo que guarda. ¡Me está indicando el camino!

—Chico, cálmate, que te noto alterado.

—No es para menos. Ha sido una sensación horrible. Una experiencia que…

—Ahora no puedo, pero en un par de horas, me llego a verte —le interrumpió Enri—. Llama al servicio de habitaciones que te cambien las sábanas. Ventila bien todo. Tómate un café, o mejor, un poco de

alcohol te vendrá bien para animarte… ¡No! Mejor no hagas nada. Sal y airéate, ya lo arreglaremos. Te veo luego.

—Me quedaré en el vestíbulo, aguardando. Me da miedo quedarme aquí.

Estaba tentado de llamar a Clarita, pero temía molestarla o ponerla en una situación incómoda con su novio. Esperaría a Enri, y ya decidirían.

La señora Pardo llegó acompañada de su marido. Los vio entrar y se sintió aliviado. Aquella mujer le inspiraba confianza.

Fue al encuentro de la pareja, aliviado.

—¡Salgo a susto por día! —saludó.

—Si sales vivo de esta, ya no te mata nada— contestó Enri riendo, mientas los hombres se daban la mano.

—Anda, vamos a sentarnos y me lo cuentas todo con detalle. Mi marido está al tanto, ya sabe todo lo que ha pasado.

En unos cómodos sillones, a un lado del vestíbulo, Adrien contó todo lo vivido durante el día, desde la charla con don Pablo, el paseo con Dupont y el sueño…

—… o la pesadilla, más que un sueño. Pero ¡era tan real…!

—Yo opino que todo eso son señales —Juan intervino en la conversación —, avisos de algo que está por venir. Y deberíamos hacerle caso. Todo debe tener una explicación.

—Yo pienso lo mismo, pero es muy fuerte pasar por eso. Todavía veo la cara de Clarita la otra noche, pobre mujer, parecía que le daba algo. Si lo de hoy le pasa a ella… no quiero ni pensarlo.

—¡Cómo me hubiera gustado a mí sentir lo mismo que ustedes! Todavía no entiendo por qué yo no soy receptiva a esos fenómenos —Enri meneaba la cabeza con gesto de enfado.

—Mejor para ti, cariño. Estos chicos lo tienen que haber pasado mal.

—¿No has llamado a Clarita? —la pregunta de la señora Pardo le sacó del recuerdo de la pesadilla.

—Me da reparo. A lo mejor, a su novio le molesta.

—Yo la voy a llamar. Ella es parte importante —dicho y hecho, sacó el móvil y efectuó la llamada:

—¡Hola, bonita! ¿Estás en Zaragoza? —esperó la respuesta— Estupendo. Estoy con Adrien, en el hotel; me ha traído Juan. Ha habido otro movimiento del más allá. ¡No te rías! —mientras reñía a la chica, miraba a Adrien, sonriendo.

Adrien le hizo señas para hablar él.

—Espera, te lo paso. Él te lo explica mejor.

Mientras los dos jóvenes hablaban, Enri y Juan llamaron a un mozo que pasaba y le rogaron que reservara una mesa para tres. Ya que estaban allí, cenarían con Adrien.

Domingo

El rumor le despertó. Rumor de mar.

Al principio creía que estaba soñando con una playa, Normandía, a la que tanto había viajado, las olas besando mansamente la orilla… Pero olía mal… ¡El olor!

De un salto se incorporó en la cama.

Miró alrededor; solo la ventana dejaba pasar la tenue luz del amanecer. El resto del apartamento estaba a oscuras. Y el rumor del agua era real. Pensó que se habría dejado los grifos de la bañera abiertos anoche cuando se duchó.

Dispuesto a comprobarlo, puso los pies descalzos en el suelo. De inmediato, los volvió a levantar al sentir la frialdad del agua. Alarmado, tanteó en la pared el interruptor de la luz e iluminó la estancia.

Vio con espanto cómo el agua inundaba las dos habitaciones. Brotaba como un manantial en el centro del salón. Agua negra y pestilente.

No lo dudó. Cogió las ropas que había dejado sobre una silla, sacó unos zapatos del armario y corrió hacia la salida. Con sorpresa, al abrir la puerta, no encontró agua en el pasillo en forma de L que terminaba justo en el despacho de Administración.

Allí mismo, en el pasillo, a oscuras, se despojó del pijama y se vistió con las ropas de calle. Los zapatos se los calzó sin calcetines. Ya compraría.

Una vez cambiado de ropa, corrió hacia la recepción.

—¡Jorge, Jorge! —desde el mostrador llamó al empleado.

Este se asomó a la puerta del office, alarmado:

—¿Qué ocurre? —al ver a Adrien, pareció calmarse—. Señor Feraud, ¿qué le pasa?

—¿Que qué me pasa? ¡Venga, venga conmigo!

Tiró del empleado, agarrándolo del brazo. Al llegar a la puerta de la habitación 102, quedaron estupefactos al mirar hacia el interior: el agua seguía manando, inundando todo el apartamento. Pero lo curioso era que no traspasaba el umbral. Era como si el centro, el agujero por donde brotaba el agua, estuviera en un plano inferior y fuera absorbiendo el caudal hacia abajo, causando un remolino.

—¡Dios! ¡Menuda avería…! Avisaré a la señora Pardo y a don Pablo. ¿Puede sacar sus pertenencias? Le ayudo, vamos.

Entre los dos, con el agua a la altura de los tobillos, pudieron sacar todo el equipaje, incluidos los cuadernos, el portátil y el teléfono móvil.

Antes de apagar la luz, echaron un último vistazo a la rumorosa habitación y cerraron la puerta.

Desde el pasillo, solo se oía el rumor del agua… Y su pestilencia.

Jorge, un hombre todavía joven, en la cincuentena, se movía con agilidad ayudando a Adrien a transportar su equipaje. Con amabilidad, lo instaló en el *office.*

—Bueno, parece que su sino es terminar aquí.

—Sí, eso parece… ¿Estarán levantados ya? Es muy temprano…

—No tengo más remedio que despertarlos. Esto es fuerza mayor… Usted podría bajar a buscar a los técnicos de mantenimiento. Hay un retén de guardia. Y habría que avisar a los bomberos, o a la Guardia Civil… ¡Madre mía, la que se va a organizar! Y el hotel lleno… ¡Vaya, vaya, por favor!



Primero llegaron la señora Pardo y su marido, Juan. Al verlos, Adrien se adelantó a Jorge:

—¡Es horrible! Enri, es por mí, lo sé.

—Pero… ¿Qué ha pasado? Jorge no me ha explicado nada, solo que venga rápida…

—Vengan a verlo. Jorge está allí con los hombres de mantenimiento, aunque no creo que puedan hacer nada.

En efecto, en la puerta abierta de la 102, Jorge hablaba con dos hombres que inspeccionaban la habitación, tanteando el suelo con unos hierros.

—¡Señora Pardo! ¡Una catástrofe!

Incrédulos, Enri y Juan miraban la gran piscina en que se había convertido el pequeño salón, con el chorro de agua que no cesaba y el remolino a su alrededor que se tragaba todo lo que iba brotando.

—¿Has avisado a don Pablo?

—¡Sí, está al llegar! Se iba a pasar por el cuartel de la Guardia Civil… ¡Mire, ahí vienen!

Al girar la vista, comprobaron que don Pablo venía, alterada la respiración, acompañado de dos agentes de la Benemérita.

—¿Qué es esto? —Se asomó a la habitación, incrédulo.

Los Agentes le indicaron que lo mejor sería llamar a los Bomberos, para que sacaran el agua; ellos tenían medios.

El director sacudía la cabeza, unas veces negando, otras asintiendo:

—¡Sí, por favor! Dé usted el aviso. Hay que desalojar las habitaciones de esta ala. Jorge, ¿hay dónde poner a los huéspedes?

—Imposible, don Pablo. Les podemos hacer que se queden en el vestíbulo, o instalar tiendas fuera, en el jardín. Pero para pasar el día. De noche no, porque hace frío.

—Enriqueta, llama al Ayuntamiento —miró su reloj, las siete y treinta marcaban sus agujas— a las ocho, necesitaremos el Pabellón cubierto. Alguien habrá de guardia

—Ahí en el almacén —Enri señaló a las puertas frente a la 102— tenemos mantas y colchones. Creo que suficientes para las 10 habitaciones de arriba. Cuando entre el personal de día, lo hago sacar. Necesitaríamos un furgón, o un par de ellos, para trasladarlos.

Jorge medió en las órdenes:

—Podemos avisar a la empresa que hace los *tours*; sus autocares pueden servir para los huéspedes, una excursión extra…

—Buena idea, Jorge. Organiza con ellos una visita turística. Hay que mantenerlos fuera todo el día, a ver si mientras damos con la avería —aprobó Enri la propuesta del empleado—. Pablo, podemos utilizar el jardín para el acceso de los servicios y así mantenemos el hotel libre. Que accedan por la puerta de la terraza. Que los bomberos van a su trabajo y no miran nada.

—Perfecto, Enriqueta, tú te encargas. Deja la llamada pendiente, a ver si podemos solucionarlo sin echar mano del Ayuntamiento.

—Ya están en camino los bomberos. Tardarán diez minutos —explicó uno de los agentes al director.

—Pueden meter las mangueras para la extracción por allí —señaló don Pablo hacia el fondo de la habitación, a la puerta que daba al jardín.

—Y, ¡por Dios! Que traigan ambientadores, esto huele fatal, Jorge —pidió la señora Pardo—. Pablo, convendría tener aquí a todo el personal. Vamos a necesitar muchas manos.

—¡Claro, Enri! —ya parecía más calmado—. Llama a Clarita; la quiero aquí para organizarlo todo.

Adrien observaba, mudo, junto a Juan, sin querer meter baza. Él solo era un cliente.

—Voy a esperar un poco. A ver si mientras llegan los bomberos y nos dicen sus técnicos qué ha pasado y de dónde sale el agua.

—Que yo sepa, por aquí abajo no hay tuberías de la red general…

—¡Vaya fin de semana! —Juan hablaba con Adrien—. Se le va a oxidar su tesoro…

El francés no captó la ironía de momento. Cuando reaccionó, sonrió.

—¡Cualquiera encuentra tesoros ahí! Ni vestidos de buzos.

—¿No será que su fantasma nos indica algo? Quizás no quiere que lo molesten…

Adrien lo miró. Esa idea también se le había ocurrido a él.

Mientras hablaban, la señora Pardo llamó a Clarita. Luego, advirtió a Pablo:

—Voy a mi despacho, que allí tengo mi agenda con todos los teléfonos del Ayuntamiento. Por si hace falta. Si me necesitas, ya sabes…

Pablo también se marchó a su despacho. Jorge ordenó a los dos hombres que abandonaran la habitación. Aquello parecía ir a más y no quería que corrieran riesgos.

Los dos agentes de la policía salieron a esperar a los bomberos, que habían llamado que estaban llegando. Desde el vestíbulo les indicaron hacia dónde tenían que dirigirse para instalar los generadores y las bombas, lo que hicieron a la carrera.

De camino a la 102, uno de los policías se asomó a la puerta de la dirección para hacerle saber a don Pablo la llegada del equipo. Lo mismo hicieron en el despacho de la señora Pardo.

Adrien y Juan observaban el ir y venir de los hombres de uniforme azul, adentrándose en la habitación con sus altas botas de goma, instalando mangueras, tanteando las paredes y comprobando su firmeza.

Llegaron Enri y Pablo, requiriendo información del que dirigía la operación:

—¡Parece grave la situación! —Pablo habló primero—Soy el director. Y la señora, la directora adjunta. ¿Puede explicarnos algo?

—Verá, señor. De momento, no damos con el origen de la avería. Vamos a intentar sacar toda el agua. Pero debo decirle una cosa, que no sé si lo habrá observado…

La expectación en los rostros de los cuatro aumentó.

—El agua —continuó el jefe de bomberos— continúa saliendo, pero, al mismo tiempo, va bajando el nivel del suelo… Es decir, que se está hundiendo el suelo… Me temo que se van a resentir los muros. Hay que desalojar de inmediato las plantas altas y quizás todo el hotel; podría colapsar. Habría que apuntalar las paredes.

—¡No puede ser eso! ¡Qué tragedia, Dios mío!

El sonido de los motores extrayendo el agua no les dejaba oírse bien.

—Deberían salir de aquí, señor…

Sin dejar de mirar hacia atrás, todos fueron alejándose, camino del vestíbulo. Con el ajetreo en la habitación, no se
percataron de las manchas de humedad que iban apareciendo por el suelo, siguiendo el mismo camino que ellos. Solo Adrien se dio cuenta.

—¡Jefe! ¡Corra!

El jefe de bomberos volvió con una rápida carrera a la habitación. Desde la puerta uno de sus hombres le había avisado.

Todos siguieron al oficial, corriendo hacia la 102.

—¡Está bajando el nivel! ¡Mire!

Desde el dintel, todos querían comprobarlo.

En efecto, el caudal había disminuido, dejando ver un gran agujero que iba tragándose toda el agua acumulada. Apenas cubría ya el suelo.

—Las bombas están trabajando bien. En poco tiempo estará vacía… Esperemos que sea así —el jefe le comentó a don Pablo.

Enri miraba por encima del hombro del director. Adrien y Juan, algo más alejados, miraban por entre las piernas, tratando de ver lo que decía el bombero.

Y tal como empezó, acabó.

De pronto, cesó de manar. El agujero terminó de tragar el agua que iba deslizándose debido a la inclinación del suelo. El olor fue disminuyendo. Los motores dejaron de funcionar, ya no podían succionar agua…

Todos estaban asombrados. Incrédulos, miraban el suelo, que poco a poco fue adquiriendo su aspecto normal. Solo algún pequeñísimo charco indicaba lo que había ocurrido allí.

Su asombro creció más cuando observaron que, al desaparecer los restos de agua, ¡HABÍA DESAPARECIDO EL AGUJERO!

—¡Dios! ¿Cómo es posible…? —el jefe de bomberos no entendía lo que pasaba. Enri se volvió a mirar a Adrien. Ellos sí lo entendían, pero. ¿cómo lo explicaban? También Pablo y Juan parecían hipnotizados por el punto desde donde antes manaba agua.

—No deberíamos comunicar nada de esto a nadie hasta que encontremos una explicación. —Pablo se dirigía al bombero—. Hágaselo saber a sus hombres.

Luego, buscó a Jorge con la mirada. Este se encontraba detrás de Adrien y Juan, con los ojos a punto de salírseles de las órbitas. En su rostro se podía ver el miedo.

—¡Jorge! ¡Reacciona, hombre! Que nadie pase por aquí, ¿me oyes? —Al ver el gesto de asentimiento del hombre, continuó dando

órdenes—. Enriqueta, esta habitación no puede ser ocupada, de momento. Encárgate de alojar al huésped en otra. Pero que no se aleje del hotel.

—Sí, ahora me pongo a ello.

—Enri —Juan se acercó a la señora Pardo—. Yo me quedo ahí fuera. Acompaño al señor Feraud, que parece alterado. Necesita un reactivo. Ahora me lo llevo al bar y que se tome una buena copa de coñac.

Enri asintió, mirando a Adrien, el cual, con la vista fija en la puerta de la habitación, era incapaz de articular palabra.

—¡Vamos, Adrien! Ya pasó todo… —Intentó animarlo.

El equipo de bomberos ya había retirado las mangueras y guardado el material usado. Antes de abandonar el lugar, el jefe dio orden de revisar a fondo paredes, suelos: «¡Que todo quede bien revisado!»

—Bonita manera de empezar un domingo, ¡joder! —el director no dejaba de lamentarse.

—Tranquilo, Pablo. Tiene que haber una explicación a lo que está pasando.

—Pero Enri, ¿qué explicación puede haber? ¡La maldita habitación 102! Parecían cosa del pasado los fenómenos paranormales…

Adrien apareció en la puerta del despacho del director y, tras él, Juan.

—¡Señora Pardo, don Pablo! ¡Las manchas!

—¡Oh, no! ¡Más problemas, no, por favor! —se quejó el director, mientras se llevaba las manos a la cabeza, en gesto implorante.

Con rapidez se levantaron los dos de sus asientos y salieron al pasillo. Adrien y Juan caminaron delante de ellos los pocos pasos que los separaban de los ascensores y del inicio del corredor que llevaba a la habitación 102.

Desde allí llegaban hasta ellos unas grandes manchas que abarcaban gran parte del suelo. Como ya pasó antes, las manchas acababan delante de los elevadores.

—¿Y ahora, qué? —se preguntó Pablo, mirando las oscuras manchas—. Y ese maldito olor…

Al ver al jefe de bomberos cerrar la puerta de la 102, lo llamó. El hombre llegó a grandes zancadas, observando también el suelo.

—¡Oigan, esto no es normal! Aquí no hay avería ni escape de agua… Es algo que va más allá de nuestro entendimiento.

—¡Jorge! Despierta a todos, que bajen al vestíbulo. Tienen que utilizar las escaleras. Los ascensores, lo imprescindible. ¡De prisa!

—¿Qué vamos a hacer, Pablo?

—Enriqueta, ven a mi despacho. Usted también, señor Feraud. Juan, ven. Jefe, no se vayan todavía, por favor. —el bombero asintió.

—No se preocupe, don Pablo, vamos a quedarnos un poco más. Hoy no creo que haya más urgencias.

—Gracias. Tómense un café, desayunen, paga el hotel…

Jorge ya estaba avisando por el teléfono interior a los huéspedes de las 10 habitaciones del ala este. En breves momentos, aquello sería un caos de gentes y equipajes.

—¿Han llegado los que estaban de descanso? —preguntó Enri a la recepción—. Bien, todos a trabajar.

Clarita contestó a su llamada diciendo que se ponía en camino. Tardaría una hora.



En la Dirección, sentados alrededor de la mesa de don Pablo, esperaban a que este iniciara la reunión.

—De momento, vamos a encargar algo para el estómago. Con las prisas, ni café tomé. Y me imagino que estarán ustedes igual. Y así, mientras desayunamos, nos tranquilizamos y buscamos explicación a lo sucedido.

Entretanto, el vestíbulo se fue llenando de huéspedes somnolientos, inquietos y expectantes. Algo gordo había sucedido para que los hicieran salir tan temprano.

Jorge dio una explicación referente a un seísmo que se había dejado sentir, leve, pero que las autoridades les habían puesto en alerta.

A continuación, les hizo saber que el hotel, como obsequio por su colaboración, los invitaba a realizar una excursión por la cercana

serranía, donde encontrarían pintorescos pueblecitos…

Eso calmó los ánimos. Y un buen desayuno también ayudó. Y todo por cuenta del hotel, sin cargos adicionales.

Ya en la puerta esperaban dos autocares preparados para acoger a los animosos huéspedes. Una excursión fuera de pr ograma ¡Y gratis!

—Señor Feraud, usted ha provocado todo este tinglado. Sin querer, por supuesto. Pero ha sido la mecha. Explíquenos, si es que tiene algo que pueda explicar este fenómeno.

Adrien los miró a todos, expectantes por oír las explicaciones que, a su entender, advirtió, eran meras especulaciones.

—En efecto, creo que soy la espoleta que ha provocado la explosión de una cadena de acontecimientos inexplicables. Una fuerza oculta durante siglos se ha liberado al encontrar un nexo. Pero no solo soy yo, hay alguien más involucrado. Sin ella, no…

—Clarita —apuntó Enri.

—Sí, ella. Está verificado. Los dos somos descendientes directos de unos antiguos esclavos liberados por su dueño y señor, en el último momento de su vida, en un acto de profunda generosidad. Este caballero huía, o bien cumplía alguna encomienda de La Orden. Transportaba parte del tesoro de Los Pobres Compañeros de Cristo y del Templo de Salomón.

—Los Templarios… —don Pablo apuntilló.

—Exacto. El tesoro más buscado durante todos los tiempos.

—Pero ese tesoro… No hay certezas —fue Juan el que intervino—. Son todo conjeturas…

—Bueno, prosigo con mi hipótesis: El caballero buscaría sin duda alguna encomienda, como llamaban ellos a sus asentamientos. Quizás aquí, o en Portugal.

Se removió en el asiento para ponerse más cómodo.

—El caso es que, según he investigado, aquí se quedó y aquí seguro que murió, y con él el secreto de dónde escondió el tesoro que transportaba. Solo los dos criados liberados lo conocían. Y a uno de ellos, mi antecesor, le seguía la pista desde París. Me ha costado algunos años, pero al fin conseguí localizarlo.

—Y ahora, lo quiere dar a conocer… —Don Pablo movía la cabeza de arriba abajo, con lentitud, entrecerrando los ojos.

—El cómo, no lo sé. Pero el espíritu de ese caballero ha permanecido vigilante, hasta que alguien común a su causa ha aparecido. La señorita Clarita. Y yo.

Unos golpes en la puerta, interrumpieron la conversación. Sin esperar respuesta, la hoja se abrió apareciendo la secretaria.

Nerviosa, preguntó a sus jefes:

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estas urgencias? Me han asustado.

Miró a los reunidos y detuvo su vista en Adrien, aliviada. La señora Pardo se percató de su alivio y sonrió levemente.

—Siéntate un momento, Clarita, ven aquí, a mi lado.

En pocas palabras, la pusieron al corriente de lo sucedido. A medida que avanzaba la explicación, su cara se iba desencajando más y más.

—Clarita, tú te vas a encargar de que el personal no falle. Hemos enviado fuera todo el día a los huéspedes del ala este, por si acaso. De momento, el comedor se abrirá.

—Don Pablo, la partida…

—Si no pasa nada más, habrá. Ya no me da tiempo a suspenderla. ¿Hay previsto algún evento para estos días?

—Sí, para el miércoles. Me llamaron del Club de Tenis, que quieren organizar una entrega de trofeo con cena incluida.

—Bien, adelante… Enri, ¿Te puedes quedar aquí? Me siento fatal, con este laberinto no me he tomado las medicinas y me parece que estoy volviendo atrás…

—Claro, Pablo. Juan me echa una mano, ¿no, cariño? —terminó preguntando a su marido.

—¡Qué remedio! —aceptó, resignado este.

—Señor Feraud, colabore usted con ellos, por favor, ya que hay tantos franceses, les vendría bien su ayuda —Pablo le rogó al francés.

—Por mí, encantado —y miró a Clarita.

El director se marchó, no sin advertir a la señora Pardo que, a la primera señal de algo inusual, lo llamara, cosa que prometió la administradora hacer.

—Adrien, Clarita, acompañadme. Juan, quédate aquí si quieres.

Enri y los dos jóvenes fueron hasta la habitación 102. Una vez dentro, se enfrentó a ellos:

—¡Bien! Esto se está desmadrando. Yo no puedo ver ni oír nada. Pero ustedes.. .¿Ven algo raro? ¿Alguna señal?

Los dos revisaron la habitación, el dormitorio, el baño. Sin resultados.

—¡Ahí! —El grito de Clarita los sobresaltó: estaba observando uno de los sillones donde, sobre el asiento, una mancha oscura se iba extendiendo. Enri sí podía ver esto. Se acercó y la tocó. El mismo olor.

La secretaria sintió un leve mareo y buscó el otro sillón para tomar aliento. Al hacerlo, notó algo duro que se le clavaba bajo el muslo.

Con la mano tanteó debajo de su pierna.

—Adrien, se te cayó una moneda. Toma —extendió la mano hacia el francés, que fue a tomar lo que pensó que sería algún euro escapado de sus bolsillos.

Pero su asombro fue grande cuando miró la moneda: ennegrecida, algo más grande que la de dos euros y más tosca, con el canto algo irregular. Raspó un poco con la uña, saltando briznas de la pátina que la cubría.

—¡Es de oro!

Las dos mujeres se abalanzaron sobre Adrien, queriendo ver aquello. Los tres estaban anonadados, contemplando aquel pedazo de metal, llegado de … Como puestos de acuerdo, solo con mirarse, de un salto alcanzaron la puerta, saliendo al pasillo en dirección al vestíbulo. Al pasar ante la puerta de Administración, Enri llamó a su marido, sin detenerse.

—¡Juan! ¡Juan! ¡Mira!

Juan salió alarmado del despacho de Enri y se unió a los tres, que aligeraban el paso buscando la seguridad del vestíbulo.

—¿Dónde vais? ¿Qué tengo que mirar? —le preguntó a su esposa mientras corría a su lado, sin entender nada de lo que ocurría.

—¡Ven, aquí lo ves! —gritó Enri. Delante del mostrador de la recepción se pararon a esperar a Juan.

Cuando este se unió a ellos, parte de su nerviosismo ya había hecho presa en él. Le mostraron la moneda, que tomó de la mano de Adrien.

—¿Dónde habéis encontrado esto? —inquirió mientras, atónito, contemplaba en la palma de su mano la negra pieza.

—Pues… —Enri miraba a Clarita y a Adrien. Le daba miedo explicar cómo había aparecido.

—Estaba en la habitación —fue Adrien el que contestó—. Sin duda, una muestra de todo lo que puede haber en… ¿Dónde? —Se dio una palmada en la frente—. ¡Claro! ¡Todo lo que yo vi! ¡El tesoro…!

Juan no salía de su asombro.

—¡Es inaudito! ¡Increíble! ¡Adrien, Clarita! Está claro que ustedes son la correa de transmisión que está usando el ente para darnos a entender que estamos sobre el tesoro del que se habla. ¡Es extraordinario!

—¿Y qué podemos hacer? —Clarita pedía ayuda con la mirada a Enri y Adrien. —Habrá que comunicarlo a las autoridades. Esto puede tener un valor histórico incalculable…

Juan la interrumpió:

—Yo tengo socios y amigos que pueden ayudarnos. De momento, es mejor silenciarlo.

—¿Qué piensas hacer?

—Enri, cariño, confía en mí. Confiad en mí —se dirigió a los otros—. Hay que actuar rápido.

Devolvió la moneda a Adrien.

—Enri, voy a hacer algunas gestiones. Espero estar esta tarde aquí con un plan de acción.

—¿Te vas?

—Ahora mismo, no hay tiempo que perder. Chicos, ¡secreto de sumario!

Después de dar un beso a Enri, salió apresurado.

—¿*Monsieur* Dupont? ¿Dónde se encuentra?… Bien, espéreme ahí, tardo media hora. Los acontecimientos se precipitan… Ahora le cuento.

Juan Artigas, Secretario General de la Hermandad de los Hijos del Universo, salió del hotel hacia Estada, camino de la sierra, a pocos kilómetros, primera parada de los excursionistas.

Allí lo esperaba Alain Dupont.

En el trayecto, usó el teléfono móvil para poner en marcha el dispositivo previsto para casos de urgencia.

Un equipo formado por cuatro hombres, expertos todos en diversas materias, se había puesto en movimiento, rumbo a Graus. En un par de horas estarían en el hotel.

Con Dupont, y él mismo, conseguirían averiguar el origen de la moneda encontrada en la habitación. La Hermandad estaba preparada para adquirir la propiedad del edificio si fuera necesario. Habría que hacer excavaciones, remover la tierra…



—Adrien, si por casualidad existiera ese tesoro… si lo encontráramos, ¿a quién correspondería?

El francés meditó la respuesta durante unos segundos.

—Clarita, yo lo creo casi imposible, y hasta eliminaría el casi… Fíjate que son más de setecientos años los que han pasado. La de tierra que se ha acumulado. Estuve estudiando sobre el terreno la disposición de los edificios actuales.

Enri los observaba en silencio, dándole vueltas en la mano a la negra moneda, pensativa. Fue ella la que contestó a la secretaria:

—Si existe, si conseguimos encontrarlo, yo creo que sus legítimos dueños son los herederos de la Orden. Llevan algunos años reorganizándose. Y en todo caso, sería el Gobierno autónomo el que tendría que hacerse cargo. Aunque también podría intervenir Patrimonio y declarar a quién pertenecería ese dichoso tesoro.

—¿Y dejaría nuestro… —carraspeó Clarita, dudando de pronunciar la palabra— fantasma que se lo llevaran?

—¿Cómo lo impediría? —Adrien contestó con otra pregunta.

La señora Pardo, mirando la moneda y hablando para sí más que para los otros, expuso sus miedos.

—Si para hacer llegar una moneda, que es de oro, vale, pero una simple moneda, al fin y al cabo; digo, si para eso ha formado la que ha formado… No quiero pensar en la que se puede liar como alguien pretenda buscar tesoros… y llevárselos.

—¿Quién es la propiedad del hotel? ¿Don Pablo? —preguntó Adrien.

—Don Pablo es socio, corresponde a una sociedad limitada. Él, su esposa, Rosa Garcés; tú la conoces, Clarita. Y creo que uno de Madrid. Don Pablo quería comprarle hace tiempo su parte; estaban en trámites…

—Alguna vez la he visto por aquí, acompañándolo —confirmó la secretaria.

—¿Y estaría dispuesto a acometer esa búsqueda?

—Habría que preguntárselo, explicarle esto —señaló la moneda— y… —Enri titubeó— …tendría que cerrar el hotel; por lo menos, toda esta ala. Sería una obra muy complicada. Y con riesgos. ¿Y si no hay nada…? Nos estamos basando en historias y leyendas. Llevan siglos buscando esos tesoros.

—Tenemos que comunicárselo. Es su hotel. Esta moneda le corresponde a él, que decida —Adrien lo tenía claro.

—Yo opino igual que Adrien, señora Pardo. Que decida él. Y, por lo menos yo, aunque tengo mucho miedo, estoy dispuesta a ayudar… ¿Y tú, Adrien?

—Por supuesto. Puedo colaborar, puedo trabajar para pagar mi estancia el tiempo necesario.

—Bueno, chicos, es vuestra decisión. Yo estoy a vuestro lado para lo que sea… ¡Hora de comer! Se acabó el cónclave.

Domingo, por la tarde

La tarde fue transcurriendo sin más incidentes. Los excursionistas volvieron, encantados, y ya se iban distribuyendo por el vestíbulo, comentando la excursión, y por sus respectivas habitaciones.

Adrien buscó entre el bullicio a Dupont. Divisó a su madre, sola, hablando con otras señoras. Se acercó a ella para preguntarle. Y la respuesta fue que su hijo la dejó para irse con unos señores, que lo recogieron mientras almorzaban en un pueblecito. Enseguida vendría.

El joven se extrañó, pero no hizo comentario alguno, solo las gracias y desearle una buena tarde.

Desde lejos veía a Clarita atendiendo a unos y a otros, sonriente. «¡Qué belleza de mujer! ¡Y qué suerte tiene su novio!», pensó. Suspiró y se dirigió a la parte del salón donde estaba instalado un gran televisor. Hora de ver fútbol y distraerse un rato.

Enri, sin nada que hacer, iba y venía por el vestíbulo, por el restaurante-cafetería que, por momentos, fue abarrotándose de comensales. Predominaba el francés, que ella no entendía. De lejos, a ratos, distinguía la melena rubia de Clarita. A Adrien le perdió la pista después de almorzar.

El móvil le vibró en el bolsillo. Juan la llamaba:

—¡Dime, cariño!

—Enri, estoy en la puerta con unos amigos que me he encontrado. No te preocupes por mí. Para la cena estoy contigo. ¿Ha habido novedades?

—Nada, tranquilidad. Bueno, tranquilidad, de lo que tú sabes, que ahora esto es una feria, con tanta gente. ¡Qué jaleo, Dios! Con lo tranquilo que es mi despacho. Bueno, te espero. Hasta luego.

—¿Quién gana?

Adrien se volvió hacia Dupont, que, de pie detrás de él, observaba la pantalla.

—Por ahora, empate… Le pregunté a tu madre por ti y me dijo que…

—¡Sí! Un imprevisto, unos amigos que me necesitaban y no tuve más remedio que acudir. Ahora están intentando buscar un alojamiento; aquí no creo que haya posibilidad…

—Difícil lo veo, sí. Pero podíamos hablar con Enri, quiero decir con la señora Pardo…

—¿Tú crees…?

—Si no se ha marchado ya, hablaré con ella ahora; espérame aquí.

Adrien la encontró abriendo la puerta de su despacho.

—¡Señora Pardo! ¡Enri…!

—¡Vaya! ¿Cómo va la tarde?

—Aburrida. Aquí solo se ve fútbol español —una risa acompañó la frase.

Enri también sonrió:

—¿Y qué esperabas? Pero si quieres, podemos buscar el fútbol de tu país. Se lo pides a Jorge, que, sin problema, conecta la parabólica.

—¡*Merci*! Pero quería pedirle un favor… Unos amigos de Dupont necesitan alojamiento. ¿No habría posibilidad? Ya sabe que por aquí es difícil encontrar, no hay nada cerca…

—No sé, la verdad, tendría que ver el registro. ¿Tú acogerías a alguno? Te sobra una cama en la 102. Pasa y miro en el ordenador, a ver qué podemos hacer por *monsieur* Dupont…

—Por mí, no hay problema. Lo malo es que… bueno, que haya incidentes y lo matemos de un infarto.

La carcajada de Enri debió oírse hasta en el vestíbulo.

—A ver… —La señora Pardo miraba a la pantalla del monitor—. ¿Cuántos son? Hay una en la segunda planta, doble.

—Ya tenemos para tres. Le voy a preguntar y se lo digo por teléfono.

—Bien, te espero. Ve.

Adrien volvió al bullicio del vestíbulo, buscando entre los espectadores de la televisión. Dupont estaba, pero de pie, alejado, hablando con cuatro hombres y con Juan, el marido de la señora Pardo.

—Alain, de momento hay sitio para tres, uno compartiendo mi habitación.

—Gracias, Adrien, ahora mismo estábamos hablando de eso. El señor Artigas —señaló a Juan— iba a hacer las gestiones

—Pues entonces, casi arreglado… Un empujoncito de él quizás consiga algo más.

—Yo hablaré también con mi mujer —Juan Artigas se ofreció—. Espérenme aquí.

Mientras se alejaba en busca de la administradora, Dupont presentó a Adrien a sus amigos. Todos quedaron a la espera de la gestión de Juan, que tardó diez minutos en volver, sonriente:

—Arreglado, van a habilitar un par de camas en una habitación que se usa para guardar ropa. Dentro de una hora estará lista; ya nos avisará Enri. Para celebrarlo, ¿qué tal si nos tomamos una copa?

Todos aceptaron.

Lunes (segunda semana)

La voz del director sonó perentoria:
—Enriqueta, ven a mi despacho, por favor.
La señora Pardo cerró el móvil, mirando a la pantalla, extrañada: «¿Qué hace este hombre aquí? Y ni me avisa que viene».
Con diligencia, se puso en movimiento dirigiéndose al despacho de Pablo.
—Buenos días. No deberías…
—¡Pasa y cierra la puerta! Buenos días —la interrumpió el director —. Presiento que hoy va a ser un día movido. Ya sé lo que me vas a decir, que estoy de baja, bla, bla, bla. Pero era importante venir…
—Vale, entonces me ahorro la regañina. Empieza…
—He recibido una llamada y un correo. Insisten en la compra del hotel. Han subido la oferta.
—¡Qué me dices…!
—Como lo oyes. Es tentadora, una buena oferta. Mejor que la anterior. Pero no quiero vender, no queremos vender, Rosa tampoco.
—Me tranquilizas.
—La oferta viene de Madrid, una Sociedad Anónima. La llamada la hizo un abogado en su nombre. Ni siquiera quise saber qué sociedad era.
—¿Y te extrañas? El hotel va prosperando, tiene su clientela, es un producto goloso para invertir…
—No me gusta. Veo algo raro en ese interés súbito. Y, ahora, háblame de eso tan extraordinario que me ibas a decir.
Enri buscó en su bolsillo y, de una pequeña bolsa de papel, sacó la moneda, que puso delante del director:

—De esto te quería hablar.

Pablo tomó la patinada pieza y la hizo girar en la palma de su mano, con gesto extrañado.

—¿Y…? —no terminó la pregunta al fijarse en la raspadura que dejaba ver el metal precioso de que estaba hecha— ¡Dios santo! ¿Es…?

—Sí, oro —terminó la frase Enri—. Apareció ayer en la habitación, después de irte tú.

—Eso quiere decir —tenía los ojos a punto de salirse de sus órbitas mirando la moneda— que la dejó… lo que fuera, como señal de que existe el tesoro.

—Exacto.

—Ahora sí que no vendo. Dime, Enri, ¿qué crees que debemos hacer?

Era obvio que sabía lo que había que hacer.

—Pablo, excavar aquí puede ser muy costoso. Tendrías que cerrar el hotel, o al menos toda esta parte, pedir permisos, maquinaria… Todo eso cuesta y no tenemos certeza de nada.

—Por el coste, no me importa. Piensa que es verdad que lo encontramos. No sería nuestro total, pero sí obtendríamos beneficio. Nos haríamos famosos en el mundo entero. Puede ser una publicidad añadida. ¿Te imaginas esto lleno de periodistas, de televisiones de todo el planeta?

—Visto así… Desde luego, solo con que se enteren de que hay posibilidades de que exista el tesoro templario, ya tendríamos aquí a medio mundo a curiosear… Hasta puede ser beneficioso para la zona…

—Ahí quería ir yo a parar, querida Enri. Tenemos que hablar con ese joven francés y con Clarita. La chica puede quitarse la responsabilidad del trabajo; la exoneramos de sus obligaciones.

—Bueno, pues tú decides qué hacemos. Los clientes del ala este salen mañana. Por ahí no tenemos problema. Al francés lo podemos reubicar mientras duren las obras. ¡Madre mía, la que vamos a liar!

Pablo asintió.

—Un favor, Pablo, antes de emprender nada.

—¿Cuál?

—El personal no sufrirá ni un despido.
—Por supuesto. Confía en mí.
—Pues entonces, cuando tú quieras.
—Reúneme a todos los empleados en el auditorio, en… digamos un par de horas. A las once, todos allí. Deja solo los indispensables para atender a los clientes. Ya se les informará luego.
—A tus órdenes, comandante. Veo que estás decidido…



—¡Buenos días a todos!
Pablo Ruiz del Olmo paseó la vista por el patio de butacas. Nunca pensó que trabajara tanta gente en el hotel. Apenas se hacían notar. Pero allí estaban.
En medio del pequeño escenario, Enriqueta Pardo lo vio desprotegido. Y subió a acompañarlo; al fin y al cabo, era su sustituta en momentos puntuales.
—Os he pedido reunir para informaros de las actuaciones que se avecinan.
Un murmullo recorrió las tres filas de butacas ocupadas por el personal diverso.
—La Dirección tiene previsto en breve, muy en breve diría yo, acometer una serie de obras que abarcará toda la zona del ala este y parte del jardín. Incluidos los ascensores.
De una mesita situada junto a él, tomó un botellín de agua y se refrescó la boca. Esto de hablar para tanta gente no le gustaba.
—Se cerrará con un tabique desde el despacho de la señora Pardo. El acceso a esa zona solo será posible desde el jardín, para facilitar el paso de maquinarias y personas. Como comprenderéis, la 102 y desde la 201 a la 210, más la 301 a la 310 quedarán inhábiles. Es muy posible que sea derribada toda esa parte para remodelarla.
—Estudiaremos el calendario de vacaciones. Al eliminar por un tiempo algunas habitaciones, disminuye el trabajo. —Enri tomó el relevo en la palabra—. Pero eso no quiere decir que vaya a disminuir el personal. Solo lo acoplaremos. Los que tengan pendientes días de

vacaciones, o las necesiten, pueden pasarse por mi despacho, para ir planificando.

—Las obras comenzarán esta misma semana. A partir del miércoles. Quería aprovechar la ocasión para darles las gracias a todos. Ustedes son, con su esfuerzo y profesionalidad, los que han logrado levantar esta empresa. Eso es todo. Ahora, a trabajar.

Un aplauso apagó la voz de Pablo.

Entre comentarios, fue vaciándose el local, quedando solo la administradora y el director.

—Enri, convendría que estudiaras bien con cuánta gente podríamos sacar el hotel adelante. Si ves que sobran, les damos unas vacaciones extras, pagadas; no hay problema por eso.

—Ahora me pongo con el tema. Me llevaré a Clarita, para tenerla cerca. Y al francés. Lo nombraremos asesor.

Le hizo gracia a Pablo la sugerencia de la señora Pardo.

—Eso, vamos a dejar sin trabajo a unos cuantos y tú enchufando gente… ¡Anda, vamos!



Adrien vio salir a la señora Pardo y se dirigió a su encuentro, disculpándose ante Dupont y los cuatro amigos que le acompañaban.

—He podido oír algo de lo que han dicho ahí dentro. Parece que don Pablo está dispuesto…

—Así es. Y te espero en media hora en mi despacho. Voy a prepararte un contrato temporal como asesor. No vas a ganar mucho, pero será como unas vacaciones pagadas…

—Por mí encantado, ya se lo dije. Pero me parece bien eso del contrato, por si acaso.

—¿Has visto a mi marido?

—Hace un momento estaba con él. Y al respecto, quería comentarle algo.

—Suelta.

—Juan y Dupont, y sus amigos, parecen conocerse.

—¿Es una afirmación o una suposición?

—Más bien una afirmación. Hablan entre sí como si lo hubieran hecho más veces.

—Bueno, ya me enteraré. Voy a preparar eso. Media hora.

Clarita estaba departiendo con algunos clientes. Enri le hizo señas para que se acercara. En cuanto pudo librarse, la secretaria estuvo a su lado.

—Desde este momento, dejas de hacer todo lo que tenías pendiente y te pones a mi disposición. Orden de don Pablo. Quiere que te dediques por completo a estar pendiente de… ya te imaginas. Tú y el francés, juntos conmigo. En equipo.

—¡Uy! Qué enigmática —sonrió—. Codo con codo. Pero a dormir a mi casa, nada de habitación 102…

Unos gritos procedentes del pasillo junto a la administración la interrumpieron. Alarmadas, las mujeres miraron. Adrien, quien ya regresaba a la reunión con Dupont y sus amigos, se volvió corriendo y se les unió. Unos operarios de la lavandería venían corriendo desde los ascensores, gritando despavoridos.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? —Enri intentó pararlos, lo que consiguió a medias. Solo pudo retener a uno de ellos.

—¡Es horrible! ¡Horrible! —El hombre, con los ojos desencajados, respiraba agitado. Intentó calmarse y explicarse mejor—. Primero empezó el frío, muy intenso. Eliminó todo el calor de la calefacción… Desapareció de golpe… Luego el hedor… ¡Qué asco! Y la humedad… Las paredes, el suelo, las máquinas, ¡todo escupiendo agua…!

Se intercambiaron miradas entre los tres y dejaron ir al hombre. Otros tres estaban ya siendo asistidos por compañeros, que oían sus explicaciones.

—¡Vamos!

Tomó la iniciativa Enri. Iban hacia los ascensores, pero lo pensó mejor y pidió que continuaran hacia las escaleras.

Al llegar abajo, los acogió el frío y la humedad. Y el olor tan conocido ya. Enri buscó con la mirada en todos los rincones sin descubrir nada y, al girar la cabeza hacia Clarita y Adrien…

Los dos parecían espantados. Aterrorizados: los ojos muy abiertos, la boca igual, agarrados de la mano, la mirada clavada en un punto enfrente de ellos…

—¡Por Dios, habladme! ¿Qué pasa? ¿Qué veis?

No obtuvo respuesta.

Tras unos instantes de expectación, el suelo comenzó a temblar, al mismo tiempo que un rumor de truenos, primero lejanos, aumentando el volumen con rapidez, iba adueñándose de la atmósfera, llenando el aire de la sala…

Enri agarró la mano de Clarita y la notó temblando, el vello de los brazos erizado. De su boca no salía ningún sonido.

Y de pronto, lo vio. Justo en el punto donde fijaban la vista los jóvenes, una mancha clara fue creciendo, adquiriendo forma…

Enri estaba espantada. Incapaz de hablar, de moverse, solo observar… aquello.

«Aquello», poco a poco, adquiría forma humana, un hombre de gran altura, el pelo largo, por los hombros. La tupida barba y el gran bigote casi tapaban sus rasgos difuminados. Un manto blanco, sucio y ajado, cubría su cuerpo, una gran cruz roja sobre su hombro…

La visión duró segundos, pero a Enri le pareció una eternidad.

Desapareció la terrorífica imagen. Y fue cediendo el hedor y el frío. Las paredes y el suelo volvían a su estado seco y brillante…

Al fin, saliendo del éxtasis, se miraron:

—¡Lo he visto! ¡Lo he visto! —Enri gritó y los otros se volvieron a mirarla. Su semblante debió de asustarles.

—¡Señora Pardo! ¿Usted también? —Clarita se abrazó a ella, temblando las dos. Y Adrien se unió al abrazo—. ¡Ha sido espantoso!

Cuando algo estuvieron recuperados del susto, se atropellaban las palabras en sus bocas. Los tres querían explicarlo.

—Subamos, querrán saber qué ha pasado…

—¿Y qué les decimos? —preguntó Adrien, el más sereno.

—La verdad… —Enri pensaba que era lo mejor—. Lo que no entiendo es por qué ahora sí lo vi y lo sentí. Y ¿por qué se ha manifestado aquí y no en la…? ¡Corramos a la 102!

Al unísono, los tres emprendieron la carrera subiendo los peldaños de dos en dos.

Arriba, un grupo de curiosos esperaba la explicación a los gritos y el espanto de los empleados. No se detuvieron hasta llegar a la

habitación 102 que Adrien, temblando, abrió. Todo parecía normal…

Clarita, recordando la experiencia de la moneda, se acercó a los sillones. Y al igual que ayer, uno de ellos aparecía con el asiento húmedo. Todavía se percibía el olor…

Enri y Adrien revisaron la estancia, el dormitorio, incluso se asomaron a la pequeña terraza que daba al jardín.

El grito de Clarita los pilló desprevenidos:

—¡Aquí! ¡Venid!

En ese momento apareció Pablo, con semblante alterado.

—¡Enriqueta! ¿Qué ha sucedido?

Enri lo hizo entrar hasta el cuarto de baño, donde Clarita y Adrien observaban con terror la bañera. Se acercaron a mirar y retrocedieron de un salto: estaba a la mitad llena de sangre y, medio hundido en ella, un medallón que parecía ¡de oro! enganchado a un cordón deshilachado.

—¿Siempre me toca a mí? —se quejó Clarita.

Nadie se atrevió a sacarlo, asombrados y asustados.

Entre los curiosos apareció Juan, seguido de Dupont. Asomaron la cabeza a la puerta del baño y fijaron la vista en el rojo líquido que casi llenaba la bañera, hipnotizados, incapaces de pronunciar palabra alguna.

No sin temor, la señora Pardo, utilizando la escobilla del retrete, sacó el medallón y lo lanzó al lavabo, abriendo el grifo.

Bajo el chorro de agua, la sangre que lo cubría fue disolviéndose.

Lo que quedó a la vista deslumbró al atónito grupo: un espléndido y brillante medallón dorado, representando a dos soldados a caballo armados con lanzas y escudos.

Adrien se acercó, todavía con la expresión de entre asombrado y asustado:

—¡Es el símbolo de la Orden… ¡Los Templarios…!

Don Pablo no se atrevía a tocarlo.

—Ahora no tengo dudas. ¡Hay que empezar ya…!

Todos los presentes guardaron silencio, contemplando aquel objeto llegado del pasado. Ninguno daba crédito.

Juan abandonó la habitación, seguido de Dupont. Los ánimos se fueron calmando. Los empleados afectados habían recuperado el ánimo.

Poco a poco, todo parecía volver a ser normal. Solo algunos corros de huéspedes comentaban entre ellos.



—Ya he avisado al equipo de trabajo. Esta tarde vendrán unos albañiles. Levantarán un murete justo al lado de tu puerta, Enri, vamos a separar toda esa ala del resto del hotel. Esperemos que, mientras lo hacen, las plantas de arriba se desalojen; no vamos a esperar más tiempo…

—Si aislamos este lado…

—Ya sé lo que me vas a decir. Van a colocar una puerta, con llave. Solo para nuestro uso. ¿Adrien puede trasladarse a la 101?

—La hemos habilitado para unos amigos de Juan. Pero le buscamos otra, no creo que haya problema.

—Bien. Lo quiero siempre contigo. Y Clarita. Que no se separen de ti.

—¿Yo también formo ya parte del equipo de médiums? ¡Qué bien! ¡Quién me lo iba a decir, después de tantos años oyendo comentarios sobre la 102…!

—Eso es una cosa que me intriga. ¡Bueno, hay que ponerse a trabajar! ¿Dónde has guardado el medallón?

—Está en la caja fuerte, con la moneda.

—Esta tarde o mañana va a venir un experto en numismática; le he pedido que estudie las dos. A ver qué nos dice.

—¿Te vas a quedar o te marchas?

—Me quedo, estos acontecimientos me quitaron todos mis males. Os invito a almorzar. Avisa a Clarita y a Adrien. Almuerzo de trabajo. ¿Tu marido se fue? Si está por aquí, que se venga también, a ver si, entre todos, sacamos algo en claro de todo esto…

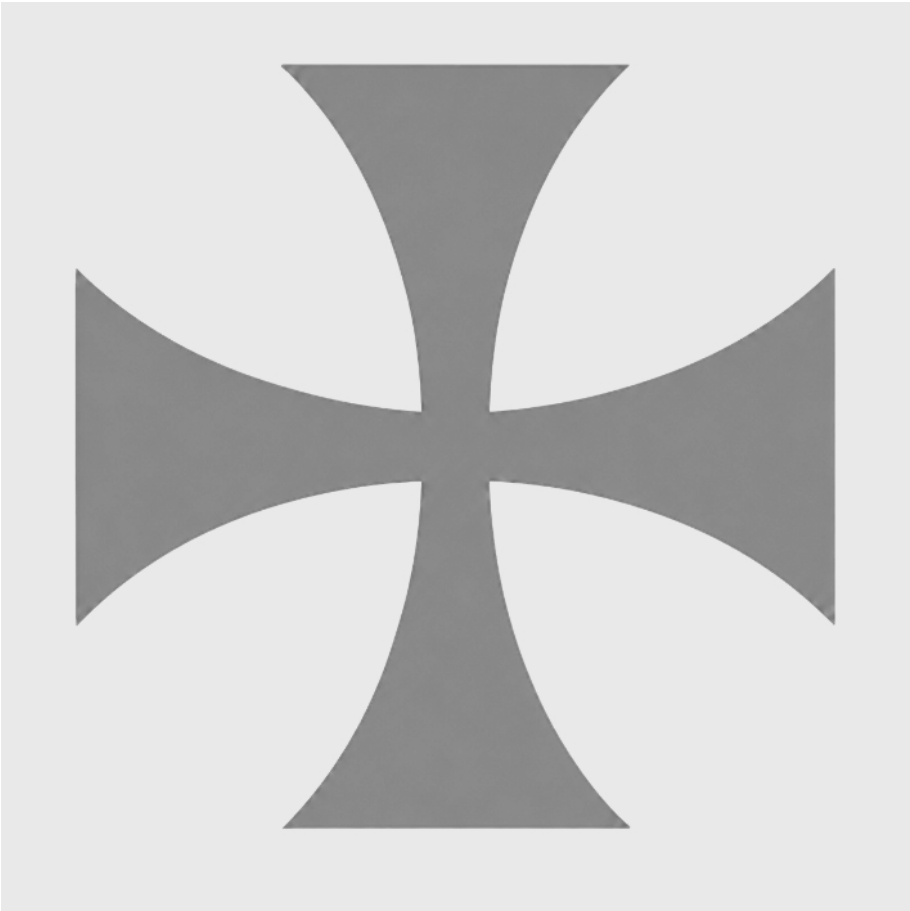
—Creo que está por ahí, con sus amigos. —Mientras le contestaba, le vino a la memoria el comentario que le hizo Adrien sobre la relación entre aquellos hombres y Juan.



Por fortuna, la tarde transcurrió con normalidad. Mejor dicho, con cierta normalidad.

Llegaron los albañiles y comenzaron a levantar el tabique. Adrien fue realojado en una de las habitaciones vacías de la planta primera, en espera de poder acceder a la 101, más a la mano para estar cerca del centro de operaciones en que se convirtió el despacho de la señora Pardo.

Clarita, siempre al lado de la administradora, parecía más inquieta y nerviosa que nunca. Al terminar su jornada de trabajo, aún permaneció una hora más en el hotel, en previsión de que ocurriera algo…



Martes

Enri llamó por teléfono a Adrien.

—Buenos días, joven. En cinco minutos tienes aquí instalado el ordenador que me pediste. Cuando quieras puedes empezar.

No esperó respuesta. Saliendo de su despacho, se encontró a Clarita, que se disponía a entrar.

—¡Buenos días, señora Pardo!

—¡Buenos días, guapa! Todo el despacho para ti. Ahora traen un ordenador para Adrien. Tú puedes usar el mío. Ahora vengo… ¡Ah! Una cosita: puedes llamarme Enri. Eso de señora Pardo lo dejamos para el personal. Ahora somos *compis.*

Una sonrisa de la secretaria fue la respuesta.

No hubo tiempo para comentar más; su móvil vibró: era el director.

—¡Buenos días, Enri! Ya estoy aquí, haz el favor de pasarte..

—Buenos días, Pablo, enseguida voy. —Guiñó un ojo a Clarita y sonrió—. Se ha caído de la cama este hoy.

En un minuto estaba ante la puerta de la dirección. Tras golpear un par de veces en el cristal con los nudillos, la abrió y entró.

—¿Cómo va la cosa? ¿Novedades?

—De momento nada. Están ya los albañiles preparando sus máquinas. Clarita y Adrien se instalan en mi despacho. Hoy va a dormir allí; ya para mañana tiene habitación.

—Muy bien. Vamos a tomar café… He estado pensando toda la noche en lo mismo. ¿Qué ha pasado para que tú puedas notar igual que los chicos? ¿Qué es lo que visteis ayer?

—Sí, yo también me lo pregunto —le explicó la visión y las sensaciones—. Casi treinta años despreciando los rumores y resulta que es verdad todo lo que contaban. ¡Pobres empleados!

De regreso, se detuvieron en la puerta de la Dirección:

—De un momento a otro, llegará el experto numismático que hará una valoración de las monedas. Cuando llegue, te aviso para que estéis presentes los tres.

—¿Tú vas a ir a supervisar las obras ahora? Te lo digo porque yo no tengo nada que hacer.

—Encárgate tú. Yo no me muevo de aquí.

—Vale, me voy entonces. Espero tu aviso.

De regreso a su despacho, se percató de que ya habían comenzado a levantar la pared, justo al lado de su puerta, y dejando un espacio libre para habilitar una entrada al sector en el que se iba a trabajar.

—¡Chicos! Estáis en vuestra casa.

Adrien ya tenía encendido el ordenador, colocado en un lateral de la mesa de Enri, dejando sitio para poder trabajar ambos. Clarita se había traído su tableta y su agenda; no necesitaba más. Y también, todo su valor. De los tres era, sin duda, la más débil.

Adrien tenía sus motivos: su afán desde hacía años era llegar hasta donde estaba ahora, a un palmo de su objetivo. No tenía miedo.

Enri, para dar ejemplo, se esforzaba en transmitir tranquilidad, aunque la inquietud y la intuición de que algo iba a pasar no la dejaban estar serena, aunque lo pareciera.

—Adrien… No dejo de darle vueltas al porqué esta vez sí. ¿Tú qué crees?

—Pensando en eso, me estoy formando una hipótesis de las mías, un tanto loca, pero… ¿Quién dice que no puede ser? Vamos a estudiarlo a fondo.

Escribió palabras y ordenó la búsqueda a Google:

—Mire, Enri. Según lo que encontré, nuestros antepasados —señaló a Clarita, que observaba, atenta— fueron liberados por un tal Guillermo de Beaujeu. Yendo hacia atrás, llegamos hasta Guillermo de Beaujeu, Gran Maestre, y abuelo de nuestro Guillermo.

Se volvió hacia Enri, la cual no entendía todavía dónde quería ir a parar.

—Es fácil llegar a conclusiones —pareció leerle el pensamiento—. Se supone que el Caballero murió aquí. Yo creo que sin llegar a ser conocido por la comunidad.

Seguía observando la pantalla, leyendo información:

—Este Gran Maestre fue prolífico teniendo descendencia, antes de entrar en la Orden.

—Sí, como los matrimonios de ahora —interrumpió Clarita, haciendo reír a los otros.

—Bueno —prosiguió Adrien—. Este Guillermo murió en Acre, pero dejó dos viudas y algunos hijos. En Francia, de donde era natural… De Sajonia, dice aquí…

Enri y Clarita se acercaron, situándose por detrás del francés.

—Nuestro caballero se casaría, supongo. Puede que tuviera descendencia. Y lo que creo es que tú, Enri, eres descendiente suya y por eso se deja ver por ti…

—¡Estás loco! Mis padres, mis abuelos, mis tatarabuelos… hasta donde yo sé, fueron de la tierra, aragoneses de pura cepa.

El teléfono sonó, sobresaltando a los tres.

—Este debe ser don Pablo, que habrá llegado el experto —indicó antes de descolgar.

—¡Sí, ahora vamos! —no dijo más—. Era él. Ya llegó el experto.

Los tres salieron, dejando bien cerrada con llave la puerta.

—¡Pasad, pasad! Os presento a don Javier Adorna, experto en numismática y heráldica. Ha venido desde Madrid, *ex profeso* — autorizó el director al grupo al verlos aparecer en el umbral.

Se saludaron todos y tomaron asiento.

Pablo abrió una bolsa de plástico que tenía sobre la mesa y sacó de ella la moneda y el medallón, limpios y relucientes a la luz de la lámpara que caía sobre la mesa.

Adorna abrió los ojos, asombrado, al contemplar aquellas piezas:

—¿Cómo han llegado hasta aquí? —las miró con detenimiento con una pequeña lupa que se había sacado del bolsillo—. Parecen auténticas.

Tras varias vueltas, las depositó en la mesa. Sin esperar respuesta, explicó:

—La moneda es un dinar, de origen musulmán; puede datarse en el siglo X o el XI… El medallón no es tal. Es una copia de mayor tamaño de uno de los símbolos más usados de la Orden de los Templarios: representa el dualismo universal, la doble convivencia de cristianos y musulmanes en Tierra Santa; la doble identidad: monjes

y guerreros. Del mismo tiempo que el dinar. Y de un tamaño fuera de lo normal. Quizás distintivo del Gran Maestre…

No dejaba de contemplarlas, admirado.

—Son de muchísimo valor, tanto por el metal como por su antigüedad… Don Pablo, debería usted declararlo al Gobierno Regional. Quizás haya por aquí cerca un antiguo asentamiento musulmán, un cementerio. Tendrían que investigarlo. Es posible que se encuentren más piezas similares. ¡Quién sabe lo que guardan estas tierras!

—Sí, don Javier, eso pensaba hacer. Pero quería antes cerciorarme de su valor. Muchas gracias —se levantó, y los demás lo hicieron.

—¿Quién las encontró?

—Las encontró uno de los empleados, arreglando el jardín.

Acompañó al numismático hasta la puerta, rogándole le hiciera llegar la minuta lo antes posible.

Una vez desaparecido el hombre, se dirigió a todos:

—Tenemos una posibilidad contra un millón de que estemos sobre una bomba… ¡Y ojalá nos explote…! Al Gobierno se lo voy a decir —soltó una carcajada.

—¡En eso estabas pensando tú! —Enri se unió a su risa.

—Don Pablo —Adrien les interrumpió—, tenemos la certeza de que la señora Pardo forma parte de la familia.

El director lo miró, extrañado.

—Explíqueme eso, joven.

El francés le expuso lo que habían averiguado hacía poco y lo que habían deducido.

—Solo tenemos que escarbar un poquito en el pasado de Doña Enriqueta, con su permiso, claro.

—¿Y a qué esperan?

—Enri, ¿me puede acompañar Clarita al Registro Civil? Aquí no hay ahora mismo nada que hacer. Así me lleva ella en su coche.

—Bueno, pero procurad no tardar.

Cuando se marchó la pareja, Enri se sentó ante su monitor, y tecleó y buscó. ¿Ella, familia de un templario? ¿Y, por qué no? ¿Y por qué nunca se le apareció o le mandó alguna señal? Quizás la respuesta fuera la pareja de jóvenes. Tal vez la inocencia, o la nobleza de sus

corazones… Algo habría influido. La historia estaba escrita, pero ella no veía la conexión.

Unos golpes en la puerta, la sacaron de su concentración:

—¡Adelante!

Apareció Juan.

—Enri, quería hablar con Pablo ¿Puedes acompañarme?

—Claro, cariño.

Cuando abandonó el despacho, se encontró en el pasillo a Dupont y los otros cuatro amigos. Los miró, extrañada, pero se limitó a darles los buenos días, a lo que contestaron casi al unísono.

Pablo venía hacia ellos.

—¿Qué tal, señores? —se detuvo para saludar— Voy a dar un vistazo a los trabajos de albañilería. Ahora estoy contigo, Enri.

—Pablo, íbamos en tu busca. Juan quería decirte algo.

Con un gesto, les indicó su despacho.

—¡Ah, bien! Llévalo allí, ahora mismo voy. Miro y vuelvo. Un minuto, por favor.

Cuando volvió, ya estaban Juan y Dupont sentados e impacientes. Miró interrogante a Dupont.

Juan percibió la mirada y aclaró:

—Él es Alain Dupont, profesor de historia en la Sorbona y ahora es cliente tuyo —presentó y los hombres se estrecharon la mano—. Bueno, Pablo, ya me contó Enri por
encima lo que piensas hacer, y sobre ese tema quería hablarte. Tengo ahí fuera cuatro hombres, que habrás visto antes conmigo, especialistas en Arqueología y buscadores de Tesoros.

Pablo enarcó las cejas:

—¡Caramba!

—Son amigos —prosiguió Juan— y se me han ofrecido, sin ninguna clase de interés, para ayudar en lo que puedan. Dupont también y, como Profesor, estaría dispuesto a asesorarte y dirigir las excavaciones que pretendes. Si se encuentra algo, ya estudiaríamos alguna fórmula para compensarles, si lo crees conveniente.

—Eso sería interesante. Suponiendo que haya un tesoro.

—Vi la moneda y el medallón y la forma cómo llegaron. Es indudable que algo hay. Y si Enri está metida en eso, quiero estar

cerca. No puedo dejarla sola…

—En eso te doy la razón —se quedó pensativo, dando golpecitos con los dedos sobre la mesa—. Bien. Acepto el ofrecimiento. Pero todo debe estar supervisado por mí o por tu mujer.

—Sin duda. Cuando tú des la orden, se ponen en movimiento…

—En cuanto terminen de cerrar el pasillo. Mañana es el día D.

Se levantó y Juan y Dupont le imitaron. En la puerta entreabierta, Enri esperaba y, un poco más alejados en el pasillo, los cuatro hombres. Se acercó a ella.

—Enri —Pablo la cogió del brazo, con delicadeza, con cariño—. ¿lo has oído?

—Sí, claro, no os habéis preocupado de cerrar la puerta.

—Pues entonces no hay nada que explicar. Ya sabes lo que hay que hacer. Señores —se dirigió a los hombres— mañana a las 8 los espero en mi despacho, para organizar el plan de trabajo.



—¡Señora Pardo…! ¡Enri! —la voz de Clarita la hizo volver la cabeza, camino de su despacho. La chica venía casi corriendo, seguida de Adrien.

—¡Qué escándalo! —respondió, sonriendo—. Vamos a mi despacho; tomad aire, chicos.

Una vez más calmados, ya respirando con normalidad, relataron a Enri las averiguaciones hechas.

En el Registro Civil, en el Registro Parroquial, hasta en el Ayuntamiento habían estado indagando. El resultado: negativo. Todo normal hasta donde habían podido retroceder, unos quinientos años antes…

Pero Adrien tenía sospechas. Quizás en Francia, en París o en La Sajonia podría averiguar más.

—Pudiera ser, no es seguro, que tu ascendencia pertenezca a la saga de los Beaujeu…

—¡Qué dices! —Enri se rio, pero su risa era forzada—, ¿Me estás diciendo que yo soy pariente del… de… ¡Dios! Lo que me faltaba.

Movía la cabeza, negando.

De pronto se quedó inmóvil. Levantó la cabeza y miró a Adrien y Clarita fijamente:

—¡Un momento! Si es así, ¡quiere decir que el supuesto tesoro me pertenece!

Ambos asintieron en silencio.

—¿Cuándo puedes hacer esas indagaciones? —preguntó a Adrien.

—Ahora mismo. Si salgo ya para Madrid o Barcelona. Miraremos ahora los próximos vuelos; yo creo que en un par de días lo resuelvo. El jueves o el viernes puedo estar aquí con noticias.

—¡Vamos, mira!

Sin perder un segundo, mirando los tres la pantalla, comprobaron la disponibilidad. Desde Barcelona, esa misma tarde. Habría que viajar en automóvil…

—¡Juan! Él te lleva. Ahora se lo digo. Prepárate. Nosotras nos quedamos organizando el desalojo de las plantas mientras, que ya es trabajo. ¡En marcha…!

Miércoles

El día se presentaba frenético. A las siete ya estaban descargando máquinas y utensilios para iniciar la excavación. A Enri le pareció desproporcionado aquel despliegue; pero, según Juan, Dupont lo creía necesario.

Pablo llegó a las 8 en punto y ya estaban esperándolo en la puerta del despacho los seis hombres.

—¡Buenos días, señores! Enri, buen día. Pasemos.

Una vez todos dentro de la oficina, algunos pudieron tomar asiento. A Enri le cedió el suyo el director.

—Bien —este inició la reunión—. Juan, señor Dupont. ¿Qué actuaciones tienen previstas?

—Ya tenemos organizados los equipos. En cuanto dé usted la orden, iniciamos. Como es lógico, empezaremos por la habitación 102, que parece ser el origen de todo este inusual movimiento…

Fue Dupont quien contestó.

—Entonces, si hay que excavar, ¿podría verse afectada la planta alta? Porque hoy mismo, en un par de horas, quedan vacías todas las habitaciones de esta ala. Enri, ¿ya está instalada la puerta?

—Sí, Pablo. Ya tengo las llaves. Por aquí no puede acceder nadie. Y si la 102 va a ser el centro, convendría ampliar la puerta de la terraza. En el jardín hay una carpa instalada, para que desde el exterior tampoco pueda observarse.

—Buena idea. Juan, encárgate tú de la parte exterior. ¿Y el señor Feraud?

—Tuvo que viajar, Pablo, asunto urgente, pero mañana está aquí.

El teléfono interrumpió la conversación. Pablo lo atendió:

—Enri, hay periodistas en el vestíbulo. Por lo visto, se ha corrido la voz sobre las apariciones y las monedas. ¿Te importaría atenderlos? Pienso que, de momento, no tendríamos que explicar mucho…

—¡Claro! Ahora voy, le diré a Clarita que me acompañe, que ella es más relaciones públicas que yo.

—Muy bien. Señores, ¡demos comienzo a la operación tesoro! Señor Dupont, ¡adelante…!

El equipo de Dupont, acompañado de los albañiles, se encargó de ampliar el acceso por el jardín. Juan y el francés se quedaron en la habitación 102, midiendo y comprobando sobre los planos la posibilidad de cavar en el centro del pequeño salón sin dañar la red de saneamiento.



Enri, una vez atendidos los periodistas, a los que no aclaró mucho, y acompañada de Clarita, volvió a la habitación para que le explicaran cómo iba a ser la cosa.

Antes de entrar, oyó a los hombres hablar: Se detuvo para oír.

—Lo tenemos al alcance de la mano, Dupont.

—Sí, señor Artigas. La Hermandad puede estar satisfecha del avance que le hemos dado.

—¡No digas nombres! Nadie debe saber nada de nuestros objetivos. Si encontramos estorbos, tendremos que actuar con energía. No podemos consentir que alguien se interponga. Tienes órdenes concretas al respecto, no lo olvides.

—¡No, señor! El director no creo que sea un problema. El amigo Feraud sí puede serlo. Y la chica…

Enri oía desde la puerta entreabierta. «¿Hermandad? ¿Sería esto lo que quiso decir el fantasma, o lo que sea… cuando dijo buscad a los hermanos? ¿Y qué pinta Juan en todo esto? Tendría que hablar con él, que me explique…».

—¿Ya saben ustedes qué hacer y cómo? —preguntó abriendo la puerta y entrando.

—Sí, vamos a excavar por aquí —Dupont señalaba el centro de la habitación—. Iremos haciendo un pozo lo suficientemente ancho para que quepa un hombre… Ya están montando la taladradora. Suponemos que tendremos que profundizar bastante.

—¡Madre mía, la que se va a organizar! Juan, estoy en mi oficina.

—Bien, cariño…



—Clarita, ¿sabes algo de Adrien? ¿No te ha llamado?

—¡Sí! Hace un momentito. Parecía excitado. Me dijo que esta tarde cogía el avión a Barcelona. Me pidió que fuera a recogerlo. Pero…

—Pero, ¿qué? Vamos las dos y nos turnamos conduciendo. ¿Te parece bien?

—¡Digo! Pues mejor. Luego llamo a casa para decir que volveré tarde. Según creo, aterrizará a las 20 horas.

—Después de almorzar salimos. Aquí nos vamos a llenar de polvo. ¿Ya tienes todas las salidas preparadas?

—Terminando estoy. Se queda el hotel a la mitad. Pero hay muchos visitantes curioseando. Me lo han dicho desde Recepción. ¡Las noticias vuelan!



—Pues verás tú si encuentran algo. Vamos a ser portada. ¡Dios, la que va a liar el fantasmón ese!

—¿Qué tal el vuelo? ¿Averiguaste algo?

—¡Hola! Todo bien. Algo hay, ahora le cuento. ¡Clarita, *je te trouve plus belle*!

Clarita no pudo por menos que reír ante el piropo del francés.

—¡Adulador…! Me alegro de que estés de vuelta.

—Vamos, por el camino nos cuentas. Que tenemos más de dos horas de viaje todavía. —Enri apresuró el paso hasta los aparcamientos.

Ya no hablaron más hasta abandonar la tupida red de carreteras de Barcelona.

Una vez tranquilo el trayecto, Adrien buscó en su descolorida cartera de mano y sacó uno de sus cuadernos.

—Una hija de su primera esposa, me refiero a Guillermo de Beaujeu, nuestro fantasma, casó con un señor feudal del Condado de Barcelona. Este señor tenía tierras por el Reino de Aragón dedicadas al cultivo de la vid.

«Ramonet Lope i Gil viajó con frecuencia a estas tierras, asentándose definitivamente aquí. Camile, así se llamaba su esposa e hija del templario, como es lógico lo acompañó, muriendo ambos y siendo enterrados en Graus y dejando bastantes hijos, que se expandieron por la comarca».

«Uno de los hijos, Lucas, se casó con una lugareña, *Enriquetta Lompardo*, descendiente de comerciantes genoveses…»

—Y creo que tú vienes de esa línea, Enri.

Esta, en el asiento del copiloto, se giró a Adrien, en el asiento trasero, y soltó una carcajada.

—¡El fantasma, mi abuelo…! ¡Increíble! Para mondarse de risa. ¿Y por qué nunca se me manifestó? ¿Por qué ha tenido que esperarte? ¿Y a Clarita, siendo como es descendiente de su criado, cómo tú? No sé, chico. Es raro.

—Yo lo veo con cierta lógica. Nosotros le somos leales, personificando en los dos las figuras de sus criados liberados. Si guarda el tesoro, querrá que nosotros lo sigamos guardando. Y al juntar nuestras fuerzas, ha creído conveniente que participes tú, como pariente de sangre que eres…

—¡Qué fantasma más listo! —dijo Clarita sin perder de vista la carretera.

Enri y Adrien sonrieron.

—Pero si don Pablo busca el tesoro, nuestra obligación, entonces, sería impedirlo. Pero como Enri es familia, tiene derecho al mismo, como heredera. Aunque, si existe, sería propiedad de la Orden, que no está claro que hoy en día exista, tal como fue hace ochocientos años. ¡Qué lío!

—Si está bajo el hotel, don Pablo tiene los derechos, o una recompensa, o una parte, no sé cómo va eso. Habrá que dejar correr el tiempo, que sea lo que Dios quiera —aseveró Enri, mientras se acomodaba en su asiento, dispuesta a concentrarse en el camino.

Jueves

Juan la estaba esperando sentado en el sofá, con un libro en las manos. Levantó la mirada por encima de los cristales de sus gafas, mirando a Enri con gesto de enfado.

—¡Cariño, me lo podías haber dicho y voy yo a recoger a ese muchacho! Mira la hora que es. Cerca de la una…

—Estabas muy atareado con tu amigo Dupont y la obra. No quise molestarte.

Enri se disponía a acostarse en el sofá cama, donde ya Juan la estaba esperando.

Había dejado a Clarita en el office, que Jorge, tan amable él y tan atento, le cedió: «Lo usa ella más que yo». A Adrien le dieron una habitación en la primera planta, por una noche, hasta mañana que lo acomoden en la planta baja, en la 101.

—¿De qué conoces a Dupont? ¿Y a los otros cuatro? —disparó mientras se arropaba con el cálido edredón.

La pregunta sorprendió a Juan.

—Pues…

—Te oí esta mañana hablando con él. Nombró a la Hermandad. Y que Pablo no sería problema, pero Adrien y Clarita, sí. ¿Puedes explicármelo?

—¿No puedes esperar a mañana? Es muy tarde.

—Sí, puedo esperar. Pero quiero que me lo aclares. Buenas noches, ¡que descanses! —ni siquiera hizo intención de darle el beso de buenas noches. Juan tampoco parecía decidido a reclamarlo.

A las siete de la mañana, cuando abrió los ojos, ya tenía una taza de café humeante sobre la mesa. Juan había madrugado para traérselo, cosa que agradeció:

—¡Buenos días, gracias!

Él le devolvió el saludo, acompañado de un beso en la frente, que Enri aceptó, dejándose querer. Intentó poner cara adusta, no fuera a creer que se había olvidado de lo hablado la noche anterior.

Juan se sentó en el sillón de la administradora, haciéndolo girar, hacia un lado, hacia otro, con lentitud.

«No sabe cómo me lo va a explicar», pensó Enri.

—Verás, cariño… En mis tiempos en la Facultad, formamos entre un grupo de compañeros una especie de hermandad, un club, llámalo como quieras, con la sana intención de salvar al mundo; librarlo de corruptos y estafadores. Esta hermandad, con los años, fue creciendo. Contratamos detectives para desenmascarar corruptelas, sobre todo en política. Muchos de nosotros somos Abogados que actúan contra ellos. Médicos que sacan a relucir las suciedades en hospitales públicos. Todo eso requería y requiere fondos. Algunos tenían dinero, pero la mayoría no disponía de capital para invertir.

—Pero eso era en España, y Dupont es francés.

—Sí, al crecer la Hermandad, llegaron socios nuevos, gentes con las mismas ideas, sin importar la nacionalidad. Los aceptábamos siempre que aportaran algo. Y Dupont aportó. Una hermosa villa en la Costa Azul, en Niza, concretamente, que se vendió por muy buen precio… Un puñado de millones de euros. Y, como es lógico, fue aceptado y nombrado socio de pleno derecho, llegando a ser elegido Secretario de Organización, experto en…

Unos golpes fuertes en la puerta los sobresaltó.

—¡Señor Artigas! ¡Señora Pardo! ¡Corran!

Juan ya estaba vestido, por lo que salió rápido, mientras Enri se aligeraba con el uniforme a medio poner. «¡Dios! ¡Otra calamidad, como si lo viera!». Antes de salir, apuró el café. No sabía cuándo volvería a tomar algo.

Dupont estaba en el pasillo, pálido y alterado. No esperó y se giró hacia el pasillo.

—¡Vengan! —gritó.

Y traspasando la nueva puerta, se dirigía a la habitación 102. Lo siguieron los dos a buen paso, con la inquietud acrecentándose por segundos.

—¿Qué ocurre? ¡Esperadme! —Pablo venía de Recepción, por lo que, al verlos correr, alargó las zancadas hasta alcanzarlos, lanzando resoplidos.

A la habitación 102 le habían quitado la puerta y ensanchado el hueco para tener más fácil el entrar y salir con máquinas y material de obra. Al llegar al marco vacío, frenaron los cuatro, estupefactos al contemplar lo que les ofrecía el interior:

Una espada enorme, corroída por el tiempo, apagado el brillo de su hoja, aparecía clavada hasta la mitad en uno de los sillones que aún no habían sido retirados.

Habían comenzado a perforar en el centro de la habitación, por lo que un hoyo de un metro de diámetro aparecía negro a la luz difusa del amanecer. Algunas ratas corrían de un lado para otro, asustadas por la presencia humana.

En el lugar donde estaba hundida la espada, el asiento aún presentaba la mancha húmeda, inundando el apartamento de la frialdad que tan bien conocía Enri. Y el hedor de siempre…

—¡Qué asco! —fue ella la que primero habló.

Los otros tardaron varios segundos en reaccionar.

El director pidió a Dupont que cerrara la puerta del pasillo, para evitar curiosos. Era temprano, pero mejor evitar miradas indiscretas.

—¿Quién quiere cogerla? —se refería al arma.

Dupont y Juan se miraron, indecisos. Enri avanzó firme, evitando las ratas, que huyeron chillando hacia el oscuro agujero.

Con miedo, asió la espada por el gran puño. Estaba helada. Tiró de ella hacia arriba y, no sin trabajo, la sacó del sillón. Era pesada, con una hoja ancha, corroída por el óxido. Con las dos manos, arrastrando la punta por el suelo, la llevó hasta el pasillo. Los hombres se habían apartado para dejarla salir.

—Traed una manta —pidió Enri.

—Yo la traigo —se ofreció Pablo y salió en su busca.

Enri llamó a Adrien con el móvil sin explicarle nada, solo que viniera cuanto antes a la 102.

Clarita ya se acercaba a la habitación, extrañada de ver al grupo, agachados alrededor de la espada, que desde lejos aún no

divisaba.

—¡Buenos días! ¿Ya empezamos?

Al verla, Enri se irguió, respondiendo al saludo.

—Clarita, hemos tenido otra visita. Cada vez son más desagradables, como una advertencia. La sangre el otro día, ahora esto… Me da miedo.

Llegó Pablo con la manta, en la que envolvieron la espada.

—Irá a la caja fuerte, con las otras piezas, si cabe.

Los obreros estaban dispuestos a reanudar el trabajo con miedo, aún temerosos por lo que habían presenciado, por lo que los cinco abandonaron el lugar.

—Clarita, habrá que comunicar el hallazgo a la Guardia Civil, o al Gobierno. Y tendremos que hacer una rueda de prensa. Sé que esto puede tener importancia histórica… Convendría citar a los periodistas.

—Sí, don Pablo. Me pondré en ello ahora mismo.

Apareció Adrien, interrogando con la mirada a Enri, que le explicó el suceso. Quiso ver la espada, depositada sobre la mesa de Pablo.

—Está dejando avisos, muchas señales —habló más para sí que para que lo oyera nadie, estudiando el acero oxidado.

—Eso pienso yo. Y no me gusta nada, nada…

Todo el edificio comenzó a temblar cuando el potente equipo de perforación se puso en movimiento. El ruido apagaba las voces, por lo que había que hablar a gritos para hacerse entender. Juan y Dupont dirigían los trabajos, haciendo indicaciones a los operarios.

Enri, Clarita y Adrien prefirieron trasladarse a una mesa de la cafetería para hablar sobre el descubrimiento del francés en su viaje.

—Entonces, tú estás seguro de que yo soy descendiente del fantasma, que fue un caballero templario que escapó con un tesoro y que lo dejó enterrado bajo el hotel. Historias para no dormir.

Al francés no le hizo gracia la última frase, pero asintió:

—Así es, Enri. Tengo pocas dudas al respecto. Todo encaja. Y tengo que confesarte algo, bueno, confesaros a las dos —miró con intensidad a Clarita, que se ruborizó. Enri le cogió la mano para animarla—. Se está haciendo fuerte en mi interior un sentimiento

extraño, desconocido. No debemos dejar que nadie profane el descanso de alguien que murió por una causa noble, como puede ser cumplir una misión…

—¡Sí! —Clarita casi gritó, enaltecida—. No dejo de pensar en eso yo también… Nuestros antepasados lucharon para salvar un tesoro que su amo y señor debía custodiar. Si nosotros —rectificó—, si a nosotros se nos ha manifestado, ¿qué motivos tiene? ¿Espera algo de Adrien? ¿De mí?? ¿De usted? No debemos defraudar al señor de Beaujeu… ¡Nuestro caballero!

—Me estáis dando miedo, oye. —Enri los miraba, veía en sus rostros decisión— Y, según ustedes, ¿mi papel cuál es?

—Alguien tendrá que contarlo algún día, Enri, y tú has sido la elegida…

Pablo se asomó a la puerta y los vio. Se acercó a ellos y se sentó.

—Llevan profundizado casi tres metros. Costó trabajo perforar el hormigón de los cimientos, pero ya lo pasaron. Van a bajar en unos momentos, por si queréis presenciarlo.



Juan estaba preparado, con casco de minero, arnés y enganchado a una gruesa soga. Junto a él, Dupont y dos de los técnicos que vinieron.

—¿Qué vas a hacer? —Enri no podía creer lo que veía.

—Solo es un vistazo, tranquila. Me han dicho que no hay peligro. Y alguien tiene que ser el primero…

—Y tienes que ser tú, claro.

—¡Cuando quiera, señor! —el operario que manejaba la grúa situada en el jardín avisó.

—¡Bien, adelante!

La soga se tensó, cediendo a la presión de Juan, calzado con unas botas de goma hasta la rodilla. Se introdujo en el agujero,

sujetándose al borde. Poco a poco fue bajando la luz de la linterna encendida, girando el haz por las paredes.

—¡Dos metros! —gritó desde la profundidad. Todos estaban rodeando la abertura, expectantes. Enri agarrada a la mano de Clarita, con fuerza.

—¡Diez metros! —la voz de Juan llegaba amortiguada, apenas era audible—. Todavía puedo bajar. —Tras un breve silencio, los gritos del hombre llegaron más claros— ¡No! ¡No! ¡Subidme, por Dios! ¡Daos prisa! ¡No ! ¡Subidme…!

La voz de Juan Artigas dejó de oírse, perdida en la negrura del agujero. La tensión de la cuerda aflojó. La grúa empezó a recogerla, subiendo rápidamente, ¡se había soltado del cuerpo! El cabo deshilachado serpenteó en el aire unos segundos.

—¡Juan…! ¡Juan! —llamó Enri, sin que tuviera respuesta—. ¡Rápido, que alguien ilumine, por Dios!

Dupont y uno de los técnicos asomados al agujero dirigían la luz de sus linternas hacia el fondo.

—¡No se ve nada! ¡Ha desaparecido…!

—¡Eso es imposible…! —Enri estaba a punto de sufrir un ataque de nervios. Clarita la sujetaba, ayudada por Adrien, atónito por la extraña desaparición.

Llegaron varios obreros, con más cuerdas. Uno de ellos se la ató a la cintura y comenzó el descenso.

Los haces de luz le alumbraron mientras bajaba, tanteando las paredes.

—¡Huele muy mal aquí abajo! —gritó. Al momento pidió que lo subieran.

Al salir a la superficie, en su rostro se reflejaba el terror. A las preguntas atropelladas de Dupont, de Enri, de Pablo, contestaba con dificultad:

—¡A pesar de la linterna, no veía nada…! ¡Solo oscuridad! ¡Y las ratas me atacaban! Ni rastro del hombre. ¡He pasado mucho miedo! Ese frío es terrorífico.

Enri estaba al borde del desmayo. Alguien trajo una banqueta para que se sentara; las piernas le temblaban.

Pablo gritaba desaforado pidiendo ayuda; todos se acercaban al negro agujero alumbrando el interior. Los chillidos de las ratas que se adivinaban allí abajo hacían que se les pusieran los pelos de punta a los hombres que, aterrados, aún no podían creer en la desaparición de Juan.

La señora Pardo lloraba, presa de la desesperación, mientras Clarita y Adrien trataban de consolarla.

—Alguien tiene que bajar, no podemos meter la taladradora, no vayamos a herir a Juan. —Pablo hablaba a Dupont, que asentía con la cabeza, incapaz de reaccionar…— ¡Vamos, rápido! ¡No hay tiempo que perder!

Trajeron máscaras y oxígeno.

Uno de los operarios se preparó para bajar, provisto de una lámpara eléctrica y un pico.

—Cuando quieran —pidió, encendiendo el transmisor adosado a la máscara.

Sin más, al arnés le engancharon un cable de acero proveniente de la grúa situada en el jardín. Comenzó el descenso mientras los demás rodeaban el agujero, expectantes, escudriñando el invisible fondo… Enri también se acercó llamando a su marido:

—¡Juan! ¡Juan! ¡Contesta, por favor!

Solo los chillidos espeluznantes de las ratas llegaron como respuesta.

—¿Qué ves? —Pablo preguntó al hombre que bajaba.

—¡Solo tierra! Las ratas se están metiendo hacia dentro, y cada vez noto más humedad, parece que hay agua al fondo, oigo como una corriente ¿Qué profundidad llevo?

Pablo miró a Dupont, interrogante.

—La máquina solo llegó a diez metros ¡Y sigue bajando!

—Eso quiere decir que hay hueco ahí abajo ¿Qué ve alrededor? —preguntó al hombre del pozo.

—De momento solo veo tierra; a mis pies se va abriendo más y más la masa y el frío y la humedad crecen por momentos. Ya tendría que haber alcanzado el agua que se oye. Me parece que estoy en una enorme fosa. ¡No se distingue ni fondo ni paredes!

—¡Doce metros! —Dupont no salía de su asombro.

Alguien había traído tila para Enri. Se volvió a sentar, abatida, ayudada por Clarita y Adrien, que no se movían de su lado. No cesaba el llanto, pero ya silencioso…

Resignada, sabía que su marido se había encontrado allá abajo con aquello que moraba en las entrañas de la tierra: el guardián.

—¡He visto algo moverse!

La voz alterada del hombre los sobresaltó a todos.

—¿Es Juan? —inquirió Pablo, quitándole el transmisor a Dupont de la mano. Al oír pronunciar el nombre de su marido, Enri pareció salir de la abstracción en que se había sumido.

—¡Necesitaría una pértiga con gancho! Parece… ¡Es un cuerpo! ¡Es el señor Artigas! ¡Dense prisa!

Dupont fue el primero en lanzarse hacia el jardín. Allí, bajo la carpa, había toda clase de maquinaria. Algo encontraría que pudiera servir para el rescate.

Volvió triunfante con un largo palo terminado en gancho en la mano. Lo ataron por un extremo a una cuerda y se lo bajaron al operario.

—¡Ahí lo llevas!

Casi en el acto respondió que lo tenía. Iba a ver cómo podía enganchar el cuerpo.

Las caras expectantes de los presentes rodeaban la abertura. La más ansiosa, sin duda, Enri. Adrien y Clarita no la soltaban.

—¡Ya está! Subidme con cuidado ¡Está vivo!

—¡Gracias a Dios! —Enri se sintió desfallecer y buscó la banqueta.

Con sumo cuidado, se inició la subida de los dos hombres. Pablo y Dupont mantenían sujeto el cable, procurando centrarlo en el agujero para evitar golpes en las paredes. Los segundos se hicieron eternos hasta ver aparecer la cabeza cubierta del casco del operario. Con rapidez, lo atenazaron entre varios, ayudándole a salir y desengancharse mientras iban subiendo el cuerpo de Juan, atado con la otra soga. Cuando llegó a la superficie, lo acostaron en el suelo. Enri se arrodilló junto a él.

—¡Juan, cariño! ¡Despierta! —pero el hombre no movía un músculo. Respiraba con dificultad.

—Ya viene una ambulancia. Ahora vamos a llevarlo a la enfermería; allí estará mejor atendido mientras vienen los médicos —dijo Pablo, guardándose el móvil—. Adrien, lléguese a por la camilla.

Salió rápido el francés, mientras Clarita daba ánimos a Enri.

—¡Qué alegría, señora Pardo! Se pondrá bien, no tiene heridas.

—Pero, ¿tú ves lo mismo que yo? ¿Has visto sus ojos?

—Yo veo miedo, terror más bien.

—Sí, eso es lo que yo creo. Vio algo. Y las dos sabemos que es horrible lo que pudo ver…

En ese momento, Juan abrió la boca al máximo, quería hablar, pero no emitió sonido alguno. Callaron todos, pendientes de él. Enri acercó su oído pidiendo silencio haciendo aspavientos con la mano:

—No puede ser… —un hilo de voz apenas audible la hizo prestar más atención—. No puede ser… —Repetía la frase una y otra vez.

Llegó Adrien con la camilla y entre todos pusieron el cuerpo sobre ella, tapándolo con una sábana. Entre Adrien y Dupont empujaron la camilla hasta el botiquín, situado junto a la recepción. Enri no soltaba la mano de Juan, corriendo junto a ellos.

—Clarita, ve tú con la señora Pardo, acompáñala, no la dejes sola.

—Sí, don Pablo…

Algunos clientes curiosos se arremolinaban junto al mostrador, interesándose por lo que había ocurrido. «*Un accidente*» era la respuesta del recepcionista. Tampoco sabía mucho más que pudiera explicar.

La sirena de la ambulancia se oía ya cercana. En pocos minutos, los médicos y auxiliares del Servicio Aragonés de Salud hicieron su aparición en el vestíbulo. Alguien les indicó hacia el botiquín. Sin dejar de correr, se hicieron cargo de la situación. Enri se apartó para dejar trabajar a los sanitarios.

Estos observaron a Juan, tomándole el pulso, le auscultaron, cuchichearon entre ellos y decidieron que había que ingresarlo.

—¿Hay algún familiar? Sería conveniente que…

—Yo soy la esposa.

—Bueno, nos lo llevamos, aquí no podemos hacer mucho. Puede acompañarnos. Vamos, no hay tiempo que perder.

Y empujaron la camilla hacia la salida, donde esperaba la ambulancia con el portón trasero abierto.
Clarita corrió hacia el despacho de la señora Pardo, recogió los bolsos de las dos, con la documentación, y se unió a Enri ya dentro del vehículo médico.
—¡Me voy con usted…!



—¿Enriqueta? ¿Cómo está Juan? ¿Qué dicen los médicos? —la voz de Pablo le llegaba con mucho ruido de fondo.
—Pablo, ha sufrido un shock tremendo. Los doctores no se explican cómo sigue vivo. Según creen, ha estado muerto segundos, quizás minutos. El tiempo que estuvo abajo. Le han hecho toda clase de pruebas y nada. No se lo explican.
—Pero, ¿ha dicho algo?
—No, no puede hablar y, lo peor es que puede estar así por tiempo indefinido.
Enri enmudeció, incapaz de contener la congoja cuando las lágrimas se le asomaron a los ojos. Clarita, a su lado, la consoló acariciándole la cabeza.
—¡Cuánto lo siento, Enri! ¡No sé por qué tuvo que bajar él, no me lo explico! —Tras unos segundos de silencio, el director finalizó la llamada—. Bueno, en un rato estoy ahí. Cuídalo bien, y cuídate tú. No te dejes vencer, por favor. Saldrá de esta, ya lo verás.
Enri, sentada junto a la cama donde yacía su marido, miró a Clarita y le agradeció con una sonrisa su gesto de cariño.
—Tú deberías irte, aquí no haces falta. Yo estoy bien, no te preocupes… Ya pasó el susto…
—De eso nada, yo me quedo con usted. No la voy a dejar sola. Lo malo es que no nos vamos a enterar de lo que pase allí.
—Ya llamará alguno. Cuando haya novedades, seguro. Espero que a Adrien no se le ocurra bajar…



Las noticias locales abrieron el informativo de la tarde: ***«Extraños sucesos en un hotel de la localidad»***. Y a continuación el redactor explica lo que se vive en él. ***«Esta mañana, en las prospecciones que se están haciendo en busca de un supuesto tesoro, uno de los ingenieros que dirigen la obra descendió varios metros, 8 o 10, según nos cuentan, desapareciendo durante unos minutos y reapareciendo, de manera extraña, en condiciones físicas que, según los médicos, no encuentran lógico que pudiera haber resistido».***

«Hay que explicar que el pozo que han abierto, de un metro aproximado de diámetro, tiene una profundidad de diez metros. Pero según el operario que rescató al ingeniero, la fosa que hay abajo es como una gruta inmensa. Este pozo, según hemos podido conocer, es consecuencia de unas extrañas apariciones de monedas, incluso una espada, datadas en el siglo XII. Estas apariciones de objetos ocurrieron tras unas sesiones de espiritismo celebradas con unos médiums venidos al efecto…»



—¡Qué barbaridad! Cómo inventan —Clarita apagó el televisor—. Menos mal que no dan nombres…

—Tienen que vender. Las tragedias suben la audiencia. ¿Qué estará pasando? Pablo quedó en venir, pero no aparece. Adrien tampoco da señales de vida.

—¡Ah! Se me olvidó decírselo; me llamó, justo cuando usted estuvo dando una cabezada después de la comida…

—Qué calladito te lo tenías —le hizo un gesto con la cabeza, reprobatorio—. ¿Y qué te contó?

—Bueno, que habían bajado Dupont y otro hombre, inspeccionaron y que no encontraron nada, solo tierra. Del agua que había oído el que sacó a su marido no había rastro, ni ruido ni nada, ni siquiera humedad. Y no la quise molestar cuando llamó, no sea mal pensada.

—¡Qué raro!

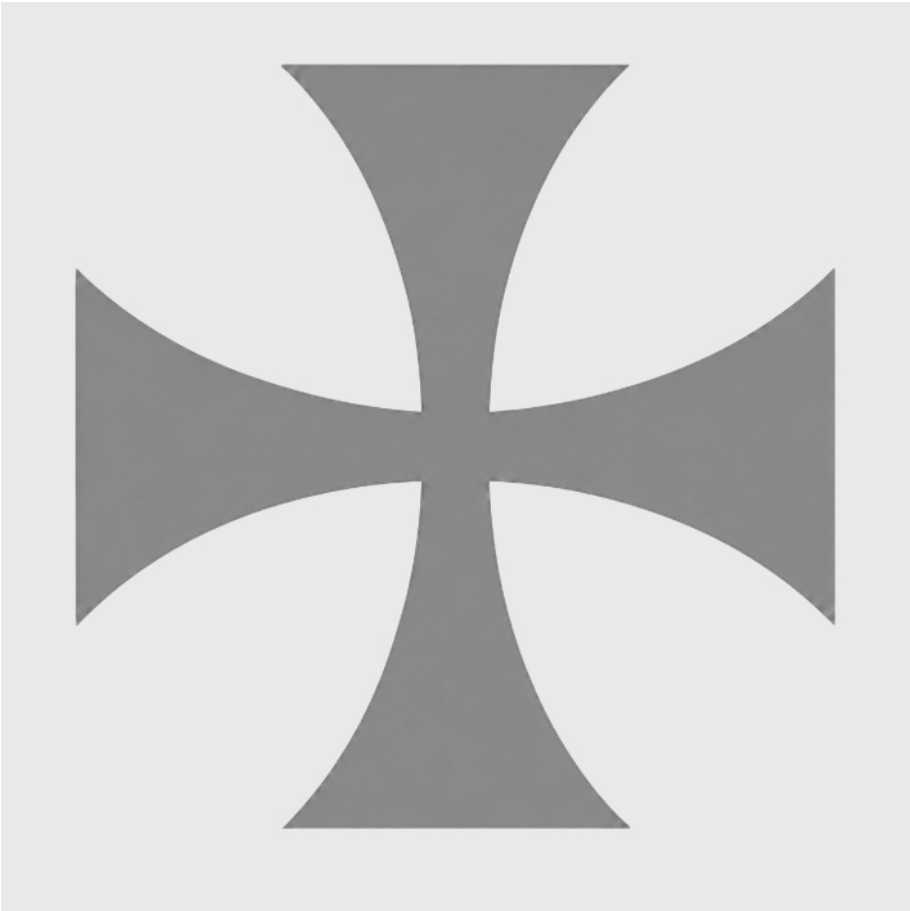
—Eso me comentó Adrien, que le parecía muy raro.

Las dos quedaron en silencio, cada una a un lado de la cama donde Juan dormía sedado, respirando por la máscara de oxígeno…

—¡Dios mío! —Enri suspiró profundamente, arreglando el embozo de la sábana—. Qué miedo me da el futuro. Y sola, Clarita; mi imposibilidad de tener hijos nos condena a la soledad. No quisimos adoptar.

—No piense en eso ahora. Ya se recuperará…

—¡Dios te oiga…!



Viernes

Pablo llegó al hospital a las siete de la mañana, cuando Enri y Clarita aún dormían, una en una cama que habían puesto en la habitación del paciente para la administradora, y la secretaria, en un sillón.

Enri lo oyó en la puerta hablando con alguna enfermera y se levantó, alisándose el pelo, enmarañado después de dormir algunas horas.

Miró con ternura a la secretaria. «Pobre chica, qué mala noche. Se lo tengo que agradecer de alguna manera…»

—Buenos días, Enri. ¿Cómo está…? —bajó la voz al ver a Clarita aún dormida y a Juan también con los ojos cerrados—. Vamos a tomar un café y hablamos…

—Espera, que me adecente un poco.

Salieron aunque no hablaron hasta estar sentados delante de sendas tazas humeantes.

—La noche ha sido tranquila. Con el respirador puesto, pero no ha movido ni un dedo, ni siquiera un parpadeo. Los médicos que pasaron la visita me dijeron que es cuestión de tiempo. Algo muy fuerte vio que lo ha trastornado. Yo creo que fue el fantasma, o el dichoso tesoro. ¡Vete a saber!

—Deberás tener mucha paciencia.

—Sí, esa es su recomendación. Y dime, ¿cómo está el asunto allí?

—Bueno, te cuento. La taladradora llegó hasta los dieciséis metros, pero sigue encontrando tierra. Bajaron varias veces Dupont y alguno de sus hombres. Adrien quiso bajar, pero se lo impedimos. Él no debe correr peligro, es nuestra responsabilidad… Las ratas, por suerte, también han desaparecido. Ahora tenemos el hotel lleno de periodistas y cámaras de la televisión, las locales y las nacionales. ¡Somos noticia!

—Publicidad gratis, no te quejes.

—Pero los clientes, que son los que pagan, no están muy contentos. Ya se fueron casi todos los de la semana pasada. Solo la madre del francés, de Dupont, se quedó hasta que el hijo termine. Los que entran, lo primero que piden es ver la espada y las monedas… Vamos a tener que exponerlas y cobrar…

Enri se rio, le venía bien un poco de conversación.

—¿Tuviste noticias del Gobierno?

—Me llamaron, vendrá alguien de Patrimonio a investigar, y de la Universidad, de varias Universidades, mejor dicho, también mandarán catedráticos. Le dan mucha importancia al hallazgo, aunque no se creen cómo llegaron a nosotros…

—Peor para ellos.

Una llamada al móvil de Pablo interrumpió la conversación.

Mientras el director atendía la llamada, Enri observó cómo iba cambiando su expresión: de amable a asombrado; frunció las cejas, abrió la boca… Esperó que terminara.

—¿Qué pasa? ¿Malas noticias?

—¡Malísimas! ¡Me tengo que ir urgente!

—¡Pero no me dejes así! ¿Qué ha pasado?

—Al poner en marcha la perforadora, ha sobrevenido un derrumbe, y el agujero se ha tragado casi toda la habitación con todo lo que había dentro. Hay atrapados hombres.

—¡Dios Misericordioso! ¿Y Adrien?

—Él me ha llamado. Me voy, Enri, ¡luego te llamo y te cuento!

Se levantó y se fue corriendo, apartando a algunas personas que entraban a la cafetería.

—¡Dile a Adrien que me llame! —le gritó ella cuando estaba a punto de desaparecer.

En la habitación, Clarita aún dormía; pero al oírla trastear con el televisor, se levantó, estirándose para desentumecerse.

—Buenos días, señora Pardo. No pude evitar dormirme.

—¡Buenos días! Ha habido un derrumbamiento en el hotel; vamos a ver si dicen algo.

Las dos estaban con la mirada fija en la pantalla, en la que solo anunciaban artículos de limpieza.

—A las 8 hay noticias, habrá que esperar. ¡Madre mía! ¿Hay heridos? ¿Muertos? ¿Sabe si Adrien está bien?

—Sí, él ha llamado a Pablo, que vino a vernos. Estábamos tomando un café. Ahí tienes uno que te traje, tómatelo antes de que se enfríe.

—¡Gracias! Me lo tomo y me voy; me necesitarán allí.

—Seguro, yo estoy bien. Pero me tienen en ascuas, a ver si llama Pablo o Adrien. ¡Qué tragedia, Dios! ¿Para qué querrá Pablo un tesoro que ni siquiera podrá disfrutar?

La secretaria ya estaba preparada para irse, pero antes le pidió, por favor, que la tuviera al corriente. Que no la dejasen sin noticias.



—¡Señora Pardo! ¿Cómo está su marido?

—¡Adrien! Está igual, sin novedades… Pero ¡cuéntame tú qué pasa ahí!

—Pues… Esto es un lío tremendo —a través del teléfono llegaba a Enri el sonido de maquinaria y voces que gritaban—. Ahora mismo hay un equipo de hombres sacando tierra manualmente. Se derrumbó todo el suelo: bueno, se lo tragó el agujero. Las paredes están agrietadas. Han apuntalado el techo, pero no creen que aguante mucho. Una pala está derribando toda la planta superior para evitar que caiga sobre los hombres que trabajan, a ver si da tiempo… El hotel se está quedando vacío de clientes. Hay miedo…

—¿Ya llegó Pablo?

—Sí, está hablando con los técnicos municipales. Han venido muchos expertos a estudiar las piezas. Y estudiosos de lo sobrenatural. A mí me han hecho una entrevista para un programa de televisión…

—Y de Dupont y los otros hombres… ¿Hay noticias?

—Alain no estaba en ese momento allí, por suerte para él y por desgracia para los otros. Va contra reloj el equipo de rescate. La esperanza es que estén en la fosa donde rescataron a su marido…

Pero yo lo veo difícil. Y sin oxígeno, es complicado que salgan con vida…

—¿Has visto a Clarita? Hace un rato que salió para allá.

—No, no ha llegado.

—Pégate a ella, no la dejes… Tengo un mal presentimiento…

—Tranquila, Enri, no le va a pasar nada. Espero… Luego la llamo, cuando haya novedades. O que la llame Clarita, mejor, así se queda usted más tranquila. Y me alegro de que su marido saliera.

—Gracias, Adrien. ¡Tened mucho cuidado!



«Última hora sobre los sucesos en el Hotel de Los Olmos: Al parecer, el terreno cedió en la parte donde están horadando, arrastrando todo cuanto se encontraba en la superficie, incluidas varias personas».

«En estos momentos, hay un equipo de rescate actuando, intentando llegar hasta los desaparecidos, operarios de la construcción. Según el director del hotel, Pablo Ruiz del Olmo, hay una fosa subterránea donde pueden haber ido a parar los trabajadores, pero que ignora las condiciones en que se encuentra dicha fosa, si se puede respirar o si es firme para aguantar peso».

«El equipo de rescate tiene que trabajar manualmente, por el peligro que hay de dañar los cuerpos. Los bomberos han apuntalado la parte de las paredes y del techo que quedan sin derribar. Quieren evitar más daños personales».

«Las piezas aparecidas en días anteriores van a ser trasladadas a la Dirección General de Patrimonio para su análisis. Según apuntan fuentes de la Guardia Civil, en caso de hallarse en el subsuelo más piezas semejantes o de distinto valor, pasarían a Patrimonio».

Enri apagó la televisión, furiosa. «De manera que, después de la tragedia que se está viviendo, de la destrucción de medio hotel y de

las pérdidas humanas, resulta que el Estado se quedará con la mayor parte del maldito tesoro».

Tenía que hablar con Pablo. No quería quedar al margen; ella también formaba parte del equipo. Y lo llamó.

—¿Has visto las noticias? Todavía siguen sin dar señales de vida. ¡Es terrible, Enri, terrible!

—Sí, Pablo. Estoy desolada… Y Juan sigue sin reaccionar. Se me está juntando todo. Me gustaría estar ahí contigo, quiero ayudar.

—No, tu sitio ahora es ese, al lado de tu marido. Aquí nos arreglamos bien, hay poco movimiento de clientes. Muchos periodistas y reporteros de televisión… Estamos invadidos por la prensa.

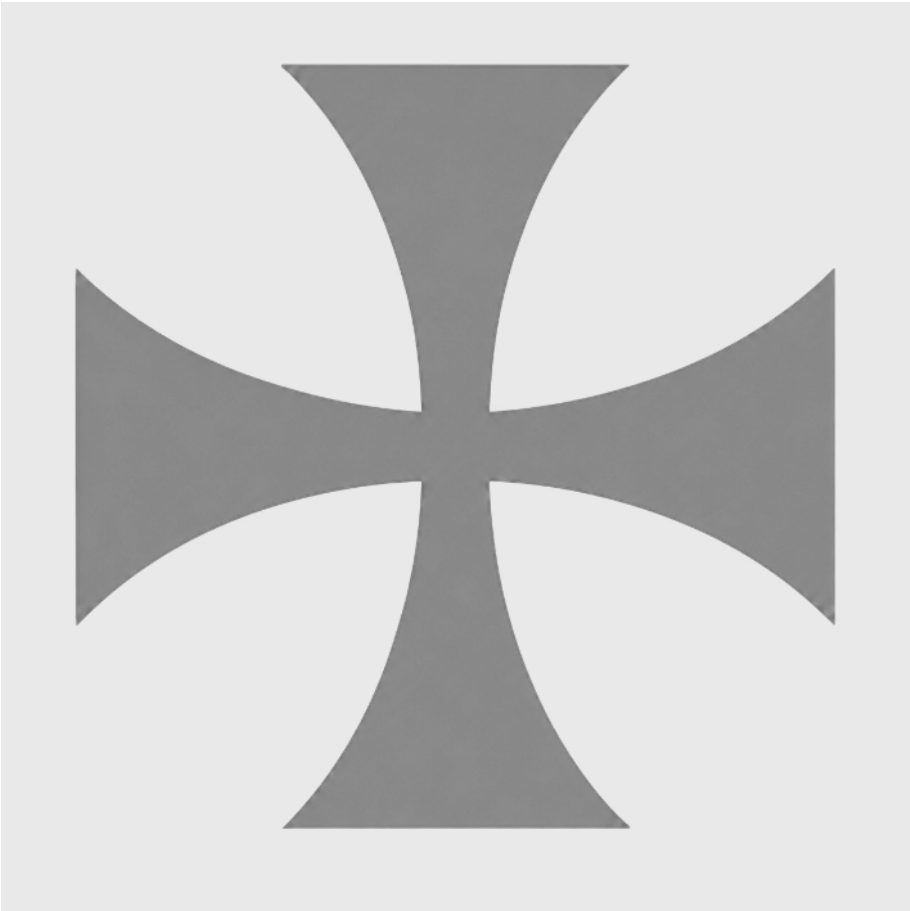
—¿Cómo está Clarita?

—Está bien, yo la veo animada. El francés no la deja ni para ir al baño; bueno, ya me entiendes, que no se separan un momento… Parecen unidos por algún vínculo.

—Lo están, Pablo, igual que yo. Sé que esto no va a acabar bien, lo sé.

—¡No seas tan pesimista, mujer! Que me desanimas a mí también. Bueno, te dejo, que parece que hay movimiento ahí. Ya te llamo. O que te llamen los chicos, mejor. Un beso.

—Hasta pronto, Pablo, ¡ten cuidado tú!



Sábado

Enri sintió un quejido y eso la terminó de despertar. Levantó la cabeza, mirando a la cama donde yacía Juan. La luz de la habitación estaba atenuada, pero distinguió los ojos de su marido fijos en el techo, el pecho subiendo y bajando agitado.

Rápidamente se levantó y se acercó. Juan tenía los ojos desencajados, espantados; la boca, tapada con el respirador, abierta, las manos agarrotadas, hundidos los dedos en la sábana.

—¿Qué te pasa? ¡Juan! ¡Háblame, por favor!

No esperó más. Salió al solitario pasillo, en penumbras debido a la hora y avisó a la enfermera de guardia. Enseguida acudió esta, revisando los tubos y máquinas situados a la cabecera del paciente.

—Está todo bien… Puede que haya tenido un sueño, o haya recordado algo, cualquier cosa que se le haya venido a la cabeza, y eso lo alteró. Pero ha sido muy rápido, está normalizado ahora. No se preocupe y procure descansar usted.

Enri le dio las gracias cuando se retiró a su mostrador.

Viendo la expresión de Juan, cualquiera diría que vio algo, pero allí, en la habitación, no en su mente… Pero si ella no notó nada… ¿Qué vería allí abajo?

No dejaba de pensar…

Volvió a su cama; todavía quedaban unas horas para la visita diaria que hacían los médicos. Miró a Juan y se quedó más tranquila, tratando de conciliar el sueño…



Poco antes de la consulta, aparecieron Clarita y Adrien. La animaron a ir a tomar un café, así podían hablar más tranquilos, mejor que en

la habitación.

—Bueno, contadme…

Se intercambiaron las miradas, indecisos por ver quién comenzaba a hablar. Fue Adrien el que se decidió:

—No han aparecido —bajó la cabeza, apesadumbrado.

Enri sintió un nudo en la garganta, casi no podía tragar el café.

—Don Pablo está derrotado, no ha dormido en toda la noche; no hay quien lo convenza para que descanse, aunque sea un rato…

—Señora Pardo, le hemos dicho que abandone, que lo deje, pero dice que, ya que ha llegado hasta aquí, tiene que continuar, pase lo que pase…

—Adrien, ayer oí hablar a mi marido y al francés, a Dupont: comentaban algo de una Hermandad. Decían que con Pablo no habría problema, que el peligro eras tú y Clarita. ¿Sabes por qué dirían eso?

—¡Una Hermandad! ¡Lo que faltaba! —se quedó pensativo unos instantes—. Aunque eso podría explicar muchas cosas…

Cogió las manos de las dos mujeres y acercó la cabeza a ellas por encima de la mesa:

—¿Tu pariente sabe que…? —No se atrevió a continuar.

—¿Qué Juan quería el tesoro para la Hermandad?

—Sí, Enri, eso es lo que quería decir, pero me dio miedo. Y don Pablo creo que también pertenece a la Hermandad. Y que llevan mucho tiempo tras ese tesoro. A *monsieur* Dupont lo conocí hace como ocho años, cuando comencé a investigar. Estoy seguro de que han estado siguiendo mi hilo, queriendo llegar hasta el ovillo. Y se lo hemos puesto en bandeja. Pero no contaban con el guardián…

—¡Claro! De ahí el interés de mi marido. Y seguro que se encontró con el… guardián, como tú lo llamas, cuando descendió. Y hasta es posible que le enseñara dónde lo guarda, como hizo contigo. Y Juan no lo resistió, fue demasiada impresión para él.

—La diferencia entre su marido y Adrien es que uno quería apoderarse de él y el otro quiere defenderlo —terció Clarita.

Adrien agradeció con una sonrisa y un apretón de manos la defensa que hacía la secretaria.

—No lo sabremos hasta que Juan pueda hablar. Volvamos a la habitación, que están a punto de pasar los médicos…

Pero no se movió, fija la mirada en la pantalla del televisor que presidía el salón de la cafetería. Estaban dando un boletín de noticias y, aun sin oír, supo que estaban hablando del hotel y de los extraños acontecimientos.

—¡Mirad! ¡Hay noticias! Prestad atención, a ver qué dicen de *Los Olmos*.



«*Nuestro compañero destacado en el Hotel de Los Olmos nos pide paso en estos momentos…*» Y apareció en pantalla el reportero, micrófono en mano, dando la espalda a la fachada del hotel.

«*Los equipos de rescate han abandonado la búsqueda. Han descendido hasta más de 15 metros sin hallar rastros. El director del hotel, Pablo Ruiz, ha estado pendiente durante toda la noche de las labores de rescate. Un compañero de otra cadena ha podido llegar hasta el lugar donde comenzó el hundimiento y ha asegurado que es increíble el frío y la humedad que reinan en lo que fue una suite. Casi es imposible respirar debido al mal olor que se extiende por todo el recinto hotelero. Los clientes, los pocos que quedaban, están abandonando el hotel, con familiares que llegaron a recogerlos y autocares puestos a su disposición por el Municipio*…»

—¡Qué horror! —Enri se tapaba la boca con la mano, a punto de llorar viendo la imagen del *Hotel de los Olmos* con las luces apagadas.

—Si hay mal olor y humedad, es mala señal —insinuó Adrien.

—Mejor volvamos a la habitación. —Clarita abrazó a Enri por los hombros, llevándola hacia fuera.

La dejaron sentada junto a su marido, ya más serena.

—No mire las noticias, Enri, nosotros la llamamos en cuanto pase algo. A veces, las televisiones son muy sensacionalistas; solo buscan subir las audiencias, vender, ya sabe.

Adrien le dio un par de besos, despidiéndose. Después, la secretaria hizo lo mismo. Y, desde el sillón, la señora Pardo los despidió con la mirada y una tenue sonrisa. Se sentía abatida, desgraciada. Su marido, en coma; y su trabajo de toda la vida, destruyéndose. Y todo, ¿por qué?

Podría echarle las culpas a Adrien, que fue el que organizó el lío, pero también estaba él… el guardián, o lo que fuese, que sabe Dios o el Diablo las intenciones que tiene con tantas apariciones.

¿Y si había intentado ponerse en contacto con ella? Si no, ¿el porqué de tantos movimientos de puertas, cortinas y sillones? ¡Casi treinta años anunciándose! ¿Para esto? ¿Para arruinar unas vidas? ¿Para hundir una Empresa?

La Empresa… Pablo, de la Hermandad… ¿Quiénes eran? ¿Qué tienen en común con Juan? Los compañeros de Dupont también habían sido castigados… ¿También eran hermanos? ¿Y los obreros? ¿Qué culpa tenían?

Si todos ellos han pagado con la muerte, ¿Juan, por qué no? Es posible que, siguiendo la teoría de Adrien, su marido haya sido castigado, pero de otro modo por ser su familia. O quizás de una forma más cruel: vivo el cerebro, pero muerto el cuerpo. Y ahora, solo queda… ¡Pablo!

—¡Tengo que avisarlo! —casi gritó, saliendo de sus pensamientos.

Llamó al director: el tono sonaba y sonaba, sin respuesta. Repitió la llamada, angustiada, con el mismo resultado.

Esperaría unos minutos, quizás estuviera ocupado.

Se sobresaltó cuando su móvil dio la llamada.

—¡Sí! —ni siquiera se había fijado de quién provenía.

—¡Señora Pardo! —era Clarita—. ¡Ha sido horrible! —Su voz entrecortada por el llanto la alarmó. Presintió que algo aún peor estaba pasando allí. Casi temió tener que oírlo.

—¿Qué ha pasado?

—Don Pablo… —El llanto entrecortaba su voz— está… ¡Muerto!

Anonadada por la noticia, Enri se quedó mirando el aparato, sin poder reaccionar. La voz de la secretaria seguía oyéndose, pero ella no entendía nada.

—¡Clarita! ¡Dime qué ha ocurrido! —pudo por fin reaccionar.

—Cuando llegamos Adrien y yo, lo buscamos para decirle cómo estaban Juan y usted. No lo encontrábamos… Pensamos que estaría en su despacho, dando una cabezada después de una mala noche.

—¡Por favor! ¡No te detengas, termina!

—¡Sí, Enri…! —Su voz llegaba ahogada—. Es que parece una pesadilla… Llamamos a la puerta; solo estaba encajada y entramos. Don Pablo estaba allí, volcado sobre la mesa, ¡con la espada clavada en la espalda…! —ya no pudo contener el llanto.

La señora Pardo no creía lo que había oído. Era imposible… La espada estaba guardada en la caja fuerte, y solo él y ella sabían la combinación para abrirla.

Sintió cómo se le hacía una bola en el estómago. Lo que había intuido antes, se había cumplido. El malestar aumentó, notaba como las fuerzas la abandonaban…

——— ——— Tenía que ir al hotel… Pero le apetecía dormir… Cerrar los ojos…

A varios metros del edificio, un cordón policial impedía el paso a curiosos. Tuvo que llamar a Clarita para que pudiera acceder.

Una vez dentro, el caos era total. Periodistas se mezclaban con policías de uniforme, de paisano, bomberos; algunos clientes rezagados, que aligeraban el paso arrastrando sus maletas.

Clarita le dijo que se habían llevado a don Pablo con un hilo de vida, según los médicos, pero ella creía que lo hicieron así para poder sacarlo y no tener que esperar a un juez y al forense.

El hedor se estaba diluyendo, y el frío ya no era tan intenso, le había comentado la secretaria. Así era. La puerta recién instalada estaba abierta. Ya desde lejos pudo ver la tierra amontonada al otro lado.

Encontraron a Adrien cambiando impresiones con su compatriota, *monsieur* Dupont, en lo que fue habitación 102. El número todavía estaba campando sobre la entrada, resistiendo la devastación, cual símbolo.

—¡Enri! ¿Para qué vino? Aquí no hay nada que hacer.

Algunos hombres pertenecientes al grupo de rescate estaban comentando sobre el montículo de tierra y escombros acumulados en el centro de la habitación. Uno de ellos, acompañado de otro uniformado, se le acercó, y se presentó:

—Soy el Jefe de Policía, señora…

—Pardo, Enriqueta Pardo. Soy la administradora y directora en funciones.

—¡Ah, sí! Tengo entendido que su marido también sufrió un percance… ¿Cómo está?

—Estable, pero todavía sin poder hablar. Los doctores confían en que lo haga pronto…

—Tuvo más suerte. Aquí debajo hay cinco hombres enterrados. Al director se lo llevaron moribundo. ¿Qué es lo que está pasando aquí? ¿Sabe cómo fue lo del director?

Enri iba a contestar, pero no le dio tiempo.

—Nos hemos llevado la espada para analizar, tiene que haber huellas. Según esta señorita —señaló a Clarita—, estaba guardada en la caja fuerte, que se encuentra abierta.

—La combinación solo la sabe Pablo. Y yo, claro.

—Entonces, es inexplicable. El asesino sacó el arma, mató al director y cerró la caja. Curioso… —Se rascó la nuca—. Y esa espada, ¿cómo llegó hasta aquí?

—Ya se lo dijimos, señor… —Clarita ya había hecho una declaración con todos los detalles.

—¡Ya sé, ya sé! Apariciones, fantasmas… Estamos en pleno siglo veintiuno, por favor…

Llegaron gritos desde el jardín, donde estaba el puesto de mando de las operaciones de rescate. Un bombero apareció corriendo, tropezando con los hombres que estaban sobre el montículo:

—¡Hay que abandonar esto, rápido! ¡Todos afuera! ¡Ahora…!

Desconcertados, mirándose entre sí, todos los presentes estaban petrificados… El suelo comenzó a temblar.

Enri agarró a Clarita, llegó Adrien y también se unió a las mujeres. Los hombres comenzaron a reaccionar, saltando entre los escombros e intentando huir hacia el jardín. Dupont gritaba aterrorizado.

En el centro quedaron los tres, unidos por las manos, inmóviles.

La humedad apareció, el frío que calaba hasta los huesos se adueñó del ambiente. Y el olor…

La tierra empezó a moverse hacia el centro, tragándosela por donde habían taladrado… Las paredes se tambaleaban, del techo caían trozos de yeso y ladrillos. El hoyo se fue agrandando, tragando más y más tierra y todo lo que había sobre ella. Hubo como un remolino, que arrastró a los tres. Cayeron y cayeron, intentaron soltarse, sin conseguirlo, y caían sin poder asirse a nada…

Enri había perdido la noción del tiempo; no sabía calcular lo que tardaron en caer hacia… ¿Hacia dónde? Todo lo veía oscuro, ya no sentía las manos de Clarita y Adrien…

De pronto, sintió que algo duro bajo los pies frenaba su caída. Unas piedras anchas, parecían parte de una escalinata; una tenue claridad llegaba, no sabía de dónde. Miró hacia atrás. Cinco peldaños de piedra subían. Y allí arriba… ¡Allí estaban Clarita y Adrien, sonrientes, enlazados por la cintura, saludándola con las manos libres!

Notó que algo la zarandeaba por el hombro…



—¡Señora, señora! —abrió los ojos. La cara crispada de una enfermera fue lo primero que vio.

—¡Vaya, nos tenía preocupados! Qué sueño más profundo tiene. Comentábamos que es por las malas noches que está pasando.

No entendía nada…

—Nos tenemos que llevar a su marido, hay que hacerle pruebas.

Todavía sumida en la terrible pesadilla, se levantó, asintiendo. Se acercó a la cama de Juan, para verlo antes de que se lo llevaran… Le buscó la mano agarrotada entre la sábana para transmitirle fuerzas.

Tenía algo que sujetaba. Con trabajo, debido a la rigidez de los dedos, le pudo arrancar lo que agarraba: ¡una bolsa rústica, de cuero viejo, cerrada con un cordón del mismo material! Al tomarla, notó que pesaba.

Se la guardó entre sus ropas… Los enfermeros no se habían percatado de nada…

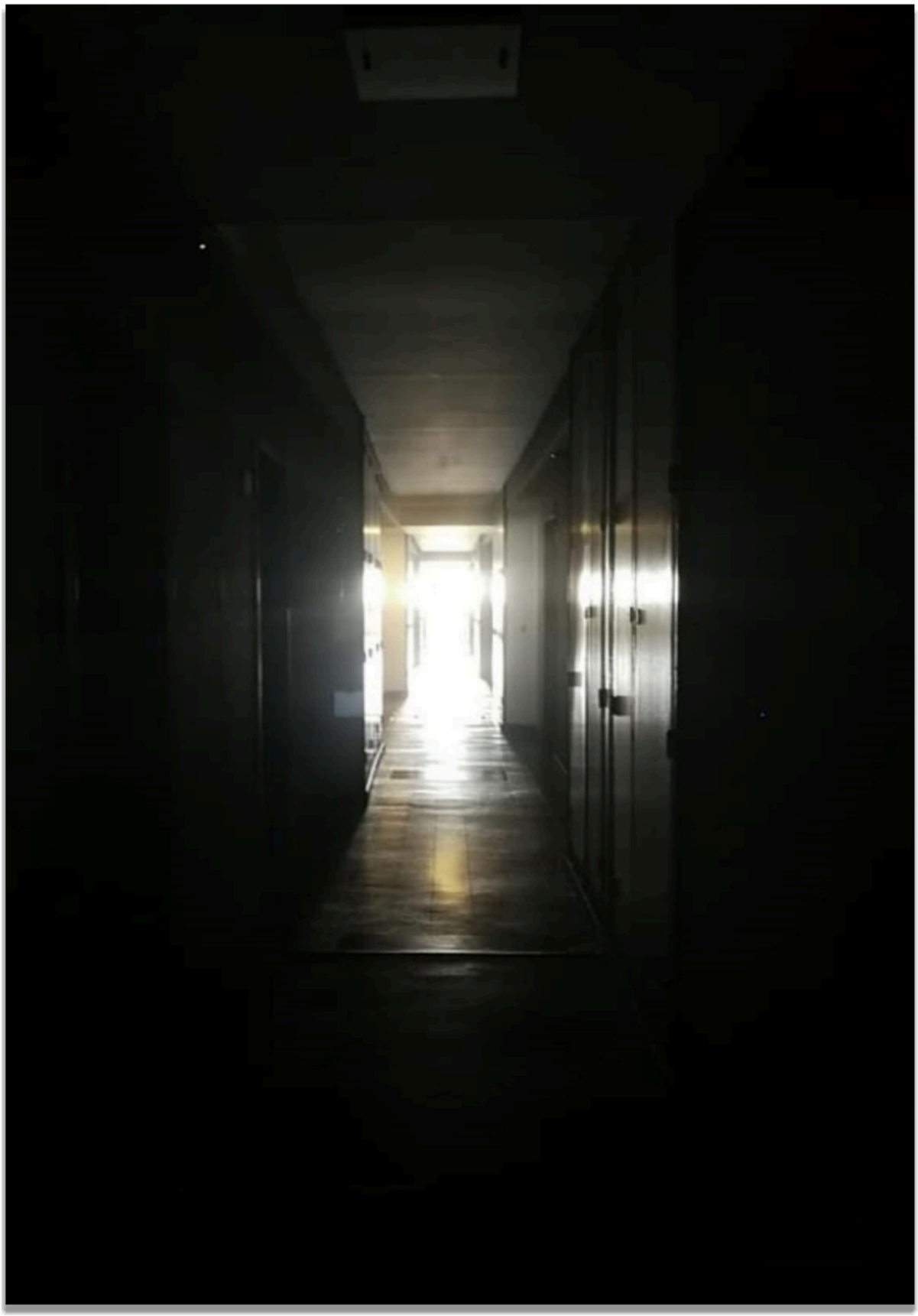
Cuando se quedó sola, sacó la bolsa, no muy grande, pero sí pesada… Temblando, deshizo el nudo que la cerraba… El brillo que desprendía el interior la dejó boquiabierta… ¡MONEDAS DE ORO!



La televisión estaba en funcionamiento. Era la hora de las noticias. Sabía lo que iban a contar…

«La tragedia se ha consumado… Del Hotel de los Olmos solo quedan algunas paredes en pie. Sus dos plantas se vinieron abajo esta madrugada. Gracias a Dios, ya estaba desalojado por completo de clientes. Solo quedaban allí, policías, bomberos y algunos empleados… En el epicentro del seísmo, la ya tristemente célebre Habitación 102, se encontraban en ese momento algunos rescatistas y varios policías, así como dos empleados del hotel. Ninguno pudo escapar».

«El Gobierno está organizando la operación limpieza, con el fin de poder rescatar los cuerpos de las personas desaparecidas. El director, hospitalizado con heridas muy graves, falleció poco después de ingresar. Las extrañas circunstancias en las que se ha producido esta tragedia obligan a los técnicos y expertos a investigar a fondo. Esperemos que algún día lo puedan aclarar…».



SEGUNDA PARTE

Hotel Las Rosas



Del diario de Enriqueta Pardo

El teléfono no deja de repiquetear. La insistencia de la llamada no puede ser más que de…

—¡Querida Enri! ¿Cómo está Juan? —la inconfundible voz de Rosa al otro lado de la línea suena eufórica, alegre.

—¡Hola, Rosita! Está igual, chica, eso ya es hasta que Dios quiera llevárselo, no tiene solución. Y tú ¿qué te cuentas?

—Pues verás, me llamaron de la Notaría, que ya están preparados los documentos para firmar. Y en cuanto lo hagamos, pasaremos a ser socios únicos del Hotel de Los Olmos. Sociedad Anónima, tú y yo.

—¡Estupendo! Quedamos entonces mañana a las nueve, ¿te parece? ¿Paso para recogerte?

—¡Sí, por favor! Me viene bien. Voy a tener que sacarme el carnet de conducir. Tengo el Mercedes de Pablo
muerto de risa. Y me da pena deshacerme de él. Mi hija pequeña es la que me lleva y me trae y ya me parece que pone mala cara…

—Nunca es tarde. Te vendría de lujo para moverte sin depender de nadie. Y ahora que tendremos que alternar como empresarios, más todavía. No te lo pienses.

—Cuando salgamos del papeleo, lo hago, te lo prometo. Bueno, hasta mañana, pues. Voy a preparar algo de cena y a ver qué me pongo. Besitos, guapa, que descanses.

—Hasta mañana. Prepara el café y así no nos detenemos en el camino. Un beso, Rosa.

Hotel de Los Olmos…

Lo primero que tendríamos que hacer era cambiarle el nombre. Nos traía malos recuerdos. Y, además, tenía mala prensa desde aquellos extraños sucesos de hace un año.

¡Un año ya! Cómo pasa el tiempo, o, mejor, cómo pasamos nosotros…

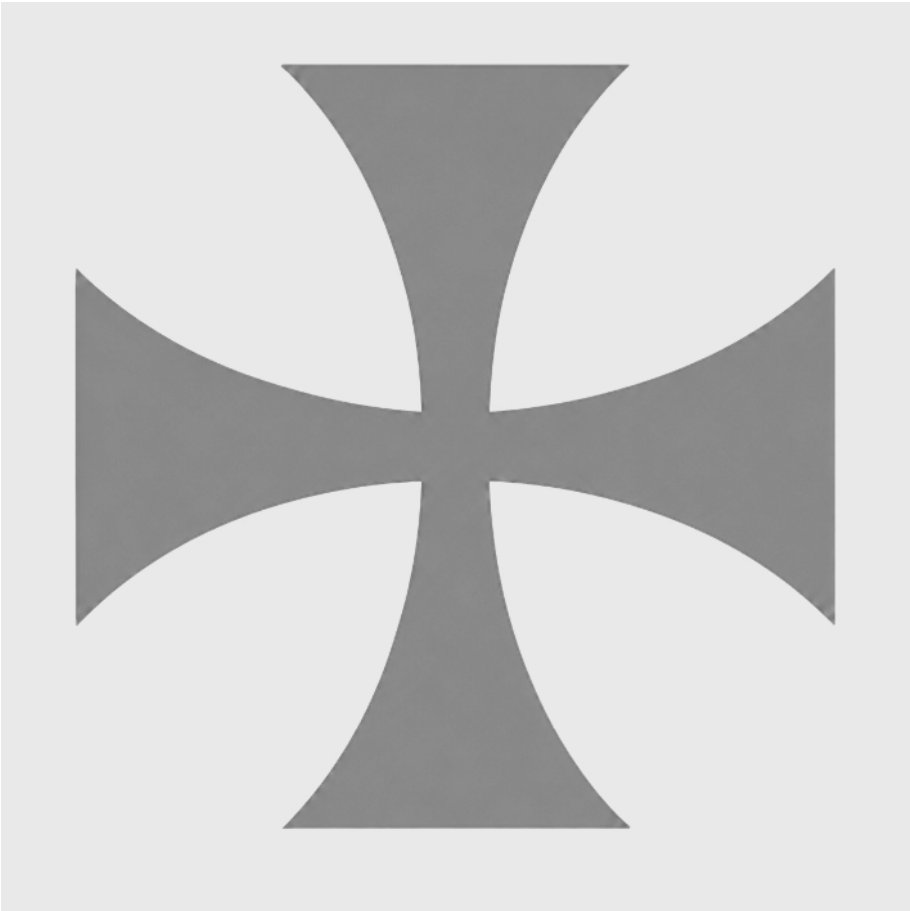
Conservo todos los recortes de prensa en una carpeta, que no miré nunca. ¿Para qué? Aún seguía fresco en mi memoria. No podría olvidarlo nunca. Ni a los amigos y compañeros que perdí: Clarita, tan cariñosa y respetuosa siempre; Adrien, el joven francés que cambió nuestras vidas para siempre; Pablo, más que jefe y compañero, amigo y con tan triste final…

De todo aquello, además de los recuerdos, conservo algo que prueba que, en algún lugar, muy cerca de nosotros, existe un tesoro, buscado por muchos infructuosamente a lo largo de los siglos. Y que sabemos que está al alcance de la mano. Bueno, eso será a partir de mañana. Ese oro nos servirá para reiniciar una nueva vida. A partir de mañana.

Gracias a la parte de ese oro que llegó a mí en tan extrañas circunstancias; a las indemnizaciones de los seguros, a mis ahorros y, en buena medida, a la cuenta corriente de Juan de la que, gracias a Dios, puedo disponer, voy a convertirme en copropietaria del hotel.

Pude convencer a Rosa Garcés, viuda de Pablo del Olmo, para que se asociara. La verdad, no fue difícil convencerla. Juntas reinventaríamos el negocio. Y juntas esperaba que pudiéramos resolver las incógnitas que dejó la catástrofe que acabó con el hotel, con Pablo, con Clarita y Adrien, Dupont y tantos otros. Y quizás también pueda saber qué es lo que dejó a Juan, mi marido, postrado y sin posibilidades de recuperación.

Nuestras ilusiones, nuestros sueños, están enterrados en ese solar. Es hora de darles vida. ¡Y lo vamos a conseguir, como Enriqueta Pardo que me llamo!



Un año después…

El notario tendió la mano a Rosa, que se la estrechó sonriente y luego lo hizo conmigo.

—Ya está constituida la sociedad. Señoras, pueden recoger las escrituras mañana. ¡Enhorabuena!

Una vez en la calle, Rosa y yo nos miramos y, al unísono, rompimos a reír. ¡Ya éramos dueñas de lo que fue Hotel de los Olmos! Y que, si nada lo impedía, volvería a resurgir, cual ave fénix, con más fuerza. Estábamos seguras de eso.

—¡Vamos a celebrarlo, Rosita! Te invito a comer. Y después nos vamos de copas.

—¡Encantada! A Pablo le hubiera gustado verme con este ánimo y estas ganas de vivir…

Por un momento se le ensombreció el rostro.

—Bueno, no te me vayas a poner triste ahora, preciosa, la vida nos espera. ¡Tiembla, mundo!

Le contagié a Rosa mi optimismo, aunque sabía que no iba a ser fácil, ni mucho menos. Como empresarias, teníamos nula experiencia, pero la voluntad no nos iba a faltar. Además, habíamos contratado un Gabinete Asesor en el que teníamos absoluta confianza.

—Aunque voy a llamar antes a casa, por si hubiera alguna novedad, que no creo, que la cosa está ya estancada; pero bueno, nunca se sabe…

La llamada la contestó una de las chicas que cuidaban a Juan: «Todo bien, señora». Eso quería decir que todo seguía igual. ¡Pobre Juan! Si autorizaran la eutanasia, creo que le ayudaría a marchar. Solo Dios sabe el tiempo que podría durar en ese estado…

—Enri —mi socia me sacó de mis pensamientos—, recuerda que tenemos cita con los abogados. Tienen algunas propuestas para el

hotel. Los arquitectos ya les han enviado los proyectos y tenemos que aprobarlos.

—Sí, lo sé. Pero como vamos a comer juntas, luego nos pasamos por el despacho y dejamos resuelto el asunto. Coser y cantar.

—Lo que no entiendo es por qué no te gusta el nombre.

—Chica, ¿qué quieres que te diga? Para la comarca seguirá siendo de los Olmos o antiguo de los Olmos. Pero para el resto del mundo, mientras menos sepan de los antecedentes, mejor. Vamos, creo yo que es mejor.

—Ya lo sé. Pero me da pena cambiarlo, después de tantos años.

—No te dé pena. Piensa en todo lo que podemos tener, lo que tenemos al alcance de la mano. Con toda seguridad, más de dos se matarían por poseerlo. ¡Vamos a triunfar, Rosa! Por Pablo, por Juan, se lo merecen.

—¡Qué espíritu tienes, hija! Cuando tuviste la idea de asociarnos, me pareció una locura. Pero lo pensé con frialdad y decidí que yo también quiero ser loca. Así que, ¡adelante!

—¡Así me gusta! Anda, vamos… ¡Ah, y mañana te apuntas a la autoescuela…!



Nuestro proyecto avanzaba rápido. Con todas las licencias aprobadas, se iniciaron las obras que esperábamos estuvieran concluidas en tres meses. Estábamos deseando ver moverse la puerta giratoria que se iba a instalar en la entrada principal de lo que será HOTEL LAS ROSAS.

Sí, ya sé que no era de ella solo, pero me gustaba ese nombre. Y no tenía problemas de celos.

Habíamos decidido nombrar a Jorge Sandoval jefe de personal y ya ejercía como tal, estudiando los *currículums* entregados. Era hombre experimentado en el trabajo, además de culto y educado. A sus cincuenta y pocos años se encontraba en pleno apogeo vital. Demostró profesionalidad cuando se le necesitó. Lo vimos

capacitado. Por eso decidimos encargarle a él la selección de personal.

Muchos de los antiguos empleados habían preferido buscar otros trabajos, lejos de apariciones y hechos sobrenaturales. No les apetecía cruzarse por un pasillo con un fantasma.

Justo al lado del hueco donde iría la puerta giratoria, habían instalado una oficina prefabricada. Allí, Jorge repasaba expedientes y entrevistaba a los solicitantes de empleo. Rosa y yo lo visitábamos de vez en cuando, dando nuestra opinión sobre los seleccionados y, de camino, íbamos inspeccionando el transcurso de las obras. A buen ritmo, según los que las dirigían y que, probablemente, concluirían antes de plazo. Eso nos alegraba.



A un mes escaso del inicio de las obras, ya teníamos casi completa la planta baja y el sótano, donde irían los aparcamientos para clientes, la lavandería y las cocinas. Donde estuvo la habitación 102, teníamos previsto instalar un pequeño museo, con entrada por el jardín y por el hotel. Siempre habrá curiosos y gente rara que guste de historias sobrenaturales. Y, como decoración, morbosa, decía Rosa,

un pequeño túnel que bajaba hasta cinco peldaños, simbólicos, situado en el centro de la habitación. La idea fue mía. Sabía que era una locura, pero mi intuición me decía que si por allí desaparecieron por allí habían de volver.

Además, y eso no era locura, Rosa estaba de acuerdo conmigo; por allí íbamos a iniciar la excavación en busca del tesoro escondido. Suena a peli de Harrison Ford, pero, ¡qué le vamos a hacer! Ese era nuestro objetivo secreto. Ya veríamos cómo lo hacíamos. Al túnel le vamos a poner una puertecilla, con una placa: «*HABITACION 102*». Y añadiremos los nombres de todos los que desaparecieron por ella, incluido Pablo, que también se merece el homenaje.

Habida cuenta del tiempo transcurrido desde que quedaron sepultados, todos los desaparecidos durante el derrumbe del Hotel de Los Olmos fueron dados por muertos. Como es lógico, las compañías de seguros investigaron; la Policía, que perdió algunos efectivos en la tragedia, también investigó y, hoy en día, siguen sin saber con exactitud qué pasó, ni cómo murió Pablo. El caso seguía abierto, pero a Rosa no le daban esperanzas de atrapar al culpable. Las indemnizaciones tuvieron que hacerlas efectivas; las pólizas cubrían todas las responsabilidades. Menos mal. Por lo menos, palió la desgracia de perder familiares, aunque el dinero no sustituya ni de lejos al amor.

El despacho de Dirección, que compartiremos las dos, estaba terminado, a falta de amueblar. Situado en el mismo lugar del anterior, los técnicos quisieron aprovechar toda la instalación subterránea que no estaba dañada.

Y allí, sentadas en sillas plegables, intercambiamos opiniones y sugerencias.

—¿Cómo está hoy Juan?

—Igual, no hay novedades. ¿Tienes alguna información nueva sobre quién…?

—¿Quién asesinó a Pablo? No se sabe nada. No tienen pistas —se quedó pensativa unos momentos—. ¿Sabes una cosa? Sentí su muerte, mucho. Pero menos de lo que yo esperaba de mí. No lo sabe nadie, ni mis hijas, pero no nos llevábamos bien en los últimos tiempos. El amor murió hace unos años, solo quedó el cariño, quizás el miedo a la soledad, por parte de los dos…

—Nunca me comentó nada de su vida, y eso que nos teníamos mucha confianza.

—En ese aspecto, Pablo era muy suyo. No quería que yo lo pasara mal. Nos sobrellevábamos, pero yo ansiaba otra cosa, quizás una nueva vida, no sentirme inútil, siempre en casa; no sé explicártelo.

—Me hago una ligera idea. Ahora soy yo la que se encuentra así. Fíjate el panorama que tengo, con un marido que no se sabe si despertará algún día, sin hijos, sin familia… Gracias a Dios, con el trabajo pude ahorrar, la indemnización, lo que Juan tiene, que por

suerte me autorizó la firma en el banco, y… ¿te conté lo de las monedas de oro?

—No lo recuerdo bien. ¿Qué fue eso?

—Sí, te lo dije, aunque te pilló en mal momento y no echaste cuenta. Pues resulta que, sin saber cómo ni cuándo, apareció en la cama de Juan, cuando estuvo en el hospital,
una bolsa con más de cien monedas de oro, antiguas, como la que apareció en el hotel. No lo conté a nadie, porque no me iban a creer. Pero después de todo lo sucedido, ni me extrañé. Sabía de dónde venían.

—¿Y qué hiciste con ellas?

—Se las vendí a un banquero sin muchos escrúpulos que no me pidió explicaciones, seguro que porque me pagó menos de su valor. Saqué una pequeña fortuna. Y gracias a eso… ¡estamos aquí!

A Rosa le gustó la historia, porque sonrió, comprensiva.

—Entonces, ahora vamos a ser las dos *viudas alegres*.

Las risas llegaron hasta la oficina de Jorge, que miró hacia nosotras, extrañado.



Los nervios me comían, mejor dicho, nos comían, a las dos. Mañana inaugurábamos. Había llegado el día, la hora deseada: abrir las puertas del que se llamaría *HOTEL LAS ROSAS*. Había expectación para esta reapertura; tanta, que ya había reservadas más de la mitad de las habitaciones.

Había llegado el momento de dar al interruptor del gran luminoso que coronaba el edificio, por encima de las cuatro plantas. Sería un momento emocionante…

Ya estaba todo dispuesto en el interior. El personal, bien asesorado por Jorge, listo para pasar revista. Habíamos quedado a las 7 de la tarde para el acto. Una vez conociéramos a los hombres y mujeres que iban a tratar de llevar a feliz término nuestro sueño, teníamos

previsto obsequiarles con unas copas y un rato de confraternización. Íbamos a inaugurar nosotros la discoteca y barra libre después de encender el luminoso, hasta la medianoche, hora en que finalizaría la fiesta, que mañana habría que madrugar.

El nuevo hotel

UNA… DOS…

—¡Crucemos los dedos, Rosita!

—¡Va, démosle a la palanca!

Su mano se posó sobre la mía cuando agarré la palanca conmutadora. Ya sabíamos que funcionaba todo porque lo habían comprobado antes, pero nos hacía ilusión darle a algún artefacto que pusiera en marcha el espectacular negocio que habíamos montado. Un gran momento para recordar.

—¡… Y, TRES!

La luz inundó el salón, a oscuras hasta este momento, y un fuerte aplauso celebró la inauguración de cuatro plantas dedicadas a albergar huéspedes, la última solo *suites* con espectaculares vistas a la campiña, con los Pirineos al fondo. Ciento veinte habitaciones, más de la mitad dobles, repartidas en tres plantas.

En la baja, un enorme vestíbulo daría cobijo a eventos y actos sociales, para lo que se había adecuado una parte, separándola del resto con grandes macetones rojos con palmeras enanas. A la izquierda de la gran puerta giratoria, unos cómodos sillones servirían para acoger a huéspedes en espera, reuniones y tertulias o para dar un vistazo a la prensa diaria.

Al frente, a todo lo largo, un mostrador que serviría para recepción, información y oficinas de administración. Nuestro despacho se ubicaba al final, justo al lado de la que fue habitación 102, convertida ahora en SALA DE EXPOSICIONES y Museo.

En el otro extremo, diez peldaños daban acceso a la Discoteca, en semisótano, al lado de la entrada al RESTAURANTE-CAFETERÍA.

Habíamos querido respetar el diseño antiguo, tan familiar para mí. Frente a Recepción, partía la gran escalera, con un espectacular pasamanos de hierro y madera, para las habitaciones. La enorme

araña con decenas de bombillas situada sobre el rellano que la dividía en dos la hacía lucir espectacular. Completaban los accesos los cuatro ascensores y el montacargas, situados junto al arranque de la escalera.

No era porque fuera mío, o la mitad mío, pero todo el hotel se veía esplendoroso, digno de las cinco estrellas que aparecían bajo el nombre en la fachada.

Era ahora cuando echaba de menos la efectividad de Clarita, mi diligente secretaria. Me sentía muy mal por no poder rescatar su cuerpo, aunque el último recuerdo que tenía de ella era un rostro sonriente, cogida de la mano de Adrien, saludándome…

En fin, ojalá que estuvieran disfrutando juntos allá donde estén… Siempre la recordaré. Y a él. Buen chico.

Y no quería pensar más, que soy de lágrima fácil y enseguida me da llorona. Me volví muy sensible a raíz de aquello.



Desde primera hora de la mañana, el hotel era un hervidero de gente que iba y venía. Llegaron los primeros clientes, un grupo de alemanes, que fueron obsequiados con un pequeño detalle, un recuerdo de la inauguración: un llavero con la copia de una moneda antigua dorada, con la imagen del hotel grabada por el anverso y por el reverso la fecha: 17 marzo 2019.

Durante esta primera semana se le entregaría a cada nuevo cliente aparte diversos detalles en cada habitación. Para eso era especial Clarita, tenía buen gusto, aunque Rosa tampoco lo hacía mal. Ha sabido elegir los regalos.

Jorge desempeñaba doble papel, como jefe de personal y como relaciones públicas, donde estaba demostrando un alto grado de preparación. Estábamos contentísimas con él. Además, creíamos que había acertado de pleno con las contrataciones de personal.

—Doña Enriqueta, aquí hay un señor que pregunta por usted. Tiene mucho interés en conocerla —era Jorge quien llamaba por la línea interior.

—Gracias, tardo un minuto.

—Va hacia su despacho, no me dio tiempo a detenerle. Parece gente importante, se aloja en la *Suite* Aragón.

Antes de colgar el teléfono, sonaron unos golpes suaves en la puerta de cristal esmerilado.

—¡Adelante!

Al abrirse la puerta, apareció enmarcada la figura de un hombre alto, casi rozando la cabeza el dintel. De cabello negro, bien cortado, bigote espeso; la tez blanca indicaba que no era muy amigo de tomar el sol. Calculé unos cincuenta y pocos. Pero lo que más me llamó la atención fueron sus ojos: negros, brillantes, inquisitivos. Me estremecí sin saber por qué.

—¡Buenos días, Doña Enriqueta! —al ver que afirmaba avanzó hacia la mesa. Me hubiera gustado que Rosa estuviera aquí ahora. Este hombre me inquietaba…

Estrechó mi mano con ceremonia, con delicadeza mientras inclinaba levemente la cabeza.

—Mi nombre es Rui Pedro Oliveira, encantado de conocerla…

—Igualmente… Siéntese por favor.

Esperé que tomara asiento. Al hacerlo, posó sobre la mesa su mano derecha, donde lucía un anillo que parecía de oro, con un gran sello. Me lo imaginé un aristócrata, venido a menos, pues su traje no me parecía muy nuevo…

—Usted dirá…

—Verá, mi distinguida señora… No sé bien cómo explicar… El caso es que vengo en nombre y representación de una gran familia portuguesa. Estamos muy interesados en adquirir terrenos por esta zona, queremos invertir en viñedos…

—Pero yo no vendo terrenos, señor Oliveira. Tendría que dirigirse a la Cámara de la Propiedad; ellos podrían informarle…

—Los terrenos que queremos son los colindantes con el hotel. Nos interesa en especial esta zona; no puedo decirle por qué ahora mismo.

—No dudo de su interés, o el de su familia, pero la verdad, es una cosa que, a mí, discúlpeme por la grosería, no me importa. Cada uno puede elegir cómo y dónde gastarse su dinero.

—Por supuesto, quizás no me expresé bien. Le ruego que me disculpe. Nuestra intención es adquirir todos estos terrenos, incluida la parcela donde se edifica este hotel.

—¡Caramba! Eso es más grave. Recién acabamos de inaugurarlo. Como comprenderá, no tenemos intención de vender por ahora. Ni más adelante, señor Oliveira. Estoy segura.

—Nuestra oferta consistiría en formar parte de la propiedad. Sabemos que doña Rosa Garcés, viuda de Pablo Ruiz del Olmo y usted son los únicos socios propietarios… Perdón, quise decir propietarias, del establecimiento. Y queremos colaborar en esa sociedad.

Para ser el primer día de trabajo, no estaba mal. Empezamos con problemas.

—No es probable que mi socia acceda, pero le trasladaré la oferta de…

—Cinco millones de euros aportaríamos, y seguirían siendo ustedes las presidentas. O el cargo que elijan, con la remuneración que quieran…

—¿Se aloja en el hotel? —recordé tarde que Jorge ya me lo dijo.

—Por supuesto, *suite* Aragón. Una maravillosa vista a la campiña. Encantado. Aunque no soy muy amante de los espacios abiertos.

—Bien, tendrá respuesta en unos días. Ahora tenemos mucho trabajo por delante, como comprenderá. Habrá visto que la afluencia de clientes es espectacular.

—Sí, lo vi. Y me encanta que la reapertura sea un éxito. No tenemos prisa.

Se levantó y, al acompañarlo a la puerta, me percaté de que me sacaba una cabeza. Su discreto perfume llenaba mi pituitaria. Su intensa mirada me turbó ligeramente.

—Es un verdadero placer haberla conocido. Y espero contar con su amistad, si llegamos a ser socios… o no.

—Bueno, no llego a tanto, pero sí que estoy encantada de saludarlo. Que tenga una feliz estancia, señor Oliveira…

—¡Mejor Pedro, por favor! Es más cercano.

Mientras se alejaba, observé sus anchas espaldas, que parecían querer salirse de la chaqueta.

«Un tipo inquietante, Enri, ten cuidado…»



—¿Ese es el portugués? —Rosa me preguntó, mientras me daba con el codo con disimulo.

—Sí, ese. Interesante, ¿verdad?

—Preséntamelo y te contestaré. Si no te gusta, me lo dejas.

La miré y nos reímos.

—¿Vas a ligar? —miré al hombre estudiándolo—. No está nada mal, chica. Pero me da miedo. A ver qué es lo que te parece a ti. Vamos.

Al vernos avanzar hacia el largo mostrador, el portugués se levantó del sillón donde se hallaba retrepado y salió a nuestro encuentro.

—Usted debe ser doña Rosa… Encantado, señora —mientras hablaba, una amplia sonrisa nos dejó ver su blanca dentadura; una mirada de sus negros ojos se posó sobre mí—. Han conseguido ustedes una obra de arte. Magnífica la decoración. Y muy cómodas todas las instalaciones. Estoy maravillado…

Rosa le tendió la mano, que él tomó con delicadeza, inclinando la cabeza con reverencia.

—Mucho gusto, señor…

—Él es don Rui Pedro Oliveira. Pero prefiere que lo llamen Pedro.

—Así es, mis bellas señoras. Y si me permiten, sería un inmenso placer invitarlas a almorzar. Son ustedes encantadoras, en verdad.

Rosa me miró y yo no sabía qué decir. El silencio fue tomado como un sí por el portugués.

—Cuando quieran, estoy a su disposición. Así aprovechamos la ocasión para conocernos y hablar de… negocios.

Y como era la hora de almorzar, le indicamos a Rui Pedro el camino al Restaurante. Se echó a un lado, cediéndonos el paso. No había duda de que su educación era exquisita. A la antigua usanza. Sabía cómo tratar a una dama. O dos.



Rosa todavía no había llegado. Seguía sin poder usar el Mercedes. Así que fui a dejar el bolso en el despacho para irme luego a desayunar.

Al abrir la puerta, los ojos se me fueron sin querer al enorme ramo de rosas rojas puesto en un jarrón, sobre la mesa.

Desconcertada, rebusqué entre las flores y encontré una tarjeta.

Bom día.

Sin firma.

No hacía falta. Me imaginaba de quién era. Y me sentía halagada, pero también molesta. Se tomaba unas libertades que no me parecían correctas… todavía.

—¡Epa! —Rosa acababa de aparecer en la puerta y miraba asombrada el ramo de rosas—. ¿Para ti o para mí?

No esperó respuesta, me quitó la tarjeta de las manos y le dio vueltas, buscando la dedicatoria.

—Enri, este busca ligue. Pero esto será para las dos, supongo. Es un detalle muy bonito. Yo estoy viuda, todavía me veo potable, ¿no? No me importaría un… bueno, ya sabes. ¿Has desayunado?

—¡No! Entré a dejar el bolso para ir a la cafetería. Venga, vamos, que te toca a ti pagar.

Jorge ya estaba repartiendo órdenes a diestro y siniestro y los que las recibían salían a la carrera a cumplirlas. Se había destapado este hombre como un jefe de personal severo, aunque muy comprensivo con los subalternos. No llamaba la atención en los errores; una charla paternalista le servía al infractor para enmendarse y poner más cuidado la próxima vez. Esta actitud de jefe me gustaba. Nunca me cayeron bien las reprimendas cuando me inicié en el trabajo

hace ya… bueno, me daba miedo pensar en el tiempo que había pasado. Me hacía recordar que iba para mayor.

De forma inconsciente, al pasar por delante de la puerta acristalada de la cafetería, miré mi imagen reflejada, me detuve un segundo mientras me estudiaba: una mujer guapa, de bonitos ojos marrones, morena, que conservaba la figura de los veinte años, con algún kilo de más, sí, pero esbelta. Capaz de levantar admiración donde fuera. Veía también a mi lado a Rosa que, al verse reflejada en el cristal, sonrió y saludó con la mano.

—¡Mira qué dos bombones!

Me reía mientras la empujaba con suavidad.

—¡Va, tira, *bombón*!

De una mesa cercana a la puerta se levantó un sonriente Rui Pedro Oliveira, que se acercó a nosotras:

—¡*Bom día*, mis estimadas señoras! Permítanme acompañarlas…

Rosa, con disimulo, mientras sonreía angelicalmente, me dio un pellizco en el brazo. Eso quería decir que lo permitiéramos.

—Encantadas, señor Oliveira. Es más agradable compartir un café con tan amable caballero.

Le agradecimos el detalle de las rosas, sin querer meternos en averiguaciones de a quién iba dirigido. Y, en los últimos sorbos del café, con la taza aún en los labios, acercó su boca a mi oído para susurrarme:

—Le traigo un saludo muy cariñoso de dos viejos amigos suyos, aquellos que partieron a un lugar desconocido, ya sabe…

Un escalofrío recorrió mi espalda, no sé si por el roce de sus labios en mi oreja o por la referencia a los dos amigos; sin poderlo evitar, pensé en Clarita y Adrien. Menos mal que el café ya estaba templado.

—¿Cómo sabe…? —volví la cara rápido, enfrentándome a sus negros ojos, fijos en los míos. Sentí el frío de esa mirada.

—Todo a su tiempo, mi bella señora. Ahora disfrutemos del café… Doña Rosa, luce usted esplendorosa esta mañana. Le alabo el gusto por la forma de realzar su espléndida figura con ese bello vestido. Le sienta como un guante…

Mi socia enrojeció. No estaba acostumbrada a estos piropos. No sabía qué contestar y me miró, suplicante. «Defiéndete tú solita, guapa», pensé.

—¡Muchas gracias, señor Oliveira! Es usted muy amable. Ojalá todos los hombres fueran así de atentos…

—No es ningún cumplido, se lo aseguro.

Bueno, este se estaba pasando. «A mí me asusta y a esta la piropea. No estoy celosa, pero algo de pelusilla sí que noto.

Venga, Enri, tú pasas de romances, todavía estás atada a tu marido». Al recordar a Juan, se me vino abajo el ánimo un segundo, pero reaccioné:

—Rosa, yo tengo que hacer algunas llamadas. Tú quédate tranquila, que estás en buena compañía. Te veo en un rato; estaré en el despacho.

—Vale, Enri, yo tengo que bajar a las cocinas, quiero ver la provisión y discutir con el *chef*. Tardan demasiado.

—Señor Oliveira, me gustaría tener un intercambio de opiniones con usted. Si no se va a ausentar, a mediodía lo espero en el salón. ¿Le parece?

—A su disposición, doña Enriqueta. Pero, por favor, recuerde… Pedro, nada de señor Oliveira…

—¡Si, es verdad! Lo había olvidado, disculpe. Y a cambio, nada de doña Enriqueta…

Por supuesto, a mí no se me había olvidado nada; pero tampoco quería aparecer tan… facilona.

Su blanca dentadura relució cuando me dedicó una amplia sonrisa. «¡Cuidado, Enri!».

A las 12 en punto, haciendo honor a su palabra, Rui Pedro de Oliveira estaba esperándome, junto a un sofá tapizado en azul cobalto, en uno de los extremos del salón.

Rosa no había regresado de su visita a las cocinas; supuse que se entretuvo más de la cuenta. Mi intención era que hubiera asistido a la conversación. Pero, bueno, quizás fuera mejor así. Ya tendría tiempo de ponerla al corriente.

—Mi estimada Enriqueta, tomemos asiento, por favor.

Giró un sillón hacia el sofá, que me cedió para que yo me acomodase y esperó a que tomara asiento para él hacer lo mismo.

—Bien, explíqueme.

—Espero no asustarla ni causarle ningún tipo de trastorno, pero es muy fuerte lo que voy a contarle…

Me preparé para lo peor. «¡Rosa, te necesito!» Miré con ansiedad mal disimulada hacia la parte por dónde podía aparecer mi socia: ni rastro. De pronto, me había entrado pánico. El miedo a saber me tenía atenazada. «Tendré que afrontar lo que sea sola».

—Adelante.

—En primer lugar, quiero que sepa que Clara, Clarita como usted la llamaba, y Adrien, están perfectamente… en su nuevo estado. Los conservo a mi lado…

Al oír esto, di un brinco en el asiento y, espantada, miré a Pedro.

—Entonces, usted es… usted es… —balbuceé.

—Sí, Guillermo de Beaujeu, su antepasado…

La voz no me salía, la boca se me había secado y me temblaban las piernas.

—Tranquila…ya debería estar acostumbrada.

El corazón parecía querer salirse de mi pecho, de lo acelerado que estaba. Me sentí mareada. Necesitaba aire. La cabeza me iba a estallar de un momento a otro.

Abrí los ojos al no oír movimientos alrededor. Estaba sola, pero enseguida vi venir a Pedro, o Guillermo, o quien diablo fuera, con un vaso de agua en la mano.

—Beba y respire hondo.

De repente, toda la simpatía que había despertado en mí había desaparecido, dando paso al miedo. Miedo a lo desconocido. Por instinto, olfateé en dirección al portugués, sin percibir nada raro…

—Ha cambiado mi forma de presentarme. Ahora no hay malos olores, ni humedad, como en mis anteriores apariciones. Como ve,

aparento ser normal, procuro ser un humano más… —Se tomó mi gesto con una sonrisa condescendiente.

Había agotado el agua del vaso. Y al verme más tranquila, prosiguió:

—Estoy aquí porque la misión que me encomendaron no está cumplida. Aún no. Falta muy poco. Y mi voluntad es terminarla y, si no fuera posible, darle un destino honroso. Y para eso cuento con su ayuda imprescindible…

Me hice la fuerte, la valiente, aunque el temblor de las piernas continuaba:

—Primero háble me de ellos. Y luego de mi marido. Y de Pablo. Y de los otros….

—Todo a su tiempo. Todo lo conocerá… ¿Quiere que doña Rosa se entere? Por ahí se acerca.

Giré la cabeza y, en efecto, llegaba Rosa con paso apresurado.

—¡Ven, siéntate! Y prepárate…

Su presencia me dio ánimo.



—Como Caballero de la Orden de los Pobres Compañeros de Cristo y del Templo de Salomón, fui encomendado para salvar una gran parte del Tesoro de la Orden. Este se dividió en cuatro lotes, con cuatro destinos distintos. El mío en principio era París, pero la prisión del Gran Maestre y casi todos los caballeros en Francia, hizo que cambiara mi rumbo. El mismo Gran Maestre me encomendó por mi vida hacer llegar mi apreciada carga hasta Ponferrada, donde había casa principal de la Orden.

«Pero una cosa es nuestro deseo y otra el de Dios. Así, quiso que durante el camino sufriera pérdida de hombres y armas. Y calamidades que culminaron con unas fiebres que amenazaban mi vida. Dos de mis fieles servidores sobrevivieron y con ellos llegué a…»

Se interrumpió, piensa el lugar donde llegó.

—Llegué aquí, a este mismo lugar donde hoy estamos. Liberé a mis servidores, no dejé testigos de mi presencia y me dispuse a morir guardando la riqueza que me comprometí a entregar. Me sentí envejecer en aquella cripta en la que me sepulté vivo… Pero una fuerza desconocida para mí me impulsaba hacia el exterior, hacia otro tiempo que no conocía… Hice muchos intentos de tener contactos con quien sabía de mi sangre…

—¡Yo! —me salió el grito, sin querer. Rosa me puso la mano en el hombro, tranquilizándome. Recuperé la compostura.

—Sí, Enriqueta. Tú. Nieta de mis nietos. Quería dejarte el mensaje de que hicieras llegar mi tesoro a sus herederos legítimos… Pero tú no eras receptiva. Tuvieron que llegar mis dos sirvientes reencarnados en Clarita y Adrien para poder conectarme contigo. Y aquí es donde aparece la codicia humana… Tu esposo.

—¿Qué tiene que ver mi marido?

—Tu marido quería el Poder. Él era parte de una hermandad, esparcida por los cinco continentes, que busca dominar la Humanidad, como si eso fuera posible. Pobres ilusos. Hay un Poder Infinito que lo impedirá, aunque a veces parezca que deja al albedrío de la raza humana la posibilidad de alcanzarlo.

«No podía dejar que esa Hermandad lograra la parte del poder que yo guardaba. Y tu marido era el representante. Lo arranqué a la tierra, lo bajé a mis dominios, le enseñé, pudo tocarlo… Y por ti no desapareció. No quise causarte tanto dolor. Te lo devolví. Pero su postración será definitiva…»

Estas palabras me sumieron en el desánimo, necesitaba llorar, desahogarme. Corrí hacia mi despacho, me encerré con llave y, de bruces sobre la mesa, lloré con desconsuelo…



—¿Te encuentras mejor? —Rosa me hablaba al otro lado de la puerta. Tenía también llave, pero no había querido molestarme, y se

lo agradecí.

—Sí, entra si quieres.

Estaba sola. Miré por encima de su hombro y se percató.

—Se quedó en el salón, pero lo he perdido de vista mientras venía. Habrá ido al restaurante.

Al observarla de cerca, me di cuenta de la palidez de su rostro.

—Tú tampoco tienes buen aspecto… ¿Te ha contado algo más?

—Sí… Cosas de… allí… ¡Es increíble, Enri! Con qué naturalidad habla de…de… ¡Dios! ¡Qué repeluco da!

—Pero, ¿te ha contado por qué Pablo…?

La notaba temerosa, remisa a hablar. Quizás todavía no había asimilado la condición de, no sé cómo llamar al portugués: si Ente, fantasma, espíritu, abuelo…

—Enri, la verdad de lo que pasó nos la revelará cuando estemos preparadas, me lo ha prometido. Él la sabe. Solo me ha dicho que está prisionero entre el pasado, que marcará nuestro futuro, y el presente en este pedazo de tierra; que solo podrá liberarse cuando cumpla su mandato, que lo ve cercano, el fin. Por las razones de que esto es así, las ignora. Y si las ignora él, que es el más interesado, figúrate nosotras…

—Bueno, mientras no nos cause daño físico… Porque mental ya lo sufrimos.

—Vamos a comer algo, que se nos pase el susto, anda.

—No sé ni cómo tienes ganas de comer, Rosita. Pero anda, vamos, te acompaño. No quiero estar sola ahora.

A duras penas, dimos cuenta de un plato de cogollos. A mí no me apetecía nada de la carta y a Rosa igual, por lo que nos dimos por satisfechas con la ensalada, aunque, eso sí, con dos buenas copas de vino tinto de la tierra que nos subió la tensión.

—El café nos lo tomamos por ahí, así nos despejamos, ¿te parece?

Rosa aceptó. Ya tenía mejor color, el vino estaba haciendo su efecto, e imaginé que a mí se me notaría también. A diario tengo que disimular las ojeras a base de maquillaje. Ahora, con toda seguridad, y con motivo, necesitaría ración doble.

—Voy al baño, que tendré un aspecto horrible…

—Ve, pero no es para tanto, yo te veo igual.

—Tú que vas a decir… no quieres que te haga sombra.

Rosa rio. Sabe que mis puyas son cariñosas; nos apreciamos mucho desde nuestras respectivas desgracias.

El cuarto de baño se iluminaba con un tubo fluorescente sobre el gran espejo. En verdad, apenas quedaba rastro de la crema antiojeras; tendría que arreglarlo. Hurgué en el neceser que había traído.

Y cuando me dispuse a retocar mi cara, casi se me cae la esponjita del susto: una mano invisible había escrito en el cristal *LA VERDAD,* con rojo que parecía sangre.

Espantada, retrocedí, tropezando con la puerta. Sin darle la espalda al espejo, la abrí y corrí hacia el comedor. Rosa me vio llegar y se levantó asustada al ver mi aspecto. Apuré el resto de vino que quedaba en las dos copas y me senté, más bien me desplomé sobre la silla, sin dejar de mirar hacia el baño, situado al fondo de un oscuro pasillo, que solo se iluminaba al captar movimiento.

—¡Chica, pareces que has visto al Diablo!

No acertaba a hablar, solo a mirar.

Rosa miró también, pero no vio nada más que la luz que salía por la entreabierta puerta. Desde aquí no se veía el espejo.

—Voy a por agua, no te muevas.

—¡No! —agarré su brazo, apretando— Quédate aquí conmigo, ya se me pasa…

Luego de unos segundos inmóviles las dos, me soltó la mano y se dirigió al baño. La vi abrir la puerta y mirar a un lado y a otro. Entró y supuse que estaría mirando en el wáter.

Al momento salió y regresó a la mesa.

—Habrás visto una rata; ya se ha ido.

—¿Las ratas escriben?

Me miró, extrañada.

—¡Oye! ¿Por qué no me dices qué has visto? Allí no hay nada. Tu neceser estaba en el lavabo. ¿Te lo traigo?

—Ven conmigo.

Desde la puerta, nos asomamos. En el espejo no había ni rastro del mensaje. Le expliqué a Rosa lo que vi. Se santiguó varias veces seguidas.

—¡Me estás asustando, Enri! Primero el del Más Allá y ahora esto..

Mientras volvíamos al comedor, sin dejar de mirar atrás, me preguntó:

—¿Esto pasaba antes? ¡Con lo que me gustan a mí las historias de fantasmas y muertos vivientes…! Estaríais divertidos!

—Peor, mucho peor: inundaciones, malos olores, humedad, ruidos, manchas, objetos llenos de sangre… ¿No te contaba nada Pablo?

—Alguna vez le oí algo, pero él mismo se contestaba, decía que eran alucinaciones colectivas.

—Pues ya ves que no. La cosa sigue igual… Y me da miedo, Rosa. Hemos invertido mucho para que vuelva a pasar. ¡Dios! Solo llevamos abierto horas y, fíjate…



Aún le estaba dando vueltas al suceso del baño. Ya se me había pasado el susto, pero no dejaba de pensar en las palabras: *LA VERDAD*. ¿Pero qué verdad? Quizás nuestro amigo portugués, o Guillermo, o como se llame, pueda resolver el asunto.

Pero estaba desaparecido desde esta mañana.

Mejor dedicar el tiempo al hotel, aunque Jorge, poderoso, lo dominaba todo; podíamos confiar en su trabajo. Al fin y al cabo, nosotras éramos las jefas absolutas, podíamos permitirnos el lujo de vagar de aquí para allá y no hacer mucho más.

Rosa se entendía bien con la gente de las cocinas y del restaurante; por esa parte también me sentía tranquila.

Así que, si me dedicaba a mis elucubraciones y acertijos, nadie me iba a llamar la atención. Yo era la que pagaba, aunque fuera a medias.

«Y es hora de visitar el túnel».



Me daba un poco de miedo el asomarme a la profundidad, aunque sabía que era ficticio, ahora a oscuras. Apenas llegaba la visibilidad al último peldaño. El interruptor de la luz estaba a la altura del primer escalón.

Fui a encender, pero una voz me detuvo:

—¡No lo hagas! —el sobresalto que me llevé me cortó la respiración.

Escudriñé allá abajo y distinguí la figura de Rui Pedro, sentado casi al final de la estrecha escalera.

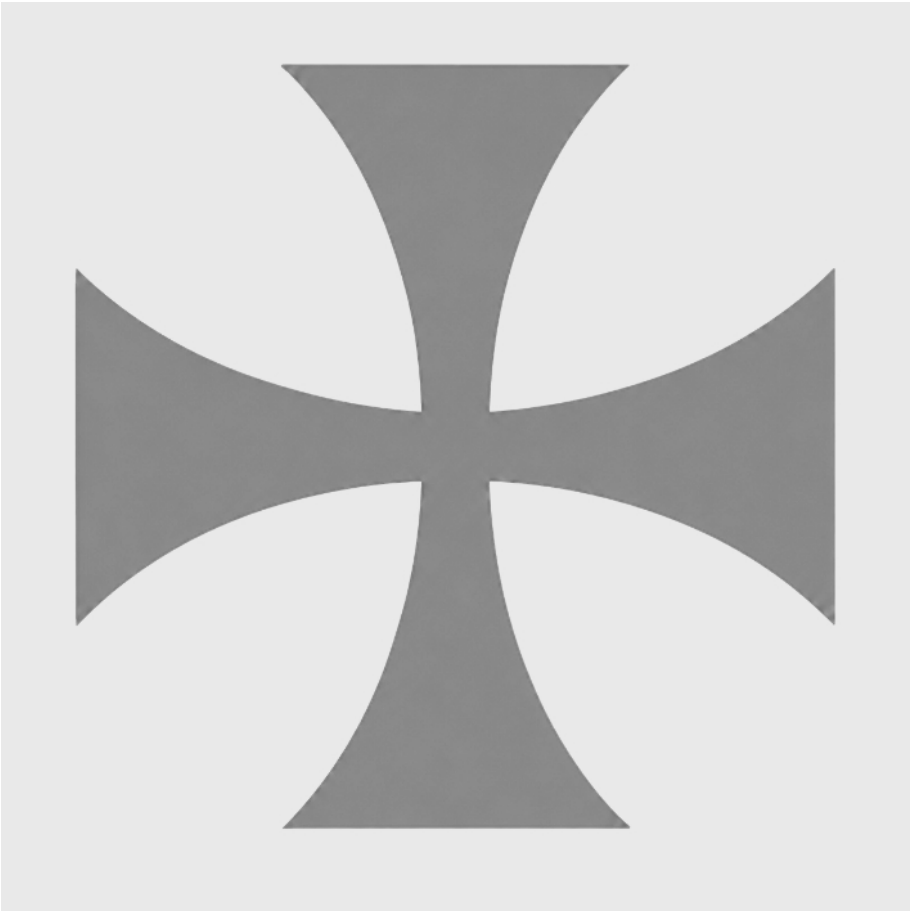
—Te estaba esperando… No te hace falta luz… Ven, baja sin miedo…

«Sí, sí, sin miedo dice…»

Despacio, tanteando el suelo, me adentré en el túnel. Vi una mano que se extendía ante mí y me agarré a ella. La noté fría, pero me apretó y una corriente de calor me recorrió todo el cuerpo.

—¡No temas! Quiero que me acompañes…

Suavemente, pero con firmeza, tiró de mí. Yo me dejé llevar. La oscuridad era ya completa; sentía que iba a desvanecerme…



La certeza

No supe cuánto tiempo transcurrió. Unos golpes me devolvieron al presente.

—¡Enri! ¿Dónde te habías metido? Llevo una hora buscándote.

Al oír la voz de Rosa, abrí los ojos. Estaba en la puerta del despacho, mirándome extrañada.

—¡Qué mala cara tienes! ¿Estás bien? ¿Estabas durmiendo? Debes pasar malas noches…

Tomé aire, volviendo a la realidad poco a poco. Todavía mi mente estaba llena de escenas que jamás sospeché que pudiera vivir…

—Entra y cierra, por favor… Tengo que contarte lo que me ha pasado.

—No me asustes, ¿algo malo? Va, cuenta, cuenta…

Se acomodó junto a mí, en el pequeño diván que usábamos para descansar entre horas.

—Pues verás… Ha sido como un sueño. Quise meditar un rato, en un lugar silencioso como es la antigua 102 y el pozo. Y allí estaba Rui Pedro…

«La oscuridad más completa me rodeó. No sabía si estaba dormida o despierta: ningún sonido, ni un movimiento, nada… Solo sentía la fuerza que la mano de Rui Pedro ejercía sobre la mía. No podría decir el tiempo que transcurrió en este «viaje». Solo sé que pude abrir los ojos al oír la voz de Clarita. ¡Mi Clarita!

—¡*Bienvenida, señora*!

Allí estaba, radiante, hermosa como siempre, pero vestida con unas ropas que miré extrañada. A su lado, un sonriente Adrien, que se acercó a mí, se inclinó y besó mi mano.

También su aspecto físico me pareció excelente, pero su ropaje… Parecían actores de una obra de teatro medieval.

Al pensar esto, me asusté. ¿Dónde estaba?

Miré alrededor: un patio terrizo, con algunos matojos diseminados. Parecía un lugar abandonado. Varios hombres, sin duda soldados a tenor de sus atuendos, hablaban en una esquina mientras limpiaban sus enormes espadas…

¡Esas espadas…! Una así fue la que… ¡Dios!

Clarita me cogió de las manos y me condujo hacia una habitación bajo los arcos del patio. Adrien nos siguió. Allí me ofreció comida que rechacé, claro. Me acomodó en un sillón de respaldo alto y recto, duro. Yo, como podrás comprender, lo miraba todo curiosa. La decoración de la habitación consistía en *grandes* cortinajes cubriendo las paredes. El olor del pan cociéndose llenaba el aire…

—*¿Quién sois*? —me preguntó una sorprendida Clarita mientras palpaba mi ropa, el traje azul del uniforme, el mismo que ella usó tantos años…

—Clarita, cariño, soy Enriqueta, tu antigua jefa. Vengo de tu mundo, de tu futuro…

—*Señora, este es mi mundo. No me pregunte, ni siquiera sé cómo llegué… ¡Cómo llegamos…! Mi mente lleva tiempo bastante debilitada… Pero mi vida está aquí ahora y eso es lo que cuenta. Aunque…*

Al ver a Adrien acercarse, calló. Este, al llegar junto a Clarita, la besó con dulzura en la mejilla y le preguntó:

—*¿Habéis ofrecido alimentos a nuestra visitante?*

—*Sí, amado esposo.*

¡Amado esposo! Se habían casado aquí… ¿Pero, aquí dónde?

—Perdonadme, pero estoy un poco confusa, la verdad… ¿Qué hacéis aquí?

Es Adrien quien contestó:

—*Servimos al señor de Beaujeu. Él es quien sabe el cómo y el porqué. Nosotros no preguntamos. Nuestra voluntad es ayudarle a cumplir su misión…*

—Pero esta misión es eterna. Yo vengo de otro… tiempo, o espacio. Otro mundo. Y allí no hay Orden tal como lo entiende vuestro

Guillermo.

Miré hacia el patio. En la esquina, una torre almenada…

—Quiero verlo.

Se miraron los dos, y fue Adrien quien aclaró.

—Ha llegado hasta aquí de su mano. Pero si queréis, seguidme.

Y tras él, penetré en lo que parecía una capilla, vacía de mobiliario, con solo dos santos que presidían el altar, desnudo de toda clase de ornamento. Detrás del mismo, hizo rodar una piedra con los cantos rebajados, parecida a una gran rueda, hacia un lado, dejando al descubierto una pequeña puerta, con el arco a la altura de mis ojos, por lo que tuve que agacharme para entrar. De allí arrancaba una estrecha escalera esculpida en la piedra que terminaba en otro estrecho hueco a modo de puerta, cinco peldaños abajo. Dentro, reinaba la oscuridad más completa.

En un primer momento no pude distinguir nada, hasta que mis ojos se adaptaron. No vi más que una nave cuyo techo abovedado, amenazando caer, se perdía en las alturas. Adrien fue encendiendo unos enormes hachones en cada rincón, lo que me ayudó a vislumbrar la figura imponente que, al fondo, permanecía sentada ante una enorme mesa. Los brillantes ojos permanecían fijos en mí. El frío recorrió mi espalda, haciéndome tiritar.

—*Señora, mi señor*… —Adrien parecía temeroso ante aquel ser—. *Disculpadme, debo atender a Don Jorge*. —Me dirigió una sonrisa, inclinó la cabeza y se marchó.

Una vez desapareció, la figura del fondo fue acercándose hasta poder distinguir sus facciones: las de *Rui* Pedro Oliveira. La verdad, me sentí un poco defraudada, esperaba algo más… terrorífico… Quizás aquello que tanto horror causó en el hotel…

—No puedo enseñaros mi verdadera personalidad, me está prohibido. Además, os causaría terror. Aunque ya la conocéis…

¡Claro que la conocía! Y la recordaba.

Acercándose a uno de los velones, lo sacó de su soporte.

—¡Mirad!

Alumbró con la oscilante llama la parte de la nave más alejada, permitiendo que me aproximara…

Allí había decenas de arcones de madera, que se amontonaban. Abrió uno de ellos para mostrarme lo que yo sabía o intuía: libros, legajos, varios cálices que brillaban a la luz de la vela sobre un fondo de monedas ennegrecidas…

—Quien llegue a poseer esto adquirirá el poder material y moral que encierran todos estos manuscritos. Por eso no podemos dejar que caiga en manos infames…

—Pero a Clarita y Adrien… ¿Para qué los quieres aquí?

—Es su destino… No me abandonaron cuando pudieron hacerlo y han sido premiados con la vida eterna… O hasta que cumpla mi misión. Luego serán libres. Recuperarán su voluntad…

Adrien entró apresurado

—¡Mi señor, otro ataque!

Yo asistía asombrada a lo que se iba sucediendo: entraron todos los soldados que vi en el patio, Clarita y Adrien cogidos de la mano se aproximaron a Rui Pedro, luego entró otro hombre, revoloteando la capa que le cubría. Apenas distinguí su rostro, pero sus facciones me eran conocidas. No pude ver más… Rui Pedro, o Guillermo de Beaujeu, me tomó de la mano otra vez, sentí que me volvía a desmayar…»



—¡Hasta que me has despertado!

Rosa me miraba, incrédula. Pero mi expresión no debió de gustarle, por lo que prefirió callar.

—No tuve tiempo de preguntarle por lo del espejo, pero presiento que tendré más ocasiones…

Después de unos momentos en silencio, el impulso de abrazarme a mi socia y amiga era irrefrenable. Me acogió en sus brazos y así permanecimos un largo rato.

—Creo que necesitamos algo que nos anime. Vamos a la cafetería.

—Sí, Rosa ¡una buena copa de vino!

Habían transcurrido diez días desde la inauguración y la cosa no podía ir mejor. Teníamos el hotel al completo. Hoy estaba programada una exposición de pinturas de un artista local. Vendrían las autoridades y algún invitado de la capital. Rosa se iba a encargar de cumplir como anfitriona; la veía más desenvuelta para tratar con las gentes. Además, Jorge estaba para echar una mano.

Yo quería aprovechar para estar un rato al lado de Juan, y que descansaran las cuidadoras que, últimamente, estaban muy protestonas.

Y así, podría investigar en internet cómo estaba el mundo Templario en la actualidad, aunque no tenía muchas esperanzas. Sabía que el castillo de Ponferrada ofrecía diversos actos con sabor medieval, pero no me parecía que hubiera ahí ningún atisbo de Orden. Y de lo que hay no me fío mucho. Por diversos sitios de España también sabía de asociaciones que practicaban con las armas antiguas y organizaban actos. Pero tampoco era lo que necesitaba el Templario.

¡Ojalá pudiera liberar a Clarita y Adrien!

—¿Cómo fue el acto?

—Perfecto, Enri. Estuvo animadísimo. Tenías que haberte quedado. Vino lo mejor de la región.

—Me alegro, es bueno que se hagan cosas así para ir cogiendo nombre.

—¿Alguna novedad con Juan?

—Nada, igual. Sé que está vivo por el ruido del aparato de oxígeno, pero no mueve ni un músculo. Y lo peor es que me estoy acostumbrando a eso. Hago mi vida normal dentro de la

anormalidad. Aproveché y estuve mirando en internet todo lo que hay de los Templarios. No creo que lo que existe en la actualidad sea lo que necesita nuestro amigo.

—Que nos lo dé a nosotras, que ya sabremos darle un buen destino, ¿no crees?

Me lo dijo bromeando, pero sé que, en su interior, está convencida de que debería ser así.

—¡Claro! Pues no hay dónde gastar, digo.

—Bueno, desayunemos. ¡Ah! A las 12 tengo cita en la Autoescuela: empiezo las clases.

—¡Bien! Si quieres, te llevo. No creo que Jorge nos necesite. Así nos liberamos un poco del ambiente. Se me olvidó decirte que también estuve buscando información sobre la sociedad que dijo el portugués que quería invertir aquí… No existe.

—Habrá que preguntarle por qué la invención.

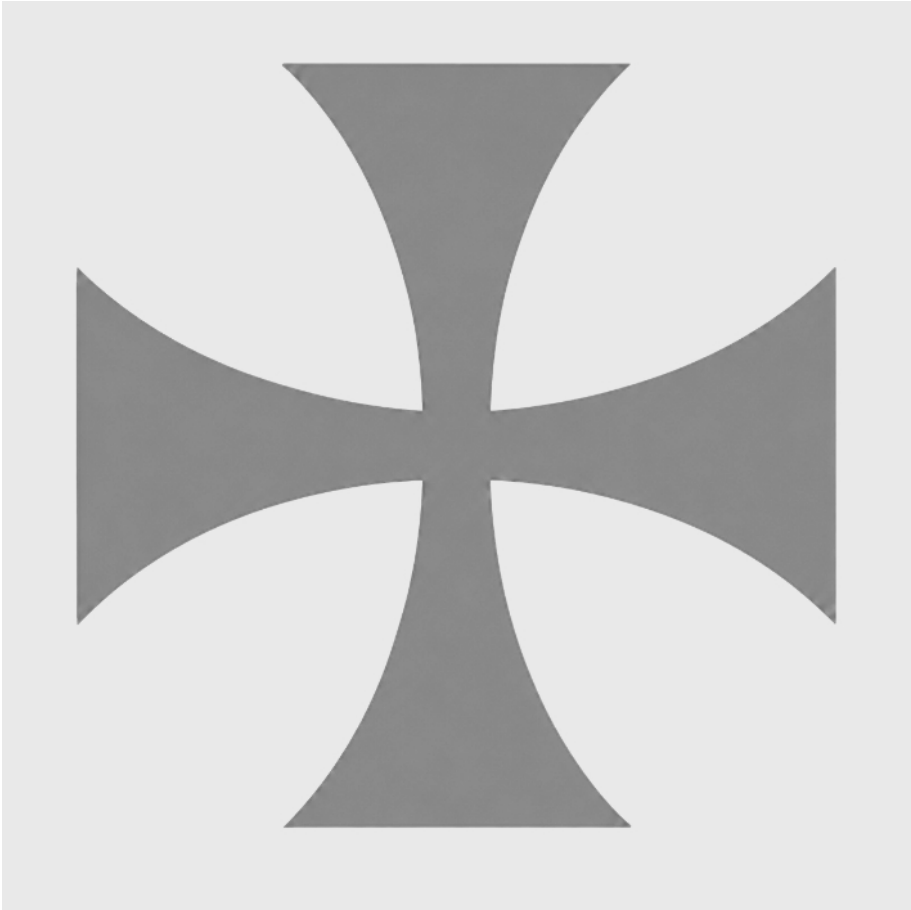
—Estuve pensándolo y he llegado a la conclusión de que solo fue una manera de darse a conocer sin causar estragos. Mejor así que asustando a la gente, ¿no te parece? Bueno, tú no lo viviste, pero yo sí.

—A mí se me aparece como dices tú y no sobrevivo.

¡Esta Rosa! Me hizo reír. No la veía yo muy en consonancia con el carácter que tenía Pablo, tan serio él. Qué verdad es que los polos opuestos se atraen…

La cafetería estaba animada. Con la puerta abierta al exterior, había mucha gente que venía a tomar café o a comer. Sobre todo, políticos, gente del Ayuntamiento, que caía cerca.

No había mesa libre, así que nos hicimos un hueco en la barra y pedimos nuestros cafés con leche y nuestras tostadas con aceite y jamón. Yo era de *croissant,* pero Rosa me cambió la costumbre. Y lo notaba en la ropa, que se me estaba quedando un poquito más justa. «Tendré que empezar a hacer ejercicio si no quiero convertirme en una vaca, a este paso…»



Revelaciones

El mostrador de recepción aparecía desierto. Solo el encargado y una chica tras un monitor daban vida al solitario vestíbulo.

—Jorge, buenos días. ¿Has visto por ahí a don Rui Pedro? El señor de la *Aragón*…

—Buenos días, señora. No ha bajado aún. ¿Quiere que le diga algo? ¿Lo llamo?

—¡No! Deja, no lo molestes. Pero avísame cuando lo veas.

—No se preocupe. Estaré al tanto.

—Gracias.

Rosa me miró, curiosa, mientras finalizaba la conversación que mantenía al teléfono.

—¿Tú crees que está aquí?

—¡Yo qué sé! Para él es muy fácil, por lo que parece, ir y venir del pasado…

—Tiene que ser algo complicado, por no decir imposible, vivir en los dos tiempos a la vez, Enri. Aunque no me imagino viajar al siglo trece o al que sea sin el móvil o estar sin tele… ¿Te imaginas si tu teléfono suena cuando estuviste allí?

La ocurrencia de Rosa me hizo reír. Desde luego, era mejor tomarse las cosas con buen humor. Le seguí la corriente:

—O que te pille conduciendo… Todos a caballo y tú en tu Mercedes… ¡Como Doña Leticia!

A cada frase, más nos reíamos.

—¿Fumarán allí? ¿Te fijaste si había cerveza? Y los baños… Anda que me iba yo a bañar echándome barreños de agua por encima, con lo a gusto que se está en la ducha de hidromasaje o en el *jacuzzi*…

—Rosa, antes ni se bañaban… ¿Tú has visto en alguna película de esas de soldados que se bañen? ¿O que vayan al wáter? Esas gentes

no tenían necesidades.

Rosa, con la sonrisa todavía en los labios, se quedó pensativa un momento, y luego me lo soltó:

—Cuando vea a nuestro amigo, le voy a pedir que me lleve a dar una vuelta. Por cómo me mira, seguro que acepta. Tiene que ser emocionante.

—¡Estás loca! Y si después falla la cosa y te tienes que quedar allí, ¿qué? Aquí se está más a gusto. Lo que tiene que hacer es ir subiendo cositas de las que guarda, que tenemos que invertir…

Asintió riendo, mientras suena el teléfono interior. Es Jorge. Ha aparecido el portugués, francés o lo que sea.

—Vamos a hablar con él. Te invito a un café.

—¡Vamos!



—¡Ahí lo tenemos! —Nerviosa, Rosa me clavó el codo en el costado.

—¡Eh, tranquila!

Rui Pedro se acercó sonriente a nosotras.

—Si me permiten… —No esperó aprobación y tomó asiento entre Rosa y yo. Nos miró y advirtió la expectación en nuestros semblantes—. Presiento que quieren ustedes averiguar cosas. Bien, estoy a su disposición.

Di un último sorbo a mi café antes de abrir el fuego.

—Dígame cómo lo hace para ir y venir con tanta facilidad.

Una sonora carcajada respondió a mi pregunta.

—Mi estimada Enriqueta, no puedo explicárselo. No puedo, porque no lo sé. Ahora mismo estoy aquí, pero también estoy allí… Soy un espíritu, un alma errante. En este su mundo no tengo poder, no puedo cambiar nada. En el mío, me fue otorgado el privilegio de guardar algo de mucho valor. Verán…

«Cuando me sepulté, dispuesto a morir, tuve una visión. Creí que fue debido a la fiebre que me consumía. Esta visión, una luz muy viva, me poseyó, se introdujo en mí, me dio fuerza y vida. Me permitió salir, crear un mundo a mi alrededor. Y me ordenó guardar

aquel tesoro para siempre o hasta poder entregarlo a quien correspondía, la Orden. Por mis dos servidores, sin ellos saberlo, supe que, en mi tiempo real, esta estaba extinguida. Pero yo no moría, seguía manteniendo la esperanza de encontrar fin a mi misión. Yo veía crecer un pueblo y tenía necesidad de colaborar, ayudar a los que eran mis vecinos. Pero no sabía cómo.»

«Necesitaba ayuda. Me sentía cansado. No podía entrar en contacto con nadie físicamente. Y quería terminar la misión encomendada; sabía que, cuando lo consiguiera, mi descanso sería eterno. Así que, invierno tras invierno, verano tras verano, recorría el exterior. Nunca encontré señales… hasta que llegué a ti, querida Enriqueta. Eras la reencarnación de mi hija favorita. Y supe que el final estaba cerca. Quise hablarte, te mandé señales, pero no te llegaban.»

«Apareció Clara, tu Clarita, pero tampoco era receptiva. Y llegó Adrien. Y encontré el camino. Lo que pasó lo sabes. Ya viste lo que guardo y, como heredera, podrás tenerlo. A cambio, tendrás que acoger a todos los hombres y mujeres que perviven conmigo en el pasado, mi presente…»

—Pero ¿por qué la destrucción, por qué las vidas, Juan, Pablo…? ¿Por qué? —intervino Rosa, ansiosa por saber—. ¿Y quién decide el que ha de vivir y el que ha de morir?

—Mi estimada Rosa… Enriqueta… Juan pertenece a una hermandad muy poderosa y con unos fines muy claros: dominar. En tiempos pasados, a través de otros hombres, quizás ascendientes, ya intentaron apoderarse de todos nuestros tesoros. Yo solo guardo una parte. Fue dividido en cuatro de forma que, reuniendo todas las partes, el que lo consiguiera dominaría la tierra, como nosotros estábamos dominando. Y Juan fue el encargado por esa hermandad maligna de apresar lo que permanecía en esta parte del mundo. Las otras tres están en otros continentes, guardadas por otros Caballeros, de la misma manera que lo guardo yo…

—Entonces…

—Y Pablo, tu esposo, pertenecía a esa Hermandad, pero a una escisión de esta. Algunos miembros quisieron actuar por su cuenta, entre ellos Pablo. La Hermandad lo sabía y, cuando comprobaron que estaban cerca, decidieron acabar con los rebeldes. Juan —su

mirada penetrante se clavó en mí—, ordenó eliminar a Pablo. Dupont fue el encargado… No fui yo, ni ninguna fuerza sobrenatural, quien clavó la espada en Pablo. Fue la codicia humana. En cuanto a Juan, ya lo sabes, mi querida Enriqueta, fue ambicioso. Cuando supe que era él, decidí castigarlo, le llevé a mi mundo, le hice ver mi tesoro y le arranqué la vida a su alma. Te dejé el cuerpo por respeto a la sangre que corre por tus venas, sangre de caballero templario. Es algo que tiene que agradecerte.

Permanecíamos mudas. Asimilando lo que oíamos. Yo temía mirar a Rosa, no quería encontrarme con sus reproches. Pero ella parecía inmutable. Ni un gesto que delatara odio o rencor. Solo la mirada perdida, cualquiera sabe dónde.

—Adrien y Clara, descendientes de mis leales servidores, están junto a mí en el ayer, pero quieren volver al hoy, cosa que conseguirán cuando dé fin a mi misión. Que sé que va a ser pronto…

Fue Rosa la primera en reaccionar. Se levantó y se dispuso a marchar. Yo intenté darle ánimos, pero rechazó mi gesto:

—Déjalo, Enri. Sé que tú no tienes culpa, pero ahora quiero estar sola. Necesito asimilar todo lo que nos ha descubierto…

A punto de romper a llorar, salió apresurada de la cafetería, perdiéndose en el ya concurrido vestíbulo.

—Quería saber la verdad. Y la verdad, a veces, es mejor ignorarla… —Rui Pedro siguió con la vista a mi socia mientras se alejaba. Creí ver un brillo extraño en sus ya de por sí brillantes ojos.

—Y dice usted que tengo que acoger. ¿A quién?

—Querida, ¿recuerda mi petición? Todo lo que hay aquí se asienta sobre lo que existe en el pasado. Pero conmigo viven hombres, soldados que tienen mujeres e hijos, y que se encuentran en el mismo estado que Clara y Adrien. Solo están a mi servicio hasta el fin de la encomienda. Luego se harán mortales.

—Y si… si yo decido vivir en ese mundo suyo, si decido viajar a ese pasado, ¿qué pasaría con ellos? ¿Y con Clarita y Adrien?

—Estarían a tu servicio mientras vivas. Pero si decides eso, no podrías volver, porque mi misión habría finalizado al entrar en posesión tú de todo. Y vivirías lo que Dios tenga dispuesto, olvidarías este mundo, no existiría…

—Usted, tú… ¿Te irías? ¿Desaparecerías?

—Sí, me tocaría descansar por fin… —un rictus de tristeza ensombreció el rostro de Guillermo.

—¡Dios! Voy a buscar a Rosa; sé que tiene que estar mal.

—Estaré en el túnel cuando me necesitéis…



Encontré a mi socia sentada en un banco en el jardín posterior del hotel. Al verla de lejos, tuve reparos para acercarme a ella. Esperaba que no me guardara rencor; al fin y al cabo, yo no intervine en nada. Al contrario, vivía ignorante de las actividades de mi marido. Igual que ella del suyo. Por ahí estamos a la par.

«En fin, sea lo que Dios quiera, ahí voy».

—¿Cómo te encuentras? —Al verme cerca, había agachado la cabeza. Por lo menos, no me rechazó.

—Mejor. Asimilando. No es fácil.

—Te entiendo. Para mí también es duro. Apreciaba mucho a Pablo, lo sabes, muchos años juntos.

—Tú no tienes nada que ver, Enri. Eres una víctima, igual que yo. Y ahora, sabemos lo que pasó, pero dime, ¿qué podemos hacer? ¿A quién denuncio? ¿Y la prueba? Nos tenemos que conformar con el castigo que sufre Juan; es justo. Lo siento por ti, pero me alegro de que esté así.

—Sí, lo entiendo.

Pero a partir de ahora, nos íbamos a colocar en una situación muy embarazosa; necesitaríamos tiempo.

Guardamos silencio, cada una con sus pensamientos. Jorge fue el encargado de romperlo a través del teléfono:

—Doña Enriqueta, la necesito en la Recepción.

—Voy, Jorge, tardo un minuto. —y, dirigiéndome a Rosa—: Anda, vamos adentro. La vida sigue y depende mucha gente de nosotras.

Afirmó con la cabeza, aceptó la mano que le ofrecí y juntas volvimos al interior.

Decisiones

Antes de salir de casa, siempre le hacía una visita a Juan, hablaba un rato con él; no sabía si me oía o no, pero eso me daba igual. Me servía de desahogo. Era mi confesionario y, además, sin temor a reproches.

—¡Valiente cabrón estás hecho! Estabas, que ya no eres nada, no sé si por suerte o por desgracia. Y qué callado me lo tenías. Pero para que veas que a todo cerdo le llega su San Martín. No me alegro, no creas. Pero tampoco es para llorar. Lo que hiciste con Pablo no tiene perdón, por mucho valor que tenga lo que buscabas. O buscabais, que el otro también estaba apañado. ¿Y qué habéis conseguido? Dos mujeres desgraciadas, un niño sin abuelo y dos hijas sin padre. ¿Y para qué? Para esto, ahí quieto, sin moverte hasta no sé cuándo. Pero eso sí, has conseguido que despertemos. Fíjate lo que hemos hecho. Y lo que podemos hacer. Casi me alegro de que haya pasado, no por Pablo, eso no, pero por
Rosita, que resulta que estaba viviendo un mal matrimonio, liberada sin quererlo; y por mí, siempre a vuestra sombra… Bueno, Juanito, me voy a mi imperio, pórtate bien.

Todos los días me despido con un beso, pero hoy no me apetecía. Cerré la puerta de la habitación a mis espaldas y a la empleada del turno de la mañana le recomendé:

—Ana, está tranquilo. No dejes de llamarme si hubiera algo. Hasta luego.

Y rumbo al hotel. No sabía si pasarme a por Rosa. Mejor llamarla antes, por si ya había salido. «Apagado o fuera de cobertura». Bueno, ya estaría en camino.

Hoy me tocó desayunar sola; mi socia aún no había aparecido, y es extraño. Era posible que estuviera afectada todavía y que hubiera decidido quedarse un rato más en casa. Bueno, tampoco había tanto que hacer. Todo estaba controlado.

Bueno, todo no, por desgracia. El móvil me vibró en el bolsillo. Era Ana. Algo pasaba.

—¡Ana! ¿Qué ocurre? ¿Alguna novedad?

—¡Señora, tiene que venir de inmediato! ¡Su marido!

—¡Pero…! Bueno, salgo para allá.

Ya no pude ni terminar el café; la inquietud me secó la boca. Un trago de agua y salí corriendo. En el mostrador estaba Jorge atendiendo a unos clientes. Me acerqué y le dije lo que pasaba, que no me podía entretener. Ya le contaría más tarde.

—¡No se preocupe, doña Enriqueta! No deje de llamar para saber.

En la puerta había taxis, así que preferí coger uno, «no vaya a ser que con los nervios cometa alguna barbaridad con mi coche».

En mi casa, me abrió la puerta la empleada, que me recibió llorando.

—¿Qué pasó? ¿Mi marido? —Mientras me dirigía a la habitación ocupada por Juan, vi salir a dos hombres, médicos con seguridad, a tenor de los trajes verdes que llevaban. Supe que el fin había llegado.

—Señora, no podemos hacer nada. Su marido dejó de respirar. Cuando llegamos ya llevaba un buen rato así. Ha sido imposible recuperarlo.

En la habitación, junto a la cama, dos enfermeros retiraban los aparatos utilizados para la posible recuperación de Juan. Él estaba con la misma expresión de siempre, los ojos bien abiertos, fijos en el techo, la boca abierta. Un ramalazo de emoción recorrió mi ser.

Tras de mí, llegó Ana, gimoteando.

Me volví hacia ella, inquiriendo con la mirada.

—Cuando se marchó usted, me quedé un rato revisando el respirador y el monitor, todo estaba en orden…

Y como siempre, me dediqué a arreglar un poco las habitaciones. Y fue entonces cuando llegó doña Rosa. — Este detalle me sorprendió; Rosa no suele venir de visita, y menos a esas horas—.

Me dijo que solo iba a echarle un vistazo al enfermo y que se iba rápido para el hotel. Yo le dije que usted acababa de irse. Entró, estuvo un momento a solas mientras yo guardaba las llaves. Y fue entonces cuando me avisó: su marido se había quitado la máscara del oxígeno. No pudimos volver a colocársela. La tenía agarrada con la mano y no tuvimos fuerza para que la soltara. Intenté reanimarlo. Así que llamé al 112. Llegaron rápidos.

—¿Puede la mascarilla del respirador caerse? —le pregunté a uno de los enfermeros.

—Es muy difícil. Yo diría que imposible, pero nunca se sabe… Si fuera un paciente que se mueve, podría arrancársela involuntariamente, pero en el estado de su marido, ya le digo, es imposible…

—Señora, tenemos que dar parte. Es un caso para el juez de guardia —era uno de los médicos quien me hablaba.

—Hagan ustedes lo que tengan que hacer.

El otro médico se sentó junto a la mesa del salón y rellenó el parte. «Hora de la muerte: 9,35. Causa: Asfixia y paro cardíaco por fallo del respirador acoplado»

—Bueno, doña Enriqueta, lo sentimos mucho. Si necesita usted nuestra asistencia, díganoslo. Podemos mandarle un equipo psicológico, ayuda personal…

—No, gracias, estoy bien —En realidad, sentía ganas de llorar—. Llevo mucho tiempo esperando que pasara algo así…

Era verdad que llevaba tiempo esperando esto. Y queriéndolo. Una liberación para él y para todos.

Me acerqué a la cama. Uno de los enfermeros había subido el embozo de la sábana cubriendo el rostro. Yo lo destapé y le di un beso en la frente. Con delicadeza le bajé los párpados. Aún veía en sus pupilas el miedo. ¿A qué? No lo sabremos nunca… Sin poderlo evitar, brotaron un par de lágrimas. ¿Pena? ¿Alegría? Aún después de un tiempo, no sé contestarme.

¡Rosa! Se me vino de golpe la idea. Rosa había vengado la muerte de Pablo. «No es posible, no la creo de esa condición, Rosa no tiene alma de asesina».

Pero, ¿para qué vino? Nunca lo hace y menos antes de ir al hotel. La llamé otra vez, pero el móvil seguía apagado.

—Ya está avisado el Juzgado. Dentro de nada estarán aquí y resolverán pronto. No hay violencia. Lo darán como accidente. Sería conveniente que avisara usted a su seguro, si lo tiene. Ellos se encargarán de todo.

Sí, era buena idea.

Se presentaron antes los de la Compañía que los del Juzgado, que decían que venían rápidos. Lo tienen todo bajo control.

Al fin, llegó el juez y el médico forense, que firmó el parte. «Un desgraciado accidente. El trámite de la autopsia será breve».

—Puede trasladarlo al mortuorio, señora. Mi más sentido pésame.

Bueno, se acabó. El furgón fúnebre trasladará el cuerpo de Juan al Hospital Provincial de Huesca. Él siempre decía que quería ser enterrado en Madrid, su tierra. La funeraria se encargaría del traslado. Yo necesitaba descansar, la mente más que el cuerpo. Asumir lo sucedido. Y decidir mi vida. Se abría una nueva etapa…

En el hotel, Jorge se había hecho cargo de la situación. Preguntado por mi socia, respondió que la vio entrar y dirigirse hacia el despacho. Pero no volvió a verla. «Le acompaño en el sentimiento, doña Enriqueta, ya sabe lo que yo apreciaba al señor Artigas».



—¿Señora Pardo? Ya puede pasar por el Instituto de Anatomía para hacerse cargo del cuerpo de su marido.

Esperaba la llamada desde Huesca. «En una hora estaré allí. Y arreglaré lo del traslado a Madrid para su descanso eterno. Me tendré que arreglar sola… Si apareciese Rosa, me sería de compañía. Me pasaré por el hotel por si está allí».

—Sigo sin verla, señora. La verdad, que no me he podido mover de aquí. He tenido que echar una mano en la Recepción.

—Gracias, Jorge. Ya la buscaré yo, no te preocupes. El funeral de Juan será mañana, en la capilla del hospital, en Huesca.

—Allí estaré a darle el último adiós. Pobre señor Artigas… Pero al fin descansa en paz. Mi más sentido pésame.

En el despacho no estaba mi socia, «Seguro que me está esquivando». Temía enfrentarse a mí. Y ya no sabía dónde mirar, a no ser que… ¡El túnel! Era lo último.

La sala de exposiciones estaba silenciosa, las persianas de los ventanales bajadas, lo que hacía que todo tuviera un tono triste. La trampilla del túnel estaba levantada; bajé el primer peldaño y, al ir a darle al interruptor, la voz de Rui Pedro, o Guillermo, me frenó:

—No te hace falta la luz. Te esperaba. Mejor dicho, te esperábamos.

Despacio, tanteando con los pies, descendí dos peldaños más…

Allí estaban los dos, Rosa y Guillermo.

—¡Rosa!

A la poca luz que llegaba abajo, distinguí las ojeras que hundían los ojos de mi socia. «Habrá llorado de arrepentimiento…»

—Antes de que digas nada de lo que te puedas arrepentir, tienes que saber la verdad —era Guillermo el que quería explicarse—. Doña Rosa no tiene nada que ver con la muerte de Juan, aunque sí que lo vio morir; tuvo esa triste casualidad.

—¿Qué quieres decir?

—Enri, te lo juro, fui a ver a Juan para decirle de todo,
quería desahogarme, gritarle la rabia y el dolor que me causó la muerte de Pablo… y desearle un infierno eterno para su alma. La muchacha, la cuidadora, estaba conmigo. Yo lo miraba, le hablaba mentalmente… Vi que abría los ojos, con miedo, movió su mano y se arrancó la mascarilla de oxígeno… Ana y yo estábamos asombradas, incapaces de movernos… Unos segundos y la cuidadora quiso volverle a colocar la mascarilla sin conseguirlo. El brazo estaba pegado con fuerza a la cama. Yo le ayudé y tampoco entre las dos… Nos asustamos. Me fui corriendo…

—¿Interviniste tú? —miré a Guillermo.

Su expresión era altamente explícita.

—Ha sido mi penúltimo gesto. Quise liberarte. Me ha costado un esfuerzo demasiado grande que me agota. Sé que me queda poco tiempo…

Rosa se incorporó y ascendió los tres peldaños que nos separaban.

—¡Enri, lo siento!

No hacían falta más palabras. Nos abrazamos y dejamos que las lágrimas limpiaran nuestros corazones…



—Señora, tiene que firmar este documento para dar por finalizado el expediente de su marido, que en paz descanse.

El administrativo del hospital me presentaba unos papeles que, sin leerlos siquiera, firmé. Mientras lo hacía, depositó sobre la mesa una bolsita de plástico con un objeto dentro. No me fijé hasta que terminé de firmar la última hoja.

—¿Y esto? —señalé la bolsa.

—Lo encontró el forense bajo la sábana que cubría el cuerpo. Pensamos que le gustaría guardarlo.

—¡Ah, sí! Gracias…

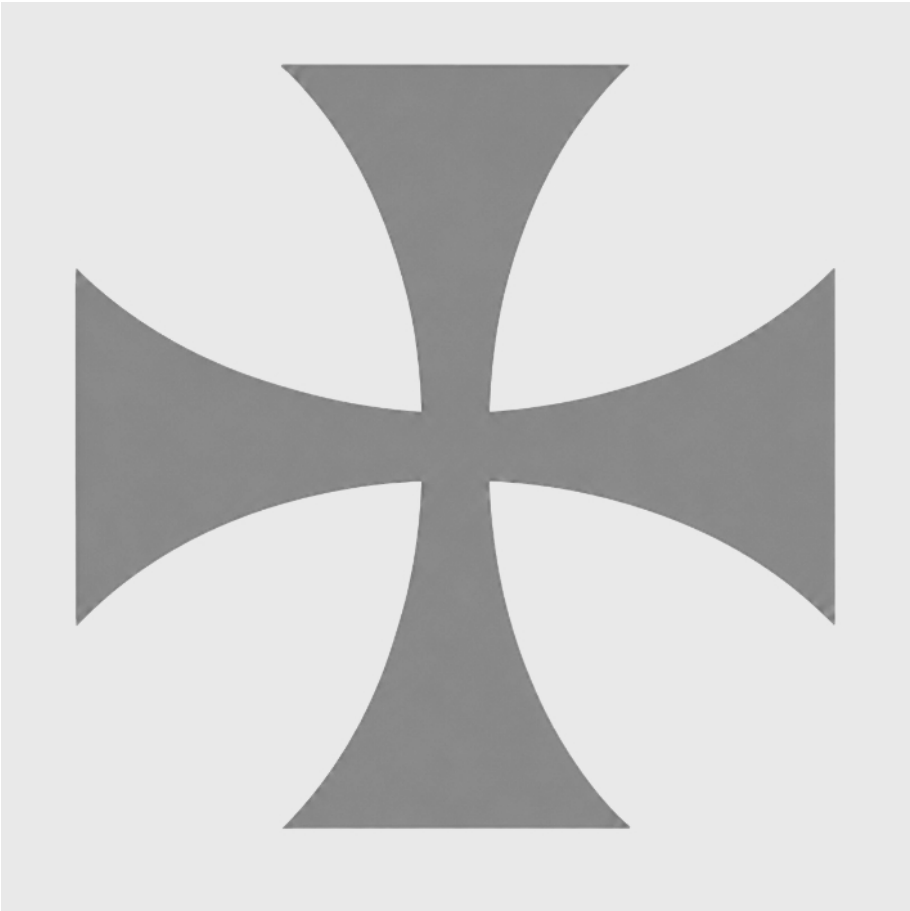
Camino de la capilla donde se iba a celebrar el funeral, Rosa me agarró por el brazo, apretándome, dándome fuerzas para el último adiós.

Con curiosidad, abrí la bolsita de plástico y saqué el objeto que había dentro, que no era otra cosa que el anillo que lucía Rui Pedro Oliveira el primer día que se dio a conocer.

—¡Fue él!

Rosa asintió con la cabeza.

—Terminó su trabajo…



El desenlace

La soledad se adueñó de la casa; me acorralaba por todos los rincones, inundando mi alma. Juan ya no era ni compañía, pero por lo menos llenaba un espacio, un lugar en mi mente.

Quizás un hijo o dos, si hubieran podido venir, le habrían dado a mi vida otro sentido. Pero mi esterilidad y el miedo a adoptar lo impidieron. No me sentí nunca preparada para ser madre. ¡Como si se necesitara preparación para eso…! Mi trabajo me absorbía todo el tiempo y todo el entusiasmo.

Y ahora…

Lo que me esperaba era más de lo mismo: más hotel y más soledad. El no querer volver a una casa vacía.

Tal vez un cambio, algo que me ilusionara… ¿Viajar? ¿Sola? También podría adoptar, tengo dinero para afrontarlo… Pero, ¿y si no acierto?

En algún rincón del armario debía tener pastillas para dormir. Necesitaba dormir, profundamente, sin sueños, sin pensar, sin recuerdos. Descansar…

Mañana hablaré con Rosa; quizá a ella le apetezca viajar. Podríamos irnos a Londres, o a París, quizás a Nueva York, o al Caribe, a esas playas tan bonitas que salen en las películas. Cancún… Indonesia también estaría bien…

Por suerte, comenzaba a hacer efecto el somnífero; me pesaban los párpados… sí, tengo sueño…

Los fuertes golpes y el timbre incesante de la entrada me despertaron. Al abrir los ojos, la luz del sol que entraba por la ventana me hizo cerrarlos otra vez. Los golpes continuaban así como los timbrazos.

—¡Ya va! ¡Impaciente, quien sea, jolines!

Arrastrando los pies mientras intentaba meterlos en las zapatillas, llegué hasta la puerta. La abrí y dejé a Rosa con el puño en el aire, dispuesto a golpear otra vez la madera.

—¡Enriqueta! ¿Estás bien? Estábamos preocupados, dos días sin dar señales de vida…

¡Dos días! Había dormido cuarenta y ocho horas.

Me eché a un lado para que mi socia entrara. Detrás apareció el rostro serio de Jorge Sandoval. ¡Jorge! Ahora no sabía si estaba despierta o seguía durmiendo. Jorge era el caballero que entró el último en…«¡Sí! Ya decía yo que me recordaba a alguien». ¿O serían las pastillas? Juraría que solo tomé una; tendría que mirar.

—Chica, menudo susto nos has dado. Te respetamos un día por el sepelio y demás, pero conociéndote, te esperábamos ayer en el hotel. No nos lo hagas más. Avisas que vas a descansar y ya está. Anoche te estuve llamando hasta que me quedé sin batería…

Necesitaba un café para poder hablar. Tenía la lengua pastosa. Rosa se dio cuenta y se metió en la cocina a prepararlo mientras yo me daba una ducha rápida.

Ya más entonada, me reuní con Rosa y Jorge, sentados ante sendas tazas de café negro. El mío me estaba esperando, humeante.

—Anda, tómatelo. Y no te preocupes por nada. Si no quieres ir al hotel, te quedas aquí o paseas. Relájate, nena.

—Ya estoy bien. Se ve que me equivoqué de pastillas. Enseguida me visto y me voy con ustedes. Necesito actividad, no descanso. Tengo que ocupar la mente. Voy a vestirme.

Mientras me vestía, me observé en el espejo del armario: el cabello todavía mojado caía lacio, las ojeras acentuadas. Lo que me faltaba era dormir dos días seguidos; iba a necesitar sesión doble de maquillaje…

—¡Rosa, ven a ayudarme, te necesito!

Entre las dos, arreglamos mi aspecto. En media hora había vuelto a ser la Enri de siempre, hasta me veía más guapa.

—Sí, que es verdad —corroboró Rosa mi sensación —. Te ha sentado bien el dormir… Pero, hija, llama y no nos preocupamos. Que para eso están los móviles…

Un cariñoso abrazo puso fin a la sesión de chapa y pintura.

—¡Ala! ¡En marcha!



—Rosita, lo he estado pensando con frialdad.

—El qué. ¿Otra idea nueva?

—Marcharme. Sé que tengo un sitio reservado en el pasado. Mi presente se ha vuelto muy gris, muy triste. Dime tú, ¿qué hago yo ahora cuando vuelva a casa…?

—¡Oye! Pues lo mismo que antes. ¿O es que Juan te daba conversación? Pues eso. Si quieres, te puedes venir a vivir conmigo, así nos distraemos juntas. ¡La vida que nos podíamos dar! Todas las noches, juerga. Y vengan tíos…

—¡Estás loca! —le dije riendo—. Lo que nos hace falta es eso, después de ocho o diez horas aquí juntas, seguir también otras tres o cuatro más. Y dormir juntas. Mira, sería ideal si fuéramos lesbianas, pero no se da la circunstancia. Ni creo que se dé nunca. Con lo que te gustan a ti los hombres…

También ella comenzó a reír.

—Bueno, a ver, dime de una vez qué has pensado con tanta frialdad…

—Eso que te he dicho, marcharme con Guillermo, incluso puedo hacer de madre de Clarita y Adrien, que tendrán hijos. Me veo de abuela. Y encima, rica. Vamos a ver, puedo tener un palacio —mientras hablaba, veía a Rosa entornar los ojos, imaginando la escena—, un enorme coche tirado por dos, mejor tres; no, cuatro, eso es: cuatro caballos blancos. Y una piscina en un gran patio con

columnas. Una gran bañera que no sé si la habrán inventado ya. —Rosa abrió los ojos y se le escapó una carcajada—. Y mis nietos corriendo detrás de un hermoso perro por un jardín con rosas, muchas rosas, de todos los colores, para tenerte siempre presente…

—¡Qué bonito! Vas a emocionarme.

—¿Pinta bien?

—¿Y la tele? ¿Y el internet?

—Me acostumbraría. Si no lo conoces, no puedes echarlo de menos…

Rosa cerró los ojos y, de pie delante de mí, extendió los brazos hacia adelante y, poniendo voz grave, anunció:

—Veo a una hermosa mujer sobre un blanco corcel, la negra melena al viento, galopando por la verde llanura donde brotan cientos, miles de amapolas rojas, mientras dos hermosos niños salen a su encuentro, s de dos mastines. Una mujer rubia la espera en la puerta de un hermoso palacio con un bebé en brazos…

—¡Sí! ¡Esa soy yo!

—¡Sí!

Y nos abrazamos alborozadas, mientras nuestras risas se oirían hasta la puerta giratoria, por lo menos…



Rui Pedro me clavó su negra mirada:

—¿Estás segura, Enri? No hay vuelta atrás… Yo desapareceré, quedarías como única dueña y señora de todo lo que hay guardado. No estarías sola: Clara y Adrien te acompañarían en todo momento. Es una familia. Y será tu familia. Tienes un pueblo fiel y leal al que tendrás que seguir ayudando, incluso más que yo. Tú puedes recorrer las tierras, hablar con ellos. Yo lo tengo prohibido. ¿No echarás de menos nada de este mundo tuyo actual?

—Estoy decidida. Tengo dispuestos los documentos de cesión de mi parte en la sociedad a Paolo, el pequeño nieto de Rosa. Él heredará

el hotel. Todos mis bienes pasan a manos de la Caridad Pública. Pueden ayudar a muchos necesitados.

—¡Bien! Eso te honra, me enorgullezco de darte mi sangre… Cuando tú lo digas, damos el paso. ¡Por fin podré descansar…!

—Pero quería pedirte un favor antes.

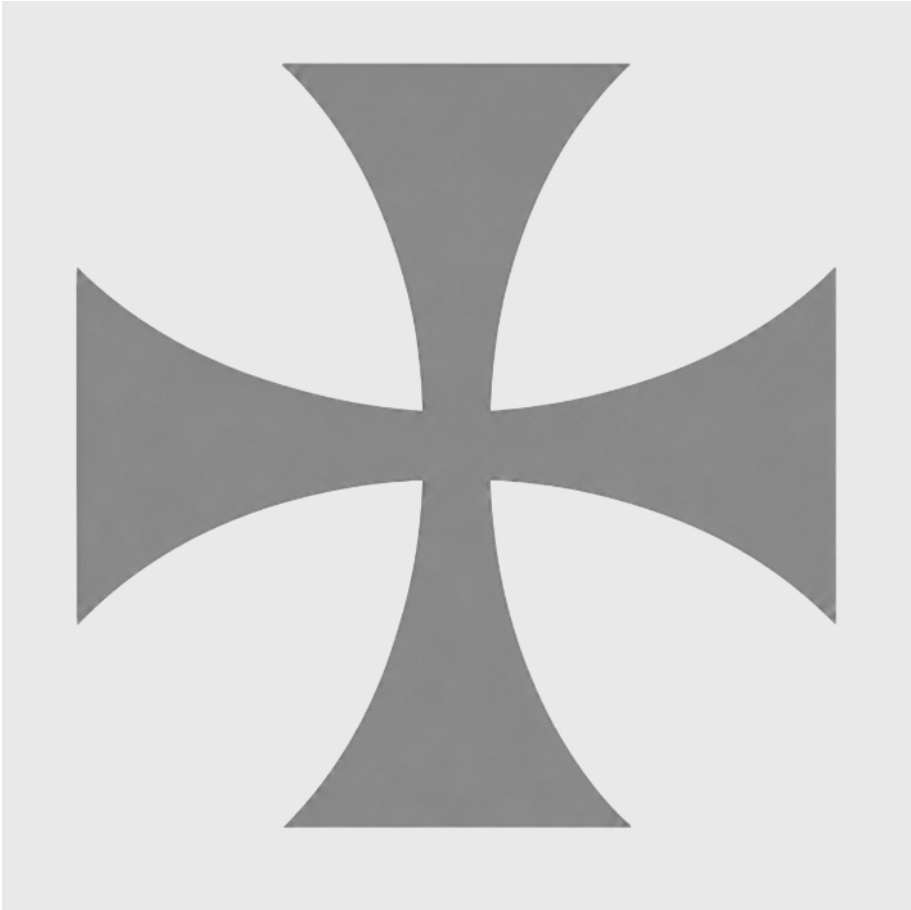
—Dime.

—Rosa quiere conocer… «aquello»; está empeñada. Y es muy testaruda…

—Y yo estaría encantado… si pudiera llevarla a mi mundo…

—¿Flechazo?

—No sé lo que quieres decir, pero me duele dejarla aquí. Y no hay otra posibilidad. Dile que te acompañe. Dedicaré mis últimas fuerzas a traerla de vuelta. Será lo último que sepáis de mí…



Nota de **Rosa Garcés**

No me quiero separar de Enri. Desde que supe lo que quería hacer, me he convertido en su sombra. No me hacen falta excusas, quiero acompañarla; estoy empeñada en conocer ese otro mundo al que se va. Dice que es el final de todo. Y no me quiero morir con esa pena.

Ya me advirtió que puede ser un viaje sin vuelta, que no sabemos lo que puede ocurrir allá abajo… o allá lejos. No sé cómo nombrarlo, ¡caramba!

Más que hablarlo, lo hemos discutido con Rui Pedro-Guillermo. Se mostró reacio a complacerme, pero se ve que existe alguna atracción hacia mí, por supuesto recíproca, porque al final claudicó. Eso sí, advirtió que ese esfuerzo lo agotaría y quizás tuviera que esperar un tiempo para recuperarse. Pero el tiempo en su mundo es un suspiro, no es nuestra misma medida.

Con disimulo, me he metido el móvil, con la batería a tope, en el bolsillo, cubierto con un pañuelo por si le pone impedimento. No sabemos si funcionará en otra dimensión, pero lo voy a probar. Enri me ha dejado grabado un mensaje en su teléfono, desbloqueado, vacío de todo contenido. Cuando regrese, lo encontraré.

Me siento emocionada, nerviosa, pero feliz. No todos los días se pueden vivir en dos mundos tan distintos, separados por más de 700 años. Y yo lo voy a hacer…

—Rosa, ¿estás segura?

—Sí, Enri. ¿Y tú? El paso que vas a dar es más importante que el mío. Yo pienso volver, pero tú…

—Yo… pienso volver a tirarte de los pies de noche, cuando duermas…

La carcajada rompió la tensión.

—¡No serás capaz!

Iba a contestarme, pero en este momento apareció Rui Pedro Oliveira, o Guillermo de Beaujeu, en los escalones del túnel.

—Señoras, es el momento… Ahora hay calma en… allí. ¿Preparadas?

Nuestro silencio lo entiende como afirmación.

Alarga sus dos brazos, ofreciéndonos sus manos. Las tomamos y nos aprieta. Enri y yo nos lanzamos una última mirada cargada de emoción y miedo.

Siento que me tira hacia abajo; todo da vueltas a mi alrededor y cierro los ojos. Me dejo llevar…

Punto ¿final?

Rosa Garcés recogió el cable y el teléfono móvil y lo volvió a guardar en el cajón: después, extrajo el cuaderno con tapas rojas y un pergamino enrollado y sujeto con una cinta roja. Antes de abstraerse en lo que sabía que podía encontrar en aquellos escritos, se levantó y se acercó a la estantería sobre la que, desde la fotografía enmarcada, Enriqueta Pardo le sonreía…«¡Sé feliz, amiga, te lo mereces!». Se pasó el índice por los labios, a modo de beso, y luego rozó la fotografía con el dedo…

Por un momento llegó a pensar que aquella mujer de cuerpo bien formado, la rubia cabellera revuelta seguramente por el viento y mostrando su mejor sonrisa, le hablaba, que había un mensaje en su mirada franca. Movió la cabeza negándose a esa posibilidad, suspiró profundamente y abandonó el despacho… Pero en su interior, sabía que volvería a verla.

Volvió al sillón, y se dispuso a leer…


NON NO

TERCERA PARTE

Enriqueta de Beaujeu

El principio…

Guillermo de Beaujeu sabía que había llegado la hora de abandonar la lucha contra el tiempo, de traspasar la carga a otras espaldas. De liberarse… Ahora otro continuaría guardando el preciado legado de su amada Orden. Y quién mejor que un descendiente directo de su estirpe.

Con extrema dificultad aspiró el húmedo aire de la cripta; tomó las manos de su nieta entre las suyas, temblorosas y heladas como la Muerte que se asomaba a sus vidriosos ojos, ciegos ya por la cercanía del inminente final. Con voz apenas audible, comenzó a entonar algo parecido a un salmo. Apretó la mano de Enriqueta, que se inclinó, presintiendo el final, acercando el oído a la boca del moribundo.

—¡Señor Todopoderoso! ¡Sálvame del Infierno, llévame a tu lado! No dejes que la sabiduría y la riqueza caigan en manos pecadoras, ¡oh, Dios! Traspásale mi fuerza y mi poder a mi amada nieta, Enriqueta de Beaujeu… Haz que la luz ilumine sus pasos… ¡Señor, mi Dios…!

El trueno hizo temblar las piedras de la estancia y, de inmediato, una luz viva iluminó el hueco de la entrada a la cripta durante un segundo. Enriqueta sintió un fuerte apretón de las manos del caballero agonizante; luego, las notó lacias, más frías si eso fuera posible. Alzó la vista hacia el rostro y comprendió que todo había acabado. Siguió unos minutos así, sus manos entre las del muerto. Luego, se zafó de ellas y, con delicadeza y ternura, se las cruzó sobre la empuñadura de la espada que reposaba sobre su pecho.

Otro trueno más fuerte que el anterior hizo retumbar suelo y paredes.

De pie, a cierta distancia, en la penumbra, Clara y Adrien contemplaban compungidos la escena. Cuando Enriqueta se irguió,

Clara se acercó a ella y, tímidamente, con respeto, la abrazó, mientras su esposo bajaba los párpados del que fue Caballero de la Orden del Temple Guillermo de Beaujeu…



Después de velar el cuerpo de su abuelo durante dos días, decidió que era el momento de tomar el mando y hacerse dueña y señora de todo lo que allí, en aquella oscura cripta, se encontraba.

Lo primero que ordenó fue dar sepultura al cuerpo en uno de aquellos nichos en la pared. Una vez allí depositado, hizo encender más hachones para iluminar todo el espacio.

No dejaba de sorprenderle el hecho de que, mientras más luz había, más grande se hacía el lugar: cosa inconcebible, pues desde el exterior no se había observado ningún indicio de que la cripta se extendiera más allá del castillo.

A su vista, y a los asombrados ojos de Adrien, fiel ayudante, apareció la mayor acumulación de riqueza que jamás pudiera soñar:

Decenas de viejos arcones de madera, carcomidos por la acción del tiempo y las ratas, estaban apilados junto a una pared, esparciendo por el suelo parte de su contenido.

Incontables bolsas de terciopelo rojo raído habían dejado salir cientos, diría miles, de monedas de oro de distintas procedencias. En otro grupo de contenedores, en el mismo estado herrumbroso, sobresalían cientos y cientos de objetos diversos, brillantes a la luz sinuosa de las antorchas.

Pero lo que más llamó su atención fue la serie de cajas de hierro, mohosas por la humedad, herméticamente cerradas.

—Adrien, ¿vos sabéis dónde guardaba mi abuelo las llaves?

—Señora, ni siquiera tenía conocimiento de esto. Nunca conseguí ver más allá de nuestro señor.

—¡Buscad una palanca!

Mientras el servidor salía, Enriqueta siguió inspeccionando, antorcha en mano, el resto de la cripta, que se había hecho enorme y fría.

Todavía no podía distinguir el oscuro fondo, impenetrable al resplandor de los hachones.

En la gran mesa sobre la que expiró Guillermo de Beaujeu, a modo de lecho, permanecía la enorme espada, de doble filo y empuñadura de acero, gastado por el uso. Con respeto, la tomó y, con esfuerzo, pudo llevarla hasta el nicho donde reposaba eternamente el Caballero, dejando un surco en el suelo terrizo. La dejó apoyada sobre la pared y volvió a la mesa.

En un ángulo, había visto un pergamino enrollado y atado con una cinta roja. Lo cogió y, llevándolo junto a un hachón, leyó el contenido del documento, escrito con letra desigual y medio borrada por la acción de la humedad.

«*Querida Enriqueta. Como única descendiente viva y habiéndome demostrado tanto amor, quiero que aceptéis el gran poder que por mi espada alcancé en vida y que pervivirá más allá de mi muerte. No queráis saber el porqué. Yo mismo lo ignoro. Pero espero que hagáis un uso digno de un buen cristiano y de un gran corazón. Toda esa fortuna material y espiritual corresponde a la Orden. La defenderéis con vuestra vida. En caso de que no podáis entregarla, disfrutad de ella promoviendo el bien de las generaciones que alcancéis a conocer.*

Como última donación, por el poder que me otorgaron y que os traspaso a mi muerte, habéis de saber que, mediante mi espada, podréis viajar en el tiempo y en el espacio. Solo habréis de clavarla en la tierra y desear un destino. Disponéis de veinticuatro horas para volver, posando una daga sobre un altar, bajo la cruz, antes de que el sol alumbre la tierra. Haced buen uso de este poder. Yo velaré por vos allá donde me encuentre».



Comarca de Ribagorza, siglo XIV

Reino de Aragón

El caballo avanzaba a todo galope, levantando una inmensa polvareda del seco terreno.

Desde su atalaya, Adrien de Feraud, caballero al servicio del señor de Beaujeu, apenas podía divisar al jinete, encorvado sobre las crines de su cabalgadura, la capa flotando al viento, medio oculto por la nube de polvo que se arremolinaba unos segundos antes de desvanecerse.

—¡Viene un jinete! —dio la voz de alerta a los soldados encargados de maniobrar con la puerta, prestos a hacer girar los tornos.

Bajó rápido la escala de madera acoplada al torreón semiderruido, saltando ágilmente al suelo antes de terminar los peldaños.

—¡No parece que lo persiga nadie, pero, por si acaso, permaneced atentos —advirtió.

—¡Abrid! —los gritos del jinete se oyeron cercanos.

Adrien hizo una seña a los soldados que iniciaron la maniobra de hacer subir la puerta, encajada medio metro en el terreno.

Haciendo girar las palancas del torno, la gran puerta de madera se elevó hasta una altura suficiente para dejar paso a caballo y caballero.

Una vez detenido el animal, mientras un soldado lo sujetaba de las bridas, el jinete, de un ágil salto, descabalgó, dirigiéndose hacia Adrien, mientras se sacudía el polvo de las ropas.

—¡Descansad, caballero! ¡Traed agua! —pidió este al grupo de soldados que, curiosos, formaron un grupo en derredor de los dos. Una vez refrescado y sosegado del esfuerzo, el recién llegado narró las noticias que traía:

—El castillo de Ponferrada ha sido confiscado por el Rey; era el último bastión de la Orden en España. Algunos señores han huido a

Lusitania, otros vagan por el Reino de Castilla… Ha sido un desastre total…

—¡Bueno! Descansad ahora. Más tarde tendremos consejo. El señor de Beaujeu escuchará vuestras noticias…

Mientras el recién llegado era atendido debidamente, Adrien se dirigió hacia la capilla, al fondo del Patio de Armas. Por uno de los arcos apareció doña Clara, su rubia cabellera al descubierto.

—Mi señor, ¿malas noticias?

—Doña Clara, me temo que sí. Ahora voy a informar a nuestro noble caballero de las novedades… ¿Queréis acompañarme?

Cogidos de la mano penetraron en la oscura capilla, desierta de mobiliario. Solo el desnudo altar al fondo, con dos hornacinas.

En ellas se ubicaban las tallas de San Francisco de Asís y de San Poncio de Roda. Justo a la espalda del altar, tras las hornacinas, arrancaba una tosca escalera con cinco peldaños de piedra que terminaba en una angosta entrada, en otro tiempo provista de puerta, que daba paso a la oscura cripta.

Antes de traspasar el estrecho arco, Adrien detuvo a Clara, haciéndole gestos de que debía esperar fuera.

Desde el umbral, escudriñando en la oscuridad interior, llamó:

—¡Señor! Llegaron las noticias… No son buenas.

Mientras hablaba, se adentró en la bóveda, estremeciéndose de frío. Arriba, en el primer peldaño, Clara permaneció expectante, a la espera de su regreso…



—Doña Clara, estamos en peligro. Según me dijo don Jorge de Sandoval, se ha extendido el rumor por todo el Reino de Aragón y la Corona de Castilla de la existencia del tesoro que nuestro señor Guillermo de Beaujeu mantiene oculto.

—¿Qué queréis decir? ¡Me asustáis, señor…!

—Ha levantado mucho interés entre los nobles castellanos y aragoneses… Del condado de Barcelona también tenemos noticias

inquietantes…

—¿Tanto valor tiene?

—Sí, mi hermosa dama, su poseedor sería inmensamente poderoso… No solo por la riqueza material; también hay códices, libros, fórmulas secretas… ¡Dominaría el mundo!

—Entonces, un ataque pondría en peligro nuestras vidas. ¡Es horrible! Pero nuestro señor es fuerte, vuestros hombres son aguerridos y expertos en mil batallas… Y don Jorge puede aportar sus guerreros.

—Sí. Ya hablaré con él cuando haya descansado lo suficiente. Hizo muchas leguas a lomos de su caballo. La misión encomendada por el señor de Beaujeu era encontrar a la Orden en Ponferrada y hacerle llegar dónde podrían localizarnos. Pero ya lo oísteis… Y ante los rumores que circulan por ahí, decidió volver lo más rápido posible. Esta noche tendremos una reunión los tres y nuestro señor determinará el camino a seguir…

—Adrien, sé que a vuestro lado nada he de temer. Yo también sé cabalgar… y manejar la espada.

—Lo sé, mi señora. Sois muy valiente. Y por eso os amo más.

Clara cogió las manos de Adrien, las besó con unción y luego, alzando la cabeza, buscó sus labios…

Graus

Siglo XIV

La prosperidad se había instalado en el pequeño poblado, que, día a día, semana a semana, iba creciendo.

Llegaban gentes de comarcas cercanas, familias enteras arribaban sin cesar. Marcaban una parcela de terreno y, aunque precisaran dormir al relente, dado lo benigno del clima, allí se instalaban. Enseguida encontraban trabajo los hombres: cuidando los enormes viñedos y plantaciones de todo tipo de árboles frutales; en la serrería, donde cortaban y preparaban los cercados y las enormes vigas para la construcción de techos; en la panadería, el molino, en la almazara…

Aumentaba el número de habitantes sin cesar. Se comentaba por los alrededores que un rico señor se había instalado allí y que ayudaba sin ningún interés a todo aquel que quisiera trabajar y prosperar. A la antigua panadería se le unió una abacería, donde se podía encontrar de todo: herramientas, harina, aceite traído directamente de la almazara…

Cada siete días, se establecían puestos ambulantes, que aumentaron de número a medida que pasaban los meses, con lonas de llamativos colores y gallardetes que ondeaban al viento, a lo largo del camino que llegaba a la aldea y que la atravesaba de norte a sur.

Poco a poco, la fama fue acrecentando este mercadillo, al que acudían a ofrecer sus mercancías comerciantes de poblaciones cercanas y al que afluían gentes de otras poblaciones en busca de género de muy distintos orígenes.

Esa jornada, de forma espontánea declarada de fiesta, nadie trabajaba en el campo y era aprovechada por los hombres para terminar de edificar la choza o llevar a sus hijos a la pradera, al final de la cual destacaba la esbelta silueta del castillo.

Allá retozaban alegres, persiguiendo ocas o tirando piedras a los gorriones que planeaban sobre la hierba, que empezaba a amarillear, buscando las amapolas.

Algunas familias, agradecidas por el buen tiempo, dedicaban las horas de sol para ir a bañarse a las frías aguas del río Ésera, en la ribera que se formaba bajo el viejo puente que los separaba del valle de Besians. Sus orillas se inundaban de risas y algarabía mientras se solazaban tumbadas sobre grandes mantas, o chapoteando en sus cristalinas aguas, de escaso fondo en aquel tramo.

El negocio más visitado por los varones, sin duda, era la abacería, que, el día de mercadillo, no daba abasto para vender jarrillos de vino tinto de la zona que alegraba el ánimo de aquellos rudos campesinos.

Mientras tanto, las mujeres daban vueltas alrededor de los mercaderes, palpando los paños y telas que exhibían sobre grandes colchas, meditando cuál podían usar para vestirse y vestir a la parentela.

El Caballero de Beaujeu se había hecho acreedor a la fama de generoso que sobrepasaba los límites del condado. Siempre tenía unas monedas para socorrer al necesitado, o para ayudar a la compra de aperos de labranza. Adquirió a la Corona todos los terrenos colindantes en varias leguas a la redonda, hasta alcanzar el límite del partido, donándolo a la comunidad.

Levantó lagares, donde se pisaba la uva de la que salía el vino, que poco a poco adquiría más demanda. Algunos viajeros llegaban *ex profeso* para llevarse garrafas y barricas del buen caldo de la tierra.

Aunque nadie lo había podido ver en persona, era muy respetado por todos los vecinos. Nadie tomaba una decisión que afectara a la comunidad sin consultarlo con él.

Su hombre de confianza, Adrien Feraud, era el encargado de tratar con todos, siempre con una palabra amable y una sonrisa. Por eso, era apreciado y admirado. Bueno, y por su esposa, doña Clara Le Brun, una joven y bella mujer de cabello rubio, alegre y confidente de las señoras.

Don Jorge de Sandoval, al mando de cincuenta soldados bien pertrechados, era el encargado de cuidar de la seguridad del castillo y de la población. Siempre a caballo, pasaba el día recorriendo la comarca.

El Caballero, Adrien y él mismo sabían de las intenciones de algunos terratenientes de la meseta y barones del Condado de Barcelona, de intentar conocer la verdad sobre la riqueza que se comentaba que estaba escondida en el castillo.

Y por eso habían decidido permanecer siempre de ronda, vigilando los tres caminos que llegaban hasta el poblado.

Así, la paz reinaba en el ambiente…

En la segunda quincena de octubre, un hecho cambió la tranquila vida de la aldea: durante una de las batidas que daban los soldados de don Jorge de Sandoval, una patrulla, velando por la seguridad del territorio, avistó a bastante distancia una gran nube de polvo que se levantaba desde el suelo.

Siguiendo el curso del río Ésera y aprovechando la espesura de los matorrales en sus orillas, un par de hombres se adelantaron para averiguar a qué se debía aquella polvareda. Lo que vieron los hizo volver veloces:

—¡Don Jorge, mi señor! Es un pequeño ejército. Hemos calculado unos sesenta o setenta hombres, armados con lanzas y ballestas. Y algunos caballeros, que, por el pendón que portan, pertenecen a la Casa de Luna.

—¡Avisemos al señor de Beaujeu!

En el patio del castillo, Adrien recibió a don Jorge y sus hombres. Al descabalgar, sacudiéndose el polvo de la armadura, el caballero saludó:

—¡Don Adrien! El momento que temíamos ha llegado. Esperamos una visita y no amistosa, precisamente…

—¡Explicaos, caballero!

Don Jorge le relató lo visto y Adrien lo tranquilizó:

—No hay que temer por nuestras vidas. Don Guillermo, amo y señor del tiempo y el espacio, lo tiene todo previsto. Tomad algo de comer y que los soldados descansen. Enseguida lo discutiremos…

Mientras Jorge de Sandoval daba órdenes a sus hombres, Adrien se dirigió a la nave que le servía de vivienda a él y a su esposa, doña Clara, quien estaba disponiendo las viandas para el almuerzo.

—Mi señora, añadid un plato más para don Jorge, que compartirá nuestra mesa.

Se acercó a su rubia esposa y, abrazándola por la cintura, la atrajo, besándola largamente, hasta que un carraspeo a su espalda les advirtió que no estaban solos.

—¡Mil perdones! No era mi intención interrumpir vuestra intimidad…

—No os preocupéis, don Jorge, vos formáis parte de nuestra familia. Tomad asiento, mientras sirvo a don Guillermo su almuerzo.

En una bandeja de madera, Clara colocó un plato humeante de judías con embutido, una hogaza de pan recién horneado por ella, y una jarra de vino de la tierra.

—Podéis servirlo, señor —le dijo a Adrien.

Guillermo de Beaujeu lo esperaba en la cripta.

Al principio, aunque a ciencia cierta no sabía muy bien cuál fue este, lo tenía en una nebulosa en su mente; le extrañó que el antiguo Templario permaneciera eterno en aquella oscura y fría cripta. Recordaba la oscuridad de los primeros días. Luego le permitió que colocara los cuatro hachones que, cosa rara, solo le permitían ver la parte alta del habitáculo, con su techo inalcanzable abovedado, bailando las sombras de sus arcos al ritmo que marcaba el zigzagueo de las llamas.

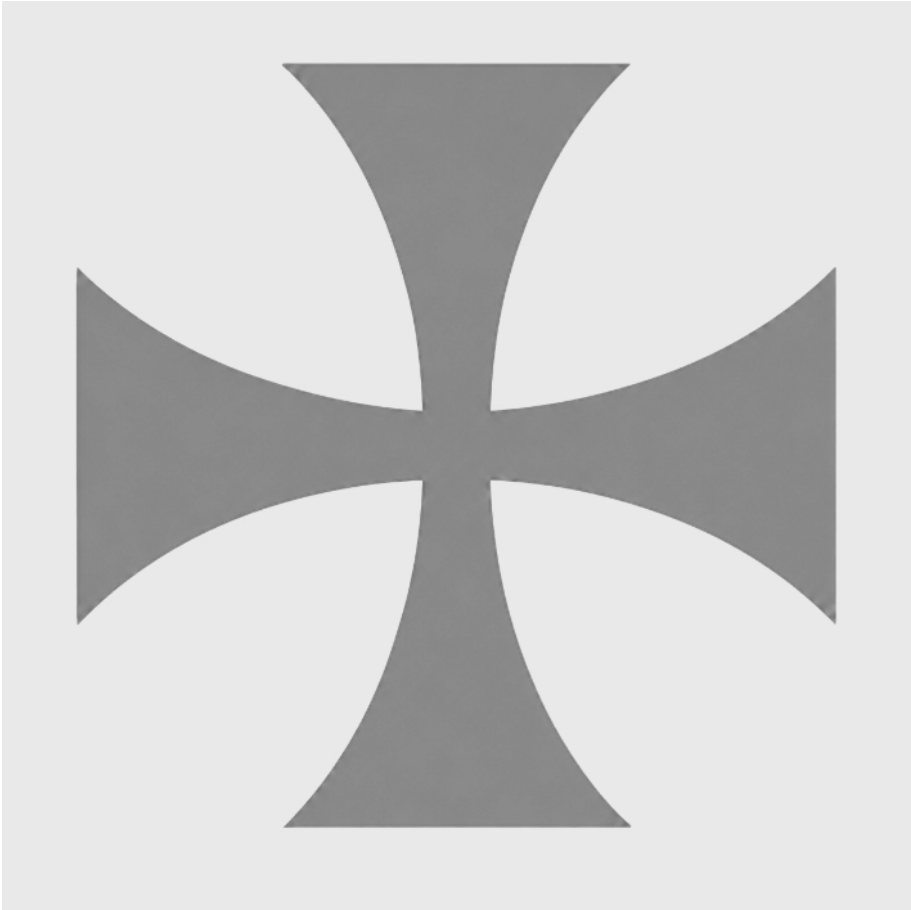
Un día se atrevió a preguntarle el porqué de su encierro allí. La respuesta fue asombrosa: «Soy el guardián. Y como tal, debo vigilar. Eternamente.» El guardián… ¿De qué? Cuando se fue acostumbrando a la oscuridad, comprendió. Guardaba algo de bastante valor, incalculable, le dijo un día.

Lo había hablado con su esposa, que tampoco comprendía. En una de estas conversaciones de alcoba, llegaron a preguntarse cómo habían llegado hasta allí, cómo se conocieron… ¿Por qué servían a un Caballero que no se dejaba ver fuera de la cripta… y al que no conseguían verle el rostro? No encontraron respuesta.

Y fue el propio Caballero, como si adivinara sus pensamientos, el que le dijo que habían sido elegidos para una alta encomienda. Y que tuvieran paciencia…

—Disfrutad de los alimentos, mi señor. Cuando déis cuenta de él, don Jorge tiene noticias que daros.

—Mi leal Adrien, hacedlo pasar en un rato. Almorzad vos también y dad las gracias a doña Clara…



La cripta

.

La voz del templario surgió de entre las sombras, retumbando como un trueno, multiplicado por la resonancia de la cripta y haciendo oscilar las llamas de los hachones. El caballero Sandoval se sobrecogió, muy a su pesar.

—¡Bien, don Jorge!, si creéis que esos hombres que avanzan hacia nosotros son un peligro, debemos poner en marcha nuestro plan maestro.

—¡Señor! Si fue posible eludir el ataque de los catalanes, ahora será igual. Acopiaremos víveres y permaneceremos ocultos hasta que nos indiquéis. Ahora saldré a su encuentro, trataré de enterarme de sus planes. Y retrasar su llegada, si ese es su plan. Espero estar de vuelta esta noche.

—Tened cuidado, caballero. Adrien permanecerá fuera, a la espera.

Se levantaron don Jorge y Adrien, causando una leve ráfaga de aire que hizo oscilar las llamas de los hachones. En el patio de armas los soldados le tenían preparada su cabalgadura, refrescada y piafante. Mientras montaba, Adrien sujetó las riendas.

—Don Jorge, no debemos temer por nuestras vidas, no nos pertenecen. Pero la riqueza que guardamos no puede llegar a manos extrañas. Nuestro destino está ligado a ella hasta su feliz término. ¡Volved cuanto antes!

A su señal, la pesada puerta fue izada para dar paso al jinete.

Mientras oía alejarse el galope cruzando la verde pradera, Adrien paseó su mirada por la semiderruida muralla, donde solo algunas almenas permanecían intactas. La torre, que dominaba un ángulo de la arcada del patio, quizás fuera lo mejor conservado del viejo castillo, defendido en mil batallas. Para subir a la torre, habían tenido que armar una escala a base de troncos atados con cuerda de

esparto, pues la subida originaria desapareció víctima de alguna catapulta. Pero su atalaya dominaba el valle hasta el río por el norte, más allá de las últimas edificaciones por el sur y toda la verde campiña que rodeaba el caserío.

Bajo la arcada se abrían varios huecos, que servían para albergar los camastros de los soldados al servicio del caballero. Uno de estos huecos fue acondicionado para doña Clara y para él. Y bien que se notaba la mano femenina: algunos cortinajes adornaban el interior, ocultando la aridez de las paredes de piedra, la limpieza de su suelo… y el olor a comida recién hecha o a pan recién horneado.

A su espalda estaba la capilla que, al fondo, albergaba la cripta. Estuviera donde estuviera, sentía clavada en él la mirada de aquellos ojos negros brillantes, a menudo enrojecidos por el humo de los hachones. Nadie podía escapar de aquella mirada.

Varios soldados entretenían el tiempo puliendo las grandes espadas, los brillantes cascos, al sol de la mañana. En la torre, otro se encargaba de seguir el camino de don Jorge, presto a dar la señal de alarma si fuera preciso.

En caso de peligro inminente, como pasó varios meses atrás, solo tenían que acceder a la fría cripta. Allí desaparecía todo vestigio de vida. Adrien no entendía cómo sucedía. Entraban y se volvía todo oscuro y silencioso. Clara se agarraba a su mano, y allí permanecían intemporales.

Solo Guillermo de Beaujeu decidía cuando salir…

———— ————

Artal de Luna y Urrea alzó la mano, haciendo detener al grupo de soldados bien armados con lanzas, arcos y flechas, que escoltaban al noble y a los cuatro caballeros que le acompañaban.

Su encuentro con Jorge de Sandoval le afirmó en su convicción de que tenía al alcance de su mano algo que habían buscado durante muchos meses: una gran parte del tesoro templario bajo la custodia

de un Caballero de la Orden. Había atacado y destruido algunos asentamientos en su búsqueda. Había enviado avisos a todo el Reino de Aragón para que permanecieran alerta: los rumores sobre este tesoro corrían como la pólvora.

Y él tenía el mandato expreso del rey Pedro de aniquilar la Orden y apropiarse de sus bienes.

Desde la distancia habían seguido el galopar del caballo de don Jorge. Entre los vericuetos del río lo vieron desaparecer y reaparecer, hasta llegar a la gran pradera verde que rodeaba la pequeña colina sobre la que se alzaba la figura de un castillo que parecía medio destruido. Desde su atalaya, en un pequeño promontorio, Artal de Luna observó cómo el jinete desaparecía definitivamente en el interior del castillo.

En su marcha atravesaron un mísero poblado de casas de adobe y cañas, tras el que se asentaba un caserío de más envergadura, con edificaciones de piedra y argamasa y establecidas sobre terreno más firme, y que dos amplias calzadas dividían el caserío en varias manzanas. A su paso pudo ver algunos portales donde se exponían artículos diversos. Una tahona llenó sus pulmones del olor del pan recién hecho. Algunos niños corrían por el barrizal que formaba el arroyuelo central del camino, persiguiendo a un perro famélico que buscaba desesperado donde esconderse…

—¡Que no quede un muro en pie! ¡Arrasadlo todo, destruid, quemad!

A la orden del caballero, los hombres de a pie se desplegaron por entre las chozas y por los edificios de adobe y madera, provistos de grandes teas con las que prendían techos y paredes. Los habitantes, que habían permanecido ocultos, corrieron en todas direcciones, despavoridos… Las mujeres llamaban a sus hijos, algunos perros ladraban, desconcertados por el ruido, las aves de corral revoloteaban por entre las llamas y el humo, huyendo. El caos se adueñó del lugar.

Desde el promontorio donde se había instalado, contemplando el trabajo sangriento de sus hombres, Artal de Luna se dio por satisfecho con la destrucción llevada a cabo; hizo una seña a un lacayo que sujetaba las bridas de su montura y éste, usando el

cuerno que llevaba colgado en bandolera, llamó a la tropa que, poco a poco, abandonó las llameantes ruinas y fueron formando junto a los caballeros.

—Ahora… ¡Vamos a por el amo de las tierras!

Su proclama fue coreada con entusiasmo por los soldados, que levantaron arcos y espadas entusiasmados.



Al llegar al pie del torreón del semiderruido castillo, la comitiva se detuvo. El caballero de Luna se extrañó del silencio reinante. Por el hueco donde antes creyó ver una puerta, divisó el gran patio cubierto de jaramagos y matorrales salvajes…

Desconcertado y con cierta aprensión, dirigió su cabalgadura hacia el interior. Sus hombres le siguieron, extendiéndose por toda la arquería que rodeaba el mustio patio. Descabalgó y, espada en mano, dirigió sus pasos hacia el único edificio que permanecía entero: la capilla.

En su interior, vacío de cualquier mueble, el silencio era aún más sobrecogedor. Los únicos adornos que vio fueron las estatuas de San Francisco de Asís y de San Poncio de Roda…

De vuelta al patio, donde sus hombres se habían reunidos después de inspeccionar el abandonado castillo, montó otra vez en su caballo y, dirigiéndose a los soldados, ordenó:

—¡Quemadlo todo! ¡Vámonos!

Desconcertado, Artal de Luna abandonó el castillo al galope, seguido de sus cuatro caballeros asistentes, mientras los soldados prendían los matorrales y viejas ruedas de carro que aparecían arrinconadas bajo la arcada. Con rapidez, una nueva columna de humo negro tornó el azul del limpio cielo en gris, uniéndose a las que llegaban de lo que poco antes fue poblado, ahora ruinas humeantes. La suave brisa que soplaba no lograba disipar la densa nube grisácea que, poco a poco, iba cubriendo el valle.

Los soldados abandonaron a la carrera el recinto amurallado, reuniéndose con el caballero, que los esperaba al pie de la colina. Algunos vecinos de las chozas más próximas salvadas de las llamas se asomaban con cautela al camino, contemplando la nube oscura que emergía de entre los muros del ruinoso castillo.

Una vez reunidos con su jefe, emprendieron la vuelta hacia sus territorios. Don Artal de Luna iba mascullando entre dientes su desilusión:

—¡Malditos mil veces! Ese caballero nos despistó bien… Pero, si está por aquí, lo encontraremos, ¡por mi Rey! que lo haré…

Si se le hubiera ocurrido mirar hacia atrás, habría observado la figura que desde lo alto de la torre seguía su marcha.

Adrien bajó de un salto desde la mitad de la escala de madera y corrió hacia la capilla.

—¡Ya se alejan! —gritó bajando los cinco peldaños que conducían a la cripta…

—Señor Feraud, atendedme un momento…

Guillermo de Beaujeu, desde la sombra, rogó la presencia de su fiel servidor, que ya abandonaba la cripta tras los hombres. Clarita quedó en el umbral, aguardando la presencia de su esposo.

Una vez solos, el caballero indicó a Adrien que se aproximara.

—Se acercan momentos decisivos, mi buen Adrien. Los acontecimientos se precipitan. El cerebro humano es una máquina que trabaja por impulsos.

—No entiendo, mi señor…

—Se ha puesto en marcha la cadena de hechos que por fin va a liberarnos. Yo podré descansar y vos, doña Clara, y nuestros guerreros podrán volver a vivir libres. Tengo la duda de en qué lugar tendrá efecto. Aunque, conociendo a los humanos, sé que no tendréis que alejaros mucho. A tal fin, dejo escrito mis deseos. A su debido tiempo, encontraréis el documento en esta estancia. Lo

tengo todo preparado para mi marcha. Merecéis ser premiados y así será. Pero, si todo va como espero, vuestras vidas estarán al servicio de mi estirpe. Seréis libres pero atados a mi sangre. Libres y ricos… ¡No caigáis en la avaricia…! Ahora, atended a Doña Clara y a Don Jorge. Id con Dios. Debo preparar mis últimos viajes.

Adrien abandonó la cripta con un brillo especial en los ojos…

G raus

Año 2025

En apariencia, era un día como otro cualquiera en el hotel.

Rosa Garcés, después de atender sus obligaciones con el servicio de cocina, lavandería y personal de planta, decidió relajarse unos minutos paseando por el cuidado jardín. La mañana invitaba a caminar por los umbríos senderos. La buena temperatura, demasiado alta para la época del año, hacía presagiar un verano caluroso.

Los primeros y más audaces bañistas habían tomado por asalto la piscina. Hasta donde estaba, llegaban las voces y risas.

Se sentía tranquila, pues Jorge, que había cambiado la recepción por las labores contables y de administración que dejó huérfanas Enriqueta, se había convertido en el otro gran accionista y copropietario del Hotel Las Rosas. «El negocio está en buenas manos», solía pensar a menudo.

En su recorrido por las instalaciones, todo le parecía normal, dentro de lo caótico que puede resultar el funcionamiento de un

establecimiento como aquel, con tanto movimiento de personal, entre empleados, clientela y visitantes curiosos por conocer la habitación de los movimientos paranormales, *la habitación de los espíritus*, según había llegado a sus oídos que le decían por la ciudad a la antigua 102.

Pero, a medida que avanzaban las horas, una premonición, un temor, se iba adueñando de su ánimo, sin motivos aparentes para ello. Había algo en el aire, en el extraño silencio que se adueñaba de aquella parte del jardín, cercana a la habitación-museo, que la tenía desasosegada.

Ya había estado tentada de cambiar la ubicación de su despacho. No le hacía mucha gracia el estar tan cerca de aquel lugar, donde le parecía que flotaban en el aire las almas de los que allí desaparecieron… Su marido, los obreros, Dupont, policías, Clarita y Adrien, la misma Enriqueta…

«¡Enri…!» Al pensar en su antigua socia, no pudo por menos que sonreír, aunque la tristeza pronto asomó a sus ojos, haciéndolos brillar. «¿Será feliz?»

Con este pensamiento, se apresuró a volver a su despacho.

Cogió la fotografía y, con ella en las manos, cerró el pestillo de la puerta y tomó asiento tras la gran mesa. Fija la mirada en la foto, recordó aquella última vez que vio a su amiga: *viajaron* juntas, de la mano de Guillermo de Beaujeu, a otro tiempo, a otro mundo, tan distinto al que estaban acostumbradas. Enri quería finalizar la misión que su antepasado había iniciado y, vista su determinación, ella creía firmemente que lo conseguiría. Incluso la había animado a que la acompañara: «¡Va, Rosa! Quédate conmigo, haremos historia, saldremos en los libros. ¿Te imaginas a tu nieto comentando en el colegio las hazañas de su abuela… setecientos años antes?».

«¡Estás loca!» Rosa no pudo por menos que volver a sonreír al recordar las risas que provocaron aquella conversación disparatada. «¡Cómo me gustaría volver a verla!»

—¡No serás capaz!

—Cuando menos te lo esperes… ¡zas!

Iba a contestarle, pero en este momento apareció Rui Pedro Oliveira, o Guillermo de Beaujeu, en los escalones del túnel.

—Señoras, es el momento… Ahora hay calma en… —Carraspeó ligeramente— allí. ¿Preparadas?

El silencio lo entendió como afirmación.

Alargó los dos brazos, ofreciéndoles sus manos. Las mujeres las tomaron y las apretaron. Rosa y Enri se lanzaron una última mirada cargada de emoción y miedo.

Sintieron que una fuerza poderosa, desconocida, las atraía.

Ella no quiso dejar sola a Enri desde que supo que iba a acompañarla en aquel loco viaje al pasado. Se convirtió en su sombra, temerosa de que, en un descuido, la descendiente del Templario la abandonara sin darle la oportunidad de conocer ese otro mundo del que decía que «será el final y el principio». Además, no pensaba dejar escapar a Rui Pedro, aun a sabiendas de que, allí donde fuere, sería una personalidad diferente; quizás terrorífica, espeluznante, como ya le había relatado en alguna ocasión Enriqueta, quien tuvo ocasión de conocer el verdadero rostro de aquel que se autodenominaba Guardián del Tesoro, oculto desde el siglo XIV y convertido en inmortal.

Estaba advertida de que podía ser un viaje sin retorno: «No sabemos lo que puede ocurrir allá abajo…, o allá lejos. No sé cómo nombrarlo, ¡caramba! Pero seguro que será por completo distinta mi vida», le recalcó Enriqueta.

Más que hablarlo, lo habían discutido con Rui Pedro-Guillermo de Beaujeu. Se mostró reacio a complacerla, pero quizás existía alguna clase de atracción física hacia ella, porque al final claudicó. Eso sí, advirtió que ese esfuerzo lo agotaría y quizás tuviera que esperar un tiempo para recuperarse y devolverla al mundo que ella conocía. Pero el tiempo en su mundo era un suspiro, no era nuestra misma medida.

Con disimulo, había ocultado el móvil, con la batería a tope, entre sus ropas; no tenía ni idea de que el aparato funcionase en otra dimensión, pero lo iba a probar.

Se sentía emocionada, nerviosa, pero feliz. No todos los días se pueden vivir en dos mundos tan distintos, separados por cerca de 700 años. Y ella lo iba a experimentar…

—Te he dejado grabado unos mensajes en mi teléfono, desbloqueado y vacío de otro contenido. Y mi diario. Cuando regreses, los encontrarás en mi despacho, ahora tu despacho… Dime, Rosa, ¿estás segura de hacerlo?

—Sí, Enri. ¿Y tú? El paso que vas a dar es más importante que el mío. Yo pienso volver, pero tú…

—Yo… pienso volver para tirarte de los pies de noche, cuando duermas…

La carcajada rompió la tensión.

hacia la negra sima bajo sus pies; todo giraba alrededor vertiginosamente… Cerraron los ojos y se dejaron llevar…



Abrió los ojos, parpadeando varias veces hasta acostumbrar la vista a la claridad. No sabía cuánto tiempo habían estado «viajando». Sintió el apretón en su mano. Enriqueta mostraba la misma cara de desconcierto que ella suponía que tendría también. No era para menos.

En lo que pudo abarcar con una primera ojeada, a medida que su vista recorría el abandonado patio, su asombro iba en aumento: «¡No puede ser!»

Lo que veía era como sacado de una película de las que tanto le gustaban a Pablo, su difunto marido: un torreón medio derruido dividía una muralla, edificada con grandes piedras y argamasa, que rodeaba un patio terroso en el que crecían por doquier grandes matorrales de jaramagos y margaritas silvestres.

Adosada a una parte de la muralla, la que quedaba enfrente de ellas, habían construido una galería, soportado el techo por columnas, restos de una antigua arquería. Bajo esta galería, algunos hombres, con corazas de acero, pulían unos cascos metálicos; otros

se dedicaban a pasar la piedra de afilar a las enormes espadas. Debajo de estos soportales, unas cortinas rojas indicaban que allí había una puerta.

Se desprendió de la mano de Enriqueta y sacó el oculto teléfono, lo puso en vídeo y grabó…

Aún pudo alcanzar a ver las anchas espaldas de Rui Pedro de Oliveira, o Guillermo de Beaujeu, que desaparecía, se volatilizaba sería mejor definición, en las sombras de la capilla.



—He recibido el ruego, que para mí es una orden, de mi señor don Guillermo de prepararles un aposento para que disfruten de su estancia en nuestra compañía. Mi esposa, doña Clara, se encargará de todo. Pueden disponer de cuantos hombres necesiten para acompañarlas. Por desgracia, al señor de Beaujeu le es imposible; os ruega lo disculpéis.



La estancia en aquel mundo tan distante del suyo en el tiempo y en el espacio fue breve.

Siguió a Enriqueta, a quien escoltaban aquellos dos jóvenes, hacia lo que le parecía una iglesia. Ya en el interior, un sentimiento desconocido le sobrecogió; la impresión de que allí flotaba algo especial en el aire no dejaba de mandarle señales al cerebro. «Es imposible, tengo que despertarme ya».

Instintivamente, se llevó la mano al bolsillo del negro pantalón, acariciando la superficie lisa del teléfono móvil. Era la prueba de que estaba viviendo algo real.

Frente a ellos, a unos metros, sobre lo que fue un altar, dentro de unas hornacinas con una pátina con restos dorados todavía en algunos trozos de pared, las pequeñas estatuas de San Francisco de

Asís y otro santo del que desconocía su nombre extendían sus brazos, como señal de acogida.

Fue en aquel instante que un estruendo proveniente del asilvestrado patio los hizo detener. El joven acompañante de Enri se volvió rápido hasta la puerta para recibir a un caballero que avanzaba a la carrera hacia ellos, gritando:

—¡Nos atacan, señor Feraud!

Detrás aparecieron, agolpándose, todos los soldados que antes merodeaban por el patio.

—¡Vamos, adentro, alertaré al caballero…!

Se adelantó y, cogiendo de la mano a la joven rubia, apremió a Enriqueta y a Rosa para que se acercaran al costado del altar.

Una vez desplazada la gran piedra que dejaba ver el acceso a la cripta, se adentró en ella. Al momento salió, pidiendo rapidez a todos para acceder al tenebroso lugar, completamente a oscuras.

Rosa, tan desconcertada como angustiada, se acercó a Enri y ambas buscaron sus manos para darse ánimos ante lo desconocido. En décimas de segundo se encontraron de pie, abrazadas, rodeadas de respiraciones alteradas, en medio de aquella aterradora oscuridad. No se atrevieron a hablar, temiendo romper el silencio sepulcral que inundaba el lugar.

De pronto, Rosa sintió que algo o alguien la separaba de Enriqueta y la desplazaba en el espacio. Sintió vértigo cuando creyó que giraba en el aire; flotaba, giraba más y más. Estaba a punto de desvanecerse, perdía la noción de la vida, giraba…

Aún, antes de dejarse llevar y perder el sentido, creyó percibir un roce en sus labios, lo que le pareció un beso.

Luego, la nada…

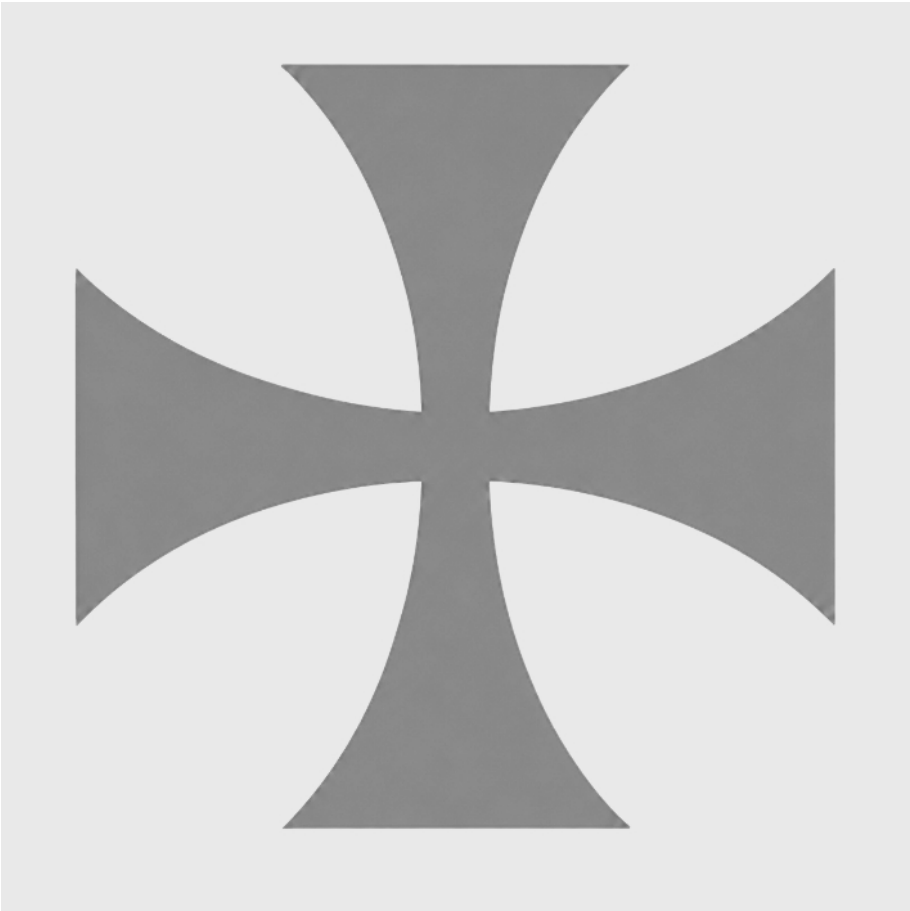
—Amada Rosa, hubiera dado la vida por haberos conocido en mi mundo, pero siempre os llevaré en mi corazón.

Rosa Garcés abrió los ojos, espantada, y miró alrededor. El túnel de la habitación de los espíritus permanecía a oscuras. Notó la frialdad de los peldaños de piedra y aquello acabó de despertarla. Palpó con las manos las heladas paredes: estaba sola. «No cabe duda, me ha traído y se ha despedido de mí. Y… ¡Enri!». La certeza de haber

perdido a su socia y amiga para siempre hizo que las lágrimas brotaran sin poderlo evitar…



—Yo también os llevaré en el corazón, siempre…
Suspiró profundamente, acarició la fotografía y la dejó frente a ella, sobre la mesa.



G raus

Comarca de Ribagorza, 1346

El sol de la mañana se asomaba tímidamente entre las nubes que bajaban desde los Pirineos, amenazantes. Hacía varios días que la nieve había pintado de blanco los picos y parte de las laderas. Los campos, verdeando alrededor del río Ésera, perdían poco a poco la capa blanca, por lo que todo el valle se impregnaba del olor a hierba fresca y tierra mojada.

Este olor se mezclaba con el aroma a pan recién horneado y a leña quemada, penetrando hasta el aposento de Enriqueta a través de las rendijas de las contraventanas de madera toscamente labradas que tapaban el hueco, a modo de ventanuco, abierto en la pared de la antigua capilla, transformada en alcoba y sala de reuniones.

Echándose por los hombros un grueso sobretodo que Clarita había tejido para ella, abrió uno de los postigos y aspiró con fruición el olor a vida que tan bien le sentaba. Otro aroma mucho más intenso y cercano hizo que en su cabeza resonaran recuerdos que no acababa de entender.

«Parece té. Quizás menta; o poleo». De alguna manera que desconocía, los frailes franciscanos que predicaban por el pueblo habían conseguido de sus enemigos musulmanes algunas recetas de infusiones secretas. Sin duda, a cambio de la salvación de sus almas infieles.

Y, como pago a las dádivas que Enriqueta de Beaujeu hacía a la causa cristiana, un buen día se presentaron en el castillo con una mula bien cargada de las aromáticas plantas, asesorando a Clara, por deseo de la señora, sobre su modo de preparación.

Y ahora, la dulce Clara lo estaba haciendo para su esposo y para la Dueña. La mezcla de aromas trajo a su memoria la imagen nebulosa

de Rosa y el recuerdo de otros tiempos cada vez más lejanos que no lograba clarificar.

Sacudió la cabeza. Había elegido su destino y tenía que asumirlo. No cabía arrepentimiento. Al fin y al cabo, Rosa era lo único que le quedaba… allí, donde quiera que fuese. Ahora tenía otra misión. Pronto, Clarita sería madre y ella estaba dispuesta a convertirse en abuela putativa… «Doña Enriqueta, ¿qué quiere decir eso?». La inocente pregunta de la joven dama le hizo gracia, pero era difícil de explicar: «No es nada malo, Clarita, algún día hablaremos de eso, quédate tranquila…» A veces, llegaban a su boca palabras inexplicables.

Era consciente de que, desde que pasó a ser heredera de Guillermo de Beajeu, y de su ascendencia con la población, el peso de la responsabilidad había mermado su lozanía. En el gran espejo vertical, sujeto con patas de hierro, veía a una mujer envejecida, a pesar de apenas contar con cincuenta años, cumplidos en febrero. Las grandes ojeras decían bien a las claras que pasaba muchas noches presa del insomnio.

Su cabello rubio, que caía en cascada sobre sus hombros, se le mostraba opaco, sin brillo. Sus ojos, del color del cielo, no mostraban vida. Su boca, que siempre lució roja, ahora tenía el mismo tono que su tez. Solo sus blancos dientes, perfectamente alineados, indicaban que no todo se ajaba con las preocupaciones…

Volvió a mirarse, pasándose las manos por las caderas, se giró para mirarse de lado, adelantó una pierna y volvió a girar hacia el lado contrario: «Bueno, mientras el cuerpo vaya así, ya arreglaremos el aspecto. Ahora, lo que se necesita de mí no es belleza, sino soluciones para los innumerables problemas que nos acucian».

Tras esta reflexión, se vistió de forma adecuada para cabalgar, ignorando toda clase de tocado: quería que su cabello flotara libre. Tomó el negro manto de seda, que descansaba sobre la cama *lit clos,* regalo de su abuelo y traída expresamente para ella desde la Bretaña francesa. Dando una última mirada al espejo, se cubrió la cabeza con la negra prenda y salió al patio.

Clara, bajo uno de los arcos, al verla aparecer, se acercó solícita.

—Doña Enriqueta, ¿me permitiríais acompañaros? Hace buen día para pasear. Mi estado todavía no me impide hacer algunos ejercicios.

—Será un placer, Clarita, pero no sin antes probar ese rico ponche que huele tan bien. Encargaos, mientras, de que preparen dos monturas. Vamos al pueblo. Si no te perjudica en tu estado…

—¡No, señora! Si no galopamos, puedo montar.



Graus estaba adquiriendo notoriedad gracias a la pujanza que inyectaba la labor incansable de Enriqueta de Beaujeu, heredera única del señor de Beaujeu, muerto un año atrás. La comarca prosperó, se creó riqueza gracias a la plantación de extensos viñedos. Siguiendo la labor que inició su abuelo, hizo levantar nuevas almazaras para sacar aceite, lagares para hacer brotar los ricos caldos que ya habían adquirido fama en toda la comarca y en la vecina Cataluña. Mandó plantar trigo y cebada, grandes extensiones dedicadas a los cereales. La benignidad del clima en el valle ayudaba a la agricultura. La ganadería también prosperaba gracias a los inmensos prados verdes, donde pastaban a placer vacas, cabras y ovejas.

Esto hizo que acudieran gentes de todas partes de la Península: andaluces jaraneros, siempre alegres y bulliciosos. Castellanos, secos y callados; extremeños, trabajadores y familiares. De Levante, del Norte, vascos, gallegos, asturianos…

Toda una amalgama de nacionalidades, con sus dialectos, sus costumbres, sus formas de entender la vida. Pero todos dispuestos a dejar la última gota de sudor en la tierra.

Para ganar terrenos, hizo levantar un puente, con amplia calzada, que salvara el cauce del río y que sirviera de paso hacia el sur. Junto a los sillares de los arcos, las mujeres aprovechaban las grandes y lisas piedras para lavar. Las mañanas soleadas, se convertía el lugar en el mentidero del poblado.

Doña Enriqueta se volcó aún más con los habitantes de la población. Su principal preocupación eran los niños, los más pequeños abandonados por sus padres por causa del trabajo, y los que estaban en edad de faenar, sirviendo de mano de obra. Mandó venir maestros, levantó escuelas… Los franciscanos se encargaron de predicar la palabra de Dios y, de paso atemorizar con el castigo divino a los pecadores que, tras la dura jornada, sentían necesidad de ociar ante grandes jarras de vino de la tierra y junto a alegres mujeres que llegaron como moscas al olor del dinero.

El último gran proyecto de *la heredera,* como era nombrada *sotto voce,* era crear una cooperativa, algo desconocido en la comarca, que se encargara de canalizar todo lo referente a las viñas y su comercialización.

A sus oídos habían llegado noticias de que los viñedos que se criaban más al sur, por Barbastro, daban unos caldos exquisitos, por lo que encargó a Adrien personalmente la adquisición de las semillas para reproducir vino de la misma calidad.

Para ello había hecho venir a un maestro tonelero desde Francia, quien instaló su taller a las afueras del pueblo. Era incesante el trasiego de cargamentos de troncos de robles, destinados a convertirse en barricas y toneles.



—Mi señor, ahí fuera están esperando algunos caballeros…

—Sí, esposa mía, enseguida salgo. Dadles algo de vino para refrescar la garganta.

Mientras Clara atendía a los visitantes, Adrien se adentró en la antigua capilla, acondicionada con grandes tapices y cortinajes. Un labrado biombo de seda roja, enmarcado en bambú, traído expresamente desde Oriente por un comerciante en sedas, separaba la sala de reuniones de la gran cama con dosel. En el centro de la estancia, iluminada con grandes hachones de cera virgen, y ante una enorme mesa, se encontraba sentada la señora. Sobre el tablero, un gran mapa, dibujado de forma rústica.

—Señor Feraud —su suave voz sonó musical, ampliada por el eco que chocaba en el alto techo—. Si hay que traer semillas para ampliar los viñedos, preparad una expedición. Tenemos que aprovechar el verano.

—Esta misma mañana nos ponemos en camino. Los campos están labrados y en espera.

—Bien. Tomad lo que necesitéis —señaló un gran cofre depositado junto a la mesa—. Pero sin ostentación.

—Sí, mi señora. Hay que tener a buen recaudo nuestro patrimonio. Sois la única propietaria de toda esa riqueza —señaló hacia el fondo, a la espalda de Enriqueta, sabedor de lo que se guardaba en aquella oscuridad inmensa.

—Así es, mi buen amigo Adrien. Debo administrarlo bien, por si la Orden lo necesita. Pero hay que ser agradecidos a Dios Nuestro Señor por darnos este refugio y rodearnos de tan nobles aldeanos. Creo que es mi deber ayudar a la prosperidad de este pueblo.

—Pero sabed que hay muchos rumores. Incluso se ven merodeando gente sospechosa. No son tiempos pacíficos…

—Permaneced alerta, Adrien. Si nos viéramos en peligro… tendré que pensar… Andad, atended a los visitantes y volved en cuanto podáis.

Adrien Feraud abandonó la estancia y en el patio se encontró con cuatro caballeros, esperando órdenes, con sus animales de las bridas, más el brioso alazán, obsequio de don Jorge después de un día de batida por campos lejanos, presto para montar.

El asistente regresó al cabo de la semana con varias bestias cargadas las angarillas de sarmientos de uvas *moristel*: «Esta es la que da los famosos vinos de *Somontano*; he tenido que gastar bastante oro». También cargaba con otros tipos de uvas más comunes, como *garnacha* y alguna otra. Y, como un gran trofeo,

presentó una gran canasta con plantas de uva *merlot*, procedentes de Francia, «de Burdeos, el mejor vino gabacho.

I nsidia

No era justo.

Él, Adrien de Feraud, nacido en París, según su extinto señor, se había desvivido para servirle, para complacerle, y merecía algo más que unas monedas.

Había sido el eslabón que unía la fuerza misteriosa que emanaba de la cripta con la pujanza que brotaba de la población. Había sido la mano ejecutora. Sin pedir nada a cambio. Había puesto a su servicio su vida y la de doña Clara. Día y noche.

Nunca preguntó, a pesar de su extrañeza, de dónde provenía aquel poder, aquella fuerza. Solo acataba y callaba. Y no era justo que, a su muerte, el legado que recibiera fuera un documento otorgándoles la libertad, a él y a su esposa, y unas monedas de oro. Todo aquel inmenso tesoro, que sabía que era algo más que el poder material, lo heredaba doña Enriqueta, a la que apreciaba sobremanera.

Desconocía su procedencia, sus orígenes. Solo que vino de Francia. Sus conocimientos venían de las enseñanzas que el Caballero de Beaujeu le había traspasado. Tampoco necesitó más. Había vivido atado al viejo castillo; su fuerza motriz estaba oculta en la sombría cripta. Su existencia había estado limitada a aquel patio abandonado, aquella galería acondicionada como dormitorio y la oscuridad de los dominios del Templario.

Pero ahora que se sentía liberado, y que el poder que ejercía sobre todo el templario Guillermo de Beaujeu había desaparecido, era aquella mujer, Enriqueta, llegada de no sabía dónde ni cómo, la que se convertía en dueña y señora de todo lo que, a ráfagas de antorchas, intuyó, más que vio.

Aprovecharía la expedición en busca de semillas para indagar, para explorar algún modo de hacerse con la propiedad de aquel tesoro.

Se creía con derecho a poseer una gran parte. Buscaría socios; quizás algún caballero de la Corte, descontento del rey Pedro, al que decían *El Ceremonioso,* quisiera animarse*…*

Necesitaba una excusa para abandonar a los caballeros que lo acompañaban, vecinos de Graus. Mientras avanzaban hacia Barbastro, cuyas murallas estaban ya a tiro de piedra, se decidió:

—¡Don Genaro! —Uno de los jinetes se adelantó, colocando su caballo junto al de Adrien.

—¿Qué ocurre, señor Feraud?

—He recordado algo que debía hacer con doña Clara, muy importante. Como sabéis, está encinta y quería consultar con la partera… Adelantaos y comprad, ya sabéis el encargo de doña Enriqueta. Yo os veré en un par de días ahí mismo, en las puertas de la ciudad.

Mientras hablaba, alargó a don Genaro una abultada bolsa de terciopelo, bien atada la boca.

—¡Gastad lo necesario! —tirando de las riendas del caballo lo hizo girar, emprendiendo el camino de vuelta. A pocos metros volvió la cabeza y, saludando con la mano, se despidió—: ¡Id con Dios!

Sin más, emprendió al galope el regreso a Graus.

Detuvo su caballo cuando calculó que ya no podrían verle los caballeros. Salió del camino y se introdujo entre unos chopos que daban sombra a un pequeño arroyo que discurría entre piedras lisas y juncos todavía verdes. Dejó que el animal bebiera de la límpida corriente y luego, echando un vistazo al camino que había abandonado, comprobó que sus acompañantes habían desaparecido.

A continuación, volvió a la senda, poniendo la cabalgadura al paso, camino de Barbastro. Rodearía la muralla para entrar por la puerta que sabía que existía al sur.

Por obreros de la panadería, en una de las veces que tuvo que adquirir harina para doña Clara, supo que don Lope de Luna, noble

al servicio del rey Pedro IV, andaba de cacería por los contornos, y que se alojaba, con su séquito, en la Hostería situada en el camino de Zaragoza.

Cuando el sol rasgó el manto de nubes, a mediodía, divisó el establecimiento. Desde la distancia observó cómo en las cuadras, a las traseras del edificio, varios caballos se movían, dentro de un corral, mientras los mozos trataban de limpiarlos de polvo y sudor. Algunos hombres, al parecer soldados, permanecían hablando alegremente a las puertas del hostal.

Pensaba que era el momento de poner en marcha la idea que llevaba tiempo madurando. Y, para eso, contaba con la avaricia y ansias de poder de don Lope de Luna. Según le habían contado, andaba inmerso en un proceso de separación de las tierras catalanas de la Corona de Aragón. Y lo que le iba a proponer satisfaría sus deseos de independencia y poder…

Don Lope de Luna

En el año 1346, la Corona de Aragón gobernaba en Cataluña.
El rey Pedro IV, también conocido como El Ceremonioso, ostentaba el poder en estos territorios, influyendo de manera relevante en el devenir de la vida política y militar del Condado de Barcelona. Su extensa cultura y su amor por el arte contribuían a un importantísimo florecimiento en esos aspectos.

Pero también era tiempo de tensión política debido a las disputas territoriales: la principal fuente de conflictos emanaba del control de los territorios fronterizos, especialmente en la región del Bajo Ebro, en disputa casi constante entre el Reino de Aragón y el Condado de Barcelona.

Unos territorios que la Corona reconquistó un siglo antes, pero que el Condado consideraba que tenía derechos históricos sobre la zona.

También esas disputas tenían su origen en el descontento de los catalanes con las imposiciones de los aragoneses. Estos, envalentonados por la grandeza de sus dominios, provocaban cada cierto tiempo enfrentamientos entre ambas fuerzas, con alguna victoria para el bando condal, como fue la derrota de Pedro IV ante el intento de conquista de Tortosa, bajo el imperio del Condado.



Hasta Barcelona habían arribado viajeros llegados del interior que no cesaban de alabar y proclamar el progreso y la riqueza que comenzaba a reinar en aquella población de la Ribagorza. Llegaron conduciendo una reata de carromatos cargados con grandes

bocoyes de vino y sarmientos de viñas, en ruta hacia Carcasona, en el Rosellón.

Don Lope de Luna tuvo conocimiento de ello y, curioso, quiso saber todo lo referente a aquel cargamento. La respuesta a sus preguntas al servidor que le dio la noticia lo dejó pensativo al saber la procedencia: el mismo lugar que hacía unos años su padre había arrasado e incendiado en su incursión en tierras aragonesas, en busca de un caballero templario que había logrado evitar ser apresado y ejecutado por el rey de Francia, Felipe el Hermoso, y que se decía que había muerto en aquellos territorios, dejando oculto gran parte de las riquezas de la Orden del Temple.

La curiosidad, y la posibilidad de hacerse con el imaginario tesoro, le hizo pensar en que quizás le vendría bien alejarse una temporada de los conflictos territoriales y de las intrigas de la corte. También pensó que, de ser cierto el rumor del tesoro templario, no le vendría mal para sus planes de expansión y su ambicioso proyecto de separar definitivamente Cataluña de la Corona. Sus sueños de independencia pasaban por poseer la herencia de la sabiduría y el oro de la orden extinta.

Para no llamar demasiado la atención del rey y del canciller, empeñados en fomentar la cultura en Barcelona, hizo correr la voz de que unos señores, dueños de extensos cotos de caza cercanos a Zaragoza, interesados además en invertir en Cataluña, le habían hecho llegar invitación para pasar unas jornadas en sus tierras.

Y con la cabeza puesta en Graus y sus riquezas escondidas, emprendió la marcha…

———— ————

Por suerte, el sol se había asentado en el cielo. El suave cierzo había empujado las nubes hacia levante, dejando ver un azul luminoso y alegre. La mañana invitaba al paseo.

Enriqueta y Clara, que había montado a caballo a pesar de las advertencias de su esposo debido a su estado de gestación, paseaban lentamente, saludando a diestro y siniestro a las atareadas

gentes. Hombres y mujeres, y hasta niños, se inclinaban a su paso, mostrando su respeto y simpatía hacia la dama que había logrado levantar el emporio industrial y comercial, que pujaba por competir con la cercana Barbastro e incluso con la capital del reino, la mismísima Zaragoza.

El ajetreo, el ir y venir de mulas cargadas, de carros con grandes haces de trigo, carretas transportadoras de bocoyes y barricas de madera, hombres a caballo que encabezaban reatas de mulos cargados con piezas de coloridas telas destinadas a ser expuestas en los puestos del mercadillo; todo este batiburrillo de actividad alegraba el ánimo de Enriqueta, que se sentía orgullosa de la labor realizada. Devolvían sonrisas a derecha e izquierda, contagiadas por la vida que florecía por doquier.

—Clarita, este calor, ¿no os da sed? Porque a mí, la verdad, con el polvo y el calor, se me queda la boca seca. Creo que en la abacería tomaremos algo fresco; nos vendría bien una buena jarra de hidromiel.

—Pero… ¡Señora! Dos damas en una taberna… ¡Qué escándalo!

—¿A plena luz del día? Además, le pediremos al tabernero que nos prepare una mesa fuera, al frescor de la sombra.

Don Lope de Luna, escoltado por varios soldados, terminó su paseo en la puerta de la taberna, la única que vio, situada en la calle mayor de la población. A aquellas horas, mediodía ya, el bullicio se desplazaba hacia el mercadillo ambulante por el que a duras penas pudo transitar hacía unos minutos. Agobiado por el calor que le producía el rojo jubón, fabricado para combatir el frío que bajaba de los Pirineos hasta Barcelona, decidió que era buen momento para refrescar la garganta con aquel vino tan afamado que proclamaban con admiración cuantos viajeros pasaban por la ciudad condal.

Desmontó su cabalgadura, pasando las riendas a uno de sus escoltas, indicándole con un gesto la parte trasera del local, donde había visto al llegar que limpiaban y cuidaban de varios animales.

Al ir a traspasar el pequeño porche que daba sombra a la taberna, se sorprendió al ver a dos bien vestidas damas, diferenciadas por sus ropajes de la sencillez de las pueblerinas, dando cuenta de unas jarras de dorado líquido. La curiosidad hizo presa en él, que, una vez dentro, indagó al tabernero por la presencia de aquellas, al parecer, distinguidas damas.

—Son doña Enriqueta de Beaujeu y su fiel doncella, la bella Clara de Feraud. Nuestra benefactora por la gracia de Dios.

«¡Caramba! Tremenda casualidad». Precisamente, uno de los motivos de su viaje era conocer a quien regía de forma tan brillante aquella próspera población. Y sin tener que buscar, la tenía a pocos metros. Con la decisión que le otorgaban su rango y su *estatus*, volvió sobre sus pasos y, descubriéndose del rojo birrete adornado con una pluma azul de pavo real, se inclinó ceremonioso ante las dos mujeres, esbozando la mejor de sus sonrisas:

—¡Un emocionante placer saludar a tan nobles señoras…!



—Doña Enriqueta, ¿os habéis fijado en el caballero que acaba de entrar en la taberna? No parece que sea un jornalero de los que abundan por aquí; más bien parece un noble en viaje de placer o de negocios.

—Sí, Clarita, es imposible no fijarse en él. Ese porte y esas ropas no son de jornalero. Quizás algún rico hacendado que venga a comprar. ¡Pero tú estás casada, nada de mirar a los hombres!

—¡Ay, doña Enriqueta! Solo lo dije porque llama la atención con esa pluma azul en la cabeza…

La disculpa pueril y desenfadada de la joven asistente hizo reír a Enriqueta.

—No me tomes en cuenta, mujer, era una broma… Pero, mira… viene hacia aquí, disimula, ¡no mires! —reconvino a la joven que iniciaba el giro de la cabeza.

En efecto, don Lope de Luna se acercaba a las mujeres, haciendo sonar las espuelas al rozar en el entarimado del porche. Al llegar a ellas, inclinó la cabeza despojándose del birrete con la pluma de pavo real engarzada y, respetuosamente, se presentó:

—¡Un emocionante placer saludar a tan nobles señoras…! Mi nombre es Lope de Luna, de la Casa de Luna, consejero del rey Pedro; y ando por estos pagos con el fin de contactar con el propietario, o la propietaria, de los viñedos. Traigo una propuesta de la *Junta Particular de Comerç* de Barcelona para contratar cosechas para importar a Francia, Italia y otros países del Mediterráneo…

—Yo soy Enriqueta de Beaujeu, de la Casa de Beaujeu —no quiso ser menos que el hombre—. Encantada, don Lope. Ella es doña Clara de Feraud, de la Casa de Feraud—tampoco iba a desmerecer a su asistente—; puede considerarla como hija mía.

—Encantado, doña Clara, y felicidades porque veo que se encuentra en estado de buena esperanza —cogió la mano de Clara y se la llevó a la boca, rozándola con los labios. Clarita le agradeció el gesto, arrebolada, con una sonrisa—. ¿Me permitís acompañarlas mientras me informan?

Enriqueta y Clarita se miraron y, con la mirada, aprobaron la compañía del caballero, quien arrimó una banqueta y tomó asiento junto a las señoras.

—Dígame, don Lope, ¿de qué deseáis que os informemos? Los viñedos son propiedad de la comunidad, establecida en cooperativa, es decir: las tierras están repartidas entre numerosos propietarios. Así, el trabajo es de todos y el beneficio también.

—Disculpad, doña Enriqueta, mi ignorancia. Pero, ¿podéis explicarme eso?

—Es una idea que se me ocurrió, una idea con vistas de futuro… Todos los socios colaboran a partes iguales en el trabajo, las ganancias y las pérdidas. La dirección es la que se hace cargo de llevar a buen término las operaciones que sean menester, como puede ser el reparto del agua para riego, las ventas de vino para zonas distintas, el control de las compras… Sería un gran honor para el pueblo que nuestros exquisitos caldos se conocieran allende

nuestras fronteras; estoy segura de que eso redundaría en más beneficios.

—Me parece un sistema extraordinario… Quizás lo proponga allá en Cataluña; tendríais que explicarme los detalles de su funcionamiento… ¿Y habría la posibilidad de poder formar parte de esa…? —Enriqueta sonrió al darse cuenta de que había olvidado la palabra.

—Cooperativa…

—Perdón, señora mía, no estoy acostumbrado a ese tipo de sociedad. Os pido disculpa.

—Tendría que exponerlo en una asamblea y solicitar la admisión… Quizás para el otoño, después de la cosecha… Aunque, como directora, tengo el honor de invitarle para que nos visitéis cuando os convenga y podáis observar nuestra forma de trabajar… Y ahora —se levantó e hizo señas a Clara para que abandonara el taburete—, debéis disculparnos, debemos regresar a nuestro hogar. Nos esperan otros deberes.

—El honor será mío… Y si no os importa, mis hombres la escoltarán; hay demasiado movimiento de gentes y no quisiera que sufrierais un contratiempo.

—¡No, por Dios! Estamos muy seguras, podemos cabalgar tranquilas; el respeto y el cariño de las gentes es infinito. No temáis, llegaremos sanas y salvas.

—Entonces… ¿Me permitiríais visitarla algún día? Sería un inmenso placer para mí volverla a ver…

—Bueno, don Lope, cuando lo estiméis. Pero antes, enviad siempre un emisario anunciando vuestra visita. Mis ocupaciones son muchas…

—Así lo haré, doña Enriqueta. —Con delicadeza, tomó la mano de la señora, acercándosela a la boca y rozándola con los labios—. Doña Clara… —repitió la acción—, cuidaos y cuidad de esa criatura que viene… Ha sido todo un placer…

—Señor, el caballero por el que preguntáis salió esta mañana, según comentó alguien de su séquito, con destino a Graus. Lo esperamos para almorzar, tiene reservado el comedor para él y sus acompañantes —el hostelero, secándose las manos en el blanco delantal de dril, respondió a su requerimiento—. Si os puedo servir en algo más… Tenemos un exquisito asado de jabalí, unas tiernas chuletas de cordero, un buen vino de somontano…

—Gracias, señor, el cordero me parece bien. Y así hago tiempo para el regreso de don Lope de Luna.

—Si os acomodáis en aquel rincón —señaló al fondo del umbrío salón—, desde allí podréis observar discretamente a quien entre. Enseguida os sirvo.

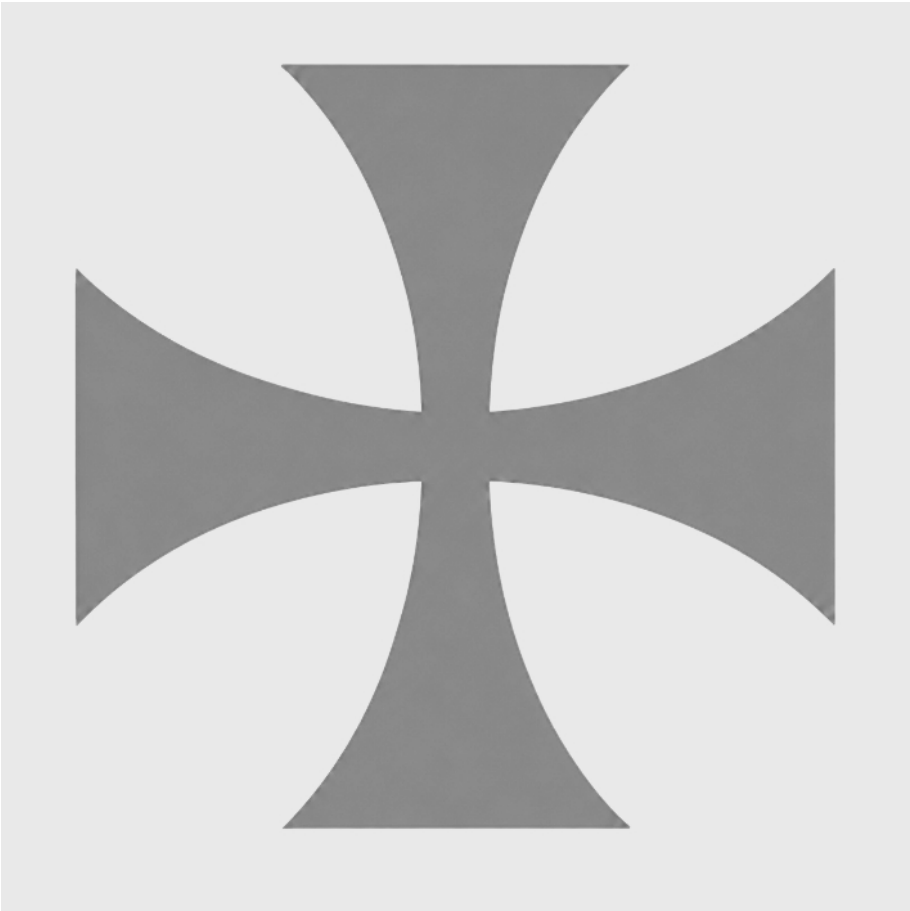
Al cabo de una hora, Adrien de Feraud ya había dado cuenta de una buena fuente de jugosas chuletitas y un par de jarras del rojo vino. Tenía la esperanza de que el caballero que esperaba no se detuviera a comer en Graus. Los agricultores lo esperaban al día siguiente a las puertas de la ciudad y no quería faltar. No podía levantar ninguna sombra de sospecha.

Por suerte para él, apenas iniciada la tercera jarra apareció un hombre, elegantemente vestido con un jubón rojo, calzas negras blanquecinas de polvo del camino, birrete también rojo, del que sobresalía airosa una pluma azul de pavo real que se mecía al paso del caballero.

No tuvo dudas Adrien: era el que esperaba. Y se lo confirmó el hostelero desde el mostrador de piedra, haciéndole una discreta señal con la mano.

El caballero avanzó hacia una puertecita situada junto a Adrien y, cuando este se disponía a levantarse para llamar su atención, un tropel de hombres accedió al local, entre grandes voces y risotadas, interponiéndose entre él y el caballero que, tras lanzarle una mirada indiferente, se perdió en el comedor, empujado por sus compañeros.

Tendría que aguardar a que se calmaran. Le mandaría aviso con el hostelero. Estaba seguro de que querría oír lo que iba a proponerle.



Traición

El gesto del caballero mostraba bien a las claras su escepticismo.

—¿Y afirmáis que, bajo ese castillo, hay una riqueza ilimitada? ¿Vos la habéis visto?

—Sí, don Lope. Lo juro por Dios. Pero solo a la heredera, doña Enriqueta, le está permitido el uso de ella. Por algún poder sobrenatural que escapa a mi conocimiento, únicamente puedo admirar semejante tesoro en presencia de ella. Muchas veces he pensado que quizás un noble caballero, a semejanza del difunto Guillermo de Beaujeu, pudiera administrar tanta riqueza, material y científica, de todo orden… Una riqueza de siglos… Una dama no puede ser poseedora de tal poder…

La codicia brillaba en los ojos de Lope de Luna y Urrea. Si fuera cierto lo que le narraba aquel hombre, si se hiciera con tan inmenso tesoro, haría realidad sus sueños de alzarse contra el Reino y convertir Cataluña en una nación poderosa; extendería su dominio por el Rosellón, la Cerdaña, reconquistaría todo el levante hasta el sur. Sería su reino. Liquidaría a los musulmanes, expropiaría todo Al Ándalus… Doblegaría las Coronas de Aragón y Castilla…

—¿Y qué pediríais a cambio?

—Una parte del oro, una parte del territorio y un título, para mí y mis descendientes; quiero ser noble de la Corte…

La expresión de Adrien de Feraud era buen reflejo de sus pensamientos: la vista perdida en el infinito, quizás recorriendo un imaginario feudo, quizás presentando sus respetos al Rey de Aragón, de la mano de su esposa…

—Supongo que tendréis algún plan…

Adrien salió de su ensimismamiento, sacudió la cabeza para alejar sus sueños y se enfrentó a don Lope.

—Había pensado que vos haríais por acercaros a doña Enriqueta, cortejarla, ganarse su confianza… Y que os mostrara… Reunirnos los tres en la cripta y… acabar con ella…

—Dadme unos días. Resuelvo los asuntos que me han traído hasta aquí y nos ponemos en marcha. Ahora id con Dios. Me aguardan mis amigos.

«Si es tan fácil como dice, ¿para qué lo necesito? Creo que no habrá título ni tierras… Bueno, tierra, sí. La que cubra tu cuerpo». Sonrió maléfico mientras su interlocutor se alejaba camino de la puerta. Lope de Luna tenía otros planes. Y mucha ambición…



Adrien encontró a los colonos a las puertas de Barbastro. Por sus rostros, comprendió que no habían resuelto los negocios a su gusto. En grupo volvieron a recorrer los campos en la búsqueda de posibles negociadores.

Para su propio bien, la conveniencia de que la prosperidad de Graus aumentara lo convertiría en un poderoso hacendado, si el consejero del rey cumplía su promesa una vez logrado el ansiado botín.

Tras varias jornadas itinerantes por toda la comarca, consiguieron reunir suficiente material como para multiplicar las parcelas dedicadas a las viñas.

Adquirieron varias mulas a las que fueron cargando con angarillas repletas de sarmientos y semillas de distintas variedades de uva. Con este cargamento, se dieron por satisfechos y emprendieron el regreso, con la bolsa de oro bien mermada.

Y con su cabeza dando mil vueltas a la forma que mejor resultara para sus fines futuros, Adrien Feraud hacía planes. «Doña Clara tendrá que apoyarme, aunque respete mucho a la heredera».



La llegada de la primavera aplazó todos los planes. Por encargo expreso de doña Enriqueta, el asistente Feraud tuvo que dedicarse a la labor de asesorar y, en algunos casos, colaborar en la plantación de viñas, repartiendo por lotes de parcelas. Todo este trabajo le llevaba horas, incluso días, lejos del castillo. Por manijeros sabía de doña Clara, a la que el embarazo había hecho mantenerse quieta, so pena de poner en peligro el próximo parto.

Por uno de estos mensajeros supo de la invitación que había llegado a doña Enriqueta para asistir a una sesión de la *Reial Junta Particular de Comerç* de Barcelona, instándola a dar a conocer su sistema cooperativo.

Adrien pensó que hubiera sido el momento adecuado, dada la ausencia de la heredera. Pero, con toda seguridad, don Lope de Luna, como consejero del rey, y comerciante importante de la ciudad condal, estaría presente. Tendría que esperar a una mejor ocasión; ahora no podía abandonar la tarea, pues el buen funcionamiento de los sembrados aumentaría el valor de las tierras que, a buen seguro, pasarían a formar parte de su patrimonio.



—¡Qué lástima que no puedas hacer esfuerzos, Clarita! Hubieras sido una grata compañía en un viaje tan largo. Pero la criatura que está en camino necesita que guardes reposo. No creo que mi ausencia dure más de una semana, aunque, por si acaso, ahí os dejo suficientes monedas para pagar a la partera y a la nodriza. Pero, por tu bien, ¡no se te ocurra alumbrar mientras yo esté afuera! A mi nieto, o nieta, quiero recibirlo yo.

—¡No, señora! Ni se me ocurriría, quedaos tranquila. Pero me hubiera gustado acompañaros, conocer Barcelona. ¿Allí hay mar? Mi esposo me habla mucho de los mares, de los océanos, de los navegantes que van y vienen… ¡Yo deseo tanto ver el mar…!

—Algún día iremos al Reino de Valencia, nos adentraremos en el mar Mediterráneo en un gran velero, viajaremos hasta Italia,

Grecia… —Mientras Enriqueta hablaba, Clara cerró los ojos, una sonrisa adornando su blanca tez, dejándose llevar por la brisa que hinchaba las velas de su sueño—. Eso sí, tendremos que aprender a nadar…



El carruaje, acondicionado para la comodidad de la noble viajera, consistía en un cajón con huecos a ambos lados para poder entrar y salir, con dos asientos, uno frente al otro. El tiro, compuesto por cuatro briosos corceles, obedecía a las riendas que manejaba el cochero, con un asiento en el pescante. A la espalda del cajón, llevaba acoplado un gran arcón, destinado a guardar el equipaje de la viajera.

Los caballos piafaban, nerviosos, pateando la tierra del patio de armas, aguardando la orden de marcha. Diez soldados bien armados consistía la guardia que le daría escolta hasta la *Llotja de Mar,* donde, según la nota enviada por don Lope de Luna, la recibiría el rey en persona. Él saldría a su encuentro en cuanto tuviera noticias de su acercamiento a Barcelona.

Enriqueta, ayudada por Clara, depositó junto al carruaje varias bolsas de terciopelo negro que, enseguida, un soldado colocó dentro del arcón, que cerró a continuación, asegurando la tapa con una soga de cáñamo.

—Hasta pronto, querida Clara, cuídate y cuida tu embarazo. Tu esposo llegará pronto; sabe que marcho y no querrá dejarte sola.

—Tened buen viaje, señora. Que Dios os acompañe. No estaré tranquila hasta que os vea de nuevo aquí…

Después de un largo abrazo, Enriqueta se acomodó en el carro y Clara retrocedió hasta la arcada, huyendo del polvo que levantaban los caballos pateando. En pocos minutos, la comitiva se perdía envuelta en una nube amarilla que avanzaba por la llanura, buscando el sendero hacia el norte. El sol comenzaba a pintar de verde las copas de los naranjos y los limoneros que bordeaban el camino…

La Llotja de mar

Tres agotadoras jornadas, que se me hicieron interminables, empleamos para llegar a Barcelona. Por momentos, el único camino practicable era un sendero para paso de ganado. Afortunadamente, más de medio camino fue por carreteras empedradas, aunque no sabía si era peor la lentitud de los caminos estrechos que los vaivenes y saltos de las calzadas anchas. Cada cierto trecho nos cruzábamos con carretas tiradas por grandes bueyes de paso cansino y algún que otro carromato que arrastraban mulas que hacían sonar sus cascabeles; jinetes que se apartaban al paso de la comitiva y algún campesino cargado con haces de leña. La llegada de la tarde era una bendición; significaba descansar mi maltrecho cuerpo, darme un baño en una tina rebosante de agua caliente y un sueño reparador hasta el amanecer. Las casas de posta son un buen refugio para pernoctar y darle descanso también a los caballos.

«Fue al atardecer del tercer día cuando divisamos las primeras edificaciones de Barcelona. La calzada iba cogiendo animación a medida que nos acercábamos. Ya no se podía avanzar al trote; infinidad de carromatos, de carretones empujados por mozos y de toda clase de animales y personas deambulaban para un lado y otro. Las linternas temblorosas comenzaron a iluminar el paisaje por todas partes.

«El carruaje se detuvo y uno de los soldados de escolta se acercó a la abertura: "Señora, he mandado un mensajero para avisar a don Lope de Luna. Él vendrá para recibirla y llevarla a un aposento digno para que reponga fuerzas. Nuestra misión terminará aquí cuando aparezca su anfitrión. Si Dios quiere, emprenderemos la vuelta en dos días, si vuestra merced no decide otra cosa". "Os agradezco el cuidado que habéis puesto en mi persona. Seréis recompensados a

la vuelta", contesté yo. El soldado inclinó la cabeza respetuosamente e hizo retroceder a la cabalgadura hasta colocarse al frente de la comitiva.

«Un lejano murmullo que se iba haciendo cada vez más potente y cercano despertó mi curiosidad, así que asomé la cabeza para averiguar qué ocurría.

«Y lo que ocurría era que se acercaba una pequeña tropa a caballo, encabezada por don Lope de Luna, escoltado por dos soldados que enarbolaban dos banderas; después supe que una era de la Casa de Luna y la otra del Condado de Barcelona. Vamos a tener que hacernos nosotras unas banderas… La gente le aclamaba a su paso. Debe ser una persona muy importante y querida. Un par de guerreros abrían camino entre la muchedumbre, que se iba agolpando a ambos lados de la calzada. En pocos minutos, llegaron hasta el carruaje, mezclándose los soldados de su escolta con los que vinieron conmigo desde Graus, quienes, después de un intercambio de saludos, se unieron a la formación que seguía a don Lope. El caballero y consejero del rey acercó su montura al hueco de la portezuela y, con mucha ceremonia, me saludó: "¡Bienvenida a Barcelona, doña Enriqueta de Beaujeu! Es un honor para este humilde caballero el servir de anfitrión a tan egregia dama. Como supongo que necesitaréis descansar, me he permitido prepararos un aposento en uno de mis palacetes, muy cerca de la Llotja. Espero sea de vuestro agrado". Levantó la enguantada mano, haciendo un gesto al comandante de la pequeña tropa, quien inició la marcha, seguido de la mitad de los caballistas, mientras la otra mitad se colocaba tras el carruaje, con don Lope a la cabeza».

—¡Qué emocionante! ¡Cómo me hubiera gustado estar allí! ¿Y qué pasó después? —Clarita estaba impaciente por saber más, y así lo translucía en sus ojos y en sus manos, que animaban a Enriqueta a continuar con el relato.

—Bueno… Pues me llevaron a un lujoso palacio en el barrio gótico, según me dijo don Lope. El *Palau Reial Major.* ¡Donde duerme el rey! ¿Te imaginas?

—Me imagino grandes salones, grandes alcobas, muchos sirvientes de un lado para otro… Y al rey recibiendo a la dama más guapa del

reino.

—Así es, Clarita… Un sueño —Enriqueta no pudo por menos que sonreír al ver a su amiga poner los ojos en blanco—. Pero, hija mía, con lo cansada que estaba y el dolor de huesos del viaje, ni lo aprecié. Tendré que ir más veces… Y gracias por lo de *la dama más guapa del reino*.

Las risas de las dos mujeres se unieron, llamando la atención de algunos soldados que limpiaban las armas en el patio, que se giraron para mirarlas.

—Proseguid, ¡por favor!

—De esa primera noche solo te puedo contar que entre dos doncellas me llevaron a una *sala de baño* tan grande como tu alcoba, con una gran tina de hierro, que le habían regalado al Rey unos comerciantes griegos. Eso lo supe al otro día. Las doncellas calentaron barreños de agua, como hacemos nosotras, y mientras una me frotaba por la espalda, la otra echaba esencias aromáticas en el agua. Casi me duermo allí…

Clarita se lo pasaba bien oyendo a Enriqueta, imaginando cada escena.

—¿Y don Lope? ¿Y el rey?

—¡No seas impaciente! Después del baño, me llevaron a la alcoba, tan grande como este patio, con lámparas de aceite de hasta ocho brazos. Parecía de día allí dentro. Después de ponerme ropa limpia, que yo creo que era de la reina, y comer como tres Enriqueta, me quedé dormida. Necesitaba el descanso. Y, bien temprano, aún no era día claro, me mandaron aviso de que el consejero don Lope aguardaba mi presencia en el comedor para desayunar. ¡Allí no conocen el café! Y te digo una cosa: aquí comemos mejor que por ahí. El pan que tú horneas está mejor.

—Será que nuestro trigo es mejor…

—O las manos, Clarita, o las manos… Las gachas sí se dejaban comer, y la leche, recién ordeñada. Bueno, después de desayunar, nos trasladamos a la Llotja, otro palacio maravilloso, en un lujoso carro, mucho más bonito que el que me llevó y me trajo, con dos cocheros. Me sentía una reina… Y allí me esperaba… ¡El rey! ¡Qué poquita cosa es para el poder que tiene! Pero es muy simpático y

muy amable. Por algo le dicen el ceremonioso. La reina no estaba. La única mujer, yo. ¡Qué *vergonya*!*,* como dicen ellos. Allí hablan en catalán; no los entiendes.

—Debe de ser difícil vivir ahí —se quejó Clara.

—Sí, querida. Con lo fácil que sería que todos habláramos el mismo idioma… Solo los caballeros como don Lope, o el mismo rey, hablan igual que nosotros. Así que yo iba explicando la formación de la cooperativa, el sistema de reparto, las etapas que se cubren hasta llegar a la liquidación de ganancias, y don Lope iba traduciendo. Al final, me aplaudieron, me preguntaban y yo no sabía qué, por lo que el caballero de Luna respondía por mí. Fue una mañana muy enriquecedora. Después de la sesión, acepté la invitación de don Lope para enseñarme el puerto. ¡Cuántos veleros meciéndose…! Y ese olor del mar… Me acordé de tus deseos de conocerlo. Y entré a orar en Santa María del Mar, una hermosa iglesia muy cerquita del puerto, entre las murallas y la costa… Y no me detuve más porque el rey Pedro quería que compartiera con él y la reina la mesa.

—¡Ay, doña Enriqueta! Lo estoy viviendo y me veo yo ahí en medio de tantos caballeros, y la mesa, larga, el rey en un extremo y la reina en otro, vos a un lado, yo a otro, con sirvientes a nuestro alrededor con viandas y jarras de vino…

—Aquí vivimos más tranquilos. Si conocieras mi otro mundo…

—¿Otro mundo…? ¿Existe otro? No os entiendo.

—Es difícil de explicar, algún día me pondré a ello… Y por cierto, ¿qué sabes de tu esposo?

—Vino, vio que estaba bien, sin molestias, y volvió a marcharse. Tiene mucho trabajo con los viñedos. Hay gente recién llegada a la que enseñar las labores.

—¿Y el pequeño Adrien? ¿Se mueve? ¿Quiere salir ya?

—Creo que está impaciente… Pero si es varón se llamará Guillermo y si es hembra, Enriqueta… ¡No me habéis dicho nada referente a don Lope! Parecía muy interesado en vos.

—Vendrá a visitarnos en breve, curiosa. Si piensas que se insinuó… aciertas. Pero yo, por el momento, pienso en otras cosas… Pero si viene… ¡Bienvenido sea!

—¡Amén!

Don Jorge de Sandoval, al servicio del señor de Beaujeu y ahora de su heredera, Enriqueta, no sabía explicar su procedencia. Vagamente, tenía nociones de un pasado difuso, sin que pudiera concretar su cuna. Llegado desde Tierra Santa, acompañando al templario, colaboró con él en el establecimiento de lo que iba tomando forma de pueblo grande, destinado a crecer y convertirse en asentamiento tan importante como Barbastro o Jaca.

Su maestría en el arte de la guerra y su habilidad para la estrategia consiguieron que el templario, oculto en aquella cripta, siempre a oscuras, confiara ciegamente en él.

Se sorprendió sobremanera el día que encontró en el patio de armas del castillo conquistado a los musulmanes a aquella pareja de jóvenes, hombre y mujer, desorientados y asustados. Ni siquiera supieron responderles a su pregunta de su procedencia. Don Guillermo de Beaujeu, a su inquisición, le explicó solo el hecho de que eran descendientes de sus fieles servidores y que ahora tenían que servirle a él hasta completar su misión.

Don Jorge sabía que esta misión era la de entregar todo el cargamento traído de Accra a la Orden de los Caballeros del Temple, y que lo custodiaría eternamente hasta cumplirla. «Vos, don Jorge, doña Clara y don Adrien, permaneceréis a mi lado hasta el final de esta encomienda». Fueron sus palabras.

Y nunca más volvió a interesarse por ese asunto. Se dedicó a vigilar con soldados que contrató entre los campesinos que fue encontrando desperdigados por la comarca.

Su misión ahora era defender el derruido castillo, del que solo se mantenía en pie parte de la muralla sostenida por u n torreón, la arquería del patio de armas y la capilla, debajo de la cual moraba, más bien se ocultaba, el caballero templario Guillermo de Beaujeu.

Desde su llegada, tomó afecto a aquellos dos jóvenes. Si hubiera tenido hijos, le hubiera gustado que se parecieran a ellos.

Por eso, sin duda, fue como una puñalada, como si le atravesaran el pecho con una espada, el conocer del rumor llegado hasta él por boca de uno de los soldados: «El señor de Feraud anda en confidencias con un noble de Cataluña».

Al parecer, algunos hombres al servicio de don Jorge pasaron una jornada en Barbastro, donde vieron juntos al asistente y al noble. Discretamente, pusieron el oído, pero solo percibieron palabras sueltas: *doña Enriqueta*, *tesoro*, *título*, *momento*…

¿Estaría conspirando contra la heredera? Permanecería atento. ¿Quizás el noble pudiera ser don Lope? Le causó extrañeza cuando lo vio alejarse del castillo. No solían aparecer personas importantes por estos parajes… Quizás el auge que estaba tomando Graus había llamado la atención de los poderosos. Tendría que advertir a doña Enriqueta.

La peste

Pero algo grave iba a cambiar la existencia pacífica de Graus y sus pobladores.

—Llegan malas noticias, mi señora.

—Contadme, Adrien…

—Una extraña enfermedad está asolando a Europa. Dicen que mueren hombres, mujeres y niños por centenas, en plena calle, en sus moradas… No distingue de clases sociales, ni sexo, ni edad…

—¿Vos creéis que llegará hasta la Península?

—Sin duda… Viajeros y peregrinos del apóstol Santiago cuentan y no acaban. Se dice que son las ratas las propagadoras de este mal, al que se le llama la muerte negra…

—Entonces, habrá que hacer algo al respecto. Organizad batidas, contratad los hombres necesarios para limpiar nuestro territorio de ratas. Yo intentaré saber más, mandaré aviso a don Lope a Barcelona. Él sabrá.

—Cumpliré vuestras órdenes. Pero convendría que suspendierais los paseos y las visitas a la población.

—Cuando sepamos si afectará a nuestra tierra, tomaremos precauciones. Pero mientras, debemos proseguir la vida con normalidad; hay que atender al pueblo. Estamos inmersos en un gran proyecto; la sociedad está cogiendo un auge de bienestar… No podemos parar ahora. Nuestros proyectos no pueden sufrir retrasos.

—Pero la salud es más importante, doña Enriqueta, la vuestra y la de los hombres y mujeres que nos rodean.

—Salid, pues. Vamos a adelantarnos. ¡No perdamos tiempo!

El mensajero que mandó a Barcelona regresó sin noticias de don Lope de Luna, quien había salido, por orden del rey, a combatir revueltas al norte de la Ribagorza. Pero hablando con gentes del puerto mientras almorzaba, supo de la epidemia que destruía vida, no por centenas, sino por millares, en Asia, y que había llegado a Europa traída por marineros enfermos. Al arribar a puertos del Mediterráneo, la pestilencia se extendió rápidamente por todo el continente. «Es posible que a la península haya entrado por Barcelona; yo he escapado lo más rápido que pude de allí».

Enriqueta comenzó a darle vueltas al asunto. Si la mortandad llegaba a la comarca, la economía sufriría. Enfermarían hombres que ahora mismo sustentaban la pujante agricultura. La desgracia sobrevolaba, tiñendo de muerte el cielo de Graus…

Pronto comenzaron a llegar noticias con la confirmación de que la peste estaba haciendo estragos en Cataluña y Valencia. Debía tomar una decisión, y quizás era el momento de hacer valer el poder heredado de su antepasado.

Envió a Adrien y a don Jorge a recorrer todo el territorio, organizando la estrategia para combatir aquel mal. Sus órdenes eran concretas. Eliminar las ratas, formar patrullas que vigilaran los corrales, batir estercoleros y aguas fecales, limpiar pozos… Además, era una buena excusa para alejar al asistente. Don Jorge le había comentado en confidencias los rumores que corrían sobre la amistad entre el señor Feraud y don Lope de Luna. Confiaba en Adrien, pero, mientras lo tuviera lejos, ella tendría libertad para llevar a cabo el plan trazado.

Estudió a fondo el pergamino donde se daban las instrucciones para trasladarse en el tiempo: estaba claro que tendría un riesgo, pero, por el bienestar de su pueblo, estaba dispuesta a correrlo.

—Clarita, estaré ausente un tiempo, no sé cuánto, pero te dejo suficiente para que puedas tener a la partera contigo. Envía a por ella y que permanezca a tu lado hasta que yo regrese.

—Algo grave ocurre, ¿verdad?

—Sí, muy grave. Se avecinan días muy tristes. Y yo quiero evitar que eso ocurra en nuestros dominios y, si es posible, más allá. Anda… ¡Dame un abrazo! Necesito ánimos.

Tras dejar a Clara pensativa y compungida, Enriqueta, ya en su aposento, se dirigió a la puerta oculta tras lo que fue altar, deslizando, no sin trabajo, la piedra que la obstruía.

El interior de la cripta permanecía a oscuras. Con la claridad que le proporcionaba la abertura, se dirigió hacia los nichos que se abrían en la pared. En uno de ellos, sobre un montón de cenizas mezcladas con tierra, una enorme espada descansaba, apoyada la cruz sobre el casco de acero que usó su antepasado. Con esfuerzo, logró bajarla hasta depositarla en la tierra. «¡La daga!».

Volvió sobre sus pasos hasta el comienzo de la escalera de peldaños pétreos que llevaba a la antigua capilla. Sobre la piedra del altar, en un trozo de malla, último vestigio de la armadura de Guillermo de Beaujeu, una daga, de estrecha hoja, con la cruz patada, símbolo de los Templarios, incrustada en la empuñadura. La tomó, con cierta aprensión, y la guardó entre sus ropas. Luego volvió a la cripta y, empuñando con ambas manos la pesada espada, la alzó hasta su rostro. Dudó unos segundos, deseó un destino y una época y, con fuerza, dejó caer el arma hasta enterrar la hoja un palmo en la tierra…

Rosa Garcés

Hotel Las Rosas, año 2025

A pesar de que el día fue luminoso, la tarde-noche se presentaba algo fría, menos de lo que se esperaba, según los diagnósticos, ya que una masa de grises nubes había comenzado a llegar desde la meseta, entoldando el cielo hasta hacía poco rato azul, y alejando las posibles heladas.

La animación diurna había ido derivando, de forma paulatina, a cierta tranquilidad transitoria, que sabía que daría paso a otra clase de animación.

La discoteca ya lucía el luminoso parpadeante, llamativo, provocando a la clientela. El restaurante, con todas las mesas ocupadas, era un hervidero de camareros circulando entre los comensales.

No había duda; el Hotel Las Rosas era un negocio brillante.

Los clientes que ocupaban habitaciones se mezclaban con los que llegaban desde diversos puntos de la ciudad, ansiosos de disfrutar de una velada divertida. Todo ello redundaba en beneficio para el negocio, lo que, pese al mal presagio que, sin saber por qué, daba vueltas en su cabeza, le producía satisfacción.

Antes de abrir la puerta acristalada de su despacho, Rosa Garcés, con una leve sonrisa, echó una última mirada hacia el salón, bellamente iluminado con las cuatro arañas de cincuenta pequeñas bombillas *led*. Hasta ella llegaba el murmullo de las voces y el tintinear de copas y cubiertos. Sin quitar la vista de aquel espacio lleno de vida, giró el picaporte y empujó la hoja con el hombro, accediendo a la habitación.

—No enciendas la luz todavía…

El corazón se le quiso salir por la boca; las piernas comenzaron a temblarle, la mano que agarraba la manilla se le quedó agarrotada

en la pieza de metal. El aire se negaba a entrar en sus pulmones. Por un momento, desechó aquella idea absurda: «¡Solo he tomado un vino! Estoy obsesionada, debo estar enferma».

—¿Te vas a quedar así mucho rato?

—¡Dios! ¡Dime que no estoy delirando! —No quería o no podía girar la cabeza.

—Cierra de una vez, mujer… y enciende la luz.

Con mano temblorosa, Rosa tanteó en la pared hasta encontrar el interruptor. Tomó aire y, mentalmente, contó hasta tres; luego, exhalando el aire de golpe y cerrando los ojos, pulsó la palanquita y se giró hacia donde provenía la voz:

—Dime que estoy soñando, por favor… Que no es cierto…

—¡Puedes mirarme, chica! No estoy horrible… todavía, todo se andará…

Abrió los ojos, decidida a salir del sueño. Porque tenía que ser un sueño.

Y allí estaba, sonriente, sentada en su sillón de directora, pálida y ojerosa, pero bella, tal como la recordaba cuando la dejó en… ¡Virgen Santa! Si era ella, ahora debería tener… seiscientos cincuenta años. Un fantasma, igual que el que creó todo el cisma con sus tesoros.



—¡Enriqueta! ¿Eres tú, de verdad?

—¡Claro! Te dije que vendría a verte, y aquí estoy. Pero no para tirarte de los pelos, ni de los pies, ni de nada… ¡Oye! No has cambiado en nada, sigues tan hermosa como… ¡Como antes! Y vengo para que me ayudes.

Rosa rodeó la mesa y se acercó a la mujer que estaba allí, y que parecía ser Enriqueta Pardo.

—¿Puedo… puedo tocarte?

—No lo sé, no te puedo decir si soy tangible o etérea. Prueba…

Despacio, Rosa acercó su temblorosa mano hasta rozar el cabello rubio, deslucido. El tacto no era sedoso, más bien áspero y seco. Siguió la mano bajando hasta rozar la mejilla. La piel era suave.

—¿Cómo lo has hecho? ¿Qué fórmulas mágicas hay en… tu mundo?

—Ahora no hay tiempo de explicaciones, mi tiempo en el presente se acaba con el amanecer. Antes que nada, necesito que me digas dónde puede haber un altar, o una columna, en un patio, un palacio deshabitado… Es mi *puerta* de salida. No puedo presentarme aquí más y causarte problemas.

—Espera que se me pase el susto y pienso… ¡Madre mía! Tú en el hotel otra vez… Pero, con esas ropas no puedes andar por ahí… Si fuera carnaval… ¡Por favor, cuéntame cosas! Necesito saber…

—Estoy bien… No sé cómo, me integré, volví a nacer con…¡Oye! ¿Qué edad tenía cuando…?

—Cumpliste los cincuenta… Estás más pálida, el cabello lo tienes feo… pero por lo demás, te conservas bien, aunque ese traje… ¡joder! Pareces sacada de un cuadro de Velázquez.

—¡Cincuenta! La gente no cumple tantos años allá…

—Sí, eso dice la historia, las expectativas de vida han cambiado mucho… —Acercó la nariz a Enriqueta, oliendo con disimulo—. ¿Es cierto que la higiene escasea? No lo digo por ti, en general, vamos.

—Mi cerebro guarda reminiscencias de otra vida, otras costumbres, entre ellas la del baño.

«Por suerte», pensó Rosa.

Enriqueta, observando la fotografía que había en el mueble, se levantó y se acercó a ella, mirándola detenidamente:

—¡Soy yo!

—Sí, Enri… ¿Recuerdas que te llamaba así? Seguramente no, no te acordarás, son muchos años —pudo sonreír haciendo un esfuerzo.

—¡El palacio, Rosa! O quedaré atrapada eternamente.

—¡Sí!

A través del teléfono interior, habló con la recepción, encargando que buscaran en internet algo relacionado.

—Enseguida tendremos lo que buscas. Explícame para qué has venido, debe ser importante.

—Mucho, amiga mía. Una tragedia se cierne sobre toda la península, asola al mundo entero. Es… la muerte negra.

—¡Chica! Digo, Enri… La muerte negra era ¡la peste negra! En tu siglo eliminó a medio mundo… Y te tocó a ti…

—Yo quiero salvar a mi pueblo, y a los pueblos vecinos, y a las ciudades…

—Podemos verlo en el ordenador… Habrá muchas referencias…

El timbre del teléfono interrumpió a Rosa, que prestó atención, sin dejar de mirar a Enriqueta. Cuando se cortó la comunicación, le sonrió:

—¡Lo tenemos! *Palacio Mur y Ribagorza.* Sé dónde está. Es un edificio en ruinas, semi abandonado, pendiente de restauración. —Sonrió cuando Enriqueta lanzó un suspiro de alivio— ¡Oye! ¿Tienes hambre? Aunque con ese traje no puedes salir… Espera y te busco algo, siempre tengo prendas guardadas para un desavío.

—¡No! No quiero correr riesgos…

—Bueno, encargo algo al restaurante y comemos aquí, mientras me cuentas.

—Come tú, yo estoy en otro plano, no debo tentar al demonio… Cuando resolvamos el peligro, te prometo que intentaremos hacer lo que tú quieras, pero ahora es importante que cumpla lo estrictamente señalado.

—Vale. Yo tampoco como. Ya lo haré más tarde, o mañana, cuando… cuando te vayas. Ahora, cuenta…



—Qué historia más interesante para contarla en un libro, o una película… La chica, Clarita, la recuerdo como muy guapa y alegre… De él apenas si lo vi una vez o dos. Y Guillermo… Me gustaba Rui Pedro, su otro yo, tenía un porte… Descansó por fin… Entonces, se puede decir que te has convertido en reina…

—Sí, Rosa, mucha responsabilidad. Pero lo llevo bien. Estoy rodeada de buena gente, aunque esos últimos días…

—¿Algo va mal? Aparte de la pandemia que se te avecina…

—La codicia ha tocado el corazón de Adrien. Y ha tentado a quien yo creía que podía ser alguien importante en mi vida.

—Don Lope de la Luna…

—De Luna, Rosa.

Su risa hizo retroceder en el tiempo a Rosa: «Vamos, a la de tres… una… dos… y ¡tres!» Y la luz se hizo. El hotel brillaba por sí solo… *Champagne* francés… brindis…

La mano de Enriqueta sobre su brazo la devolvió a la realidad.

—Perdona, Enri, evocaba momentos… ¡Bueno! Vamos a lo que importa —activó el ordenador desde la esquina de la mesa. Enriqueta se irguió cediéndole el asiento. Fue entonces cuando Rosa pudo apreciar el drástico cambio que había sufrido su antigua socia: más gruesa, un palmo más baja al andar sin zapatos de tacón, las ojeras más pronunciadas… y el vestido: ceñido por el talle, hacía resaltar el busto. La falda se abría, tapando por completo los pies. Lo que menos le gustaba de su aspecto era el cabello. Antes brillaba, sedoso, ondulado… Ahora le parecía estropajo, opaco, seco.

—No has cambiado nada, Rosita. Siempre estudiando a la gente.

Rieron las dos. «Como en los buenos tiempos», pensó, melancólica, Rosa.

—Mira, se puede tratar la infección con antibióticos. Por supuesto, antes no existían. Hay varios tipos pero el más común es la estreptomicina. Que hay que inyectar. La peste la causa la pulga de las ratas, que cuando mueren estas, o sin morir, pasan a los humanos. Por desgracia, la falta de higiene, el campo, los animales… todo lo que era el hábitat entonces propiciaba que se extendiera con rapidez.

—¿Podríamos conseguir ese medicamento en grandes cantidades?

—No creo que haya problema. Pero tú deberás moverte con diligencia, evitar en lo posible el contagio. Ya ves la forma de actuar. Cal viva para enterrar a los muertos, quemar todo lo que huela a suciedad, ropas, enseres, viviendas… Tienes que ser dura si quieres salvar vidas…

—He venido preparada para eso… ¡Toma! —Abrió un pliegue de la falda y extrajo una pequeña bolsa de cuero— Si puedes convertir esto en dinero, tienes para comprar lo que haga falta.

Rosa, aún con un leve temblor en las manos, abrió la bolsa que Enriqueta había depositado sobre la mesa. No hizo falta tocar lo que había en su interior; el brillo lo delataba.

—¡Enri! ¿Y cómo convierto yo esto en euros? Virgencita del Pilar, en el lío que me voy a meter. ¡Vale! Conozco a un banquero que no se andará con remilgos… Supongamos que tenemos el antibiótico, y jeringuillas, alcohol, algodón… ¿Cómo te lo llevas?

—Tendrás que ayudarme… Yo sola no podré. Y no puedo venir acompañada… De Adrien no me fío, Clarita está a punto de dar a luz… Queda don Jorge, pero alguien tiene que vigilar la comarca…

—¿Pretendes que yo…? Otra vez al pasado… No, si al final me voy a convertir yo también en fantasmón… Pero todo sea por una buena causa… Y por el cariño que te tengo, no sabes lo que te echo de menos… He pensado muchas veces que podía haberme quedado contigo.

—Yo también te recuerdo, aunque cada día que pasa, estos recuerdos llegan más vagamente; es como si a medida que pasa el tiempo, mi mente va adquiriendo la esencia de mi presente y borrando la huella de mi vida antes de conocer a mi antepasado. Su muerte y su legado son más poderosos que cualquier recuerdo grato que pueda guardar mi corazón. He tenido que hacer un esfuerzo para concentrarme en ti y llegar hasta aquí. No me es posible volver; será en ese palacio al que me vas a llevar.

—Bueno, haré todo lo que pueda. Tendré que hacer testamento y dejar todo atado y bien atado, por si acaso algo sale mal. ¿Cómo sabrás que lo tengo todo? ¿Cómo…?

—Cada cinco noches, a partir de ahora, estaré en la puerta. Pero solo acudirás cuando lo tengas solucionado. Cuando lo consigas, allí nos veremos… Debo volver ya, quiero acompañar a Clarita y vigilar el avance de la enfermedad.

—Bien. Tengo una curiosidad… ¿Te entienden en… allí…? ¿Habláis igual? Deja, no me hagas caso… Tengo el Mercedes abajo, en el aparcamiento. De aquí al ascensor hay pocos metros. Y ahora estará

todo el mundo cenando o bailando. —Rosa asomó la cabeza al pasillo. —¡En marcha! Recógete un poco el vestido, por si alguien mira.

La noche, con el cielo encapotado, era oscura como boca de lobo en los alrededores del palacio, más bien de lo que quedaba en pie: parte de la imponente fachada, haciendo esquina, con la puerta ojival desencajada. El entorno aparecía desierto cuando Rosa detuvo el automóvil frente a la puerta. Antes de acceder al edificio, se cercioraron de que no había curiosos. Por la abertura que dejaban las dos hojas que componían el portal, se introdujeron al gran vestíbulo. Con una linterna, Rosa examinó el terreno sin encontrar fuente, columna o monolito.

Iluminó el rostro de Enriqueta, que miraba, perpleja. Siguieron, atravesando el vestíbulo, hasta llegar a una puerta, o donde se suponía que hubo una, y que ahora solo era un gran arco de piedra. Ante ellas aparecía un patio, rodeado de arquería basada en columnas de mármol. El techo, o lo que quedaba de él, sujeto por grandes vigas de madera de las que colgaban algunos murciélagos, mostraba el cielo negro por el gran hueco que dejaba la falta de solería.

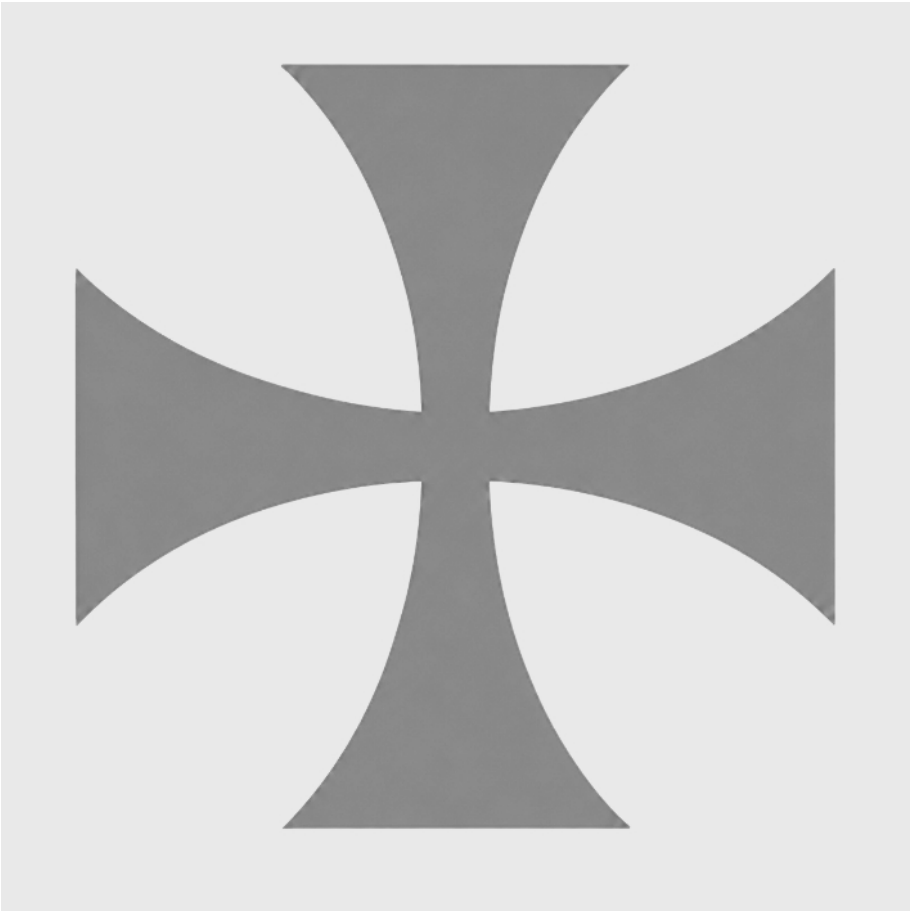
Con el haz de la linterna, Rosa enfocó el pequeño altar de piedra que presidía lo que parecía un claustro. Sobre él, una columna, agrietada por la base y rematada por una cruz de hierro herrumbrosa, se erguía airosa todavía.

—¡Sí! Es el lugar… Mira, Rosa.

Enriqueta señalaba la gran grieta que recorría la base de la cruz. Rosa iluminó el camino cuando vio que su amiga se acercaba a las piedras y que de entre sus ropas sacaba una daga, que empuñó con decisión. Hizo el intento de acercarse para ayudarla, pero la mano de Enriqueta la detuvo.

—¡No! No te acerques… Tenemos una misión por delante… Recuerda, cinco días, mejor dicho, cinco noches… Te quiero, amiga, siempre estás en mi corazón.

Sin dar tiempo a reaccionar a Rosa, posó el puñal bajo la cruz… Y desapareció.



Mal presagio

Graus, siglo XIV

La actividad se volvió acuciante.

—Don Jorge, mandad guardias a todos los caminos, cortad el paso de personas y ganados por el norte y por el sur. Debemos evitar que todo viajero procedente de Barcelona atraviese nuestros territorios… Adrien, ¿cómo va la eliminación de ratas? Sobre todo en los graneros y en los silos. Obligad a la población a hervir las ropas, los utensilios de cocina, todo lo que sea de uso diario…

—Hay mucha gente huyendo de Barcelona, señora… Hablan de cientos de muertos amontonados en las calles, donde les prenden fuego. Hay hogueras por todas partes… El olor a carne quemada inunda el aire… Han preparado fosas donde los entierran en cal viva por docenas. Y, según dicen, en toda Europa la mortandad es escalofriante. Es una maldición de Dios Nuestro Señor —el caballero se santiguó tres veces.— Será difícil controlarlo, pero no podemos permitir que crucen nuestras tierras.

—¿Habéis tenido noticias de Don Lope? —la expresión ansiosa de Adrien, no le gustó a Enriqueta.

—No, Adrien. Don Lope está muy ocupado combatiendo, y con esta plaga supongo que tendrá mucho que hacer por todo la comarca. ¡Andad! Cumplid con vuestro deber.

Los días transcurrían entre el temor y la rutina. Enriqueta sabía que, con que se acercara algún infectado y tuviera un leve contacto con cualquier campesino, o un jornalero se alejara en busca de una aventura amorosa, la enfermedad se extendería como la pólvora. Se lo dijo Rosa.

Clarita ya daba síntomas de estar próximo el parto «¡Mala época para venir al mundo!». Pero, en lo que estuviera en su mano,

contaría con su ayuda. Si tenía que encerrarlos a los dos en la cripta, los encerraría hasta que pasara la epidemia.

También podía intentar que viajaran con ella. Pero era arriesgado, una criatura tan indefensa…

Los primeros muertos fueron apareciendo, muy alejados del núcleo, pero dentro de la comarca. Don Jorge y sus hombres se encargaron de prenderles fuego a los cuerpos y a los graneros y abatir sus cabañas. Pero esa labor ponía sus vidas en peligro. Tendría que acelerar la operación planeada con su amiga en… ¡Dios! Qué difícil se le hacía poder separar dos mundos tan diferentes.

Durante los meses de marzo y abril, cada cinco días hacía una incursión al Palacio de Mur. En la tercera visita volvió a tener un encuentro con Rosa.

Fue breve, Clarita estaba muy avanzada en su estado y quería estar a su lado. «Tengo localizado todo lo que necesitaremos», le había dicho Rosa. Pero habría que esperar porque, de momento, la epidemia pasaba de largo. O afectaba muy poco. La labor de Adrien y don Jorge estaba surtiendo efecto.

A mediados de abril apareció don Lope de Luna, pero Enriqueta lo recibió lejos del castillo, no quería correr riesgos; aunque, sin Adrien, pensó que no habría movimientos peligrosos para su integridad. La estancia del consejero, en cambio, le vino bien para utilizar parte de su tropa como refuerzo de los soldados de don Jorge, cansados ya de galopar sin cesar de un lado a otro del territorio.

A medida que se acercaba el verano, los viñedos apenas si podían ser atendidos. Los jornaleros, presas del pánico ante lo que estaba aconteciendo a pocas leguas, y temiendo acabar de la manera que relataban, huían, dejando abandonadas casas y enseres. Esta huida provocó una ola de saqueos y asaltos de las viviendas abandonadas, atrayendo a forajidos y desaprensivos. Los ganados, cada vez más dispersos, eran presa fácil para ellos. Las mieses crecían sin recolectar, las espigas ya comenzaban a doblegarse por el cierzo.

En una de esas batidas diarias, los hombre de don Jorge lograron atrapar a varios forajidos que trataban de alejar de los prados abandonados una buena manada de vacas y bueyes. Gracias al paso cansino de estos animales usados para el arado, pudieron ser

interceptados y presos. Como aviso, fueron colgados del cuello en la plaza principal del pueblo, hasta morir, y luego quemados.

La paz, de la que tanto gozaba Enriqueta, había desaparecido. La desconfianza, el temor a sufrir el contagio, alejaba a los vecinos unos de otro, incluso familiares. Se veían hombres solitarios faenar en medio de las granjas, donde hacía poco la chiquillería retozaba mientas los padres y hermanos mayores aventaban el trigo, ordeñaban vacas o recogían las chirivías, las lechugas, las alcachofas…

Incluso el silencio se hacía ominoso. Ni siquiera los gorriones revoloteaban en busca de las semillas desperdigadas.

La abacería apenas tenía clientes, nadie quería alternar ya. La panadería, sin trigo para moler, estaba ociosa. No había día que un carromato, cargado hasta las trancas con colchones y todo el ajuar, más las ancianas y ancianos de la familia, abandonara la población, camino del sur.

—Doña Enriqueta, debo partir hacia Toledo. Mi rey me necesita allá. Quiere organizar con el rey de Castilla y representantes de Al Ándalus y Lusitania la forma de combatir la mortandad que ha devastado Barcelona y Valencia y que amenaza a toda la península. Me gustaría volver a veros en circunstancias menos trágicas…

—Dios quiera que podamos volver a vernos, sería señal de que la mortandad nos ha respetado. Id y que Dios os acompañe.

El encuentro había tenido lugar en un caserío de piedra, levantado en la ladera de la colina sobre la que se elevaba el castillo, y que se usaba, en tiempos de vendimia, como centro de reunión de viticultores y representantes de comerciantes llegados de distintas partes del reino, o de Francia e Italia. Disponía de varias habitaciones acondicionadas para pernoctar y con salas de baños.

Dado su temor, no quiso facilitar alguna maniobra que pusiera en riesgo el legado templario.

Había hecho venir a la partera, que no quería separarse de su marido ni de su hijo, por lo que tuvo que darles alojamiento a los tres, para lo que habilitaron una habitación, bajo la arquería del patio, semejante a la de Clara y Adrien.

Cuando regresó al castillo, tras despedir a don Lope de Luna, un gran caldero humeante, a la entrada del aposento de la asistente, colocado sobre un tosco hogar hecho de piedras y troncos en brasas incandescentes, le puso en alerta. La cosa iba rápida.

Amina, la partera, proveniente de tierra cordobesa, había llegado a Graus junto a Julián, su esposo, precedida de cierta fama de curandera y sanadora. Su experiencia ayudando a parir la hacían estar muy solicitada. A Enriqueta le bastó con donarle una pequeña parcela, donde Julián trabajaba su pequeño huerto, para convencerla de que Graus era su tierra prometida.

Desde hacía semanas, viendo la proximidad del parto de Clara, había rellenado casi todos los huecos que las cortinas y tapices dejaban en las paredes, con cruces de todos los tamaños. Incluso la cabecera de la cama la presidía la de tamaño más grande.

Apareció con un barreño en las manos, con agua rojiza que arrojó al patio. Luego, ayudándose de unos paños para no quemarse las manos, volcó el agua caliente del caldero en el barreño y desapareció con él en el aposento de Clara.

Los gritos de esta la hicieron avivar el paso. Cuando entró en la sala, se encontró a la asistente en el lecho, agarrando los tableros de la cama, con un trozo de tela entre los dientes, gimiendo.

Al verla, Clarita abrió la boca, dejando caer la tela:

—¡Doña Enriqueta… ¡ ¡Avisad a mi esposo! Por favor, os lo ruego…

Enriqueta se acercó, solícita, tomando una de las manos de la parturienta, intentando calmarla. Mientras, la partera hacía su trabajo, intentando asir aquella masa peluda que pugnaba por conocer un nuevo mundo. Cambiaba los paños sanguinolentos por otros limpios que empapaba en el barreño, cuyas aguas ya se teñían de rojo.

—¿Dónde está tu marido, mujer?

—Ha bajado hasta el pueblo, señora, a buscar a don Adrien. Ya hace buen rato.

Las voces y las carreras fuera anunciaron la llegada de Adrien, que llegaba acompañado de Julián y un fraile franciscano de blanca barba, que se quedaron fuera, respetuosamente. Al ver a su esposa llorosa y con la cara desencajada por los dolores, corrió a su lado, arrodillándose junto a la cabecera, consolándola con besos y caricias. Enriqueta se sentía emocionada. Este día no iba a olvidarlo nunca…



Amina no dejaba de untar el abultado vientre de Clarita con aceites y ungüentos que extraía de diversos frascos, mientras murmuraba oraciones. La parturienta gritaba a cada contracción mientras Enriqueta ayudaba a masajear el canal de parto, tratando de aliviar el dolor. La sangre manaba, empapando las sábanas.

—¡Ahora! —La partera gritó, animando a Clara a realizar un último esfuerzo. La mujer asió la resbaladiza forma que acabó de salir, expulsada entre borbotones de placenta y sangre. Con un pequeño cuchillo que había mandado poner al fuego, cortó el cordón umbilical, envolviendo el pequeño cuerpo en un gran paño seco y limpio.

Adrien, sudoroso como su esposa, miraba asombrado aquel bulto que sostenía la partera, de rodillas ante las abiertas piernas desnudas de Clara. No sabía si reir o llorar, tal era su desconcierto.

Enriqueta ayudó a Amina a incorporarse, incapaz de decir nada. Los gritos de la joven madre cesaron, el esfuerzo hecho hasta el último momento, había acabado con sus fuerzas, lo que la hizo caer en un leve desvanecimiento, atendida por su esposo, quien acercaba una vasija con agua a sus labios tratando de darle de beber.

Un silencio extraño se apoderó de la estancia. Un mal presentimiento hizo que Enriqueta se acercara a Amina, que observaba la masa envuelta en el paño. Unas lágrimas corrían por sus mejillas, mientras apretaba los labios.

No hicieron falta palabras…



El mismo paño en que fue envuelto al nacer, sirvió de mortaja. Clara, sin salir del aturdimiento por los dolores sufridos y presa del llanto, apenas podía balbucear palabras, consolada por Adrien.

Enriqueta había hecho pasar a la alcoba al fraile para que administrara el bautismo y la extremaunción al *mortinato,* a quien puso por nombre, por deseo de Clara, Guillermo de Feraud, antes de darle sepultura.

Luego de un triste responso, el pequeño cuerpo fue trasladado en sus brazos por Enriqueta, acompañada de Adrien, hasta el interior de la cripta. Mientras el asistente alumbraba con una antorcha, en el mismo nicho en que fue sepultado Guillermo de Beaujeu, su heredera, con delicadeza, depositó el cadáver de su descendiente. Dejando caer las lágrimas sobre el blanco sudario, solo pudo musitar:

—¡Descansa en paz!



—Vamos a perder también la cosecha de los viñedos, doña Enriqueta. Los pocos hombres que se atreven a salir a trabajar no van a poder acudir a todos los campos. Va a ser una catástrofe. Sin trigo para moler, sin vino para vender, los olivos están perdiendo su fruto… Los huertos están sin recolectar… El hambre va a rematar lo que deje vivo la mortandad.

—Es un mal panorama, lo sé, Adrien… Mas, ¿qué podemos hacer? Buscad mano de obra, ofreced doble salario; quizás en las poblaciones más al sur, donde no haya llegado la muerte negra… Prometed vivienda y ganancias especiales. No demoréis, hoy mismo mandad recados. Tenemos que resistir… hasta que Dios quiera…

Mientras Adrien organizaba la partida de emisarios, Enriqueta atendió a Clara, muy desmejorada desde el fatídico alumbramiento.

La partera, con su esposo e hijo, ya había partido; volvían a su tierra cordobesa huyendo de la enfermedad. Como pago por sus servicios, recibió una bien repleta bolsa de dinares.

Y la quinta noche se aproximaba… Decidió que era el momento

Las malas noticias volaban. De Cataluña, de Valencia, de Francia… Algún comerciante conocido, a su paso por Graus en su huida de la terrible peste, se encargaba de hacer correr la voz, lo que aumentaba el temor de los cada vez más escasos habitantes.

Otra mala nueva vino a sumarse a las provenientes del norte: uno de los soldados de don Jorge, persiguiendo a una manada de jabalíes, encontró entre los matorrales de la vereda los cuerpos sin vida de Amina, de Julián y del hijo, deformados por lo bubos negros característicos de la enfermedad, y en estado de descomposición, a mitad de camino entre Graus y Barbastro.

Así se le hizo llegar la triste noticia a Enriqueta que, alarmada, temió por su vida y por la de sus asistentes, ya que habían estado en contacto íntimo con la partera y su esposo. Precisamente Clara, todavía sumida en el lecho, presentaba la tez rojiza cuando Enriqueta se acercó a visitarla.

—Estás hirviendo, Clarita. Tenemos que hacer bajar la temperatura…

Con paños humedecidos fue cubriendo la frente y la nuca de la asistente. Lo mismo hizo en el pecho, aflojando las cintas que sujetaban el corpiño. A medida que las compresas cogían calor, las cambiaba por otras empapadas en agua fría que encargó a uno de los soldados sacar del pozo situado tras la antigua capilla.

El temor al contagio aceleró los preparativos para el próximo viaje. Desconocía si fuera posible regresar con medicamentos y utensilios utilizados setecientos años después, pero debía correr el riesgo. La salud de sus conciudadanos y, sobre todo, la de Clarita, así lo requería.

Adrien ya no se separaba de la cabecera de su esposa. Todo su afán consistía en mantenerla fresca. Era don Jorge de Sandoval, sabedor del mal que aquejaba a Clara, quien se hizo cargo de todo

el trabajo de perseguir saqueadores, quemar cadáveres y bienes, y mantener el orden en todo el territorio. Sus hombres se multiplicaban, en una labor heroica, extenuante, a pesar de sufrir bajas en sus filas.



Viajeras

Las teas hacían bailar las sombras. Enriqueta se santiguó ante el pequeño bulto depositado sobre el polvo del nicho. Con las dos manos, arrastró la pesada espada hasta colocarla en el centro de la cripta. Sobreponiéndose a los nervios y al temor, levantó el arma y, con fuerza, la dejó caer hasta enterrarla en la tierra. Una luz intensa recorrió la estancia…



Rosa Garcés llegó a la cita bien cargada. Sacó del automóvil dos voluminosas cajas, cerradas y aseguradas con cintas de lona, amén de una mochila que colgó a su espalda. Y le tenía preparada a Enriqueta otra similar, bien abultadas ambas. Su amiga la esperaba entre las sombras de la entrada al palacio de *Mur y Ribagorza*. Se abrazaron, emocionadas.

—No sé yo cómo vamos a llevarnos todo esto, chica, pero lo vamos a intentar. Por mí, estoy lista. Cuando tú me digas —comentó Rosa, mientras le ponía en las manos la mochila—. Una caja también para ti.

—¡Adelante! ¡Crucemos los dedos!

Enriqueta y Rosa avanzaron trabajosamente hacia el interior del ruinoso edificio. Todavía faltaba una hora para que comenzara a abrirse paso un nuevo día. Tenían poco tiempo; en cuanto alumbrara el sol la veleta de la torre, sería imposible emprender viaje alguno. Estaba bien advertido en el legado templario: *no podrás hacer uso del poder a la luz del sol.*

Antes de perderse en las sombras, Rosa lanzó una última mirada al gris *Mercedes*:

—¡Espero que siga aquí cuando vuelva…!

—¡Si vuelves…! —ironizó Enriqueta, que no pudo reprimir una pequeña carcajada al ver la expresión de su compañera, que la miró con cara de pocos amigos.

Gran parte del techo del vestíbulo dejaba ver un cielo tachonado de estrellas. Al fondo, un arco donde antes hubo una puerta, daba paso a los restos de un claustro, con algunas paredes todavía resistiendo el paso de los siglos y columnas sosteniendo arcos de piedra que, milagrosamente, aún conservaban su belleza arquitectónica. Presidiendo este claustro, y emergiendo de lo que fue un altar, un pequeño monolito de mármol ennegrecido, rematado con una herrumbrosa cruz, les señalaba el punto de partida.

Enlazadas las manos, cada una cargaba una mochila y una caja, a las que habían rodeado con una soga para poder asirlas.

—¿Preparada, Rosa?

—¡No! Tengo mucho miedo, pero… ¡Vamos! ¡Ya! Estoy deseando ver tu mundo…

Enriqueta sacó de entre sus ropas una pequeña daga, en cuya empuñadura destacaba la roja cruz patada incrustada en el vástago. Buscó la mirada de Rosa, que la animó avanzando el mentón. Decidida, agarró con la mano libre la de Rosa, enlazaron las cuerdas formando un solo núcleo y apoyó el arma, sin soltarla, en la base de la columna, bajo la cruz de hierro. Al instante, un deslumbrante rayo de luz recorrió el semiderruido claustro, seguido de un estremecedor trueno que hizo temblar el suelo bajo los pies de las dos mujeres.

La gran losa sobre la que estaban situadas desapareció, abriéndose una negra sima que, en décimas de segundo, se tragó los cuerpos y los fardos que tenían alrededor.

Antes de que se perdiera el eco del trueno, el lugar volvió a su estado de soledad y silencio. En el gran agujero del techo titilaban aún algunas estrellas lejanas.

Las dos mujeres permanecieron unos segundos inmóviles, conteniendo la respiración, intentando adaptar la vista a la oscuridad reinante. Había llegado el momento de comprobar si el poder de trasladarse en el espacio y el tiempo alcanzaba también a objetos y enseres.

—Enri, ¿lo habremos logrado? —Rosa Garcés no se atrevía a soltar la mano de su amiga. Sentía el peso de la pesada mochila en la espalda.— Por lo menos, mi carga ha llegado…

—La mía también, la siento sobre mí… Pero queda comprobar si estamos allí o… —Por la humedad del aire y el olor característico de la cripta, Enriqueta sabía que habían llegado al destino. Solo faltaba saber si había llegado todo el equipaje que traían.

Soltó la mano de Rosa y deshizo el nudo de la soga con la que se habían atado para viajar juntas. Tanteó a su alrededor, lanzando un suspiro de alivio cuando su mano rozó los grandes fardos rellenos de material médico.

—¡Creo que sí, Rosa! Está todo aquí… No te muevas, prenderé los hachones…

—Espera, traigo una linterna… si aún recuerdas lo que es y para qué sirve eso…

A la luz de la diminuta linterna que manejaba Rosa, pudieron comprobar que todo el equipaje había llegado, sin que apreciaran desperfecto alguno en los envoltorios.

Una vez deshechos los nudos que las mantenían unidas, sacaron todo a la sala que servía de reuniones. Sobre la ancha mesa, organizaron el material: frascos de estreptomicina, jeringuillas de un solo uso, paquetes de algodón y gasas, frascos con alcohol y cajas de analgésicos y antiinflamatorios.

—¡Ahora tendremos que aprender a inyectar…! Rosa, nos ponemos en tus manos…

—Enri, yo he aprendido sobre la marcha, solo nociones básicas… Pero supongo que habrá dificultades cuando tus ciudadanos vean las agujas…

—Habrá que confiar en Dios y en la necesidad. Echaremos mano de los hombres de don Jorge… Comenzaremos por Clarita y los soldados que se encuentren en el castillo… ¿Servirá de prevención?

—No lo sé, Enri… Vamos a curar a los enfermos… Y tendrás que llevarme a… mi mundo; buscaremos vacunas… que no sé si serán útiles ahora.

—¿Vacunas? —Adrien había aparecido en la puerta y su asombrada mirada iba de Rosa a la mesa y viceversa—. ¿Es algún hechizo? ¡Tienen que sanar a mi esposa! No puedo perderla después de perder a mi hijo…

Rosa se volvió hacia él y luego miró interrogante a Enriqueta.

—Ya te contaré… No fue bien el parto. Quizás la partera no estaba en condiciones; la enfermedad había hecho presa en ella… La encontraron, junto a su familia, muertos de forma horrible… Como todos los que hemos tenido que quemar o enterrar en cal viva. ¡Debemos darnos prisa…!



El aspecto de Clarita no daba motivos para la esperanza. Su tez, los brazos, los hombros desnudos aparecían con grandes moratones. De las fosas nasales un hilillo de sangre asomaba, presto a gotear sobre el labio. Pequeñas prominencias aparecían aquí y allá, a lo largo de los brazos y el cuello.

Adrien se adelantó a las mujeres y procedió, con dulzura, a cambiar el paño seco que cubría la frente de la enferma por otro que exprimió un poco sobre el barreño. Rosa y Enriqueta se miraron, consternadas. Corrían el riesgo de contagiarse si tocaban aquel cuerpo.

—Si Adrien sigue sin enfermar, a pesar del contacto, nosotras vamos también a enfrentar al mal. Rosa, procedamos ya, sin miedo. Nada va a ser peor que ver morir a quien tanto amo.

Santiguándose y musitando una oración, Rosa Garcés extrajo unos guantes de látex del bolsillo de la mochila, que había depositado en el suelo, a los pies del lecho de la enferma. Enriqueta y Adrien la miraban, expectantes, mientras ella insertaba la aguja en la jeringuilla. Luego la clavó en el tapón de un pequeño frasco, absorbiendo un poco de líquido, que fue llenando el depósito de la jeringuilla. Con un poco de algodón empapado en alcohol, limpió

una pequeña zona del antebrazo de Clara, evitando las manchas negruzcas. En la zona esterilizada clavó la fina aguja, mientras con el dedo pulgar empujaba el émbolo, haciendo que el líquido pasara al brazo. Una vez vacío el depósito, extrajo la aguja de la carne y pasó otra vez el algodón empapado, hasta comprobar que no sangraba la minúscula herida.

Al levantar la cabeza, miró a Clara, que permanecía semiinconsciente. Un escalofrío recorrió su espalda cuando descubrió tras la oreja un enorme bubo que comenzaba a abrirse, dejando escapar un líquido pestilente. Rápidamente, se irguió y miró a Enriqueta y Adrien, que permanecían a los pies del lecho. Al parecer, no se habían percatado de lo que ella vio.

—Ahora, tienes que hacer que Clara se trague estas cápsulas; servirán para combatir la fiebre y los dolores. Y cuando amanezca, repites. Tienes que obligarla a que las ingiera. Y si tú tienes algún síntoma raro, si te notas algo fuera de lo que es tu organismo, calenturas o dolores, también debes tomarlas. Y avisarnos inmediatamente.

Adrien tomó las pequeñas cajas de cartón, que miraba una y otra vez, curioso y con cierto temor. Rosa le abrió una y le mostró las pastillas alineadas en aquella superficie extraña, de un material desconocido, brillante, que parecía plata.

De igual modo, procedieron con varios soldados, aislados unos de otros, que sufrían los síntomas de la enfermedad postrados en jergones de paja por los rincones del patio.

Enriqueta rogó a uno de los que permanecían en buen estado que buscara a don Jorge. Lo necesitaban para inocular la medicina a todos los habitantes que todavía pudieran salvarse.

—Será una labor ardua, Enri, pero debemos afrontarlo con valor. Esto que tengo en las manos son guantes. Tú lo usabas en tu otra vida, no lo recuerdas. Ahora lo deberemos usar siempre. Y lo deberán usar aquellos que nos acompañen. Evitarán hasta cierto punto el contagio. También traigo algo para cubrir la boca y la nariz. La enfermedad se propaga por contacto y por el aire.

—Sí, Rosita. Así te llamaba, ¿recuerdas? Tu venida va a ser de gran ayuda. Tu amor por el prójimo es digno de alabanza. En nombre de

mi pueblo, de Clarita, en el mío propio, te doy las gracias.

Con lágrimas en los ojos, ambas mujeres se fundieron en un fraternal abrazo.



Escoltadas por varios de los soldados de don Jorge, las dos mujeres emprendieron lo que consideraban su cruzada contra el mal. Entre varios de los hombres que quedaban en el castillo, acomodaron la vieja carreta que sirvió para su viaje a Barcelona y que permanecía arrumbada en un rincón, a la que aparejaron un caballo. En ella instaladas, Enriqueta y Rosa se dispusieron a recorrer el máximo de territorio posible. Ignoraban el efecto que se produciría en las medicinas venidas de otro tiempo, por lo que deberían actuar sin dilaciones.

Antes de que el sol alumbrara los altos picos de los Pirineos, la comitiva ya había recorrido diversos caseríos desperdigados por la campiña, donde encontraron más cadáveres que vivientes, a los cuales, ante el terror que les producía la visión de la larga aguja presta a hincarse en sus carnes, tenían que sujetar los soldados. Ni las palabras de ánimo de Enriqueta ni las de aquella desconocida ataviada con extrañas ropas lograban calmarlos.

Mientras ellas intentaban salvar vidas, los soldados iban haciendo grandes fosas donde depositaban los cuerpos malolientes de aquellos que sucumbieron a la terrible enfermedad. Cuando juntaban varios cadáveres, les prendían fuego y luego quemaban las chozas y cabañas de donde los habían sacado.

Macabras columnas de humo se alzaban hacia el cielo, aquí y allá, evidenciando la tragedia que recorría la comarca de Ribagorza, muestra ínfima de la que asolaba a España y a Europa.

Las dos mujeres estaban extenuadas. Al cansancio y dolores que se acumulaban en los trayectos sobre la incómoda carreta, se sumaba el dolor y la desesperación de los pocos habitantes que encontraban con vida o de aquellos que andaban desahuciados, sin rumbo,

vagando por los campos abandonados, esperando el final de su existencia. El desánimo hacía presa en ellas, pero su voluntad y generosidad las empujaban a proseguir.

Tras varias jornadas, en las que tuvieron el mínimo descanso para tomar algún bocado de los víveres que portaban, dieron por terminado el plan de saneamiento. Habían agotado las medicinas. Los últimos frascos ya se percibían opacos; el líquido se descomponía, por lo que optaron por no seguir inyectando. Solo administraban pastillas, aun a sabiendas de que no remediarían el trágico final, pero al menos aliviarían los últimos momentos.

La sensación de impotencia se fue apoderando del grupo, en el que también sufrieron bajas. De diez que salieron, volvían seis cuando decidieron que era hora de regresar.



El silencio era sobrecogedor. Ni siquiera el canto de los jilgueros y los escandalosos gorriones rompía la calma. Enriqueta y Rosa, sentadas en el borde de la carreta, se miraron, temerosas.

La imagen del castillo, a la escasa luz del ocaso, se mostraba amenazadora, imponente en su grandeza. Ninguna señal de vida llegaba desde él.

—Es extraño, deberían haber prendido antorchas…

—Enri, estarán cansados… Los hombres han tenido mucho trabajo…

—¿Y Adrien? No ha salido a recibirnos ni ha enviado a nadie…

—Estará ocupado con Clara.

Ambas sabían, aunque no lo reconocieran en voz alta, que algo grave ocurría. Enriqueta mandó transportar el resto del material que portaban al caserío de la ladera y que prepararan cabalgadura para ella. Rosa pernoctaría en una de las estancias.

—¡Ah, no! ¡Ni hablar! Yo voy contigo.

—Bueno… Usaremos la carreta…

—¡No! Puedo montar a caballo.

Una vez todo dispuesto, las dos mujeres comenzaron a subir el tortuoso camino hacia la gran puerta, escoltadas por los soldados.

Ya antes de traspasarla sabían que algo había ocurrido. El patio aparecía desierto. Ninguno de los hachones dispuestos para iluminar la arcada estaba prendido. De los aposentos de Clara y Adrien no salía luz alguna.

Antes de penetrar al patio de armas, Enriqueta ordenó a los hombres usar los guantes de látex que sirvieron durante la expedición, así como embozarse el rostro con aquel trozo de tela que Rosa recomendó. Ellas hicieron lo mismo, y así, en silencio, solo roto por los cascos de los caballos al pisar las piedras, accedieron a la fortaleza.

Pronto fueron encendidos los hachones y antorchas que portaron los soldados, recorriendo todo el recinto. El espectáculo que se ofrecía a la vista era dantesco: cuerpos retorcidos en posturas inverosímiles jalonaban el suelo. Los hombres que habían dejado dolientes en los jergones, permanecían allí, pero sin vida, envueltos en un mal olor que se expandía al intentar moverlos.

—¡No toquéis nada, por Dios! —advirtió Enriqueta—Cavad una fosa fuera y luego enterrad a los muertos…

Temiendo lo peor, se hizo acompañar por un soldado portando una antorcha, y seguida por Rosa, hasta la vivienda de Clara. Al descorrer la gruesa cortina que hacía las veces de puerta, una oleada de fétido olor la hizo detener. Le pidió la antorcha al soldado e iluminó el interior.

Sobre el lecho, el cuerpo de Clara, inmóvil, anunciaba lo peor. A la luz oscilante de la tea, pudieron observar el estado de descomposición de la que antes fue bella y hermosa mujer… De Adrien no había ni rastro.

Deshecha, Enriqueta retrocedió, buscando el consuelo en su amiga, que la acogió en un cariñoso abrazo. Ambas rompieron a llorar, incapaces de contener el dolor y el pesar por el triste final.

Después de varios minutos, sobreponiéndose a la pena que embargaba su corazón, ordenó quemar todo lo que pudiera arder, respetando su aposento. El cadáver de Clara permanecería en su lecho. Esa sería su tumba.

—Debo regresar, Enri. El hotel está en buenas manos, pero debo estar allí… Aquí no podemos hacer nada; la Historia dice que se perdieron miles de vidas con esta enfermedad. Tú has hecho todo lo que has podido, pero era complicado. Demasiado hemos conseguido, alguna vida habremos salvado, quién sabe…

—Sí, Rosa. Ha sido una experiencia terrible… Y una pérdida inmensa… Clarita…, su bebé… Pero debemos sobreponernos; hay que seguir luchando por los que quedan en pie. Tu ayuda ha sido muy valiosa. Eres una gran persona… ¡Si pudiéramos estar juntas más tiempo…!

Las dos mujeres, sentadas sobre grandes piedras, hablaban mientras observaban el suave vaivén en el que se mecía la verde masa a sus pies. A lo lejos, sobre el caserío que se extendía a izquierda y a derecha, negras columnas de humo dibujaban un macabro bosque de tétricos árboles, haciendo presente la tragedia que se vivía.

El improvisado crematorio del castillo ya había extinguido sus llamas. En el interior solo quedaba soledad. Los soldados que aún permanecían en activo optaron por acampar en grandes carpas que instalaron alrededor del caserío de la colina, donde Enriqueta y Rosa habían decidido descansar y tomar fuerzas para lo que pudiera venir.

—¿Qué crees que puede haberle pasado a Adrien?

—No lo sé, Rosa. Habrá huido lejos de la enfermedad. Vio morir a su esposa y temió por su vida. Debe haber sido duro para él perder en dos días a su familia… Espero que vuelva cuando reaccione… Anda, vete preparando; al atardecer será la marcha…

El regreso

Adrien Feraud vagaba por las colinas que rodeaban Graus, ausente su mente de todo signo de conocimiento. Ver morir a Clara, entre horribles sufrimientos, fue un golpe demasiado duro para él.

El nacimiento de su hijo muerto lo había dejado anonadado; pero en su afán de consolar a su esposa, lo había logrado asumir, aun con profundo pesar. Ambos pasaron horas llorando cuando doña Enriqueta y su extraña amiga partieron a combatir la mortal enfermedad.

Fue antes del amanecer cuando su amada Clara comenzó a toser violentamente y a escupir sangre. El progreso del mal fue rápido. En pocas horas, el cuerpo de su esposa se cubrió de manchas azuladas mientras puntos sanguinolentos salpicaban las sábanas del lecho. Él era incapaz de aliviar tanto dolor. Vio cómo su amada Clara exhalaba su último suspiro entre vómitos y espasmos, aferrada a su mano.

Solo cuando comenzó a caer la tarde su cerebro fue aceptando la soledad que se había adueñado de su alma y de su mente. Poco a poco fue saliendo de la abstracción en que se había sumido.

Esa misma soledad lo acompañó durante horas, caminando perdido entre bosques de abetos y acacias, sin saber a ciencia cierta hacia dónde dirigir sus pasos. Solo quería huir, escapar de aquel terrible mal que había acabado con su felicidad.

El cansancio lo venció al segundo día de andar de un lado para otro, sin rumbo fijo. Cuando ya el sol dejó de alumbrar, sus pasos lo llevaron a un rumoroso arroyo. La sed lo impulsó hacia las limpias aguas, dejándose caer hasta meter la cabeza en ellas. Una vez quedó saciado, apoyó la espalda en el tronco de un grueso eucalipto, cerró los ojos y se dejó llevar por un sueño reparador…

Las escaramuzas al norte de la Ribagorza, de momento, habían cesado. La mortandad que diezmaba las poblaciones dominaba todo el territorio. Nadie pensaba en límites territoriales ni conquistas reivindicativas. Todas las fuerzas vivas luchaban ahora contra un enemigo común, mucho más fuerte y poderoso que cualquier ejército: la peste negra.

Las reuniones con el Rey dejaron claro que, unidos, los del norte con los del sur, los del este con el oeste, moros y cristianos, todos a una, podían hacer frente a la terrible pandemia que asolaba los territorios peninsulares.

Don Lope de Luna volvía a Barcelona con una orden precisa de Pedro IV: salvar todo lo que era patrimonio de la Corona, dejando de lado, por el momento, sus ideas secesionistas.

Pero no apartaba de su mente ni a Enriqueta de Beaujeu ni, por supuesto, aquel hipotético tesoro del que le habló Adrien de Feraud.

Tras dos jornadas de marcha forzada por la necesidad de llegar cuanto antes a la ciudad condal, los hombres que conformaban su pequeño ejército, muy mermado por las pérdidas debidas a la peste, se mostraban exhaustos. Los víveres estaban casi agotados. El temor al contagio les había hecho desechar la caza de animales, por lo que su alimentación apenas consistía ya en hogazas de pan duro y algún resto de vino que resonaba por el movimiento en los semivacíos odres que colgaban de las monturas.

Siguiendo el curso de un arroyo cantarín que bajaba de las colinas, buscaron un claro para acampar y cobrar fuerzas, amén de descansar los caballos y mulas, sedientos y faltos de hierbas frescas. La avanzadilla pronto localizó el lugar apropiado: una explanada rodeada de altos sauces, entre los que crecía verde y fresco el pasto silvestre, en la ribera del arroyo.

Lope de Luna hizo que acondicionaran el lugar para pernoctar y recuperar las fuerzas. El arroyo parecía truchero, por lo que dispuso hombres a la expectativa de que aparecieran peces aguas arriba.

También ordenó inspeccionar los alrededores. Desde donde se encontraba, al pie de un grueso eucalipto, había divisado agujeros que posiblemente fueran nidos de liebres o topos. Vendrían bien unas cuantas para preparar la comida de la noche, cercana ya.

Mientras, el resto de los hombres fueron formando corros alrededor de hogueras. El relente que bajaba de los Pirineos hacía que buscaran el calor del fuego.

Unas voces alertaron al grupo. Varios de los soldados asignados a la caza y captura de liebres o conejos aparecieron rodeando a un hombre que caminaba con esfuerzo, la cabeza baja, pendiente de las irregularidades del terreno.

Lope de Luna se sorprendió cuando reconoció al hombre

—¡Don Adrien de Feraud!



—¡Terrible tragedia, amigo mío! Os acompaño en el dolor…

—Os agradezco el ánimo, pero no hay consuelo para mí… No tiene sentido la vida sin ellos…

—No desesperéis… El tiempo es sabio, sabe cómo curar las heridas… Decidme…, ¿doña Enriqueta está bien? En mi camino de vuelta a Barcelona quiero hacer un alto y ofrecerle mis servicios. Puedo perder un par de días y ayudar a don Jorge de Sandoval… Supongo que estará agobiado por tantas incidencias… Y, me imagino, con la pérdida de hombres…

—Sí… La guarnición del castillo ha perecido por completo; la enfermedad se cebó con nosotros… Doña Enriqueta salió acompañada por una extraña mujer que ha aparecido no sé de dónde, a impartir unos desconocidos potingues que, según decían, salvarían a la población. No pudieron salvar a mi amada Clara…

—Esa mujer, doña Enriqueta, tiene temple… Es merecedora de premio por la labor que ha hecho con su pueblo… Sería una digna reina… Compartid con nosotros los pocos alimentos que quedan y descansad. Al amanecer partiremos hacia Graus; quizás todavía nos necesiten…

Pronto, los hombres fueron dejándose llevar por el sueño. Los cazadores habían vuelto con escasas presas, por lo que el reparto de carne fue rápido: apenas unos pequeños trozos pasados por el fuego y algún mendrugo de pan. La falta de vino fue suplida por abundante agua recogida del cantarín arroyo. La noche cayó sobre el grupo, envolviendo con su manto las fantasmales formas de los chopos, que, apenas iluminados por las llamas de las fogatas, proyectaban sombras que danzaban, sinuosas, en la densa bruma que iba emergiendo del suelo…



—¿Preparada, amiga?

Rosa Garcés miró a Enriqueta de Beaujeu y afirmó con la cabeza. Extendió los dos brazos hacia ella y se acercó, presta a recibir el cariñoso abrazo que le ofrecía.

—¡Quédate conmigo allí, Enri! Aquí ya no queda nada, solo muerte y desolación… No necesitas riquezas… ¡Bueno, algo sí! Que la vida está muy cara en mi siglo —quiso contagiar algo de alegría a la cariacontecida Enriqueta, que esbozó una forzada sonrisa.

—¡Ojalá pudiera, Rosa! ¡Ojalá! Pero me acompañaría siempre la tristeza de haber perdido tantas y tan entrañables personas… Y también está el compromiso con mi antepasado, mi promesa… Y no puedo legárselo a nadie… No hay nadie… Adrien, si es que vive, no es merecedor de tan alto designio… No hay Orden, ni siquiera sé si queda Congregación de frailes benefactores… Tengo la obligación moral de atender a este pueblo que tanto esfuerzo costó levantar… Quizás en un tiempo… cuando esto pase…

—Pero, para entonces, seremos demasiado mayores, achacosas, llenas de enfermedades… la artritis, el reuma… No vamos a poder ir de cruceros, ni a bailes… Ni siquiera de copas…

—Todo eso que dices, me suena extraño ya… Mi mente sufre queriendo recordar; sé que existió todo eso, pero… Yo… soy de este tiempo.

—Tengo una pregunta que quiero hacerte desde hace mucho… Aquí hablan de una forma que yo apenas entiendo… Digo, apenas… ¡No entiendo, en absoluto! Pienso que es como el catalán, mezclado con el castellano antiguo… Y el caso es que tú lo entiendes y te entienden… Me estoy acordando ahora de la cara de extrañeza de la pobre Clara, de Adrien… ¡Claro! No entendían ni papa de lo que yo decía… En cambio, a ti…

—¡Pues es verdad! Pero no puedo darte una respuesta… Como a otras tantas cosas. ¡Es la hora…!

Las dos mujeres, cogidas de la mano, se introdujeron en la cripta, iluminada por dos hachones que hicieron bailar las sombras cuando la brisa barrió la estancia.

—Oye, Enri… ¿Dónde está… el tesoro ese que guardas?

—Mira a tu alrededor, y allí, al fondo… Todo está ahí esperando a un dueño…

—¿Y… Guillermo?

Enriqueta señaló hacia uno de los nichos abiertos en la pared, donde, sobre un montón de grises cenizas mezcladas con tierra, descansaba la enorme espada templaria.

—Ahí descansa con el pequeño Guillermo, el hijo de Clara y Adrien…

—¡Chica, qué tétrico todo! Me da un poco de repelús…

—No debes temer a los muertos… Son los vivos los que pueden causar el mal… Debes cuidarte de ellos…

Enriqueta avanzó hasta alcanzar la espada, que asió por el puño. Con esfuerzo, la llevó arrastrando hasta el centro de la estancia…

—¡Cómo pesa! —Sonrió a Rosa—. Ven, abrázame fuerte, no te separes de mí… ¡Y reza!

—¿Llevas la daga?

—¡Sí, tranquila! Tengo que volver… Queda mucho por hacer.

Ayudándose con las dos manos, levantó la herrumbrosa arma hasta alcanzar con sus ojos a ver la cruz patada de su empuñadura. Después, tras una mirada a Rosa, la dejó caer con fuerza sobre el terrizo suelo, clavando la hoja varios centímetros…

—¡Por Dios, Enri! ¡Quédate! No vuelvas *allí*, solo hay muerte y desolación…

—Es mi deber, Rosita… Ya lo sabes, no puedo defraudar a mi pueblo; aunque únicamente quede un ciudadano vivo, debo velar por él… Es mi herencia, mal que me pese..

—Pero prométeme, ¡júrame! que, en cuanto puedas, o cuando comprendas que no hay más solución, vas a volver…

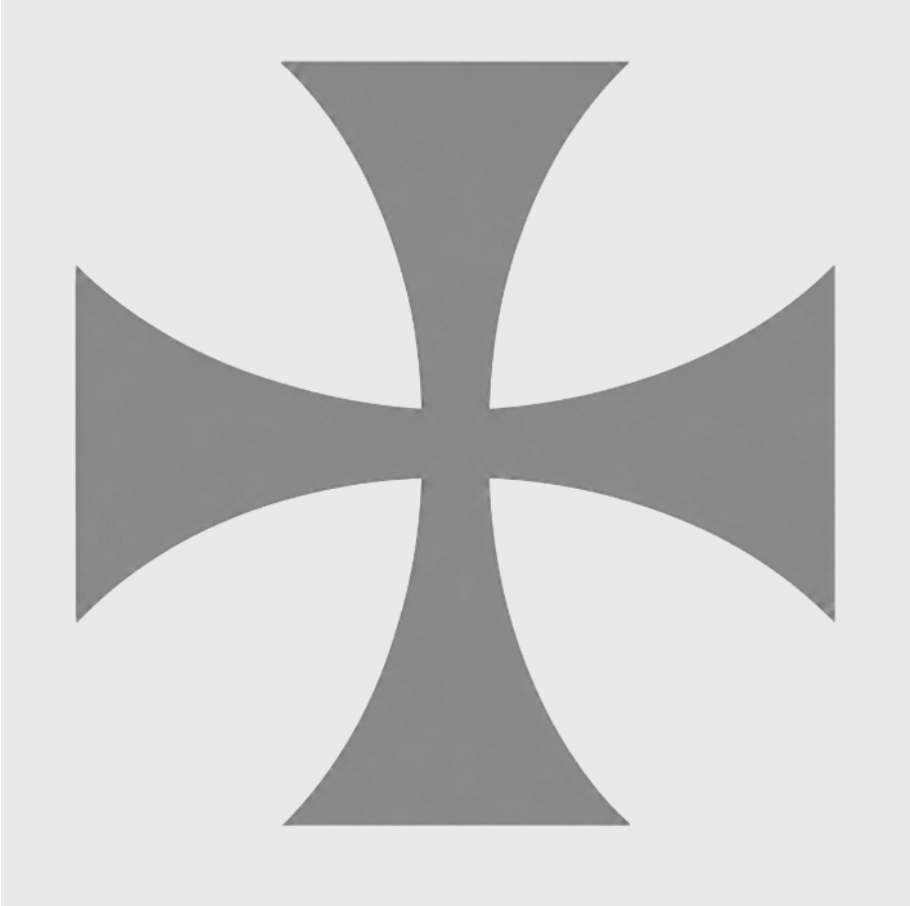
—No te aseguro nada, amiga mía. Pero lo tendré presente cada minuto… Cuando resuelva la dolorosa situación, meditaré el camino a seguir… Mientras, mira a las estrellas y recuérdame, piensa que son las mismas que yo veré… ¡setecientos años antes…!

—¡Cuando pienso en ello…! —Rosa Garcés movió la cabeza, negando algo que se le hacía incomprensible: ¡viajar en el tiempo!

—Bueno, hora de volver…

Enriqueta extendió los brazos hacia Rosa, que se acogió en ellos. Entre lágrimas, murmurando palabras de despedida, ambas mujeres se dieron un último abrazo. Luego, Enriqueta se acercó al altar de piedra y de entre sus ropas sacó la daga que, por un momento, relampagueó a la escasa luz que penetraba por el destruido techo.

Con una última mirada a su amiga, decidida, apoyó la hoja del arma al pie de la cruz…



Sorpresa

El espectáculo que se ofrecía ante la vista de la tropa que comandaba don Lope de Luna era dantesco. Todavía unas pequeñas nubes de humo negro flotaban en el aire. El olor a quemado saturaba el ambiente de la campiña. Del castillo solo quedaba intacta, milagrosamente, la puerta de la antigua capilla. Las paredes ennegrecidas revelaban el triste final de la vida en aquel recinto.

Sobre el terrizo suelo del patio se acumulaban cenizas y ramas quemadas, que al rozar las botas de los hombres se deshacían en el aire.

—¡Voto a Satanás! No hay rastro de vida aquí, señor Feraud… ¿Vos hicisteis esto?

—¡No, por Dios, don Lope! Yo… dejé a mi esposa ahí… —Señaló hacia lo que fue su aposento, ahora convertido en un negro agujero en la pared. Unos jirones de tela indicaban donde antes había cortinas—. ¡No hay nada…!

Don Lope desconfiaba del gimoteante Adrien. ¿Lo había conducido a una trampa?

—¿Qué habrá sido de doña Enriqueta? Y…, decís de una extraña mujer que la acompañaba… Quizás estén a salvo en algún lugar, lejos de la mortandad.

—¡La cripta! Es el único lugar seguro.

—¡Miremos!

Mandó esperar a sus hombres fuera de la fortaleza. Allí podían las cabalgaduras mordisquear el amarillento pasto y los soldados, descansar, sin dejar descuidada la vigilancia. Con paso firme, don Lope arrastró, cogido del brazo, a Adrien, quién se resistía a penetrar en aquel recinto de muerte.

—¡Vamos, don Adrien, los muertos no hacen daño! Averigüemos si queda alguien con vida ahí dentro.

Una vez en el interior de los aposentos de Enriqueta de Beaujeu y comprobar que no había ningún cuerpo derrumbado en el suelo, ni en el lecho oculto tras el biombo, Adrien, sin dejar de lamentarse, precedió a su acompañante hasta los cinco peldaños grabados en la piedra que bajaban a la cripta.

Don Lope no dejaba de mirar en todas direcciones tratando de descubrir indicios de las desaparecidas mujeres.

—Bajad con cuidado, es resbaladiza… —Sin aparente esfuerzo, hizo rodar la gran piedra que cerraba el acceso a la cripta. Una bocanada de aire fétido, con olores mezclados de humedad y moho, hizo retroceder un paso al caballero. Adrien lo animó a seguir.— Podéis pasar tranquilo, el suelo es firme y regular, sin obstáculos.

—¡Prended una antorcha, señor! Esta oscuridad no me gusta… Es amenazadora…

Adrien titubeó. Nunca había tenido que encender teas ni hachones cuando accedía. Ya estaban prendidos. Y ahora se sorprendía de este detalle.

—No puedo, ignoro cómo logran hacerlos iluminar…

—¡Salid fuera y que mis hombres vengan con antorchas!

Mientras Adrien salía a cumplir la orden, don Lope retrocedió despacio, sin atreverse a dar la espalda a aquella tenebrosa estancia. Una vez fuera, ascendió rápido los cinco peldaños, exhalando un fuerte suspiro cuando se encontró junto a lo que parecía un altar. Al levantar la vista, se encontró con las miradas mudas de San Francisco de Asís y San Poncio de Roda, impertérritos dentro de sus hornacinas, ajenos a la vida y a la muerte del mundo…



Adrien llegó corriendo, precediendo a un soldado que portaba en la mano una tea encendida.

Don Lope, entre impaciente y temeroso, hizo que su hombre se adentrara en la cripta y buscara los hachones que Adrien de Feraud aseguraba que existían. Las dudas sobre la historia relatada por él comenzaban a invadir su espíritu. La historia de aquel tesoro templario le parecía más leyenda que realidad. Incluso pasó por su cabeza, de forma veloz, el temor por el estado de salud mental de aquel caballero.

Dispuesto a dejar resuelto tal asunto, siguió al portador de la antorcha, la mano descansando en el pomo de su espada, presto a defenderse de posibles alimañas ocultas en aquella cueva tenebrosa.

—¡Bienvenidos, caballeros!

Enriqueta de Beaujeu, sonriente, permanecía sentada ante una gran mesa, carcomida por el tiempo. Las llamas voluptuosas de dos hachones anclados en la pared hacían resaltar su hermosa figura, recostada contra el tablero.

El hombre que portaba la antorcha frenó su titubeante marcha, por lo que don Lope, por lo inesperado, le dio un ligero empujón, trastabillando y jurando en voz apenas inaudible. Adrien, con los ojos a punto de salírsele de las órbitas, contemplaba la escena desde la entrada de la cripta, incapaz de entender cómo sucedía todo.

—¡Perdonad, doña Enriqueta! Ha sido tan inesperada vuestra presencia… —Don Lope trataba de recuperar la compostura, apoyándose en el hombro de su soldado, que, entre asombrado y curioso, esbozaba una tenue sonrisa al ver la turbación de su señor, antes nunca observada en sus muchos años al servicio de la Casa de Luna.

—Decidme, don Lope, a qué se debe el honor de vuestra visita.

—Mi estimada señora, nos encontrábamos haciendo un breve descanso en nuestro camino a Barcelona, cuando hemos encontrado errante y desorientado a vuestro fiel sirviente don Adrien de Feraud, el cual nos ha relatado la tragedia aquí vivida. Y al saber de tanta desgracia, nos hemos preocupado por vuestra salud. Él nos ha traído hasta aquí.

Mientras hablaba, el caballero no dejaba de escudriñar cada rincón de la cripta, hasta donde alcanzaba la claridad oscilante que

emanaba de los hachones. La decepción y el escepticismo se iban adueñando de su semblante al no encontrar señales de tesoro alguno. Solo sombras y paredes desnudas. Mentalmente, maldijo al atribulado Adrien.

—Sí, don Lope, ha sido una tragedia, al igual que está sucediendo en todas partes… Nuestros conciudadanos han desaparecido en gran parte, nuestros campos mueren, abandonados, por falta de manos que los cuiden. El terror, la desolación y la muerte moran en nuestro país… La pérdida de Clara solo es un poco más dolorosa por el amor que le profesamos. Pero también nos duele el sufrimiento de nuestro pueblo.

—Contad con mi ayuda desinteresada para lo que necesitéis. Podemos permanecer aquí todo el tiempo que sea suficiente para intentar normalizar el estado… ¿Don Jorge…? —El temor a saber le hizo dejar la pregunta en el aire.

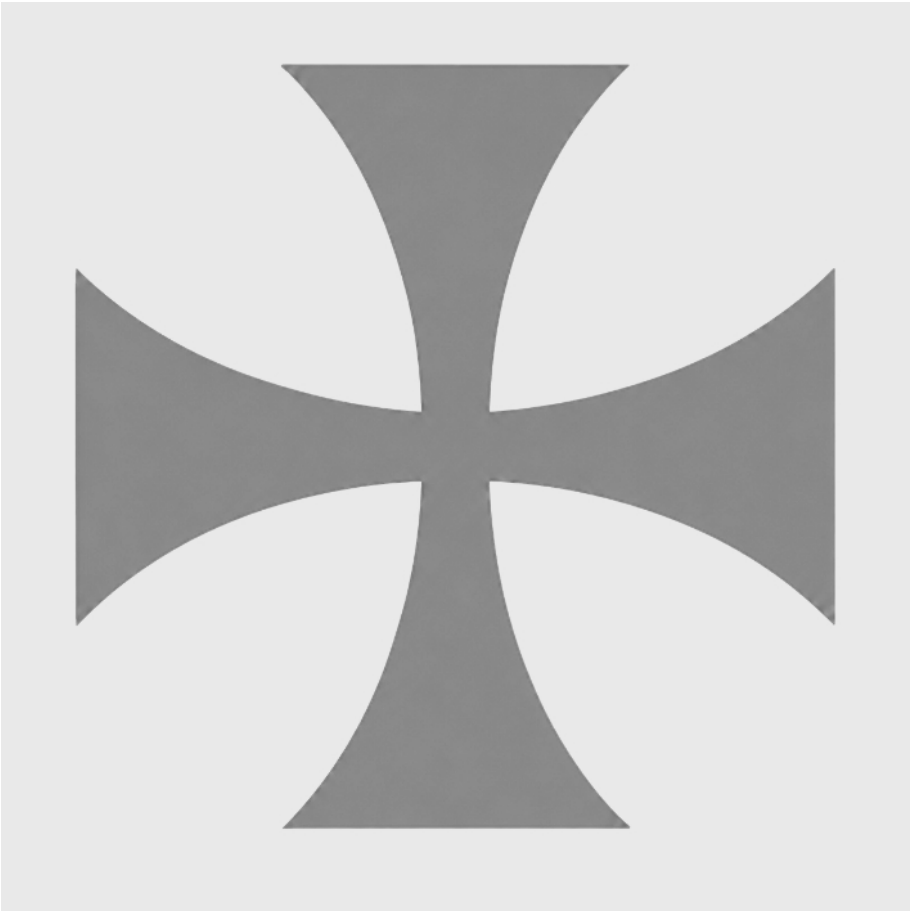
—Don Jorge, por suerte, se encuentra bien, al igual que sus hombres, aunque agotados. Apenas descansan. Llevan semanas recogiendo cadáveres de las calzadas, cavando fosas, enterrando cuerpos en cal viva…

—Terrible labor… En Zaragoza, de donde vengo, ocurre lo mismo, pero allí las milicias del rey y las mesnadas de algunos nobles han conseguido dejar habitable la ciudad. Mis hombres han sufrido los peores momentos. Es por eso por lo que vamos hacia Barcelona. Tengo un ejército aguerrido y experimentado y nos necesitan en el condado… —Volvió a mirar en derredor—. Me ha comentado el señor de Feraud algo sobre otra mujer, una extraña mujer, según él…

—¿Se refiere a doña Rosa *de* Garcés? Una vieja amiga, residente en un país lejano, que presta servicios en sociedades dedicadas a la sanación de enfermos y de ayuda a necesitados. Quiso colaborar conmigo, pero ya marchó, de vuelta a su país… Pero, ¡no nos quedemos aquí! Es un lugar inhóspito y lúgubre. Vayamos a la residencia de invitados, prepararemos alojamiento para sus soldados y para vos; será un placer acogeros como huésped…

Sus deseos de grandeza tendrían que buscar nuevos caminos, pero estaba seguro de que él, Adrien de Feraud, sabría encontrarlos…

Comprendía que su alianza con el caballero consejero estaba condenada al fracaso. Su actitud respetuosa con doña Enriqueta, la forma de mirarla casi con adoración, no le daba muchas esperanzas de que pudiera actuar contra ella. Además, la visión de la cripta, desnuda las paredes de los nichos que él había visto en vida de don Guillermo de Beaujeu y sin señales del tesoro que había llegado a vislumbrar en ocasiones le hacían temer que la desconfianza pusiera en su contra a don Lope. Intuía que este sería un enemigo peligroso…



Nuevos tiempos

Poco a poco, y gracias al empeño de don Lope de Luna, en colaboración con don Jorge de Sandoval y a las órdenes de Enriqueta de Beaujeu, la comarca iba recobrando su ritmo. La terrible pandemia había hecho estragos entre la población, pero, a pesar de ello, los supervivientes, confiados en la buena gobernanza de doña Enriqueta, que no escatimaba esfuerzos y recursos dinerarios, consiguieron remontar cultivos y campos de labranza.

El abandono y desolación fue dando paso a la vida pujante de quienes, inmunes a la terrible peste, sabedores de que eran más fuertes que la enfermedad, decidieron que Graus volvería a ser una gran ciudad.

Los viñedos fueron revitalizados; el trigo y la cebada volvían a crecer; la almazara producía de nuevo aceite y los molinos surtían de harina a las panaderías. La llegada de supervivientes de aldeas que habían sucumbido a la mortandad fue administrada sabiamente por Enriqueta, que los dirigía hacia las granjas, encomendándoles su cuidado y mantenimiento. La incipiente industria de la trufa, abundante en los bosques de robles, también atraía mano de obra.

La cooperativa impulsada por la heredera volvió a sus reuniones habituales, por lo que la producción de los lagares recuperó su trasiego de caldos: largas caravanas de carros cargados de bocoyes iban y venían a lo largo de los caminos.

Regresaba la vida.

—Doña Enriqueta, corren rumores de que sois poseedora de una gran riqueza, heredada de un caballero templario…

—Es cierto en parte, don Lope. Heredé una gran riqueza, pero no soy la dueña, solo soy administradora y guardiana. La riqueza pertenece a la Orden del Temple. Yo me limito a tener a buen recaudo una parte de la sabiduría y de la riqueza moral que encierran manuscritos, legajos y fórmulas acumuladas durante años por la Orden templaria. Es verdad que, junto a esta riqueza inmaterial, metafísica y sobrenatural… existe otra más material, más vulgar… Pero de ella me sirvo para crear el mundo que vos habéis visto alrededor, amenazado por la mortandad, que ha sobrevivido y que, de nuevo, avanza. La prosperidad es la misión encomendada por mi antepasado, a quien le prometí, en su lecho de muerte, que llevaría a feliz término. Esa es mi tarea: administrar hasta poder entregar a sus legítimos dueños todo ese tesoro que vigilo…

—Pero, señora… Dicen que lo guardáis en la cripta, y yo no vi nada…

—No me preguntéis el porqué, pero solo si yo lo deseo, es visible a ojos extraños. Si vos queréis contemplarlo, me sentiría feliz de mostrároslo…

—¿No teméis que os lo roben?

—Don Lope, estoy al tanto del contubernio que teníais comprometido con el señor de Feraud… Pero confío en vuestra nobleza, aún no sé por qué.

—Admiro vuestra valentía. Y me siento mezquino por haber oído a vuestro infiel servidor. Contáis con mi palabra de caballero de que jamás osaría tamaña felonía.

—Os tomo la palabra. Mañana, al anochecer, será el momento propicio. Mientras, os ruego ayudéis a don Jorge, que, según me contó, anda tras una cuadrilla de agitadores que están soliviantando a los hortelanos y jornaleros de los lagares.

—De mil amores, mi señora. Sabéis que estoy a vuestra disposición hasta que el rey Pedro necesite de mis servicios. Parto de inmediato en busca de don Jorge.

—¡Id con Dios, señor! Os espero mañana, no lo olvidéis.

Adrien Feraud tenía decidido ser poderoso, dominar las tierras de Graus, fundar una Casa y codearse con nobles y caballeros, incluso con el rey; «¿por qué no?». Pero solo no podía. Necesitaba gente para enfrentarse a los soldados de Jorge de Sandoval cuando don Lope de Luna, en quien ya no confiaba, abandonara la comarca.

No dejaba de darle vueltas en su cabeza a la idea de eliminar a Enriqueta de Beaujeu, a quien culpaba de la muerte de Clara, no sin antes hacerle confesar la fórmula para llegar al tesoro. Porque estaba seguro de que este tesoro existía. El templario había hecho uso de él para ayudar a levantar la población. Él vio morir a Guillermo de Beaujeu; fue testigo, junto a su esposa, del último deseo, expresado a viva voz, y del acatamiento de doña Enriqueta.

Y toda esa fortuna tenía que ir a sus manos. Para ello había maquinado un plan que requería tiempo. Lo que le sobraba a él, libre del yugo de su matrimonio y del servicio a la heredera. Nada le impediría luchar por lo que tanto ansiaba.

Comenzó a visitar viñedos y campos de cultivos, granjas y huertas. Prometía riquezas y propiedad de las tierras a quien las trabajara. Hacía ver que la heredera se llevaba la mayor parte de las ganancias, mientras los trabajadores, que se dejaban la piel en la tierra, en el arado, en las viñas, solo tenían un mísero jornal.

Pronto reunió un grupo de renegados obreros que, eludiendo a las patrullas de soldados de don Jorge o don Lope,
se dedicaban a dar falsas informaciones a los desorientados campesinos, a quienes sorprendían en plena labor. Sus encendidas peroratas comenzaban a encrespar los ánimos y a calentar las mentes…

Adrien sabía que aquella espada clavada en la tierra era la clave. Había servido para que el caballero Beaujeu viajara a través del tiempo, lo que podía hacer también doña Enriqueta. Y que si la desclavaba, jamás volvería y él sería dueño absoluto del tesoro guardado en la cripta, de Graus y Gran Señor de la comarca de Somontano. Si lograba enfrentar a la población con la heredera, que

esta temiera por su vida, que se sintiera amenazada… De alguna manera, tenía que conseguir que la señora emprendiera un viaje, y entonces…



Enriqueta vio alejarse colina abajo a don Lope de Luna, que galopaba al mando de sus soldados en busca de don Jorge. Lanzó un profundo suspiro y volvió a la frescura de la sala acondicionada para descansar. Estaba más cómoda en su aposento del castillo, pero la cercanía en el tiempo hacía que aún permaneciera en el aire el olor a carne quemada y cierto tufo a muerte que le erizaba la piel. Por eso, había decidido instalarse en el caserío levantado para los cooperativistas y los visitantes y comerciantes de más alto rango.

La decisión tomada con el noble le producía cierta inquietud. En verdad, confiaba en él. Había algo en su interior que le decía que aquel hombre era digno de su confianza. Quizás influía el desconocido sentimiento que la embargaba cuando estaban cerca. Este sentimiento la tenía desconcertada.

Pero ¿y si estaba mostrando una cara para confiarla? ¿Y si sus intenciones eran…? Su corazón decía que no, pero la razón frenaba sus impulsos… Necesitaba hablarlo, confiarse a alguien… ¿A quién? No había nadie. Antes estaba Clara, pero ahora… ¿Rosa?



—¡Dios, Enri! ¡Qué susto me has dado! ¿Qué ocurre allí?

—Perdona por haberme presentado así, Rosa. Necesitaba hablar con alguien… Me he quedado muy sola…

—Sí, hija mía, pero presentarte de improviso, sin avisar… Casi me da un infarto. Ya te estás pareciendo a tu antepasado cuando venía de fantasmón.

—¡Todo se hereda! —Enriqueta no pudo por menos que reír y su risa acabó por contagiar a Rosa Garcés, que se reponía del sobresalto. No todos los días se te presenta en tu despacho un humano que vive a 700 años de distancia.

—Dime, ¿de qué necesitas hablar de forma tan urgente? Espera, no empieces, voy a encargar algo para picar, que presiento que nos va a hacer falta. —Por el teléfono interior, Rosa encargó a la cafetería unos sándwiches y una botella de vino de la tierra.— Estoy segura de que no has probado el vino que hacéis en… en tu pueblo.



—Cuando volví después de traerte, Adrien seguía desaparecido. Lo encontraron don Lope y sus hombres vagando por el bosque…

—¿Don Lope? Ese no me lo presentaste…

—Es un caballero, consejero del rey Pedro IV. Ha sido de una ayuda inestimable. Ha sido y es. Entre él y don Jorge están controlando a saqueadores y unos alborotadores que están complicando la vida pacífica… Don Lope de Luna y Urrea, un noble al mando de Barcelona. Es un buen hombre al que quiso tentar Adrien, mi querido Adrien, el traidor Adrien, quien le propuso hacerse con el tesoro de la Orden… Quiero mostrárselo, me inspira confianza… Bueno, y algo más… Es como un terremoto en mi interior cada vez que lo veo…

—¡Chica, te has enamorado!

—¿Eso es amor?

—Hambre no creo que sea, que estás cogiendo peso…

—¡Qué horror! Son estas ropas, Rosa; apenas pruebo bocado con tantas preocupaciones. Y lo sabes… No me des más disgustos tú también.

Rosa se acercó a la mesa, donde descansaba el portátil, cerrado. Lo abrió, lo puso en funcionamiento y esperó a que se iluminara la pantalla. Luego escribió algo. En pocos segundos, leyó en voz alta:

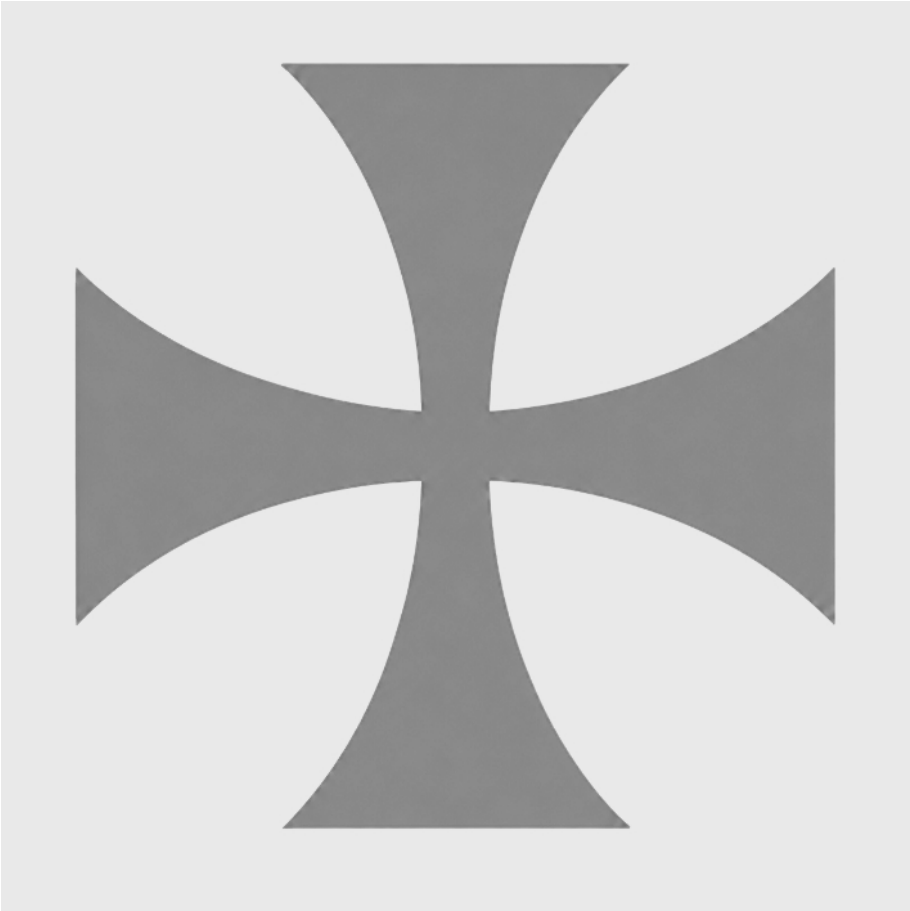
—*Lope de Luna y Urrea, nacido en 1315 y fallecido en 1360*. —Siguió leyendo en silencio unos minutos, mientras Enriqueta la miraba atenta—. Lo van a nombrar Conde en tu tiempo, con treinta y tres años… Un buen porvenir si no fuera porque murió en una batalla contra el rey. Era secesionista y se levantó contra Pedro IV. Tuvo dos mujeres y ninguna eres tú. Y una hija. Así que no te ilusiones. Pero sí, puedes aprovechar para… ya sabes, disfrutar un poco… Pero no es para ti… Lo siento.

—¡Vaya! Es mi sino, seguir sola… —La tristeza ensombreció su semblante.

—Pero puedes confiar en él… Entrégaselo todo, si no te ves con fuerzas. La Orden templaria desapareció, no existe. Esas riquezas pueden servir para muchas obras… Pueden ayudar a prosperar a tu pueblo, este pueblo; pueden ayudar a combatir a los musulmanes, a reconquistar la península y expulsar a los árabes. Serían unas buenas manos para administrar tanto poder… Tú te liberarías, puedes dar por cumplida tu promesa a Guillermo, tu abuelo… Y volver… Y yo estaría encantada…

Enriqueta cerró los ojos unos segundos, sonriéndole a sus pensamientos. Luego, decidida, extendió su mano hasta la fuente donde unos emparedados se mostraban sabrosos y, con el gesto risueño, tomó uno.

—¡Comamos! Y, luego, me llevas al palacio. Debo regresar…



La batalla

Desde su atalaya, en el caserío edificado al pie del castillo, hasta donde su vista alcanzaba, dominaba todo el valle. Adivinaba, más que veía, las pequeñas aldeas diseminadas por la Ribagorza. El horizonte de los Pirineos, reverberantes por el tibio sol que se reflejaba en las cumbres nevadas, era el telón de fondo necesario para enmarcar la belleza de aquel paisaje.

Aquí y allá, alegres columnillas de humo señalaban los lugares donde, a esta hora, la mujer de la casa estaría preparando *chiretas*, o cociendo pan, a la espera de la vuelta del hombre, quizás de los hijos, del duro trabajo del campo.

Echaba de menos el brebaje de hierbas de Clarita, «¡Dios la tenga en su gloria!». Sobre todo, el aroma.

Había pasado toda la noche en vela, dándole vueltas en su cabeza para evitar que se perdiera en la memoria, lo que Rosa le había dicho. Quizás llevara razón; su misión estaba *casi* cumplida. Solo le quedaba don Jorge de Sandoval para compartir con él la pesada tarea… Don Lope, «¿Por qué tiene que morir tan joven?», tenía poco tiempo ya para tanto por hacer. Pero estaba segura de que sería capaz…

Mientras se cepillaba con mimo el enmarañado cabello, se miró en el espejo que sujetaba en la mano: «¡Mírate, Enriqueta! Tienes ojeras, la piel sin brillo… Este cabello está mustio… Vas para vieja dama…»

—¡Pero mi cuerpo y mi corazón aún viven!

Al gritarle al espejo, varios gorriones y algún zorzal levantaron el vuelo desde el alero del tejado, asustados por la voz.

«Bueno, un buen baño y un poco de sol me dará ánimos para esta tarde…»

Oculto entre las casas, Adrien observó cómo don Lope de Luna, seguido de su tropa, abandonaba las instalaciones de la colina. El grupo se dirigía hacia el norte, hacia el camino de Cataluña, siguiendo el curso del río Ésera, en dirección a la torre vigía que había construido don Jorge.

El señor de Sandoval había salido temprano con sus hombres a patrullar los campos del sur, hacia Barbastro, por lo que consideraba que era el momento adecuado para intimidar a doña Enriqueta. Suponía que serían escasos los soldados que guardaran el caserío y el castillo, lo que le animaba. No era muy aficionado a las guerras. Odiaba la violencia física, pero si la señora se empecinaba en oponerse a sus deseos, actuaría con decisión.

Contando con las horas que quedaban hasta el anochecer, porque suponía que las tropas volverían para descansar, se puso en movimiento. Lo primero que tenía que hacer era reunir a la cuadrilla de adeptos que había conseguido embaucar, lo que le llevaría un par de horas. Aprovecharía la somnolencia de la sobremesa para sorprender a la escolta de la señora, y a esta misma, en su aposento, que sabía de su costumbre de sestear.

Una vez hecha rehén, la obligaría en la cripta a mostrarle todo lo que tan celosamente guardaba y que le hiciera entrega del oro y demás riquezas. Sabía de la existencia de manuscritos y libros de fórmulas secretas, pero con eso no podría adquirir armas, ni caballerías, ni podría edificar fortalezas… Solo le interesaba el oro y objetos de valor material.

Cercano el mediodía, pudo contar con la presencia de medio centenar de vociferantes sediciosos, deseosos de entrar en acción. Tuvo que calmarlos solicitando silencio a fin de no alarmar a los centinelas y que pudieran avisar a don Jorge o a don Lope.

Armados de gruesos palos, hachas, algunos rastrillos y palas que enarbolaban en el aire, emprendieron la marcha hacia la colina. Adrien encabezaba la expedición con un machete en la mano…



Lope de Luna vivía impaciente desde que Enriqueta de Beaujeu le prometió mostrarle su tesoro y hacerle partícipe de todo lo que legó la Orden del Temple. Esa promesa significaba mucho para él. Porque su idea era proponerle a la heredera matrimonio y fundar un territorio que abarcara todo el Alto Aragón, Cataluña y parte del Reino de Valencia, recién conquistado a los almohades.

El mero hecho de ser digno de confianza hacía que un extraño cosquilleo recorriera su cuerpo constantemente, impidiéndole concentrarse en la labor de vigilancia y rastreo de saqueadores y alborotadores. Encargó a su lugarteniente, un espigado caballero de larga melena, patrullar hasta el límite de la Torre de Ésera, construida a orillas del río, y volver rastreando la campiña hacia el oeste.

Una vez dispuesta la operación, y tras un breve descanso, decidió que debía volver a Graus. Eligió a un grupo de quince soldados y, cercano el mediodía, emprendió el regreso hasta la fortaleza…



Enriqueta, recordando las palabras de Rosa sobre su sobrepeso, pensó que con algo de fruta fresca saciaría su apetito y cumpliría con el rito del almuerzo. Un racimo de negras uvas y un par de manzanas completó su frugal comida.

Aguardaría a que pasaran las horas de calor para subir al castillo y esperar la llegada de don Lope. Aprovecharía para descansar en la frescura de su aposento.

A media tarde, con el sol buscando ya el oeste camino del ocaso, una algarabía de voces y golpes la sacó del sopor en que se había sumido. Una vez repuesta del sobresalto, se asomó a la puerta del caserío.

El temor se apropió de ella cuando vio a Adrien de Feraud, enarbolando un gran machete, al frente de un nutrido grupo de hombres armados de utensilios de labranza y palos, avanzando por la falda de la colina, gritando consignas que no entendía.

De inmediato, alertó a los hombres que descansaban al resguardo del sol, en el interior de las instalaciones. Rápidamente, estos se aprestaron a hacer frente a la horda que se disponía a atacar a la señora. También sus vidas estaban en peligro.

—¡Mandad aviso a los centinelas del castillo!

La orden de Enriqueta fue cumplida en el acto: un soldado inició la carrera hacia la fortaleza en busca de ayuda…



El sol, camino ya del horizonte, se había ocultado tras unas negras nubes. Por entre girones se escapaba algún rayo. El aire de la tarde presagiaba tormenta.

Adrien vislumbraba la silueta de doña Enriqueta enmarcada en uno de los ventanales. Se volvió hacia su improvisado ejército, arengándoles:

—¡Nos espera la fortuna! ¡No nos arredremos!

Dando ejemplo, aceleró el paso, atacando con nuevo ímpetu la cuesta que llevaba hasta el caserío. Los gritos de ánimo aumentaron. La algarabía de los hombres ahogó las palabras de Adrien, mientras la heterogénea guerrilla avanzaba amenazante…



Lope de Luna ya distinguía la silueta del castillo. Incluso podía ver la nube de polvo que se levantaba en la falda de la colina, que se movía lentamente hacia lo alto.

Apretó los ijares de su caballo, haciendo que el animal abandonara el paso cansino y emprendiera el galope. Los quince hombres que lo

escoltaban lo imitaron.

El presentimiento de que algo grave ocurría o iba a ocurrir espoleó al caballero. Al acortar distancia, comprendió lo que sucedía: la nube de polvo era un grupo numeroso que avanzaba hacia el caserío. Los rastrillos y demás utensilios que blandían en alto indicaban que no era un grupo amistoso.

«¡Doña Enriqueta! ¡Van a por ella!» Este pensamiento le hizo apretar las espuelas, consiguiendo que su montura avanzara más rápido. Pronto dejaron atrás las últimas edificaciones y alcanzaron la pradera sobre la que se elevaban el caserío y, más arriba, el castillo.

El grupo armado, al ver a los caballistas dirigirse hacia ellos, se dispersó, formando un semicírculo. Al frente de ellos, Lope de Luna vio a Adrien Feraud.

—¡Traidor! —le gritó mientras desenvainaba la espada, dispuesto a atacar. Sus soldados se abrieron en abanico tras él, espadas en mano, a la espera de las órdenes del caballero—. ¡Al ataque!

El encuentro fue feroz e implacable. Pese a encontrarse en inferioridad de número, los soldados, curtidos en mil batallas y enfrentados a enemigos más preparados y mejor armados, repartían mandobles a diestro y siniestro, haciendo caracolear a las cabalgaduras por entre los amotinados.

Pronto, el campo se fue tiñendo de rojo. El polvo que levantaban las patas de los caballos y el arrastrar de los pies envolvía a los luchadores en una nube parda.

Poco a poco, la cruenta lucha fue amainando. Las voces y los ayes de dolor fueron dando paso al estrépito de las espadas chocando con palos y hachas.

Adrien, refugiado tras los luchadores, mantenía cierta distancia. El miedo desfiguraba su rostro cuando la nube de polvo fue desvaneciéndose, emergiendo ante él la figura imponente de Lope de Luna, espada en alto. De un ágil salto, el noble descendió de su montura, plantándose ante el asustado hombre. Dio un par de pasos y blandió la espada, dispuesto a descargar el golpe de gracia sobre el traidor…

—¡No lo hagáis! ¡Deteneos, por Dios! —el ruego llegó desde el caserío. Enriqueta de Beaujeu descendía apresurada. Los dos

hombres se volvieron hacia ella, que hacía gestos con las manos intentando llamar la atención. Jadeando, la heredera llegó junto a los combatientes.— ¡No prosigáis esta matanza! Bastantes muertes ha habido ya. Os lo ruego, don Lope.

—Señora… La traición debe tener su merecido… Pero vuestro deseo es una orden para mí —se volvió hacia el aterrado Adrien, quien había visto la muerte relampagueando sobre su cabeza. —Dad gracias a doña Enriqueta. Le debéis la vida.

Girándose, encargó a sus hombres que ayudaran a los heridos y a los que pudieran moverse a retirar los cuerpos de los muertos y abandonar la pradera. Como caballero, la palabra dada a doña Enriqueta le obligaba a ser magnánimo con aquellos facinerosos. Podían irse, pero con la condición de desaparecer para siempre de Graus y de sus alrededores.

—¡Un nuevo encuentro sería suficiente para terminar el trabajo! — advirtió a los que podían oir.

Adrien Feraud, indeciso, no se había movido del lugar, a pocos metros de Enriqueta. Al ver que don Lope le daba la espalda, despacio, fue acercándose a la mujer. El machete que empuñaba, semiescondido tras su cuerpo, le ardía en la mano. Lentamente, sin perder de vista al caballero, fue moviendo el brazo mientras daba pasos leves hacia su antigua dueña. A pocos metros, esta, observando horrorizada el quehacer de los soldados, le había dado la espalda. Adrien apretó la empuñadura e inició el salto hacia la mujer. Levantó el arma dispuesto a clavársela en la espalda…

En ese preciso momento, don Lope volvió la vista hacia ellos, contemplando sorprendido el gesto del traidor. Sin pensarlo, extrajo la daga que colgaba de su cinto y, con destreza, la lanzó hacia Adrien. Su larga experiencia con las armas le iba a servir una vez más. El cuchillo, a una velocidad endiablada, cruzó, centelleante, el espacio atravesando el cuello del infeliz traidor, sorprendiéndole la muerte machete en alto.

Enriqueta se volvió sobresaltada al oír el golpe del cuerpo contra el suelo. Su antiguo sirviente había caído con la cabeza rebotando sobre la tierra, los ojos abiertos, incrédulos, mientras borbotones de sangre saltaban de la herida…



—Lo siento profundamente, mi señora… Pero ha recibido su merecido…

—Ha sido un duro golpe. Todo lo ocurrido en estos últimos tiempos ha sido terrible. Demasiado dolor. Son pérdidas irreparables… Doña Clara, su hijo… el mismo Adrien, a pesar de todo… mis amigos de la ciudad…

—Todos hemos perdido algo: familia, amigos, posesiones… Mi hermana ha perecido por la muerte negra, ni siquiera pudimos hacerle funeral… Sí, son malos tiempos…

Enriqueta guardó en la bocamanga el pañuelo con el que se secó las lágrimas que bañaban sus ojos.

—Quiero confesaros algo, pero antes deseo que veáis…

—Prometedme que estáis en condiciones y con gusto os acompaño. No quiero produciros más dolor.

—No, don Lope, más es imposible. Pero descuidad, soy fuerte, siempre lo fui. Me repondré… Todavía queda mucho por hacer… Quería contar con vuestra ayuda y consejo.

—Por supuesto, señora. Podéis contar conmigo para lo que necesitéis, desinteresadamente.

—¡Bien! Pues entonces subamos al castillo. Allí os mostraré eso que tanto buscáis… Y sabréis de mí…



La tropa de don Lope descansaba alegre tras la rápida batalla ganada a los insurrectos, que habían abandonado el lugar, los más fuertes y los heridos menos graves arrastrando los cadáveres y ayudando a los más graves. El ruido ensordecedor había dado paso a una calma tensa, un silencio ominoso, solo roto por alguna risa nerviosa, sofocada para no soliviantar más al enemigo que huía; ni siquiera las aves se atrevían a quebrar aquel silencio…

Tras un breve descanso a resguardo del sol, que había vuelto a vencer a las nubes, Enriqueta y Lope emprendieron la marcha ladera arriba, camino del castillo. Les seguían varios soldados que habían acudido a la trifulca y que no tuvieron que intervenir.

El camino entre las amarillentas y ralas hierbas se hacía sinuoso a pocos metros de la semidestruida puerta, ennegrecida por el fuego.

—Don Lope, lo que vais a ver ahí dentro —señaló hacia la fortaleza —, es muy importante… Hay riqueza material, inacabable, pero también hay otra clase de riqueza espiritual, intangible… Hay tratados de física, de ciencia, de orden religioso, político, fórmulas dinerarias… Ha sido atesorado durante años por la Orden de los Pobres Compañeros de Cristo del Templo de Salomón…

—¡Los Templarios! ¡Su tesoro! ¿No es una leyenda…?

—¡No! Es real, tan real como nosotros…

—Pero hace años que estos monjes, o caballeros, desaparecieron. Mi señor padre, don Artal, solía contarnos historias sobre sus hazañas en Tierra Santa. Eran un mito, unos héroes para su generación. Un ejemplo vivo, decía de ellos…

Detenidos en el último peldaño, Enriqueta tomó la mano de Lope y se adentró en la cripta, arrastrando al hombre hacia el interior. Los hachones iluminaban temblorosos la húmeda sala.

Lope de Luna, con la mano libre, se santiguó al descubrir la pared con los nichos, vacíos de cuerpos, pero con pequeños montes de tierra gris. En uno de ellos descansaba una vieja espada… Su sorpresa iba en aumento al descubrir, en la semipenumbra del fondo, los arcones apilados, las cajas herrumbrosas, abiertas mostrando el mortecino brillo del oro…

—Bien, ahora quiero que conozcáis una historia… Es mi historia, que os parecerá increíble… Pero os ruego no me interrumpáis…

Fuera de la cripta, Enriqueta soltó la mano del caballero y le precedió hasta alcanzar la sala de reuniones, donde lo invitó a tomar asiento.

—Mi tiempo no siempre ha sido este…

El legado

Don Lope no daba crédito al relato que Enriqueta de Beaujeu desgranó con voz suave.

—¡Podéis ser condenada por brujería! ¿Pretendéis que yo crea esa fantasía…? Doña Enriqueta, por Dios os ruego no contéis esta historia a nadie…

—¿Y si os demuestro que es cierta?

—¿Cómo lo podéis demostrar?

—¡Acompañadme!

Con decisión, Enriqueta hizo que el caballero abandonara el asiento, asido de su mano. Enseguida estaban otra vez en el umbral de la cripta. Don Lope era incapaz de oponerse, aunque en su fuero interno, el temor a algo desconocido le hacía temblar levemente, lo que notó la heredera.

—¡Confiad en mí, don Lope! —Con pasos rápidos llevó al hombre hasta donde descansaba la espada de su antepasado. Con esfuerzo, la tomó en alto—. Tomadme por la cintura, ¡y no os soltéis por nada del mundo! ¡No tengáis miedo…!

El caballero, asombrado y con el miedo revoloteando sobre su cabeza, miró a la mujer y, con cierto recelo, mostrando el respeto que le merecía, rodeó con sus brazos la cintura de la señora.

Una vez sintió la firmeza de los brazos masculinos, Enriqueta terminó de alzar la espada hasta alcanzar con la vista la cruz patada de la empuñadura. Miró otra vez al hombre, que cerró los ojos y apretó la boca— ¡Ahora!

Y hundió de un golpe seco la hoja del arma en la tierra…

La noche no era la más propicia para pasear: una fina lluvia caía mansamente sobre las grandes losas del patio, a través del enorme agujero del techo. La difusa luz que reflejaban las nubes bajas permitía ver el contorno de las arcadas y las puertas del palacio de los señores de Mur.

Don Lope de Luna, embozado en su roja capa, no dejaba de mirar a un lado y a otro, palpándose el cuerpo con las manos, cerciorándose de que estaba entero. A su lado, alisándose el amplio vestido, una sonriente Enriqueta lo miraba con ojos burlones.

—Señor, estáis en el siglo XXI. No intentéis saber cómo hemos llegado, pues ni yo misma lo sé. Hemos viajado más de seiscientos años hacia adelante…

—¿Qué clase de magia usáis? ¿Qué sitio es este?

—Es Graus, mi pueblo. No os puedo mostrar mucho porque no tenemos tiempo, está próximo el amanecer; además, nuestro aspecto no es el más indicado para deambular por ahí. Contemplad esta edificación, que apenas se mantiene en pie: quizás veáis construirla en vuestro tiempo…

El ruido de un motor acalló las voces. Al oírlo, don Lope se despojó del embozo y desenvainó la espada, presto a defender a la dama de aquel monstruo que se acercaba. Las ráfagas de los faros, al girar la esquina, iluminaron brevemente el patio. De inmediato, el ruido perdió intensidad al alejarse el vehículo.

—No temáis, señor. Ya no se usan las caballerías para viajar; son otro tipo de carruajes.

—¡Deben ser infernales! Doña Enriqueta, ¿qué hechizo habéis usado sobre mí?

La heredera no pudo por menos que reír, animada por el temor del caballero, a quien se le había demudado el rostro.

—Vamos, os mostraré lo que pueda del exterior… —Al ver la indecisión del hombre, volvió a soltar una pequeña carcajada—. ¡Confiad en mí, don Lope! Enseguida estaremos de vuelta a vuestro tiempo y a la seguridad de la fortaleza… Tomad mi mano, caminaremos un poco… aunque nos moje la lluvia…

—Bien, don Lope… Habéis comprobado por vos mismo que lo que os conté es toda la verdad. Es una parte muy importante de la herencia que don Guillermo de Beaujeu puso en mis manos.

—… Y esto es lo que ambicionaba don Adrien de Feraud…

—Así es, por desgracia. Satanás trabajó a fondo con él para hacerle llegar a tomar la decisión de asesinarme…

—¿Y vos… conocéis…? Quiero decir, sabéis…

—Señor, por desgracia, ignoro el futuro…

A su pesar, Enriqueta prefirió callar que el caballero contraería nupcias dos veces, que tendría una hija de su segunda esposa y… que moriría en poco más de diez años, combatiendo contra su rey, Pedro IV, *el ceremonioso.*

—Pero, ahora estamos en nuestro presente, que es prometedor… Tenemos mucho que hacer, nuestro pueblo…

—¿Querréis desposaros conmigo?

La petición cogió de sorpresa a Enriqueta, dejándola sin palabras. Era tentadora la oferta: un noble, más joven que ella, sí, pero curtido y seguro de sus actos. Aunque sabía que en la lista de esposas no figuraba Enriqueta de Beaujeu, no dejaba de ser una proposición atractiva…

—Me halagáis, señor… Pero tengo que cumplir algo que prometí y no puedo pensar en otras cosas… Quizás más adelante, cuando crea que mi misión ha finalizado… Os aseguro que me haría feliz aceptaros…

Don Lope tomó las manos de Enriqueta y la atrajo hasta que sus cuerpos se tocaron. Luego, soltando las manos, la abrazó con vehemencia, buscando su boca, uniendo sus labios en un beso apasionado…

La cripta, iluminada con ocho hachones, mostraba en todo su esplendor el valioso tesoro allí guardado, y custodiado durante siglos por Guillermo de Beaujeu, Caballero del Temple, y que ahora serviría para darle preponderancia a una población y a su comarca.

Enriqueta, todavía sofocada por el largo beso, con la mano se abanicó un poco el rostro, antes pálido y ahora ruborizado.

—Perdonadme, Enriqueta. No pude contener mi impulso. Es un sentimiento que nació en mí el día que os vi en la abacería…

—Me habéis sorprendido… aunque confieso que me ha gustado. No os tenéis que disculpar… Pero, en estos momentos, debemos ocuparnos de cosas más prosaicas… Vos tenéis que viajar a Barcelona, obedeciendo al rey, y yo tengo que terminar la labor emprendida… Volved pronto, quiero que os hagáis cargo de esta riqueza. Sé que la vais a invertir en buenas obras… Debemos recuperar los destrozos
causados por la mortandad. Quiero que cumpláis un deseo de mi añorada Clara: ella tenía gran devoción al arcángel San Miguel y yo le prometí que en su honor haría levantar una iglesia con su advocación… ¿Prometéis cumplirlo?

—Dadlo por hecho, mi señora. Contrataré en Barcelona los mejores arquitectos y maestros de obras. Pienso regresar en unos meses, si es que mi corazón resiste tanto tiempo la distancia…

—Deberá resistir, señor, la obligación está por delante de la devoción. Y vos tenéis muchas obligaciones que atender. Y decidme, tengo curiosidad por saber vuestras sensaciones en el *viaje…*

—¡No me lo recordéis! ¡Ha sido increíble! Pero no me gustaría enfrentarme a ese monstruo que rugía fuera del palacio… Y ahora, que lo pienso… ¿Ese palacio… estará aquí? ¡Santo Dios! Me parece un sueño… mejor, una pesadilla… Es cosa del Diablo eso que habéis hecho… pero os lo perdono. Y debo partir; mi ayuda ya no os es necesaria; don Jorge se vale para mantener el orden. Muerto el inductor, no creo que los insurrectos vuelvan… Pero, si os surge un problema grave, que no podáis resolver, no tengáis reparo en mandarme un emisario… Desde ahora, soy vuestro fiel vasallo, mi bella señora…

—¡Mi noble caballero, Dios os guíe siempre!

Tras la partida de Lope de Luna y sus hombres, Enriqueta se multiplicó en las tareas de ayudar a la gente a poner de nuevo en pie la vida comercial de la comarca de Ribagorza, contando con la colaboración impagable de Jorge de Sandoval, que había conseguido formar un pequeño ejército, bien pertrechado, que imponía el orden y respeto por las normas de la comunidad.

Con la llegada de la primavera, arribaron a Graus varios arquitectos y maestros de obras con su cuadrilla de alarifes, dispuestos a comenzar a levantar la iglesia prometida. Lope cumplió su palabra. A oídos de Enriqueta llegaban de tarde en tarde noticias de las andanzas del caballero, enfrascado en organizar su ansiada independencia del Reino de Aragón. Además, su labor como consejero y favorito del rey había hecho que fuera imprescindible su presencia en Barcelona.

Estas circunstancias consiguieron enfriar los sentimientos que Enriqueta había guardado celosamente en el fondo de su corazón. El conocimiento del futuro vital del señor de Luna le dolía en el alma, pero ella nada podía hacer al respecto. Y, mientras permaneciera alejado, menos ocasiones tendría de que se le escapara en cualquier momento algún comentario al respecto. Mejor así.

A mediados de abril, con las obras de la iglesia dedicada a San Miguel, en memoria de Clara Le Brun, Martos en otra vida, en marcha; la cooperativa a pleno funcionamiento y los campos mostrando el verdor tan ansiado, decidió que era hora de volver a su pasado… o su presente… «¡Dios! No me aclaro…»

—Don Jorge, debo partir al país de doña Rosa de Garcés; me reclama para asuntos importantes. Confío en vos para hacer llegar a don Lope de Luna esta misiva. No sé cuánto tiempo estaré ausente, pero sabed que siempre estaréis en el mejor lugar de mi corazón. El caballero de Luna os recompensará vuestra dedicación.

Don Jorge guardó el legajo enrollado y atado con una cinta roja.

—Mandaré que la escolten, señora.

—No, no es necesario. Me envían un carruaje. Permitidme. —Sin esperar respuesta, Enriqueta se empinó sobre las puntas de los pies y besó al caballero en la mejilla—. Y ahora, ¡id con Dios a vuestras tareas!

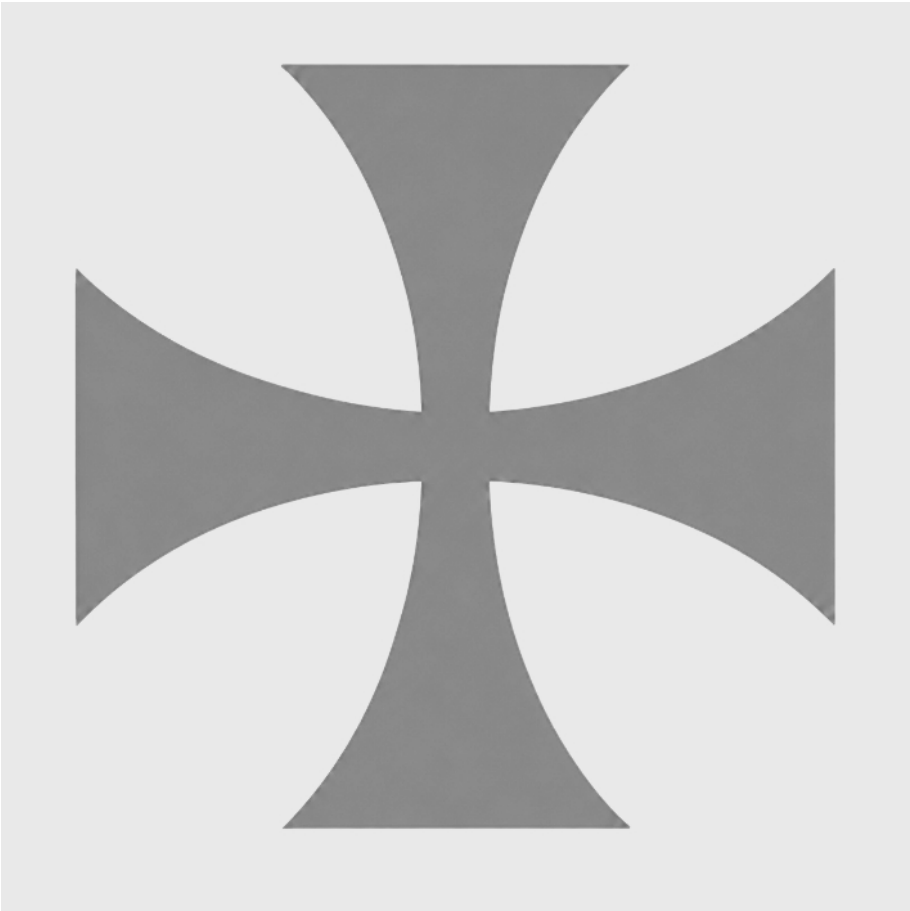


Abril, año 1349.

Mi amado Lope: En vuestras manos deposito todo lo que resta del tesoro de la Orden, puesto que está ya no existe. Yo considero completada la misión encomendada por mi antepasado, por lo que, después de mucho pensarlo, decido volver a mi tiempo anterior, aquel que vos visteis en unos minutos. No debéis penar por mí, pues yo sé que vos seréis feliz y encontraréis el amor. Desde donde nos encontremos, pensaré en vos y espero que también me recordéis… Quizás volvamos a encontrarnos… en otra vida. Os dejo la espada de don Guillermo clavada en tierra: os suplico no la mováis, por si algún día decido volver… Ahí está el misterio del poder. Podréis acceder a la cripta sin impedimento, pero solo vos veréis el interior. Los ojos de los humanos permanecerán ciegos en el interior. Haced el bien y difundid las enseñanzas que atesora el legado.

Solo me queda desearos toda la felicidad que os merecéis.

Vuestra, Enriqueta.



Epílogo

Rosa Garcés abandonó el mostrador de recepción. El restaurante ya había dado por concluido el servicio de cena y el luminoso de la discoteca llamaba a la diversión.

Solo le restaba apagar los ordenadores y cerrar el despacho. «¡Y mañana será otro día!». Empujó la puerta acristalada…

—¡Enriqueta! ¡Qué alegría me da verte! ¡Y qué miedo! ¿Tienes más problemas? ¿Me necesitas otra vez? Te advierto que la peste duró años… Y que sepas que tu comarca, esta comarca, fue de las menos dañadas, no sé si influimos en algo, pero… ahí queda. ¡Dime, habla, no te quedes muda!

—¡No me das tiempo…! No tengo problemas, no sé si te necesito… Bueno, problema, sí que tengo… ¿Qué día es hoy?

—Veinticinco de abril, sábado…

—¿De qué año?

—Pues… dos mil veinticinco.

—¡Dios!

Un largo suspiro hizo que se levantaran unos folios que estaban sobre la mesa.

—¡Chica, qué pulmones! A ver… dices un problema… y no sabes si me necesitas… Eso requiere una explicación…

Pero ¡ya!

—Pues verás… Estoy enamorada de alguien que vivió ¡hace seiscientos setenta y seis años! Que se casó dos veces y… ¡Que no voy a volver más…! ¡Que vengo para quedarme…! Y necesito que me ayudes, eres mi único consuelo…

—¡Hip, hip, hip, hurra! Es lo más hermoso y lo más agradable que he escuchado en mucho tiempo… Pues claro que te ayudo… Contigo, ¡a muerte! ¿Has usado el túnel? Porque del palacio no creo que hayas venido con esas ropas… Tendré que comprarte algo… Y tu

casa, si no la hubieras vendido… Pero en la mía cabemos las dos; mis hijas viven independientes hace muchos años… ¡Ay, Enri! ¡Qué alegría más grande tenerte aquí! ¡Virgen del Pilar! ¡Gracias por escucharme! Tienes mucho que contarme ahora que nos va a sobrar tiempo…

—¡Sí, Rosa! Mucho… Gracias por tu acogida.

—Sabes que lo mío es tuyo… No te habrás traído nada de…del… ¡Coño! ¿Cómo nombro eso? ¿Pasado? Si era Graus, y estamos en Graus… ¡Virgencita de la Peña! Es como si hubieras cogido un taxi para dar una vuelta… No has salido del pueblo.

—De allí, solo me he traído lo puesto, para guardarlo como recuerdo… ¡Y esto! —Sacó de entre los pliegues del vestido una bolsa con monedas de oro y la daga con la cruz patada en la empuñadura.

Rosa Garcés se la quedó mirando. No sabía si reír o llorar. Luego de unos largos segundos observándola, comentó:

—Cuando cojas color, adelgaces, vuelvas a tu estilo, estoy pensando que podríamos darnos una vueltecita por… ¡Yo qué sé…! ¿París, a principios de siglo? ¿Chicago, a conocer a Al Capone? ¿Tal vez ir a visitar a Viena a la emperatriz Isabel? ¡Madre mía, la que vamos a liar con tus poderes…!

—¡Estás loca! ¿No salgo de una y ya me quieres meter en otra…? Una curiosidad… ¿Cuántos años he estado fuera?

—Pues… ¡Una eternidad! ¡Más o menos…!

Las risas de las dos mujeres resonaron en el corredor que conducía hasta el brillante salón del Hotel Las Rosas…

«…Y, sin saber cómo, se te llena la mente de recuerdos y los ojos de lágrimas…»

Gracias a Fernanda Pardo, por inspirarme el personaje y la vida del hotel. Suya fue la idea.

El pasajero del tiempo

El pasado marcará nuestro futuro…

CARAMÉS

El pasajero del tiempo
® CARAMÉS
Reservado todos los derechos
2026
Diseño y maquetación: el autor
KDP PUBLISHING

